

JUDIT FERNÁNDEZ

LA
TENTACIÓN
LLEVA PERFUME

DE

Rosas



Contents

[Copyright](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Epílogo](#)

[EL AMOR TIENE NOMBRE DE CAMELIA](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

[Otros Libros: Era Regencia](#)

[Otros Libros: Sueños de Escocia](#)

[Otros Libros: Era Victoriana](#)

[Otros Libros: Saga Celta](#)

Copyright

La tentación lleva perfume de rosas © 2023 Judit Fernández
Juditfernandezautora.com
© 1ª Edición 2024 Judit Fernández

Imágenes de portada: © Mary Chronis, VJ Dunraven Productions; © ilyarexi/Istockphotos.com; © Sam Willis/pexels.com

Deposito en Safecreative: 2311156131417
ISBN: 9798392891733

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Un escándalo, una alianza y un amor inesperado.

Para salvar su reputación, la más inapropiada de las damas tendrá que unir fuerzas con el más descarado de los caballeros.

Londres, 1839. Cuando la vizcondesa de Hale decide buscar heredero entre sus nietos, Leonard y Maxwell, desata una carrera contra el tiempo: solo legará su título y fortuna a aquel de los dos que sea capaz de demostrar ser digno.

Rose Stuart no tiene ni idea de que su fiesta de debut terminará en un escándalo. Lord Leonard Bedford aparece como el hombre ideal, pero está decidido a perjudicarla: una revancha, un beso y un engaño para arruinarla sin remedio. Con su reputación marcada todo parece perdido, pero una inesperada propuesta hará que cambien las tornas.

Lord Maxwell Bedford, el descarado pícaro que conoció en Plymouth años antes le propone una alianza: ayudará a restaurar su honor a cambio de que ella le ayude a obtener su herencia. Fingirá cortejarla para inflamar los celos de Leonard y destapar su verdadera cara; mientras, Rose será la más perfecta de las damas para impresionar a su abuela. Exponer a lord Bedford es su objetivo, el amor no entraba en juego. Cuando el «menos es más» se convierte en otra cosa...

¿Sobrevivirá el amor que sienten Max y Rose?

JUDIT FERNÁNDEZ

LA
TENTACIÓN
LLEVA PERFUME
DE *Rosas*

HERMOSAS MENTIRAS II



*A Ángel y Cristian.
Sois la mayor bendición que una hermana puede desear.
Y, como las Stuart y los Barnett,
tampoco yo concibo una vida sin mis hermanos.*

Prólogo



Eaton Square Gardens. Londres

Diciembre, 1839

Maxwell tamborileó los dedos sobre la manga de su levita azul medianoche, expectante, y contuvo el impulso de morderse los labios. Observó a la joven que paseaba de un lado a otro de la terraza sin mirarlo, hasta que de pronto Rose se detuvo y se volvió, para clavar sus profundos ojos azules en los grises azulados de él; parecía querer traspasarlo. Los rizos despeinados que habían caído desde su recogido se movían con la fragante brisa de la tarde estival, y Maxwell no pudo contener más su intriga.

—Bueno, pecas, ¿qué dices? —preguntó.

—¿Cómo que qué digo? Pues digo que estás loco, que has perdido la cabeza —exclamó ella y le señaló con un ademán—. ¿Qué demencia se ha apoderado de ti como para creer que aceptaría algo así? ¡No soy una de las conquistas a las que seduces, Maxwell!

—Ya lo sé, y no te estoy pidiendo que lo seas... Vamos, ¡pero si es facilísimo! Casi no tendrás que hacer nada, seré yo el que haga todo el trabajo. Tú solo debes jugar a ser la señorita ideal ante mi abuela, del tema de seducirte ya me encargaré yo.

—¿Y piensas que Leonard se va a dejar engañar sin más? —resopló Rose.

—Así son las reglas del juego, pecas, deseará justo aquello que no puede tener: a ti —explicó Maxwell y se permitió una sonrisa—. Si usamos bien nuestras cartas, en menos de seis meses habremos cumplido el objetivo, yo seré el vizconde de Hale y tú habrás limpiado tu reputación, los dos saldremos ganando.

Rose frunció los labios en una línea antes de apartar la mirada para clavarla en las baldosas de mármol que los separaban. El plan era arriesgado, si cometían un solo desliz su ya frágil reputación se haría pedazos, como sus opciones de encontrar a un marido que la amara por sí misma y no buscara únicamente su fortuna.

—De acuerdo, digamos que acepto esa disparatada idea tuya. Si lo he entendido correctamente, dices que debo fingir ser tu novia para que tu abuela, *lady* Arabella, piense que eres digno de ser la cabeza del vizcondado de Hale y no el idiota que eres. ¿Es eso? —recitó Rose.

—Gracias por lo que me toca, pecosa, yo también te adoro.

—¡Deja de llamarme así, que ya no soy una cría! —gruñó Rose y arrugó la nariz.

Maxwell soltó una carcajada sin poder evitarlo, bastante consciente de que la joven que tenía

frente a él nada tenía ya de chiquilla, pero algunas cosas nunca cambiarían. Como la facilidad que tenía para hacerla saltar con una sola palabra.

—De acuerdo, Rose, seamos serios. No te estoy pidiendo que finjas ser mi novia, ni mi prometida, ni mi amante. Si lo hiciera dañaría tu reputación, que mi maldito primo ya ha comprometido. Lo que te pido es que, ante mi abuela, métete bien eso en la cabeza, seré yo quien finja cortejarte para que vea que no soy un mujeriego; pero a ojos de Leo la cosa será otra —sonrió Maxwell antes de continuar—. *Minor plus est*, pecas, jugaremos al «menos es más». Ese hombre arrastra sus conquistas por su cama como quien colecciona cuadros, así que haremos que te desee hasta la locura para luego negárselo, él solito se descubrirá. Y cuando lo haga tu nombre quedará limpio.

—¿Y cómo voy a conseguir eso? A ese hombre no le intereso, ¡no sé nada de nada!

Rose aguantó y el corazón comenzó a latirle veloz como un purasangre. El heredero elevó la mano diestra para acariciarle la mejilla, y sintió que su piel se erizaba ante el repentino y cálido contacto y todos los poros de su cuerpo se abrían.

—Ahí es donde entro yo —declaró Maxwell con una sonrisa brillante—. Yo seré quien te seduzca, yo quien le haga ver lo que se pierde por no besarte, yo quien tendrá lo que desea y no le dejaremos tener. Si estás dispuesta, en un par de días te daré los detalles, antes debo meditarlo un poco. Puede parecer una idea surgida de la nada, pero le conozco bien y sé dónde golpear para hacerle caer: en su orgullo.

«Jugar a la seducción con Maxwell para destapar a Leonard... ¿Seré capaz?», pensó Rose y se mordió los labios con el corazón repentinamente acelerado. Como si notara sus dudas, él suspiró y movió el pulgar para acariciarle el mentón.

—Sé que tal vez estoy pidiendo mucho, Rose, pero juro que no es mi intención que no logres encontrar un esposo adecuado, más bien al contrario. Si esto sale bien, te juro por mi honor que lo tendrás: ya sabes que soy un hombre deseado, si los caballeros piensan que me he interesado por ti, no les importará lo que mi primo haya dicho, podrá más su curiosidad, tendrás propuestas por tu mano entre las que elegir al hombre que más te guste. Aunque, si crees que es justo que tú pidas algo más a cambio de ayudarme, te...

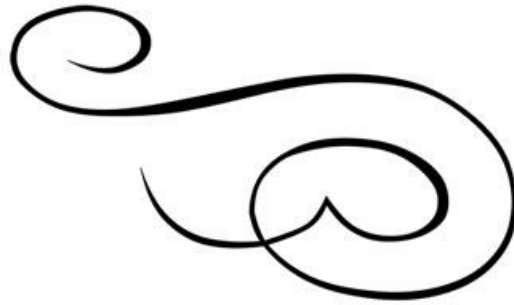
—Lo haré, Maxwell, te ayudaré —lo interrumpió Rose—. Me da igual que sea una completa locura o un plan disparatado, si tú has perdido la cabeza, tal vez deba yo perder también la mía para arreglar este maldito desastre. ¡Hagámoslo!

—¿Ni siquiera vas a pensártelo, o a discutir?, ¿lo aceptas sin más?

—Nunca he sido conocida por ser sutil, Maxwell Bedford, ya deberías saberlo.

—Muy bien, pecas, que conste que te he dado la oportunidad.

Rose se rio sin poder evitarlo, y él asintió y se alejó. Apenas su mano dejó su mejilla, la joven notó un escalofrío. Una sensación de vacío la abrumó y deseó sentir las manos del hombre acariciando su piel. Maldición, pensó, aquello no iba a ser fácil. Si con un solo toque lograba ponerla en ese estado, Rose no sabía cómo sería tener que besarla. ¿En qué lio acababa de meterse de cabeza y sin titubear? Negó para sí, recordando cómo había llegado a estar metida en ese embrollo ella, una nueva rica salida de Plymouth, con él, el descarado que la salvó de niña y del que juró jamás enamorarse.



Un mes antes
Braithbury Hall, Londres
Noviembre, 1839

La perfumada nube de polvillo blanco perlado flotó en el aire unos instantes antes de que la joven lo alejase de su rostro con un ademán de su enguantada mano. Tosió un par de veces, molesta por el exceso de maquillaje que su madre insistía que Beatrice, su sirvienta de confianza, dejase sobre su piel con una borla de terciopelo. Rose se contuvo de poner los ojos en blanco sabiendo que eso irritaría aún más a Edith. La viuda Stuart estaba de lo más molesta debido al comportamiento, según ella inadecuado, que su hija menor había demostrado durante su presentación frente la reina Victoria un par de horas antes. Pero a Rose no podía importarle menos.

Faltaban diez minutos para que diese comienzo su baile de debut y Braithbury Hall estaba repleto de gente: trescientos invitados poblaban la parte baja de la mansión y los jardines de los duques de Braithbury.

—Pon un poco más de rubor en las mejillas... sí, justo ahí, Beatrice. Ya que esta rebelde hija mía no tiene remedio y no se ruboriza con nada, al menos habrá que dar la impresión de que posee cierto recato —señaló Edith y frunció el ceño mientras analizaba su aspecto—. Sí, creo que así está bien, no pongas más.

—¿Todavía sigues enfadada, madre? Vamos, no ha sido tan malo, a la reina le ha hecho gracia mi comentario —dijo Rose—. Además, no sé de qué te estás quejando, ¡si prácticamente me has disfrazado de pavo real! Odio esta diadema, y mejor ni hablemos del vestido... el blanco no me hace ningún favor y aun así me lo he puesto sin rechistar.

—Ambas cosas son una tradición que no estoy dispuesta a dejar que rompas, Rose.

—Sí, madre, lo sé, «nunca parece una lo suficientemente virginal cuando el objetivo es pescar a un buen marido» —recitó Rose imitando la voz de su madre, cuyo ceño se frunció por la burla, pero ella continuó—. Oí cuando se lo decías a Camelia el otro día. ¿Te parezco lo bastante virginal como para que algún idiota trajeado se fije en mí?

—Teniendo en cuenta que has rechazado a la mitad de los pretendientes de Londres, sí, pareces lo que eres: una debutante inexperta en la vida y en el amor —contestó Edith e hizo que Beatrice se alejara con un gesto—. ¡Jesús bendito, hija mía, sigo sin entenderte! ¿Qué tenía de

malo lord Thomas Roswell? Ese muchacho es baronet y posee una de las mayores plantaciones de café de África, una propiedad enorme en Mayfair y una posición envidiable. Además, es guapo, sano y joven. ¿Por qué tenías que rechazarlo?

Rose resopló antes de ponerse en pie, estirarse las arrugas de la falda y acomodarse los guantes de raso. Su expresión era de profundo desdén cuando miró a su madre.

—¿Quieres que te haga una lista, madre? Es rico y joven, sí, y también aburrido, soso y con un semblante poco agraciado. Maldita sea, ¡parece un fideo con bigote! Si Victoria pudo rechazar al príncipe Alejandro de Holanda no sé por qué soy yo diferente.

—Porque ella es la reina y puede hacer lo que le plazca. Tú, por otro lado, eres la menor de mis hijas, y deseo para ti un esposo que cumpla los requisitos de un caballero, aunque sea por una vez. ¿Es eso mucho pedir?

La joven abrió la boca para responder, pero su réplica fue interrumpida por un par de toques en la puerta, que se abrió para revelar a la mediana de sus hermanas, Camelia. La rubia entró y se acercó con una sonrisa, muy orgullosa de su indomable hermanita.

—Mírate, Rosie, te has hecho toda una mujer, ¡estoy orgullosa de ti! —exclamó—. Ya verás que bien lo vas a pasar: bailarás, conocerás a muchos caballeros y serás la flor más deseada de la fiesta. Y déjame decirte que tienes revolucionados a la mitad de los jóvenes de Londres, Edward no deja de recibir propuestas por tu mano.

«Por supuesto, es lo que tiene ser una Stuart, las herederas más ricas del país. Buena suerte lidiando con ellos, Ed», pensó Rose antes de sonreírle con diversión a su hermana. Camelia le ofreció la mano y Rose la estrechó para comenzar a caminar juntas hacia las escaleras que conducían al piso inferior seguidas de lejos por su madre y la sirvienta.

—Mucho me temo que se van a quedar con las ganas, Cami, porque ya tengo los ojos puestos en alguien y me da igual si recibo mil proposiciones o un millón, las voy a rechazar todas —dijo con voz firme.

—¿Qué alegría, Rose! ¿Quién es el afortunado? ¿Por qué no nos habías dicho nada? —exclamó Camelia y acercó sus rostros para que no las oyeran—. Cuéntame, hermanita.

—Es lord Leonard Bedford —declaró Rose.

—¿El marqués de Eastwyn, nieto de la vizcondesa viuda de Hale?

—Sí, y no pienso aceptar a otro.

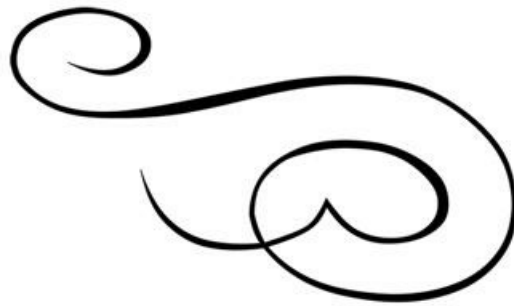
Camelia frunció los labios. Le parecía maravilloso que su hermana hubiese dejado de lado los remilgos y posado sus ojos en alguien, pero el hombre que había elegido estaba bastante lejos de su alcance. No porque tuviese más dinero que ellas, dado que las Stuart eran poseedoras de grandes fortunas debido a la herencia de su padre, el difunto brigadier Stuart, fundador del imperio *Stuart's Clothing Company*. Violet, la mayor, era dueña del imperio textil y una diseñadora de moda respetada por cuenta propia. Ella, por otro lado, había heredado una suma estratosférica a la que accedería al comprometerse. Y Rose poseía el último billete de entrada a la familia Stuart. No, el dinero no era el problema.

El problema era el hombre en sí mismo: lord Bedford era la perfección hecha carne, la quintaesencia de la masculinidad, el soltero más deseado de Inglaterra. No solo era señor del marquesado de Eastwyn, uno de los más ricos y bien posicionados del este, sino que era nieto de la vizcondesa de Hale. Ahora que su hijo había muerto, se esperaba que el mayor de sus nietos heredara todo el patrimonio, título y fortuna, convirtiéndose así en noble por partida doble. Además, brillaba en multitud de campos: era campeón nacional de esgrima y de tiro, mecenas de las artes, gran jugador de polo y de cricket...

Y, para colmo, guapísimo, poseía cabello cobrizo y unos ojos verdes como un bosque al

atardecer: un Apolo en carne y hueso. Que Rose hubiese puesto las miras tan altas la preocupó, su hermana no tenía ningún tipo de experiencia con hombres y «ese» hombre era codiciado por todas las mozas casaderas de Londres. ¡Que Dios la ayudara si pretendía conquistarlo!

Sin embargo, antes de que tuviese ocasión de abrir la boca un mar de aplausos las recibió frente las escaleras, al fin el momento de brillar de la debutante había llegado. El baile estaba a punto de empezar. «Que empiece la fiesta», pensó Rose y sonrió antes de soltar a Camelia y adentrarse en el *hall*.



Los pies la estaban matando, tenía que reconocerlo, ocho vales y tres polkas seguidas eran demasiado para cualquier mujer con tacones. Y, para su desgracia, ninguno de ellos había sido en los brazos de su elegido. Lord Leonard Bedford parecía estar evitándola, no se había acercado a pedirle un baile ni a felicitarla, pero Rose estaba segura de haberle visto mirándola de soslayo en al menos dos ocasiones. Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en ello y lo buscó con la mirada a través del abarrotado salón.

Lo encontró al otro lado de la sala hablando con un grupo de personas entre los que se encontraban Edward, su tutor y esposo de su hermana Violet, la propia Violet, y más conocidos de la familia. Bueno, pues si la montaña no iba a ella... tendría que moverse por su cuenta.

Decidida, Rose comenzó a abrirse paso entre la gente, y estaba a punto de alcanzar la pista de baile cuando un suave tirón sobre su codo la hizo volverse. A su lado se encontraba una muchacha con la que jamás había hablado, si bien, le sonaba de vista. No tenía claro su nombre, ¿Laura?, ¿Loretta? Era de familia rica, eso estaba claro. Fue la joven quien rompió el silencio primero, y Rose elevó las cejas, expectante.

—Disculpe, señorita Stuart, sé que no nos han presentado, pero quería hablar con usted —dijo la muchacha con una sonrisa amable—. ¿Me acompaña?

—¿No puede esperar? Tenía que ver a alguien... —suspiró Rose.

—Insisto, es importante.

Rose se mordió los labios al notar la insistencia de la otra y, sabiendo que no la dejaría en paz si no accedía, asintió y siguió a la joven hasta el extremo opuesto de la sala, junto a la gran escalera que subía al piso superior. Una vez lejos de oídos indiscretos Rose se cruzó de brazos y se armó de paciencia, segura de que cuando lograra librarse de su nueva acompañante, lord Bedford ya se habría marchado.

—Deje que me presente, soy *lady* Lauren Bedford, nieta de la vizcondesa de Hale —se

presentó la joven.

«Debe ser hermana de Leonard», pensó Rose, y se contuvo de mostrar su sorpresa.

—Yo Rose Stuart, hija del brigadier Thomas Stuart, pero en vista de que ha sido invitada a mi fiesta de debut, está claro que eso ya lo sabe —dijo Rose y le ofreció la mano, que la otra estrechó—. Bueno, *lady* Bedford, ¿qué es lo que quería decirme?

—Sé que soy un poco mayor que usted y por eso no hemos coincidido tanto, pero, entre nosotras, debo serle sincera. No he podido dejar de notar que no ha apartado la vista del marqués de Eastwyn, mi hermano. ¿Me equivoco al suponer que le gusta Leonard?

Rose se extrañó, pero lo ocultó rápido y se encogió de hombros.

—Supongo que como a todas las mujeres de la fiesta. Para nadie es un secreto que lord Bedford es el hombre más deseado de Londres —dijo.

—Cierto, pero ellas se lo van a perder, porque está usted de suerte —comentó Lauren y se acercó para susurrarle al oído—. Conozco de primera mano los sentimientos de mi hermano, y resulta que está interesado en usted.

—Ah, ¿sí? —dudó Rose y arrugó la nariz—. ¿Por qué no me ha dirigido la palabra en toda la noche, entonces?

—¡Porque es un hombre tan seguido como la miel por las moscas! No le dejan solo ni un minuto, y si fuese él quien le pidiese bailar se armaría un buen rondel de cotilleos. ¿No lo ve? Está deseando hablar con usted, Rose, pero no le dejan ni a sol ni a sombra.

—¿Es eso cierto?

—Puede comprobarlo usted misma —asintió Lauren y lo señaló con un ademán.

Rose siguió con la mirada la dirección que la otra muchacha, alta, de cabello oscuro y ojos pardos señalaba, para comprobar que, de hecho, era cierto. Leonard estaba rodeado de gente, entre jovencitas, sus familiares y otros hombres que Rose no conocía de nada.

—¿Por qué me lo cuenta? —preguntó al final, volviendo su mirada a Lauren—. ¿Qué gana usted al ayudarme?

—¿Sinceramente? Que deje de llenarme los oídos con su charla —resopló Lauren—. Ya ve, medio Londres persiguiéndolo y él no deja de hablar de usted. ¿No ve la ironía?

—Vaya que si la veo...

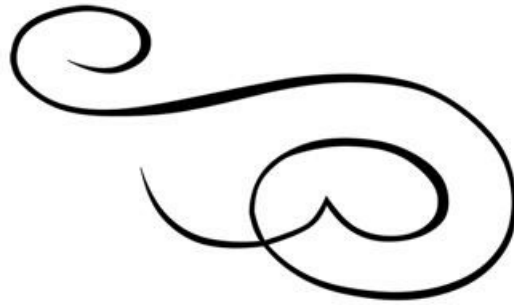
—En tal caso, ¿acepta seguirle el juego? Puedo llevarlo a la terraza para que puedan hablar a solas, de mí no dirán nada, puesto que es mi hermano.

«¿Yo, a solas con lord Bedford en la terraza?», se repitió Rose y frunció los labios antes de que estos se elevasen con una gran sonrisa. Esa era la oportunidad que llevaba esperando toda la noche, así que asintió con entusiasmo para gran regocijo de la otra.

—Por supuesto que sí, iré ahora mismo —dijo Rose.

—En tal caso lo llevaré allí en un par de minutos, no se vaya, ¿eh? Si no la ve podría romperle el corazón al pobre Leo —rio Lauren.

Rose asintió y ambas jóvenes se despidieron con sendas sonrisas. El corazón le latía a toda velocidad, sentía una bandada de mariposas flotando entre su pecho y su estómago. ¿Eran nervios?, ¿era emoción?, ¿adrenalina, quizá? Sea lo que fuera se moría de antecipo, así que cerró las puertas acristaladas de la terraza y se acercó a la barandilla. La noche estaba clara y sembrada de estrellas, y Rose solo podía esperar.



La sombra que se dibujó en el suelo le indicó que no estaba sola, y el pequeño «clack» de las puertas al cerrarse confirmó sus sospechas. Rose se volvió lentamente, para encontrar al hombre de sus sueños parado frente a ella con una expresión de anhelo. Lord Leonard Bedford era más glorioso de cerca, si aquello era posible, y el corazón de Rose dio un vuelco al ver que se acercaba para apoyar los brazos sobre la barandilla y quedar a su lado.

Rose hizo lo mismo y ambos aguardaron en un pacífico silencio que la joven se moría por romper, aunque se contenía por temor a espantarlo. Nunca había sido conocida por su gracia en la conversación, siempre soltaba cosas de lo más inapropiadas.

—Una noche preciosa, ¿no cree? —comentó Leonard sin mirarla.

—Es cierto, ya no se ven muchas como esta, despejadas de nubes y sembradas de estrellas —asintió Rose y se mordió los labios, decidida a tomar el toro por los cuernos—. Lord Bedford, yo... permítame ser franca. Sé que nunca habíamos hablado hasta ahora, pero me han dicho que le gusto, y necesito saber si es cierto o un rumor malintencionado.

—Vaya, no pierde usted el tiempo, señorita Stuart, se lanza directa como una flecha. ¿Quién le ha dicho tal cosa?

Rose dudó y se pausó a sí misma, pausa tras la cual decidió no revelar el nombre de su interlocutora para no meterla en un lío. Nunca se sabía qué palabras podían volver a morderte el trasero en un futuro.

—Eso no es importante, la cuestión es que lo sé y necesito una respuesta —dijo—. Tal vez le parezca impertinente, pero teniendo en cuenta su actitud hacia mí hasta ahora...

—¿A qué actitud se refiere? —dudó él.

—Bueno, como he dicho, nunca me había dirigido la palabra hasta esta noche, ni siquiera para darme una mirada más larga que otra. Ese no es el modo de proceder de un hombre interesado en una mujer —señaló Rose.

—¿Eso es lo que cree? —inquirió Leonard y rompió a reír al ver que ella asentía—. Se ve que no tiene ni idea de cómo piensan los hombres, señorita Stuart, y perdone que me ría, pero es usted adorable. ¡Directa y lanzada, pero encantadoramente ingenua!

Rose se sonrojó hasta las pestañas y su corazón dio un brinco antes de romper a latir como un cimarrón. ¿Le acababa de hacer un cumplido? Se mordió los labios antes de volverse hacia él, que se había reclinado sobre su codo para mirarla con una sonrisa.

—No haga eso —dijo Leonard.

—¿Hacer el qué? —dudó Rose y se sonrojó aún más.

—Morderse los labios así, se los enrojece y los vuelve más atractivos. ¿Quería una respuesta? Bien, señorita Stuart, Rose... me muero por besarla en este preciso instante, llevo deseándolo desde hace semanas. ¿Le sirven mis palabras, o debo ser más directo?

—¡No, por Dios, no! Si llega a ser más directo caería fulminada. —Se rio Rose, nerviosa y azorada, antes de desviar la vista al frente—. ¿Por qué no me había dicho nada, si eso era lo que sentía?

—Porque no estoy en la posición adecuada. Fíjese, es usted la menor de las Stuart y yo un marqués y futuro vizconde; aun así, no tengo tanta fortuna como la suya. Hay quien encontraría esto muy apropiado, demasiado conveniente; no soy un trepador.

—A mí no me importa lo que digan, ¡nunca lo he creído!

—¿Asumo entonces que mi interés es mutuo? —aventuró Leonard.

Rose asintió a toda velocidad y le dirigió una fugaz mirada. Leonard no se había movido ni un ápice, parecía tranquilo, acostumbrado a esa atención, quizá, y le tendió una mano que la joven estrechó con dedos temblorosos. El calor de la mano masculina le traspasó el guante de raso y le aceleró aún más el pulso. Creyó que podría desmayarse cuando él la atrajo hacia sí de un suave tirón para quedar pecho contra pecho.

Ahora que tenía el rostro del hombre tan cerca pudo apreciar la sombra de sus pestañas y los matices ambarinos de sus ojos verdes. Leonard elevó la mano libre para rozarle la mejilla y Rose contuvo el aliento cuando se inclinó para susurrarle al oído.

—¿Me permite besarla, Rose? —murmuró.

—S-sí, claro que se lo permito —jadeó ella con voz ahogada.

Y así, como en una de las novelas de amor que tanto le gustaba leer, cerró los ojos y dejó que el marqués la besara. Cuando Leonard posó sus labios sobre los de Rose, un gemido escapó de su garganta sin poder evitarlo. Tras unos segundos de paciencia, Leonard se alejó y volvió a unir sus bocas, rozando los labios de la joven con la lengua, y Rose se sorprendió tanto que abrió la suya. Él aprovechó para colar la lengua dentro y envolverlas en un baile demoledor. A Rose le temblaron las rodillas, de no ser por el firme agarre de lord Bedford habría caído como mantequilla derretida en un charco.

Pero el futuro vizconde no había terminado de causarle sensaciones, una vez se hubo saciado de su boca se lanzó a devorar su cuello, que sembró de besos y caricias. Cuando llegó al hueco entre su hombro y su pulso, le dio un ligero mordisco que le hizo soltar un grillo.

—Es mejor de lo que creí, Rose. Voy a disfrutar con esto, se lo prometo —dijo él.

—¿De qué está hablando? —murmuró ella, obnubilada.

—De nada, solo disfrute, déjese llevar...

Rose asintió y cerró los ojos al notar que la mano diestra del hombre se deslizaba de su cintura a su pierna para tirar de la tela y comenzar a subirle la falda. No supo cómo reaccionar, tenía los labios de Leonard enterrados en su escote, la cabeza nublada de deseo y los dedos expertos subiéndole por su muslo mientras le apartaban las enaguas. Así se encontraban cuando las puertas de la terraza se abrieron de forma repentina, y la conocida voz de su hermana logró que Rose abriera los ojos y volviese la cabeza de golpe.

—¿Camelia? —murmuró Rose, más roja que la flor que la nombraba, al ver que no estaba sola. Había al menos diez personas con ella, aquello era una pesadilla—. Oh, Dios, suélteme, Leonard, por favor...

—¿Por qué? —inquirió él y sonrió de medio lado.

—¡Te ha pedido que la sueltes, cabrón! —exclamó lord Theodore Barnett, hermano pequeño de Edward y mejor amigo de Rose.

Leonard se mantuvo firme y Rose trató de alejarse para salvar la situación, tan avergonzada que rozaba el punto de las lágrimas. Y al ver que no pensaba alejarse, Theodore se lanzó hacia él y lo apartó de un empujón, antes de propinarle un puñetazo que lo lanzó de espaldas. Rose gritó, como las mujeres que acompañaban a Camelia.

Leonard miró al otro hombre sin dar crédito, y antes de que pudiesen detenerlo se formó una pelea.

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Rose Stuart ha ocasionado una pelea entre dos hombres! —exclamó Lauren para consternación de Rose, que no pudo contener más las lágrimas.

—¡Parad!, ¡basta ya, dejadlo! —chilló abochornada.

—¡Theo, por favor, suéltalo! —rogó Camelia.

Los comentarios no cesaban y Rose creyó morir al ver la sangre empapar la camisa de su amigo y el rostro de Leonard. La palabra se repetía en boca de los testigos una y otra vez: «escándalo». Nadie había llegado a ver lo sucedido entre los dos, los apasionados besos que se habían dado, pero encontrarla en la terraza en brazos de Leonard iba a levantar habladurías. Su reputación se había visto comprometida, en el grupo que los había pillado *infraganti* estaban no solo su hermana y la señorita Bedford, sino varios de los invitados.

Para empeorar más la situación, el anfitrión, Edward, entró en la terraza al ver el alboroto y soltó un grito para detener la pelea. Todos se volvieron, y Leonard se limpió la sangre de la nariz, antes de erguirse con orgullo.

—¿Qué diablos significa esta majadería? Explícate, Theo —pidió Edward.

—Este cerdo se estaba aprovechando de Rose —dijo Theodore y escupió, antes de limpiarse la sangre con la manga—. Si no llego a alejarlo la habría deshonrado.

—Eso ya lo ha hecho ella sola, prácticamente se me ha lanzado encima —contestó Leonard—. Llevaba toda la noche mirándome, esto es únicamente la consecuencia.

Rose miró a Leonard sin dar crédito. ¿Cómo podía decir algo así?

—¿Cómo se atreve? —le interpeló, humillada.

—¿Acaso no es verdad? Muchos lo han visto, mi hermana entre ellos.

—Sea cierto o no, debe rendir cuentas, lord Bedford. ¿Ha tocado a mi protegida? Le corresponde restaurar su honor —dijo Edward.

Se produjo un silencio sepulcral y Violet se acercó a su marido para susurrarle al oído y no causar más alboroto. Sin embargo, Rose lo oyó y se sintió palidecer.

—No empeores más las cosas, Edward, llévate a tu despacho, por el bien de Rose —dijo Violet.

—El daño está hecho, la gente no sabe lo que ha pasado, pero lo que no sepan se lo inventarán —negó Edward y se volvió de nuevo hacia Leonard—. Bien, lord Bedford, ¿acepta un compromiso con Rose?

—No, por supuesto que no. ¿Por quién me toma? —resopló el futuro marqués.

—Entonces me veo en la obligación de retarlo.

—Y yo rechazo el duelo —contestó Leonard—. Por Dios, ¿se está escuchando, lord Barnett? Somos lores de Inglaterra y esta desvergonzada no es más que una plebeya. No es digna de llamarnos amigos, y mucho menos de que luchemos por su «honor».

Edward tensó los puños y los músculos de la mandíbula. Tendría que haber dejado que Theo le partiese las piernas a semejante hijo de puta. No podía creer que hubiese un hombre tan ruin en la faz de la tierra; dejar a una mujer en tela de juicio y rechazar un duelo de honor era vergonzoso. La voz de Leonard lo sacó de sus ensoñaciones, tan alegre como si nada hubiese sucedido.

—Me largo de aquí, esta fiesta está viciada —anunció tranquilo—. Queden con Dios, buenos señores, señoritas, bellas damas.

Dicho lo cual se alejó por las escaleras de la terraza en dirección al jardín, y Rose creyó que la tierra podría tragársela al sentir tantos ojos fijos en ella. Su fiesta de debut había sido un escándalo, y no tenía ni idea de qué iba a ser ahora de ella.

Capítulo I

La competición



El bamboleo de los caballos movía la cabina del carruaje de lado a lado entre los baches, y las dos muchachas cruzaron una mirada con su madre, y esta a su vez con el único hombre que las acompañaba, su hijo mayor. El camino estaba embarrado e inestable debido a la lluvia y los granizos, que rebotaban sobre la capota como pequeños toquecitos de tambor; se había levantado una buena tormenta. La perspectiva de dejar Plymouth, soleada ciudad costera de la campiña sur, para instalarse en la sombría Londres no le hacía demasiada gracia a Maxwell que, aburrido, apoyó el rostro sobre la mano para observar a su hermana pequeña dibujar formas circulares sobre el vaho que empañaba el cristal.

—¿Qué creéis que querrá? —preguntó Magdalene, la mediana de sus hermanas.

—¿Conociéndola? Seguro que pretende encasquetarnos un marido desagradable. Eso, o que vivamos con ella para acallar algún escándalo del que no tenemos constancia —contestó Marianne, la menor, y detuvo el dedo sobre la flor que acababa de dibujar, que goteó hasta perderse ventana abajo—. ¿No crees tú lo mismo, mamá?

—Creo, hija, que estás siendo un tanto injusta con ella —contestó Adeleide—. Que la vizcondesa viuda de Hale nos ofrezca vivir en Bedford Park es una oportunidad que no debemos dejar escapar, es la madre de vuestro difunto padre, nunca lo olvidéis, hijos, pertenecéis allí tanto como vuestros primos.

—Ya, qué consuelo... eso podía haberlo pensado antes de mandar a papá al diablo —insistió Marianne y se volvió hacia su hermano—. ¿Verdad que tengo razón, Max?

—En parte. Desde luego, es muy sospechoso que nos mande llamar al poco tiempo de la muerte del tío Maurice y tras varios años sin hablarnos —admitió él—. Pienso, madre, que Mar tiene razón, la abuela oculta algo. El qué, aún debemos averiguarlo.

—A lo mejor el asunto es mucho menos sórdido de lo que pensáis —intervino Magdalene—. Tal vez solo nos ha convocado a la lectura del testamento del tío Maurice.

—¡Pues qué desagradable sería de ser eso cierto! Una vieja ricachona y solitaria que no disfruta de la compañía de su familia más que cuando se muere alguien... ¡brrrrr! —exclamó Marianne y se frotó los brazos como si tuviera un escalofrío.

La madre de los tres jóvenes, la respetable viuda Adeleide Bedford, no contuvo una risa. Marianne era todo un caso, a sus dieciséis años apuntaba maneras para ser una alborotadora: traviesa y soñadora como pocas. Magdalene, por otro lado, era el recato y la timidez hechas carne, una hermosa dama de perfectos modales y sueños que, de haberse quedado en Londres bajo la tutela de su abuela, *lady* Arabella, tendría la tarjeta de propuestas matrimoniales llena.

Dios la había bendecido con dos hijas opuestas como la noche y el día; y luego estaba el sol que las eclipsaba, Maxwell. Su primogénito era la viva imagen de su padre: encantador, pícaro y con un carácter que atraía a las mujeres como polillas a la luz. Que además fuese atractivo y no se molestase en ocultar su carisma parecía molestar a su abuela, que veía en él un reflejo de su difunto hijo.

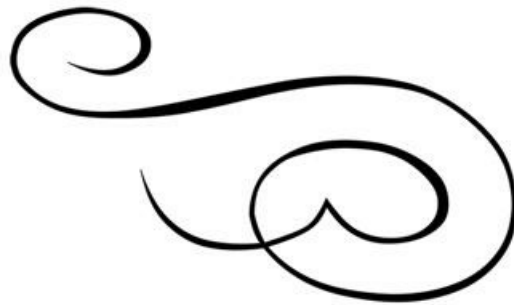
Por eso, que les hubiese escrito la carta tras años de silencio era, como mínimo, intrigante.

—No la ofendáis con ese tipo de comentarios, hijos, *lady* Arabella es una dama de las de la vieja escuela, no tolerará insolencias ni cotilleos bajo su techo —dijo Adeleide y prosiguió, al ver que Marianne pretendía protestar, a juzgar por su mohín—. Sea cual sea el motivo de la visita lo sabremos pronto, ya casi hemos llegado.

Los tres jóvenes acercaron el rostro a las ventanas para ver que, de hecho, estaban cruzando las empedradas calles del distrito de Mayfair y a punto de llegar a su destino, Bedford Park, el n° 21 frente a Grosvenor Square, la mansión ancestral de su familia. Cuando Arthur, su cochero, detuvo el carruaje y abrió un enorme paraguas frente a la portezuela, Maxwell tiró de la manilla y bajó de un salto.

—Bienvenidos a Bedford Park, señor, señora y señoritas —anunció Arthur.

Y así, entre cortinas de lluvia y granizo llegaron al que antaño llamaban hogar.



La mansión familiar permanecía justo como Maxwell recordaba: una enorme propiedad de estilo colonial, fachada de ladrillo rojo y columnas blancas con un coqueto jardín delantero salpicado de árboles, setos, fuentes para los pájaros, y un camino de baldosas de terracota que conducía hacia la puerta blanca desde la baranda de hierro forjado. Decidido a terminar con la incógnita, el joven le ofreció el brazo a su madre, que se enganchó de él para caminar hacia la casa seguidos de las dos muchachas. Cruzaron el camino a toda prisa, y cuando llegaron a la puerta tiraron de la aldaba.

No pasaron ni dos minutos antes de que una mujer madura vestida con cofia y uniforme azul marino les abriese la puerta.

Maxwell la reconoció y una sonrisa elevó sus labios, gesto que devolvió el ama de llaves antes de poner los brazos en jarra.

—¿Así recibes al niño de tus ojos, Constance?, ¿es que no vas a darme un abrazo? —saludó Maxwell, y abrió las manos en un claro gesto de invitación.

—El niño de mis ojos ha crecido bastante desde la última vez que lo vi, parece. ¡Menudo hombretón se nos ha vuelto! —resopló Constance, que aceptó el abrazo, antes de alejarse sin perder la sonrisa—. Me alegro mucho de verle, señorito Maxwell.

—Y yo a ti, bollo de canela, no sé qué he añorado más, si tus platos o tus regañinas.

—¡Ja! No se aflija, tendrá tiempo de ponerse al día con ambas —dijo ella y se volvió hacia la señora y sus hijas—. Pero entren, por favor, no se queden paradas en el umbral como si fueran desconocidas.

Los recién llegados se apresuraron a seguir la sugerencia mientras Arthur llevaba el carruaje al cobertizo. Una vez dentro, Constance recorrió a los niños, que ya no lo eran, con mirada analítica. Habían crecido desde que dejaron la casa, ya no había ni rastro del adolescente y las dos chiquillas que despidió entre lágrimas.

—No has cambiado ni un poquito, Constance —señaló Marianne.

—Usted, por el contrario, ha cambiado demasiado. La última vez que la vi no se soltaba de la mano de su muñeca de trapo, Miss Dolly —respondió la sirvienta—. Me alegro mucho de verlas, señoritas, y a usted también, señora Adeleide.

—Nosotras podríamos decir lo mismo, Constance, esto se siente como estar en casa —sonrió Adeleide.

—Y dinos, querida Constance, ¿sabes por qué nos ha hecho llamar la abuela? —inquirió Magdalene mientras se limpiaba las gotas de agua con un pañuelo.

—Oh, pues...

El ama de llaves no pudo terminar la frase antes de que dos figuras que conocían muy bien aparecieran bajo el arco que conducía desde el *hall* al gran salón. Maxwell sintió la sorpresa y el desagrado golpearle el estómago como un puño, pero se contuvo de reflejar ninguna expresión que delatara sus emociones. En vez de ello aguardó mientras sus primos se acercaban con marcadas expresiones de sorpresa.

—Maxwell, tía Adeleide, ¿qué hacéis aquí? —inquirió el hombre.

—Lo mismo podríamos preguntar nosotros. ¿Qué hacéis aquí Lauren y tú? ¿También os ha llamado la abuela? —soltó Marianne, que no se preocupa de apariencias.

—Que yo recuerde, querida prima, a mí aún no me han desterrado, no necesito una invitación para ir y venir a mi antojo por esta casa.

—Y, sin embargo, te ha tomado por sorpresa vernos aquí —intervino Maxwell—. No sabrás tanto de lo que se cuece si se te ha quedado tamaña cara de lerdo, Leonard.

El otro hombre frunció los labios y se adelantó un par de pasos, pero la joven a su lado, su hermana, lo retuvo sujetándolo por un brazo para evitar que montaran una escena. Disgustar a la vieja vizcondesa viuda no entraba en sus planes.

—No te rebajes, Leo, no merece la pena —dijo Lauren y elevó las cejas—. Es obvio a qué los ha hecho venir la abuela. Como tío Maurice falleció hace poco, les habrá dejado alguna migaja en herencia... No es de gente decente humillar a la familia directa, y menos si son pobres.

—Pobres, sí, pero decentes, señorita —contestó Adeleide.

—Eso, querida, será yo quien lo decida.

La intervención los tomó por sorpresa a todos, que se volvieron para ver a la vizcondesa viuda de Hale en lo alto de las escaleras, digna y estoica como una emperatriz. *Lady Arabella Bedford* comenzó a descender por la marmolea escalinata con una gracia sorprendente para una mujer que pasaba las ochenta primaveras. Y, como en una obra bien ensayada, al llegar al *hall* se detuvo bajo la araña de cristal y miró a sus dos nietos.

Maxwell soportó el escrutinio sin mover ni un músculo, pero la fría mirada azul de la anciana

le traspasó el pecho como un hierro candente.

Al volver la cabeza para mirar a su primo, vio que Leonard también estaba incómodo bajo aquel silencioso examen.

—Seguidme, los dos, tenemos asuntos de los que hablar —dijo.

Sin esperar una respuesta se volvió, para comenzar a caminar hacia el despacho que en algún momento había pertenecido al padre de Maxwell. El joven cruzó una mirada con su primo antes de seguir a la dama; una vez dentro cerró la puerta con la curiosidad burbujeando en su pecho. Había alcanzado el punto máximo, y la expresión de *lady* Arabella no hizo sino aumentarla. Fue Leonard el primero en romper el silencio, expresando en voz alta las dudas que Maxwell también compartía.

—¿Qué significa esto, abuela? ¿A qué viene esta repentina premura? —dudó.

—Tomad asiento —pidió ella, que se acercó al butacón junto a la chimenea para servirse una taza de té a la que añadió un chorro de licor, para asombro de Maxwell—, no querréis estar en pie cuando oigáis las noticias.

—Estoy perfectamente, di lo que tengas que decir.

—No seas insolente y obedece de una vez, muchacho. Lo mismo va por ti, Maxwell.

Ambos primos cruzaron una mirada antes de sentarse cada uno en una de las sillas de piel remachada que había frente al sofá, al otro lado de una mesilla de caoba. Tras dar un par de sorbos a su infusión, la vizcondesa posó la taza sobre el platito.

—Os estaréis preguntando qué hacéis aquí, por qué os he reunido a los dos el mismo día, cuando hace tantos años que la familia de mi hijo Frederick abandonó esta casa... —dijo, y continuó al ver que asentían—. Antes de ayer recibí una noticia de lo más perturbadora. Estaba enfrascada en mi lectura de prensa matutina cuando me llegó una carta, en ella se me notificaba lo ocurrido a mi querida amiga, *lady* Clemence Fitzgerald. Ha sufrido un ictus que la ha dejado sin habla y postrada en una cama.

—Lamento oír eso, conozco a su nieta y es agradable —comentó Maxwell.

—Sí, desde luego que lo es, como todas las chiquillas que buscan a un mozo rico al que amarrar. Sin embargo, desde que lo supe no he podido conciliar el sueño —explicó *lady* Arabella—. Clemence es varios años más joven que yo y su vida está rota; y qué decir de mi pobre hijo, Maurice, muerto en una cacería a los cincuenta y dos años.

—¿Adónde quieres llegar, abuela? —inquirió Leonard.

—A que veáis la futilidad de la vida humana, niño impaciente. Me he dado cuenta de que un día estamos aquí y al siguiente... ¡ah, en fin! Temo que ya no soy joven y, por desgracia, Dios me ha puesto las cosas difíciles: tuve cuatro hijos y tres de ellos están muertos y la otra tras los muros de un convento. Mi primogénito, Maurice, no tuvo hijos antes de irse. Mi Ann ya no podría concebir ni aunque así se lo propusiera; tu padre, Leonard, está muerto, como bien sabes. Y en cuanto a Frederick, tu padre, Maxwell...

—Lo sé, no es necesario que lo repitas —cortó él, pues aún le dolía.

La mujer se compadeció y, por un instante fugaz, Maxwell creyó ver un atisbo de dolor crudo en sus claros ojos azules. *Lady* Arabella tomó la tacita y dio dos largos sorbos antes de dejarla a un lado, ya vacía, y alisarse las arrugas del vestido de satén *ciselé*.

—Ya veis, soy muy rica, criada en cuna noble con linaje intachable, y me he quedado sin herederos que le den continuidad a la familia Bedford —explicó—. Vosotros sois mis únicos nietos varones y, de ser otras las circunstancias, no le hubiera dejado mi legado a ninguno... pero estoy desesperada.

—¿Por qué no? Soy un hombre intachable, campeón de esgrima, de tiro y mecenas de las

artes, ¡he hecho más donaciones al Royal Opera House que nadie de esta ciudad! —exclamó Leonard y se puso en pie, indignado—. Si alguien merece el título soy yo.

—Tal vez, pero, sea como sea, no eres mi único nieto. Maxwell no será responsable por mis errores. Me arrepiento de no haber arreglado las cosas con su padre, y el destino me lo arrebató antes de tiempo. Ahora lo daría todo por tenerlo aquí conmigo, y si recibir a su esposa y a sus hijos y darle a mi nieto la oportunidad de luchar por su legado me hace ganar puntos ante San Pedro, que así sea.

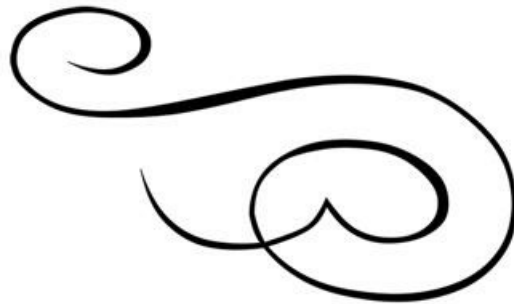
El comentario alertó a Maxwell, que elevó las cejas y la miró.

—¿A qué te refieres con «luchar por mi legado»? ¿de qué estás hablando? —dudó.

—Hablo de que solo legaré mi fortuna a aquel que demuestre ser merecedor de ser el vizconde de Hale y el dueño de mi fortuna —respondió lady Arabella—. No conozco mucho a ninguno de los dos, pero, por lo que he oído, estáis cortados por el mismo patrón. Demostradme que estoy en un error, que sois dignos, y tendréis el premio.

Maxwell y Leonard cruzaron una mirada, y ante la perpleja mirada de su abuela, Leonard se levantó y salió de la habitación como un pequeño vendaval, dejando solos a la anciana y a su primo. Para Maxwell aquello representaba una doble oportunidad: primero, porque resarciría a su familia del dolor que *lady Arabella* les había causado al expulsar de Bedford Park a su padre. Segundo, porque podría cumplir su sueño, el sueño que su padre y su madre le habían inculcado: abriría una escuela libre para todos, sin importar título, raza o posición.

Y lucharía con uñas y dientes por lograrlo. Así, tras una breve despedida, salió del despacho con la resolución inundando sus venas.



No fueron necesarios más que unos pocos días para que Maxwell, la señora Adeleide, Magdalene y Marianne se instalaran y habituaran a la vida en Bedford Park. No en vano había sido su hogar durante años. Su padre, lord Frederick Bedford, era el hijo menor de *lady Arabella*, y también el que más contrastaba con ella. A diferencia de su hermano Maurice y del padre de Leonard, George, Frederick poseía un carácter pícaro, abierto y alegre. Le gustaba mezclarse y confraternizar con gentes de toda clase, no hacía distinciones entre nobles, ricos y pobres; y así fue como conoció a su esposa.

Adeleide era holandesa, una inmigrante que se ganaba la vida vendiendo libros usados con un carrito por los barrios extranjeros de Londres. Así fue como Frederick la conoció. Fue el amor por la literatura lo que los unió, y sus sentimientos crecieron como un rosal en primavera. Por

eso, cuando ella quedó encinta la boda se celebró a pesar de su origen. La vizcondesa se opuso, pero no le quedó más remedio que aceptarla si no quería perder a su hijo...

Y Maxwell, Magdalene y Marianne fueron el resultado de ese hermoso amor.

Sorprendentemente, no fue su origen humilde, sino la noticia de que su sueño era abrir una escuela lo que colmó la paciencia de *lady* Arabella e hizo que expulsara a Frederick de Bedford Park junto a su esposa e hijos. Y de aquello hacía ya una década. La familia se instaló en Plymouth, donde Frederick comenzó a ejercer de profesor... y el resto era historia. Volver a Bedford Park a sus veintiséis años cuando llevaba media vida en la campiña se sintió extraño; familiar, pero extraño. «Bueno», razonó Maxwell, la vida social de Londres era mucho más agitada que la de Plymouth, y si allí solía triunfar entre las damas, no tenía duda que sería lo mismo en Londres.

Tenía mil y una cosas por hacer, empezar a fraguar una estrategia para ganar el favor de su abuela parecía lo apremiante.

Eso estaba pensando cuando Marianne abrió la puerta con un estruendo. Parecía agitada, se abanicaba el rostro con la mano y sus mejillas estaban rojas, como si hubiese venido corriendo. Magdalene y Maxwell elevaron la mirada de sus respectivas lecturas y la recién llegada se sentó sobre el sofá con un jadeo.

—¿Qué ocurre, hermanita, por qué te dejas caer así, como un saco de semillas?, ¿acaso ha ocurrido algo mientras estabas fuera? —dudó Magdalene.

—¡Vaya que sí, y no os lo vais a creer cuando os lo cuente! —exclamó Marianne a toda velocidad mientras trataba de recuperar el aliento—. Resulta que estaba dando un paseo por Rotten Row junto a Sarah, y no os vais a creer lo que oímos.

—Resuelve ya el misterio, Mar, lo estás deseando —animó Maxwell.

—Ya voy, ya voy, solo estaba ordenando mis ideas —dijo ella—. Cuando estábamos a punto de llegar a los campos deportivos, una de las doncellas de la señorita Sinclair se acercó para hablar con Sarah; ya sabéis que las criadas se suelen conocer entre ellas, así que me acerqué a saludar yo también... y tras un montón de charla insustancial salió el tema de que acabábamos de mudarnos de Plymouth. Ese dato pareció sorprender a la chica, Polene, creo que se llamaba, y se puso colorada.

—¿Por qué, que tiene de raro que vengamos de Plymouth? —dudó Magdalene.

—Eso nada, pero le hizo recordar un chismorreó que oyó en la casa en la que trabaja, la nueva comidilla entre los criados, según nos dijo. Al parecer, hace un par de semanas fue la fiesta de debut de Rosie aquí, en Londres.

El comentario hizo elevar los ojos a Maxwell de la novela que estaba leyendo, no esperaba aquello. Hacía tanto que no veía a la joven que había olvidado que estaba a punto de cumplir los dieciocho años.

—¿Te refieres a Rose, la hija del brigadier Stuart? —preguntó para asegurarse.

—¡Pues claro! ¿A qué otra Rose conocemos más que a ella, que sea de Plymouth? —resopló Marianne—. Ahora callad y dejadme terminar. Como decía, su debut se celebró hace unos cuantos días, y al parecer fue una fiesta muy polémica.

—¿Por qué? —inquirió él.

—Dicen que la vieron en los brazos de un caballero en el balcón de Braithbury Hall, no sé qué estarían haciendo... pero nada bueno, según nos insinuó Polene. Pero esperad, que aún no os he contado la peor parte.

—¿Qué puede ser peor que ser objeto de calumnias, Marianne? —dudó Magdalene.

—Que el hombre con el que dicen que estaba no era otro que nuestro primo, Leonard —

finalizó ella.

Los tres hermanos se miraron en silencio, cada uno más perplejo que el otro. Aquello debía ser una broma, tenía que serlo, no podían estar refiriéndose a Rose. ¡Y decían que estaba con Leonard, de entre todos los hombres! No, definitivamente tenía que ser un rumor malintencionado.

—No me lo creo, Rosie es mi amiga, y no es una fresca que busca restregarse a escondidas con mujeriegos como él —negó Magdalene.

—Eso mismo pensé yo, pero al parecer hubo testigos, Madie —suspiró Marianne.

—No me lo digas, nuestra prima y un montón de sus conocidas estaban entre ellos —aventuró Maxwell—. Apuesto a que conducidos allí por el propio Leonard.

—No lo sé, lo que sí sé, Max, es que se está cotilleando en todas partes sobre ella. Cielos, ¡me da mucha pena Rosie! Acaba de debutar y ya está sumida en un escándalo —dijo Marianne y arrugó la nariz—. Odio esta ciudad, ojalá nos hubiésemos quedado en Plymouth como quería papá. ¿Os imagináis que algo así me sucediera a mí?

—No lo permitiría, hermanita. Si alguien trata de aprovecharse de cualquiera de vosotras se las tendrá que ver conmigo.

—Gracias, Max, no sé qué sería de nosotras sin ti.

Él sonrió, después se produjo un silencio en el que se sumieron en sus pensamientos. Tal como había dicho Magdalene, pensó Maxwell, Rose Stuart no era una casquivana, una de esas mujeres a las que no les importaba el riesgo de yacer con un hombre con tal de disfrutar de los placeres. No, la última vez que la vio, cuando ella tenía apenas catorce años, antes de que las Stuart se mudaran a Londres tras la muerte del brigadier en la India, le había dejado claras sus intenciones: jamás se casaría con un caballero común y corriente, quería vivir una historia de las que marcaban el alma.

Luego le dejó en claro que nunca lo elegiría a él. Y no podía culparla, ya que no dejaba de sacarla de quicio.

—Bueno, sea cierto o no, hay que hacer algo, no pienso dejar que arruinen a Rose —declaró Marianne—. Pienso ir a hablar con Leonard ahora mismo para exigirle una explicación. ¡Se va a enterar ese patán de quién soy yo!

—Pues yo creo que lo mejor sería ir y consolar a Rosie, debe de estar muy afectada —dijo Magdalene y soltó un suspiro—. Voy a escribirle una nota al duque de Braithbury anunciando nuestra visita, tal vez no tengan ánimos de socializar por el momento.

—No será necesario, iré yo mismo a hablar con ella mañana. Si es cierto que nuestro primo ha tenido algo que ver con todo esto, la ayudaré —dijo Maxwell, ganando miradas sorprendidas de sus hermanas, por lo que prosiguió—. Podéis venir conmigo, si queréis, de ese modo os pondréis al día con Violet y Camelia, estoy seguro de que no se lo esperan.

—¡Maxwell, qué magnífica idea!, ¡claro que iré, será estupendo darles una sorpresa! —exclamó Marianne.

—Yo también iré, las he echado mucho de menos a todas —asintió Magdalene, que se levantó para sentarse junto a su hermano para darle un toque en la mejilla—. Eres un caballero muy atento y considerado bajo de esa absurda capa de descarado superficial que te empeñas en llevar, Max.

—Tal vez, pero no se lo digas a nadie, no vayas a arruinar mi reputación...

Las dos jóvenes rompieron a reír y el hombre se unió, no podía negar sus palabras. La idea había acudido a su mente de forma repentina, pero en todo aquel desastre Maxwell vio la oportunidad perfecta para solucionar los problemas de Rose y los suyos propios. Ayudaría a la

pecosa a limpiar su nombre y a la vez cumpliría sus sueños. Qué esperara su primo, las piezas del juego estaban a punto de alinearse.

Capítulo II

Una solución inesperada



Braithbury Hall, Londres

Diciembre acababa de empezar, y con las Navidades tan próximas, Edward resolvió que la situación que estaban viviendo era insostenible. Desde su escandaloso debut tres semanas antes, Rose había pasado por varias fases: primero lloró como una plañidera, nunca en su corta vida se había sentido tan humillada y traicionada; su espíritu alegre, confiado y espontáneo se resintió y desahogó de esa forma, con lágrimas.

Después entró en un período de ira y rompió sus jarrones de porcelana, sus enseres de aseo y sus perfumes, incluso desgarró su almohadón de plumas. Pero esa etapa duró apenas un día, y al siguiente entró en la de la vergüenza: se encerró en su habitación como una prisionera, únicamente salía para ver a los caballos en las caballerizas de la mansión. Pedía que le subiesen la comida y la cena a su cuarto, y nunca desayunaba. Había perdido algo de peso, tanto sus hermanas como su madre estaban muy preocupadas. Cuando Violet entró aquella mañana en su despacho y dio un fuerte golpe sobre la mesa, el coronel Barnett elevó sus claros ojos verdes para hundirlos en los de su esposa, del mismo color.

—Esto tiene que acabar, Ed, ¡no soporto ver así a Rose! —exclamó Violet—. Por favor, llevémosla de vacaciones, debemos alejarla de Londres... no pienso presenciar cómo entra en una espiral que le ahogue el alma.

—¿Crees que no soy consciente, Violet? —dijo Edward y suspiró para calmarla—. Rose es mi protegida y la adoro, mataría al hijo de puta de Leonard Bedford con mis propias manos si no fuese tan cobarde como para negarme la oportunidad. ¿Campeón de esgrima y de tiro? ¡Ja! Quisiera yo ver eso.

—¿Y qué hacemos entonces, esperar? Me niego, Rosie no está...

—Tranquilízate, Violet, había pensado en ello, no presupongas que he estado ocioso —interrumpió él—. Hoy en la comida expondré mis pensamientos y oiré las propuestas de todos los miembros de la familia, a ver si llegamos a la mejor solución para este asunto.

La joven suspiró y se acercó para sentarse sobre la mesa del escritorio, besarlo y acariciar la ondulada mata de rizos rubios como el trigo tostado que decoraban su cabeza.

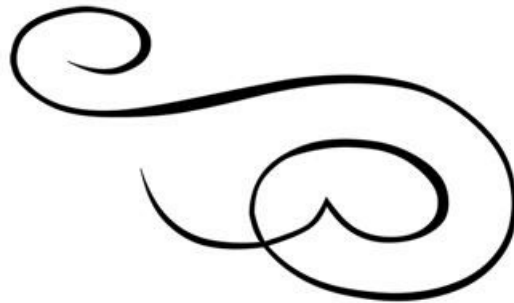
—Si tenemos una hija algún día, desearía que jamás deba enfrentarse a esto... —susurró Violet—. Los hombres pueden ser crueles, y alguien tan espontánea como Rose nunca debió cruzar su camino con un tipo así. ¿Qué diablos ha ganado al exponerla?

—Ese hombre es un conquistador, Violet, no ha ganado ni perdido nada, puede tener a la mujer que desee con solo chasquear los dedos. Para él, Rose solo es una más de las que ha

«catado» —contestó Edward—. No pienses más en eso ahora, ven aquí y dame otro beso, después bajamos al comedor y empezamos la reunión. Ya que Rose se niega a darnos la cara, mejor que no esté presente para oír lo que se va a decir.

—Sí, será lo mejor, conociéndola, se opondrá a todo.

Violet sonrió y se inclinó para atrapar sus labios con un beso tierno y cargado de amor. Después se alejó para encaminarse juntos a la puerta del despacho. La tormenta estaba cerca, aún no se había desatado, y en el fondo de su corazón el coronel y duque de Braithbury deseó poder capearla a tiempo.



Un cuarto de hora más tarde la mesa de Braithbury Hall se llenó con la excepción de un hueco. Al frente se sentaba Edward, a su izquierda, Violet. Frente a ella, al lado derecho del duque, el hermano mayor de este, William, y su esposa, Sylvia. Junto a Violet estaban Camelia y el hermano menor de los Barnett, Theodore. Luego la silla vacía de Rose y los hijos de William y Sylvia: Jeremiah y Lily. Por último, las abuelas de la casa, *lady* Florence Barnett, madre de Ed, Will y Theo; *lady* Marjorie, su hermana; y la madre de Violet, Camelia y Rose, la viuda Edith Stuart.

Trece asientos para una familia numerosa que se encontraba en conflicto. Fue Edward el primero en romper el silencio, y en cuanto se hubo servido el primer plato, una crema de verduras de temporada a las finas hierbas, se llevó la copa de *Chardonnay* a los labios y se aclaró la garganta.

—Creo que estamos todos de acuerdo en que la situación actual de Rose no puede prologarse por más tiempo. Quiero a esa chiquilla como a una hermana pequeña, y pienso ponerle remedio a su agravio de una vez —dijo y ganó las miradas de todos—. Si bien, antes de decir lo que opino, deseo oír lo que proponéis los demás. ¿Qué deberíamos hacer?

—Yo sugiero iniciar un rumor que hunda la reputación del hijo de perra de Bedford: pagarle con la misma moneda, así Rose se sentirá mejor —dijo Theodore.

—Sí, tal vez, pero eso no solucionará su situación personal —afirmó Edward—. ¿Alguna otra propuesta menos incendiaria?

—Como madre de Rose, este asunto me parte el alma. Mi niña es rebelde y menos delicada que una potranca, pero lo que le ha sucedido, y en su propia fiesta de debut, es denigrante para una mujer. Rose no se merecía algo así, ¿qué va a pensar ahora de los hombres, del matrimonio? ¿Qué son todos unos gañanes cortados por el mismo patrón? —contestó Edith, y se notaba la

pena en su voz—. Pienso que lo mejor para que recupere la confianza es llevarla a nuestra casa de Plymouth. Su padre se la dejó en herencia y además se crio allí, ver a sus amigas de la infancia podría hacerle mucho bien.

—Tiene razón en que alejarla de Londres es algo imperativo, señora Edith, pero Plymouth es su hogar, no va a encontrar distracciones reales allí —intervino William—. En mi opinión, Ed, hay que romper el molde y alejar su pensamiento por completo de ingleses, falsos caballeros y fiestas. Me ofrezco a llevar a Rose a Boston para que viva un tiempo allí conmigo y con Sylvia. A Rose le encantará, y más distracciones y aventuras que en América no va a encontrar, es la tierra de las oportunidades.

—Distraerla está muy bien, William, sí... pero, ¿ha considerado usted su futuro? —dijo Edith—. Rose acaba de debutar, va a cumplir dieciocho años en unas semanas, un incidente como el ocurrido con lord Leonard Bedford es ya una mancha en su reputación. Y si, además, la alejamos de la vida social inglesa, terminaremos por matar la poca popularidad que le quede.

Se produjo un silencio en el que todos sopesaron las opciones. Ambos, William y Edith, tenían razón en sus planteamientos, y *lady* Florence decidió intervenir.

—Debo posicionarme con Edith, hijo, está en lo cierto. Créeme, no intento hacer de alcahueta; aprecio sinceramente a Rose, por eso te advierto que, si os la lleváis de Londres ahora vais a ponerle difícil el encontrar un marido adecuado —dijo.

—No creo que Rose tenga ganas de pensar en maridos en estos momentos, madre, aunque veo tu punto y sé que tienes razón —suspiró Edward y se volvió hacia Violet—. ¿Qué piensas tú, amor mío?

—Pienso que ambos tienen razón, debemos tener en cuenta muchos factores antes de tomar una decisión que pueda perjudicar a Rose a largo plazo. Conozco a mi hermana mejor que nadie, y sé que, aunque se siente dolida... no, más bien «humillada» —se corrigió Violet—, no ha renunciado al amor. Ella soñaba con ese patán de Bedford porque creyó ver en él un eco tuyo, Edward: varonil, valiente, exitoso y con un buen corazón. Rose siempre te ha tenido como ejemplo del hombre perfecto y aspiraba a encontrar un marido así, alejado de lo que la mayoría de caballeros representa... nobles como Lincoln Penley y Thomas Roswell, ya me entendéis.

Todos asintieron, conscientes de aquellas verdades, así que Violet prosiguió.

—Si os la lleváis a Boston, Will, Rose se entretendrá con mil y una cosas, pero en un tiempo sus opciones habrán disminuido, sus opciones reales de poder elegir a quien desee y no a un hombre que solo busque estar con ella por su enorme fortuna —dijo—. Por eso debe permanecer en Inglaterra, tener vida social y relacionarse, aunque sea lejos del ojo del huracán. Creo que la opción de Plymouth es más aceptable, si no se nos ocurre nada mejor. Al menos en casa tenemos muchas amistades leales y gente que la ayudará.

—Tú misma me explicaste que los hombres de Plymouth son pusilánimes, mi vida, Rose nunca encontrará allí un hombre que le atraiga —señaló Edward.

—Es la mejor solución que tenemos por el momento, Ed, al menos si no se presenta otra solución —intervino Camelia—. Sea como sea deberíamos preguntarle a Rose, tal vez ella arroje algo más de luz en este asunto. ¿Debería ir a buscarla?

—No, dejémosla tranquila un poco más —negó Edward—. Me gustaría haber alcanzado una conclusión antes de decir nada, ya que mi idea se aleja un poco de las vuestras. Por el momento terminemos de comer, tengo mucho en qué pensar.

—Así se hará, sobrino —asintió *lady* Marjorie.

Todos asintieron y por mutuo acuerdo sacaron otros temas mientras terminaban la comida, que consistió en un asado de perdiz sobre lecho de col y cebolla roja y un *soufflé* al ron. Solo cuando

se hubieron servido los cafés y los chocolates para los niños, Edward dio por terminada la comida y se retiró a su despacho. Como había dicho, tenía mucho en qué pensar, la decisión que se le presentaba no era sencilla. ¿Qué podía hacer?

Como tutor legal de Rose su deber era protegerla y velar por ella, nunca se le pasó por la cabeza que pudiese pasar algo así en su fiesta. De haberlo sabido jamás hubiese invitado a Leonard Bedford, si bien, al ser este el marqués de Eastwyn estaba prácticamente obligado como duque de Braithbury a soportarlo. Ahora las cosas eran diferentes, claro, pero no dejaba de sentirse culpable, como si hubiese roto la promesa hecha a su difunto mentor, el padre de Violet, Rose y Camelia, aquel al que admiraba como a un héroe.

«¿Qué pensarías de mí ahora, Thomas, si vieras lo que le ha ocurrido a tu hija? Soy el peor tutor que jamás ha existido», se fustigó mientras se servía una generosa copa de coñac de su mesita de licores. Dio un largo sorbo y se terminó el vaso antes de volver a llenarlo y dejarse caer en el butacón de piel tras su escritorio.

«¿Qué puedo hacer?», volvió a pensar, mientras sopesaba las propuestas hechas por su suegra y sus hermanos. Eran válidas, incluso la de Theo, pero todas tenían contras casi tan perjudiciales como no hacer nada. Exasperado, se llevó el vaso a los labios y lo terminó, para posarlo, ya vacío, con un golpe que volcó la bandeja de correo que descansaba sobre la esquina del escritorio.

«Maldita sea», gruñó Edward, y se agachó para recoger las cartas que se habían desparramado sobre la alfombra. En eso se encontraba cuando un par de toques sobre la puerta le hizo elevar la cabeza y darse un golpe en la frente contra la mesa. Edward farfulló una maldición antes de soltar un irritado «adelante».

El señor Hubbert apareció en el umbral y le observó, perplejo, antes de hablar.

—¿Necesita ayuda, lord Edward? —preguntó el mayordomo.

—No, no te preocupes por mí, Francis, estoy bien —negó Edward, que se puso de pie con un suspiro—. ¿Qué ocurre, querías algo?

—Vengo a avisarle de que han llegado visitas y les he hecho pasar al patio cubierto, tal vez le interese salir a recibirlos.

—¿Visitas? —repitió el coronel, perplejo, pues no esperaba a nadie—. ¿Quién es?

—Lord Bedford y las señoritas Bedford, milord.

«¿Lord Bedford? Tiene que ser una broma», pensó furioso. «¿Cómo se atreve a venir después de lo que le ha hecho a Rose?». Si el desgraciado de Leonard creía que podía venir a su casa a reírse en su cara y herir aún más los sentimientos de su protegida estaba de lo más equivocado, y la paliza que le iba a meter le haría pensárselo dos veces antes de volver a acercarse a cien metros de Braithbury Hall.

Enfadado, Edward se encaminó a la puerta y se cruzó con el señor Hubbert, que le observó preocupado mientras cruzaba el pasillo en dirección al *hall*.

El patio ajardinado estaba al otro lado del salón, así que atravesó la sala en cinco zancadas para plantarse bajo las puertas acristaladas del jardín. Su sorpresa fue mayúscula al notar la escena que estaba teniendo lugar: Violet, Camelia y Theodore estaban hablando de forma animada con las tres figuras que acababan de llegar. Y el caballero que estaba de pie bajo la palmera india confraternizando con su hermano, su esposa y su protegida no era lord Leonard Bedford; era otro hombre, uno al que no conocía en absoluto.

Junto al desconocido se sentaba una muchacha muy guapa, rubia y alta, de postura recta y ojos grisáceos. Le recordó mucho a Camelia, ambas poseían una dulzura que las hacía brillar con luz propia, a pesar de no querer ser el centro de atención de la escena. La mencionada sonrió y la

alegría le llegó a los ojos, dándole a Edward la impresión de que su amabilidad era sincera. Junto a ellos había una joven más bajita, de complexión robusta y redondeada; poseía un precioso cabello dorado y una expresión risueña.

¿Quién demonios era esa gente? No tenía la menor idea, pero Violet y Camelia sí parecían conocerlos, pues mostraban sendas sonrisas mientras conversaban con las recién llegadas. Como si notara su presencia, el hombre se volvió e inclinó la cabeza a modo de saludo, antes de romper el silencio y alertar a los demás.

—Coronel Barnett, me alegro de conocerlo finalmente, me han hablado mucho y muy bien de usted —dijo ofreciéndole una mano, que Edward se adelantó para estrechar.

—Diría lo mismo de haber tenido el placer, señor...

—Ah, cierto, supongo que ni siquiera debe saber quién soy. Lógico, puesto que mi familia y yo acabamos de llegar desde Plymouth —sonrió él y se presentó—. Me llamo Maxwell Bedford, soy el nieto de la vizcondesa de Hale, y estas dos preciosas jóvenes son mis hermanas, *lady* Magdalene y *lady* Marianne.

La expresión de Edward se nubló al escuchar el nombre, era un pariente de Leonard. «Seguramente su hermano pequeño, parece algo más joven», pensó molesto.

—Y dígame, lord Bedford, ¿qué le trae a mi casa? —inquirió en tono seco.

—Ed, cielo, no seas hostil, que no es lo que piensas —intervino Violet—. Maxwell es hijo de lord Frederick Bedford, el que fuese tutor privado de Rose en Plymouth. Crecí jugando junto a sus hermanas, a quienes considero buenas amigas, y lo mismo pueden decir Rose y Camelia. ¿No es cierto, hermana?

—Desde luego, no tienes de qué preocuparte, Edward. Los Bedford son personas maravillosas, y se acaban de mudar hace solo unos días —confirmó Camelia.

—En tal caso acepte mis disculpas, lord Bedford, admito que al oír su apellido se me ha crispado el ánimo; no tengo buena relación con su pariente, el marqués de Eastwyn —dijo Edward—. ¿Qué parentesco guarda con Leonard?

—Es mi primo, una desgraciada carga que soportar —contestó Maxwell y suspiró—. Sé lo que cree, y en realidad ese es el motivo de nuestra visita. Hemos oído lo que le ha sucedido a Rose y que Leonard fue el causante, queríamos disculparnos personalmente. Además, mis hermanas se morían por visitar a las chicas; espero no ser una molestia.

—Tonterías, Maxwell, siempre seréis bien recibidos en mi casa —afirmó Violet.

Edward asintió, mucho más relajado al saber que el tal Maxwell no estaba en buenos términos con Leonard, y que era además un conocido de su esposa. Aquello despertó su curiosidad y se dirigió al sofá para sentarse junto a Violet y Camelia, antes de hacerle un gesto al invitado para que tomara asiento frente a ellos. Cuando Maxwell lo hizo, Edward no pudo evitar saciar un poco su curiosidad.

—¿Puedo preguntar por qué vivían en Plymouth y no en Londres, cuando es sabido que *lady* Arabella no deja nunca esta ciudad más que para tomar las aguas de Bath? —preguntó—. Es curiosidad, no tiene por qué responder si no quiere.

—No es molestia, y, por favor, llámeme Maxwell, los tratos formales me aburren —dijo Maxwell.

—En tal caso llámame Edward.

Maxwell asintió y continuó, satisfecho con la respuesta del duque. Parecía que los Barnett eran diferentes a los demás ricachones de la capital, le iban a caer muy bien.

—Vivíamos en Plymouth porque nuestro padre era profesor, y en Londres no está bien visto que un noble trabajara de eso —explicó—. De hecho, así fue como conocimos a la familia

Stuart, mi padre era el tutor de Rose, que era aún muy joven para acudir a un internado. Mis hermanas se hicieron amigas de Violet y Camelia cuando les concedían vacaciones del suyo.

—Conque crecidos en Plymouth... ¿Te gusta el cambio? Son urbes muy diferentes, y los ambientes también —señaló Edward.

—A decir verdad, no demasiado. Si soy sincero, hubiese preferido quedarme allí —contestó Maxwell con una media sonrisa—. Sin ofender, pero Londres no es mi ciudad favorita. Me adaptaré rápido, aunque eso no significa que me guste.

—Desde luego, desde luego, aquí ya no eres rey, ¿cierto, Max? —resopló Theodore.

—¿A qué te refieres, Theo? —dudó Edward.

—Maxwell y yo nos conocemos bien, Ed, coincidimos durante mis viajes por la costa y nos hicimos amigos. En el sur, el bueno de lord Bedford era el gallo del corral.

Edward elevó las cejas y pasó sus claros ojos verdes de su hermano pequeño al recién llegado, que había ampliado la sonrisa. Había cierta complicidad allí que le intrigó.

—Espero que no en las mismas artes que tu primo —dijo Edward.

—Desde luego que no, eso jamás. Siempre he tenido éxito entre las mujeres, pero jamás he estado con una que no me lo hubiese pedido —contestó Maxwell y de pronto se rio—. Lo que Theodore se olvida de mencionar es que empezamos siendo compañeros de fechorías en las mesas, no hay quien introduzca ases en la baraja como él.

—No se me puede culpar, los papanatas de Plymouth ni las huelen, y cuando me ponen la partida a tiro... pues ya se sabe —dijo Theodore y se rio también—. ¡Ah, cómo extraño la costa y sus placeres!

—Que no se entere tu madre de que te ha entrado morriña de viaje, Theo, o sus quejas no te dejarán dormir, tendrás pesadillas esta noche —bromeó Violet.

—Tranquila, cuñada, ese tiempo pasó, no tengo ningún interés en salir de Londres.

—Entonces deja que los Bedford nos pongan al día de cómo va todo por casa, quizá te enteres también de alguna novedad que no esperas —intervino Camelia y se volvió hacia las muchachas con una gran sonrisa—. Decidme, amigas, ¿qué tal por Plymouth?

—Te sorprenderías, Cami, pero en realidad nada ha cambiado desde que os fuisteis. ¡Y eso que han pasado ya tres años! La mayor novedad es que Ann Gardner se ha casado con Jon Mills, el hijo del dueño de la pastelería Mills —contestó Marianne.

La noticia conmocionó a Violet y Camelia, que se miraron un instante con los ojos abiertos como platos antes de que la mayor rompiese a reír sin poder evitarlo.

—Vivir para ver, ¡con lo estirada que es Ann! —exclamó Violet.

—A mí no me sorprende su elección —suspiró Camelia—. La señora Gardner no dejaba de azuzarla a lanzarse con cualquier hombre acaudalado que veía, y eso no gusta a los caballeros decentes. Me alegro por Ann y espero que sea feliz con el señor Mills, desde su debut ha tenido mil y un intentos y ninguno había dado frutos.

Todas asintieron, pero la mención al debut les hizo recordar a los Bedford a qué habían ido a Braithbury Hall. Fue Marianne quien rompió el silencio.

—¡Vaya, si todavía no hemos visto a Rose! Me gustaría saludarla... ¿no está en casa? —dudó.

—Sí, está arriba, pero no sé si querrá bajar —dijo Camelia, y su voz sonó tensa.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Maxwell.

—Lo bien que puede estar tras la actuación de tu maldito primo —contestó Theo.

Maxwell abrió los labios para responder, pero Edward se adelantó, y ambos hombres cruzaron una mirada contemplativa.

—Rose está bastante bien de ánimo, sencillamente no quiere socializar para no levantar más

habladurías hasta que se calmen las aguas —explicó el coronel.

—¡Pero somos sus amigas, seguro que le alegrará vernos! —insistió Marianne.

—Es cierto, Edward, además, si no es mucho pedir, me gustaría hablar un rato a solas con ella —dijo Maxwell y continuó, al ver la expresión recelosa de su anfitrión—. Solo quiero hablar, y estoy seguro de que Rose se sentirá mucho mejor después de oírme.

—Mnn... tal vez —murmuró él.

—Bien pensado, Ed, no sé qué daño puede hacer que hablen un rato —dijo Violet—. Ver a un conocido seguro que le sube el ánimo, ya sabes cómo es Rosie.

—Está bien, le diré a Beatrice que vaya a buscarla.

El duque agitó una campanita, y un rato después llegó la sirvienta.

Capítulo III

La alianza



Cuando Beatrice dio dos golpes en la puerta se escuchó un suave «pase», y la criada entró en el dormitorio, para encontrar a la muchacha sentada en la alfombra frente a la chimenea con un libro en las manos. El título la sorprendió: *Evelina*, de Frances Burney, un libro que guardaba muchas similitudes con su propia historia. ¿Por qué se recrearía la joven leyendo algo semejante?

—Si vienes a por la comida, Beatrice, ya he terminado la bandeja que Emmeline subió hace un rato, la he dejado sobre la mesilla, puedes llevártela —contestó Rose sin apartar los ojos del libro.

—En realidad, señorita Rose, lord Barnett me envía a buscarla.

El comentario sorprendió a Rose, que dejó de leer y se volvió.

—¿Edward? —dudó perpleja—. ¿Por qué, qué pasa?

—Han llegado visitas de Plymouth y el señor considera oportuno que baje, creo que le van a sorprender —contestó Beatrice sin ahondar más en el asunto.

—Mnn... de acuerdo, ahora bajo.

«¿De Plymouth?, ¿quién puede ser?», pensó Rose, que se puso en pie y dejó el libro sobre la repisa de la chimenea, antes de alisarse las arrugas del vestido con ambas manos. Después se acercó al butacón que había junto a su mesa y se puso la chalina de satén lila que había posaba en el reposabrazos para cubrir su espalda y sus brazos. Hacía frío y solo llevaba un fino vestido con rebordes de encaje chantilly, nada para protegerla de las inclemencias del invierno. Una vez cubierta, siguió a Beatrice hacia el pasillo, preguntándose qué pasaría.

Al llegar al salón su curiosidad se transformó en una mezcla de sentimientos: asombro, incredulidad, alegría... Frente a ella estaban sus amigas de la infancia, aquellas que pensó que no volvería a ver tras la muerte de su padre. Al verla, Magdalene, Marianne y Maxwell se pusieron en pie. La primera sonrió, la segunda soltó un grito emocionado, y en cuanto a él, su mirada le traspasó el pecho con tal intensidad que le provocó un escalofrío.

—¡Rosie! —chilló Marianne y corrió a abrazarla—. ¡Qué alegría!

—Lo mismo digo yo, Mar, pero, ¿qué hacéis aquí? ¿Cuándo habéis llegado? No sabía que veníais... —contestó cuando se apartaron, y una sonrisa le elevó los labios—. ¿Habéis dejado Plymouth o estáis de visita?

—Hemos llegado hace unos días para quedarnos, larga historia. Me alegro mucho de verte, Rose —sonrió Magdalene y la abrazó también.

Cuando se separaron, Rose se volvió hacia Maxwell, que la estaba observando con una sonrisa. La joven elevó una ceja, sorprendida al notar lo bien que había madurado con el paso de los años. Cuando su familia se marchó de Plymouth, Maxwell tenía veintitrés años, la misma

edad que Violet, y era ya un hombre muy guapo. Ahora, con veintiséis, la barba, su altura y la anchura de su espalda le hacían parecer atractivo y deseable.

Y, como si supiera lo que estaba pensando, Maxwell se adelantó y se plantó con los brazos abiertos frente a ella en una clara invitación.

—¿Para mí no hay arrumacos, pecas? Pobre de mí, me voy a sentir desplazado... —bromeó Maxwell.

«¿Madurar, Maxwell? Lo retiro», pensó Rose. «Parece que, como el licor, lo único que ha madurado en él ha sido el cuerpo, su cerebro sigue siendo el mismo de siempre», resolvió antes de poner los ojos en blanco para darle un ligero pellizco en el brazo.

—Considérate afortunado de que haya sido en el brazo, hoy estoy de buen humor —dijo Rose y sonrió—. Me alegro de verte, Bedford.

—Me hieres, Stuart, aunque el sentimiento es mutuo, también me alegra verte.

Edward cruzó una mirada con su hermano y con Violet, perplejo, antes de volver a centrarla en Rose y en Maxwell. La sonrisa que su esposa estaba tratando de contener apretando los labios le dijo que ella también lo había notado. ¿Tuteos, bromas, apodos? Ignoraba qué tipo de relación tenían esos dos antes de salir de Plymouth, pero sea la que fuere, Maxwell había conseguido que Rose mostrara una sonrisa de oreja a oreja con una sola frase, y eso era algo que Edward pensaba alentar.

Desde el incidente del debut Rose no había vuelto a sonreír. Y que ahora lo hiciera risueña como una colegiala se lo dijo todo, aquella visita tal vez fuese la respuesta que estaban esperando y el destino se la brindaba sin saberlo.

—Rose, querida, lord Bedford ha mencionado su deseo de hablar contigo. ¿Por qué no dais un paseo? Estoy seguro de que te mueres por ponerte al día con las novedades —propuso Edward y prosiguió—. No te preocupes por Magdalene y Marianne, pueden esperar aquí, estoy seguro de que Theo, Violet y yo podremos entretenerlas.

—Salir a pasear a solas con él —repitió Rose, aún atónita.

—Sí, a menos que te suponga algún problema.

—¡No! Desde luego que no, me encantará tomar el aire un rato, hace ya demasiado que no salgo. ¿De verdad estás de acuerdo... después de todo lo que ha pasado?

—No seré yo quien corte tu libertad, mi preciosa pupila, si quieres salir, adelante.

Edward le sonrió, gesto que la joven devolvió, y Violet sintió renacer la esperanza al ver los ojos celestes de Rose iluminarse como dos luceros ante la posibilidad. Asintió para darle ánimo, y Rose comenzó a caminar hacia la salida a paso más rápido y entusiasmado del que le habían visto adoptar en semanas.

—¡Abrígate, Rosie, el día está nublado! —avisó Camelia.

—No te preocupes, Cami, no tengo nada de frío. ¿Vamos, Maxwell?

Sin esperar respuesta, Rose tomó la mano del hombre y se alejó hacia el jardín de Braithbury Hall. El día estaba gris, aunque la lluvia había parado lo suficiente como para que saliera el sol a ratos. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, la joven soltó la mano de Maxwell y se volvió para mirarlo. No había perdido la sonrisa, y él la observó en silencio mientras se acercaba. Rose había crecido hasta convertirse en una mujer muy hermosa; la última vez que se cruzaron tenía la figura recta y larguirucha similar a la de un galgo: piernas largas, cintura menuda y pecho plano.

Ahora, a punto de cumplir dieciocho, la cosa era otra. Seguía teniendo una figura mayormente recta, pero su cintura se había torneado, dándole forma de reloj de arena. No tenía mucho pecho, pero el que poseía era perfecto para ella, sembrado de pecas y tentador sobre el borde del fino vestido. Su rostro también se había afilado y dejado atrás las mejillas infantiles, para dar paso a

unos pómulos altos, una barbilla pequeña y unos labios carnosos y apetecibles.

—¿Le gusta lo que ve, caballero? —preguntó Rose, interrumpiendo su análisis.

—Tal vez, ¿qué dirías si dijera que sí? —tanteó él.

—Te felicitaría por tu buen gusto. Después te diría que lo olvides, no soy de las que rompe sus promesas.

—¿Promesas? —repitió Maxwell, confuso, y de pronto la comprensión llegó a él y se rio—. Vaya, pecas, ¿no me digas que aún te acuerdas de aquello? ¿Qué edad tenías, trece?

—Catorce, y no te hagas el listillo, acabas de demostrar que tú también lo recuerdas —contestó Rose antes de soltar una risilla—. Cielos, parece que no ha pasado ni un día desde entonces. Dime, ¿te sigue gustando montar?

—La duda ofende.

—¿Te parece entonces si salimos a cabalgar un rato? Te reto a una carrera, Bedford.

—¿Has aprendido a cabalgar? —Se sorprendió Maxwell.

—Es lo que hace tener un tutor aplicado —asintió Rose.

—Y, sin ninguna duda, una alumna persistente.

Rose se rio de nuevo y Maxwell amplió la sonrisa antes de encogerse de hombros.

—Por mi perfecto, Stuart, puedo ganarte hasta con los ojos cerrados —dijo.

—¡Cuidado, milord, no se vaya a llevar un dardo en su inflado ego!

Maxwell sonrió, debía admitirlo, había echado de menos la camaradería que tenían, y parecía que Rose seguía siendo la misma. Quizá más crecida, bella y tentadora, pero la misma persona a la que disfrutaba sacando de sus casillas. Por eso, que el malnacido de Leonard hubiese jugado con ella de forma tan cruel con el único propósito de arruinarla le parecía tan despreciable. Rose no merecía algo así, ninguna mujer lo merecía, y la resolución por ayudarla y poner en su sitio a su primo corrió por sus venas.

No notó que se había rezagado hasta que parpadeó y vio que Rose se había adelantado varios metros.

—¡Vamos, tortuga, a este paso no vas a llegar ni a la línea de salida! —llamó Rose.

—Después de usted, anfitrióna, no tengo ni idea de dónde están las caballerizas, Braithbury Hall es más grande de lo que esperaba —dijo Maxwell mientras se adelantaba para quedar a su altura; entonces una duda acudió a su cabeza—. ¿No le parecerá mal al coronel Barnett que te lleve por ahí sentada en uno de sus caballos?

—No tienes que preocuparte por eso, Edward no es de esos remilgados *snobs*, como te he dicho, fue él quien me enseñó a montar. Si te hace sentir mejor te dejaré a mi yegua, *Escandalosa*, y yo montaré en *Mantequilla*, la yegua de Violet.

El nombre sorprendió a Maxwell, que elevó las cejas hasta el borde del flequillo.

—¿Por qué le has puesto ese nombre? —inquirió perplejo.

—En mi defensa diré que se lo puse porque es, de hecho, escandalosa. Relincha y trota con tal energía que me enamoró nada más posé los ojos en ella cuando era potrilla —explicó Rose—. Qué cosas... parece que ahora encaja perfecto con su dueña.

Decidido a cambiar de tema para no arruinar el ánimo de Rose, Maxwell caminó en silencio hasta que avistaron el edificio verde de las caballerizas.

Abrió las puertas con cuidado y se hizo a un lado para permitirle pasar, gesto que hizo sonreír a Rose, que se adelantó para sacar un par de ejemplares de sus cuabras. El primero era una yegua de pelaje palomino y crin blanca, preciosa; mientras que el segundo era una yegua alazana pelirroja como el cobre, con crines pardas y una graciosa mancha blanca en el morro.

—¿Te ayudo a ensillarlas? —preguntó.

—Sí, claro, por qué no. Los arreos están en la pared del fondo —asintió Rose—. Mi yegua es la roja, la otra es la de Violet. Ocúpate tú de *Escandalosa*, yo de *Mantequilla*.

—Muy bien.

Mientras elegían la silla y las riendas, Rose tuvo una idea. Se mordió los labios antes de mirar a Maxwell por encima del hombro; estaba distraído eligiendo las correas y no se percató de que lo estaba observando. Ahora que lo veía a solas y de cerca, Rose pudo comprobar que no se había equivocado al juzgar su atractivo: no era muy alto, pero poseía un porte admirable, su espalda era ancha y su figura fibrosa. El cabello, que llevaba un tanto largo para los estándares de la moda Londinense, era de un tono castaño muy claro y brillaba con reflejos dorados a la luz, como su barba. Sus ojos eran del más suave de los azules.

Era un hombre atractivo, y hacía años Rose se había prometido no enamorarse de él. Decidida a cumplir esa promesa y dispuesta a sorprenderle, eligió una silla de montar femenina, en vez de la que solía utilizar de forma habitual.

—¿Vamos? Yo tengo ya todo lo que necesito —animó Rose.

—¿Silla lateral? Vaya, no me lo esperaba, siempre creí que montarías a horcajadas —dijo él al notar la que llevaba entre los brazos.

—Oh, y así es, pero en esta ocasión la he elegido para darle algo de vida a la carrera y concederte ventaja; si no, me temo que la competición no durará mucho.

—Vaya, Stuart, estás muy segura de tus habilidades de amazona, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues veremos quién gana: si la valiente Rose, o el triple campeón de Oxfordshire —declaró Maxwell, que colocó la manta y la silla sobre el lomo de *Escandalosa* para comenzar a ajustar las correas—. Desde luego, este no es el primer encuentro que había planeado para nosotros dos.

—Soy una caja de sorpresas, Bedford, ya lo verás —sonrió ella.

«Lo estoy deseando», pensó Maxwell, aunque se contuvo de decirlo en voz alta. Terminaron de ensillar a las yeguas antes de subir, él sobre *Escandalosa* y Rose de lado sobre *Mantequilla*. Salieron de las caballerizas a paso suave, y cuando llegaron al jardín, la joven se posicionó a la derecha y tiró de las riendas para detenerse y mirar al hombre, que la imitó y clavó la mirada en ella.

—Estamos en el centro de Belgravia, así que, si estás de acuerdo, cabalgaremos hasta Eaton Square, allí está la tienda de mi hermana, y, en el parque, haremos la carrera. Después podemos sentarnos a disfrutar del sol en uno de los bancos —propuso Rose.

—Muy bien.

Cabalaron al paso hacia Eaton Street, y tras sortear la multitud de carruajes que se agolpaban aparcados frente a *Las Tres Flores*, cruzaron la calzada para entrar a Eaton Square Gardens. El parque no era muy grande, pero sí lo suficientemente para llevar a cabo su carrera y hablar con tranquilidad. Una vez seguros de que no había nadie en su camino, Rose se volvió hacia Maxwell y le indicó con un gesto que estaba lista para correr: era ahora o nunca.

—Perfecto, salimos a la de tres —asintió Maxwell—. Uno, dos...

—¡Tres!

Apenas terminó de decirlo espolearon a sus monturas y echaron a cabalgar por el parque a toda velocidad; el césped estaba húmedo, así que llegaron a la barandilla en un suspiro, y la saltaron a la vez con una sola maniobra.

Rose soltó una risa, hacía semanas que no se sentía tan feliz, tan llena de energía y adrenalina, y a su lado Maxwell también sonreía. El hombre la miró y espoleó a *Escandalosa* para adelantarse un par de metros, y al llegar al extremo de los jardines *Mantequilla* le había dado

alcance. «Vaya, sí que es buena», pensó sorprendido. Cuando la fuente se hizo visible miró a un lado para comprobar que ella estaba a punto de sobrepasarlo.

«Lo siento, pecas, pero hoy no», se dijo Maxwell, que se inclinó para cargar lo menos posible a la yegua con su peso y tomar la delantera. Al llegar al final saltó el muro de setos y tiró de las riendas. Rose llegó un instante después, sonriendo como un lucero.

—Increíble, Max, nunca se me habría ocurrido ese truco, ¡debes enseñármelo! —exclamó entusiasmada—. ¿Es así como ganabas las carreras en la universidad?

—Parafraseando lo que has dicho antes, tuve buen maestro, uno de los domadores del hipódromo de Ascot. Fue gracias a su entrenamiento que gané la copa, aunque tú tampoco lo haces mal... En realidad, me has impresionado; no creo que yo hubiese podido correr en una sillita tan diminuta como esa, demuestras mucha habilidad —dijo él, que desmontó para darle un par de palmadas en el cuello a la yegua, debido a lo cual no notó el rubor que su cumplido había provocado en las mejillas de Rose—. ¿Te parece si las atamos y caminamos? Así podremos hablar, hay algo importante que quiero decirte.

—¿Importante, dices? Ay, Dios, no irás a pedirme en matrimonio, ¿verdad?

—Sigue soñando, pecas, no hay mujer que me haga pasar por eso... —dijo Maxwell y su tono hizo sonreír a Rose.

«¿El adoradísimo por las damas, Maxwell Bedford, tiene miedo al compromiso?», pensó la joven, que bajó de la silla y ató a *Mantequilla* antes de volverse hacia el sendero. Él le dio alcance en cuatro largos pasos, y tras unos momentos de silencio, la miró. Rose tenía la vista fija en los árboles y la sonrisa no se iba de su rostro. Pero eso podía estar a punto de cambiar; así que Maxwell tomó aire un par de veces antes de romper el silencio.

—Rose, lo que voy a decir, quiero que sepas que no es un juego o una idea nacida de un impulso, estoy siendo completamente serio —comenzó, y se detuvo sobre la acera.

—Llegada a este punto pocas cosas me sorprenden, soy toda oídos.

—De acuerdo. He sabido lo que sucedió en tu fiesta de debut.

«Directo y sin miramientos», pensó Rose, que arrugó los labios y se detuvo también.

—Como todo Londres, eso no es una novedad —dijo en tono seco.

—No te enfades, la cosa no es tan terrible como imaginas. Es cierto que hay quien chismorrea sobre ti, pero el rumor no ha calado entre los posibles pretendientes. Si en algo te conozco y sé que no has cambiado, pecas, es que no quieres casarte con un pusilánime como Edgar Redgerton o George Weston, que siguen solteros, por cierto.

—Es cierto, no deseo a un hombre así, pero no sé qué tiene que ver eso con nada. Si el rumor de que besé a Leonard en mi fiesta de presentación llega a oídos de los hombres que me gustan de verdad, me cerrarán la puerta en las narices.

—Y por eso he venido, Rose, porque puedo ayudarte —afirmó Maxwell.

—¿Ayudarme? ¿Cómo... de qué estás hablando?

Maxwell se rascó la mejilla, pensativo. Debía encontrar las palabras para hacérselo entender sin espantarla, ese era el momento crucial.

—Tras el fallecimiento de mi tío Maurice, a mi abuela le ha entrado pánico a morir. Está buscando heredero para la fortuna y el título... la cosa se debate entre Leonard y yo —explicó Maxwell.

—¿¡Qué!? —exclamó Rose y se llevó las manos a la boca al ver que había gritado.

—Como ya sabes, el malnacido de Leonard es mi primo.

«Por supuesto, pero lo había olvidado por completo», pensó Rose.

—¿Y tu abuela os ha puesto a competir por la herencia? —repitió incrédula—. Pero, ¿por qué

me lo cuentas, Maxwell?, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Tiene todo que ver contigo, pecosa —suspiró Maxwell y se acercó tanto que el rubor le encendió las mejillas a la joven—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para impedir que Leonard sea el vizconde de Hale, alguien como él no lo merece. Si consigo serlo yo, llevaré a cabo obras mucho más nobles que fornicar en burdeles caros y perder apuestas, como sin duda planea hacer él. Abriré la escuela que mis padres siempre soñaron, la misma por la que tanto luchó mi padre. Si me ayudas a impresionar a mi abuela para que me deje a mí su legado, prometo que te ayudaré a limpiar tu reputación.

—Limpiar mi reputación... —repitió Rose, atónita—. ¿Y cómo podría yo ayudarte?

—Quiero que me permitas cortejarte —dijo Maxwell, y detuvo la réplica de Rose posando el dedo índice sobre sus labios—, ...de mentira, para que mi abuela vea que soy capaz de sentar la cabeza y dar la imagen de caballero ideal. Leonard es incapaz, y para mi abuela es un requisito indispensable: necesita un hombre que le dé bisnietos, herederos que continúen el linaje, no a un gañán que vaya fornicando de cama en cama.

—¿Y qué gano yo haciendo eso, aparte de más habladurías?

Maxwell sonrió y se alejó, para comenzar a caminar hacia una terraza cercana. Se habían acercado a la gran fuente, desde allí tendrían buenas vistas y, ante todo, privacidad. Cuando Rose se puso a su altura se volvió para encararla y se cruzó de brazos.

—Que se limpie tu nombre y poder cumplir tu sueño. ¿No era eso lo que querías, lo que me dijiste hace tres años, que solo te casarías con quien que te hiciera vivir una vida plena y llena de aventura? Podrás aspirar a un hombre así —contestó muy serio—. Si jugamos a este juego de seducción, Leonard se pondrá tan celoso de mí por tenerte y te deseará tanto, que él mismo se quitará la careta, no solo ante mi abuela sino ante toda la sociedad. No eres la primera mujer a la que arruina, Rose, y ya es hora de que pruebe su propia medicina: en el arte del amor todo está permitido, aunque sea mentira por parte de los dos.

Rose le miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza, y comenzó a caminar por la terraza mientras se mordía el labio. Era un gesto que hacía cuando estaba nerviosa y no sabía qué decir. Maxwell tamborileó los dedos sobre la manga de su levita azul medianoche, expectante, y contuvo el impulso de fruncir los labios.

Observó a la joven que paseaba de un lado a otro de la terraza sin mirarlo, hasta que de pronto Rose se detuvo y se volvió, para clavar sus profundos ojos azules en los grises azulados de él; parecía querer traspasarlo.

Los rizos despeinados que habían caído desde su recogido se movían con la fresca brisa invernial, y Maxwell no pudo contener más su intriga.

—Bueno, pecas, ¿qué dices? —preguntó.

—¿Cómo que qué digo? Pues digo que estás loco, que has perdido la cabeza —exclamó ella y le señaló con un ademán—. ¿Qué demencia se ha apoderado de ti como para creer que aceptaría algo así? ¡No soy una de las conquistas a las que seduces, Maxwell!

—Ya lo sé, y no te estoy pidiendo que lo seas... Vamos, ¡pero si es facilísimo! Casi no tendrás que hacer nada, seré yo el que haga todo el trabajo. Tú solo debes jugar a ser la señorita ideal ante mi abuela, del tema de seducirte ya me encargaré yo.

—¿Y piensas que Leonard se va a dejar engañar sin más? —resopló Rose.

—Así son las reglas del juego, pecas, deseará justo aquello que no puede tener: a ti —explicó Maxwell y se permitió una sonrisa—. Si usamos bien nuestras cartas, en menos de seis meses habremos cumplido el objetivo, yo seré el vizconde de Hale y tú habrás limpiado tu reputación, los dos saldremos ganando.

Rose frunció los labios en una línea antes de apartar la mirada, para clavarla en las baldosas de mármol que los separaban. El plan era arriesgado, si cometían un solo desliz su ya frágil reputación se haría pedazos, como sus opciones de encontrar a un marido que la amara por sí misma y no buscara únicamente su fortuna.

—De acuerdo, digamos que acepto esa disparatada idea tuya. Si lo he entendido correctamente, dices que debo fingir ser tu novia para que tu abuela, *lady* Arabella, piense que eres digno de ser la cabeza del vizcondado de Hale y no el idiota que eres. ¿Es eso? —recitó Rose.

—Gracias por lo que me toca, pecosa, yo también te adoro.

—¡Deja de llamarme así, que ya no soy una cría! —gruñó Rose y arrugó la nariz.

Maxwell soltó una carcajada sin poder evitarlo, bastante consciente de que la joven que tenía frente a él nada tenía ya de chiquilla, pero algunas cosas nunca cambiarían. Como la facilidad que tenía para hacerla saltar con una sola palabra.

—De acuerdo, Rose, seamos serios. No te estoy pidiendo que finjas ser mi novia, ni mi prometida, ni mi amante. Si lo hiciera dañaría tu reputación, que mi maldito primo ya ha comprometido. Lo que te pido es que, ante mi abuela, métete bien eso en la cabeza, seré yo quien finja cortejarte para que vea que no soy un mujeriego; pero a ojos de Leo la cosa será otra —sonrió Maxwell antes de continuar—. *Minor plus est*, pecas, jugaremos al «menos es más». Ese hombre arrastra sus conquistas por su cama como quien colecciona cuadros, así que haremos que te desee hasta la locura para luego negárselo, él solito se descubrirá. Y cuando lo haga tu nombre quedará limpio.

—¿Y cómo voy a conseguir eso? A ese hombre no le intereso, ¡no sé nada de nada!

Rose aguardó y el corazón comenzó a latirle veloz como un purasangre. El heredero elevó la mano diestra para acariciarle la mejilla, y sintió que su piel se erizaba ante el repentino y cálido contacto y todos los poros de su cuerpo se abrían.

—Ahí es donde entro yo —declaró Maxwell con una sonrisa—. Yo seré quien te seduzca, yo quien le haga ver lo que se pierde por no besarte, yo quien tendrá lo que desea y no le dejaremos tener. Si estás dispuesta, en un par de días te daré los detalles, antes debo meditarlo un poco. Puede parecer una idea surgida de la nada, pero le conozco bien y sé dónde golpear para hacerle caer: en su orgullo.

«Jugar a la seducción con Maxwell para destapar a Leonard... ¿Seré capaz?», pensó Rose y se mordió los labios con el corazón repentinamente acelerado. Como si notara sus dudas, él suspiró y movió el pulgar para acariciarle el mentón.

—Sé que tal vez estoy pidiendo mucho, Rose, pero juro que no es mi intención que no logres encontrar un esposo adecuado, más bien al contrario. Si esto sale bien, te juro por mi honor que lo tendrás: ya sabes que soy un hombre deseado, si los caballeros piensan que me he interesado por ti, no les importará lo que mi primo haya dicho, podrá más su curiosidad, tendrás propuestas por tu mano entre las que elegir al hombre que más te guste. Aunque, si crees que es justo que tú pidas algo más a cambio de ayudarme, te...

—Lo haré, Maxwell, te ayudaré —lo interrumpió Rose—. Me da igual que sea una completa locura o un plan disparatado, si tú has perdido la cabeza, tal vez deba yo perder también la mía para arreglar este maldito desastre. ¡Hagámoslo!

—¿Ni siquiera vas a pensártelo, o a discutir?, ¿lo aceptas sin más?

—Nunca he sido conocida por ser sutil, Maxwell Bedford, ya deberías saberlo.

—Muy bien, pecas, que conste que te he dado la oportunidad.

Rose se rio sin poder evitarlo, y él asintió y se alejó. Y así, su alianza quedó sellada.

Capítulo IV

Promesas



Rose llegó del paseo con el corazón tronando en su pecho como una tormenta. Tras dejar las monturas a salvo en las caballerizas y acompañar a Maxwell junto a sus hermanas, subió a su dormitorio para darse un baño caliente; tenía mil y un pensamientos en la cabeza y quería ordenar sus ideas. ¿En qué lío se había metido? Había accedido a que Maxwell fingiera seducirla delante de su familia para que la vizcondesa, *lady* Arabella, accediese a darle su fortuna. A la vez, tendría que convencerla de que era una esposa adecuada, aumentando así las opciones de Maxwell.

Y todo mientras ponían celoso a Leonard para que no solo su abuela, sino el mundo entero viera la clase de hombre que era en realidad: un patán que se las daba de príncipe encantador cuando en realidad solo buscaba beneficiarse a las mujeres para luego avergonzarlas. No había accedido a aquel plan por venganza, aunque admitía que le satisfaría verle tragar un caldo amargo; lo hacía porque era lo correcto, porque Maxwell quería ayudar al mundo con ese dinero.

Recordaba el sueño que su padre, Fred Bedford, que fue tutor suyo, le contó: abrir una gran escuela en su casa de Plymouth donde todos, niños y jóvenes, pudiesen estudiar sin importar si eran hijos de ricos, de inmigrantes o de color. Algo así era impensable en Londres, o en cualquiera de los internados de alta sociedad como Westminster School, o al que acudieron sus hermanas en Plymouth, Hele's School. Y Rose pensaba ayudarlo a cumplir ese sueño, a ver las ilusiones de lord Frederick cumplidas. Que Maxwell siguiese los pasos de su padre hablaba muy bien de él: podía ser un idiota descarado, pero un idiota con buen corazón.

Una sonrisa se instaló en sus labios, y ya más en paz con la decisión que había tomado salió de la bañera y se envolvió en una toalla, antes de ponerse sus enaguas y la bata de borreguito con ribete de pelo que Violet le había confeccionado para el frío. No había dado ni seis pasos cuando unos toques en la puerta la detuvieron.

—Soy Camelia, Rosie, estoy con Violet. ¿Podemos entrar? —se oyó al otro lado.

—Pues claro, pasad —contestó ella.

La puerta se abrió para revelar a las dos personas que quería ver, que la observaron enfundada en la bata con el cabello recogido en un moño húmedo y despeinado. Ambas compartieron una mirada antes de cerrar la puerta y acercarse para sentarse sobre la cama.

Rose las imitó y saltó encima para quedar con las piernas dobladas. Fue Camelia la primera en romper el silencio, con una pequeña sonrisa brillando en los labios.

—¡Cómo me ha alegrado ver a los Bedford! —dijo—. ¿Y vosotras?

—Desde luego, cuando los vi entrar por la puerta casi no me lo podía creer, parece mentira que tengamos un pedacito de infancia aquí, en Londres —afirmó Violet—. Pienso retomar el

contacto con ellos cuanto antes, y veréis cuando se entere madre.

—Sí, seguro que en cuanto llegue se arrepentirá de haber ido de compras al centro con Marge, Florence, Sylvia y los niños; sabéis como es: si hay un cotilleo, allá que va —bromeó Rose—. Aunque, si soy sincera, también me han sorprendido con la visita tan repentina. Creía que no íbamos a volver a ver a las chicas y a Maxwell, ya sabéis lo que opinaba su padre de la alta sociedad, y la señora Adeleide comparte sus ideas... Londres no era santo de su devoción.

—Algo ha tenido que pasar para que de repente se hayan marchado de Plymouth —concedió Camelia y frunció los labios, pensativa.

Violet y Rose asintieron, pero fue la mayor la primera en exponer sus ideas. Desde que notara el cruce de miradas entre Rose y Maxwell en el salón, una chispa de ingenio había prendido en su mente. Una teoría comenzaba a tomar forma; si bien, quería saber qué pensaba Rose antes de precipitarse en sacar conclusiones.

—¿Sabéis? Me ha parecido ver una expresión satisfecha en la cara de Maxwell mientras salían —dijo Violet de forma casual, antes de clavar la mirada en su hermana pequeña—. ¿Por qué no has bajado a despedirte de él, Rosie?, ¿tanto te ha conmovido verle otra vez que se te ha comido la lengua el gato?

—¡Para nada! Es que tenía otras cosas en la cabeza —se defendió Rose—. Además, quería darme un baño, el día está de bochorno para esta época del año.

—No seas así Violet, Rose tiene razón, debía de estar algo acalorada. Sobre todo, teniendo en cuenta que han ido a cabalgar; Maxwell lo ha mencionado mientras charlabas con Marianne —intervino Camelia en tono cariñoso.

«Sí que estaba acalorada, aunque no por esa razón», pensó Rose.

—¿Habéis salido de paseo a caballo? —Se sorprendió Violet.

—Sí, hemos paseado por Eaton Square con *Escandalosa* y *Mantequilla* —confirmó Rose.

—¿Y de qué quería hablar Maxwell?

Rose bajó la mirada y la centró en la colcha mientras se mordía el labio. Nunca había tenido secretos con sus hermanas, pero aquel secreto era uno que no sabía si aprobarían, y lidiar con su decepción y enfado era algo que su corazón no podría aguantar. Decidió ser sincera, pues, además de ser una mentirosa pésima, no quería ocultarles nada. Cuando elevó sus profundos iris azules para clavarlos en los verdes de Violet y los celestes de Camelia, la determinación corrió por sus venas: se lo iba a contar todo.

—En realidad, no sé por dónde empezar —dijo Rose—. ¿Recuerdas el pacto que hiciste con Ed cuando os conocisteis, Violet, lo de embaucar a un tipo para acceder a tu herencia y poder abrir la tienda de *Las Tres Flores*?

—Sí, claro que lo recuerdo, pero no sé qué tiene que ver ahora, Rose —dijo ella.

—Tiene que ver... porque Maxwell me ha propuesto algo parecido.

—¿¡Cómo!? —exclamó Camelia.

—Chsss, no grites, ahora os lo explicaré —interrumpió Rose y se volvió a morder el labio—. Resulta que su abuela, la vizcondesa de Hale, ha entrado en una crisis de edad, y de repente le urge encontrar un heredero al que legarle su título y su fortuna.

—¿Y ha pensado en Maxwell?, ¿planea dejárselo todo a él? —intervino Violet.

—Maxwell es uno de los candidatos, el otro es Leonard, su primo.

—¿¡Que qué!? —exclamaron Camelia y Violet a la vez.

—¡Bajad la voz, no quiero que se enteren Theo y Edward! —chistó Rose.

Ambas hermanas enmudecieron de golpe, pero la agitación de Violet era tal que posó ambas manos sobre los hombros de su hermana. Le latía el corazón como un purasangre al galope y

necesitaba respuestas.

—Rose, dínos exactamente qué te ha pedido Maxwell —pidió—. Aquí se está fraguando algo grande y necesito entender en qué nos estamos metiendo.

—Me estoy metiendo yo, querrás decir —corrigió Rose.

—No creerás que te vamos a dejar hacer algo así sola, ¿verdad? Ni siquiera tienes dieciocho años todavía, Rose, y tu reputación está en tela de juicio. Si haces alguna locura estaremos ahí para cubrirte las espaldas, así que canta por esa boquita, golondrina.

—Está bien, la cosa es más o menos así: Maxwell quiere fingir que me corteja ante su familia para que su abuela vea que es un hombre formal y decente y no un mujeriego. Al mismo tiempo, busca poner celoso a Leonard para que quiera conquistarme, y yo debo negárselo para que destape su verdadero carácter —explicó Rose—. Max lo definió como un juego de «menos es más», y ha prometido cuidarme mientras hacemos la doble farsa.

—Santo cielo, Rose, eso es... —murmuró Camelia—. ¿Qué le has dicho tú?

—Que iba a aceptar, claro está.

—¿Por qué? —insistió Camelia.

Y Rose vio la preocupación en su mirada. Movida por un impulso, la menor se dejó caer hacia atrás para quedar tendida sobre el colchón, sobre el que rebotó, aún con las piernas cruzadas. ¿Cómo podía explicárselo? Camelia era la más tierna y romántica de las tres, alguien con un carácter tan dulce y correcto se vería en conflicto al oír su respuesta. La verdad era que Rose se moría por cabalgar a horcajadas como lo haría un hombre, por andar sin corsé, por besar al hombre de sus sueños en la boca sin importar que alguien los estuviera mirando.

Rose quería pasión, fuego, un caballero que la hiciera vivir tan plenamente que le hiciera flotar el corazón como en las novelas románticas que Camelia le prestaba. Y si debido a las habladurías no podía encontrar un hombre como Edward, sino que debía conformarse con un papanatas caballeroso y delicado que solo buscara su fortuna para trepar en sociedad, se deprimiría. Antes que aceptar eso se quedaría soltera.

—Porque abrirá las puertas a mi libertad, Cami. La noche de mi debut estaba tan ilusionada con Leonard que creía que era el hombre que había estado esperando, y con su maldita jugada me ha cortado las alas. Maxwell es un hombre con muchas admiradoras, uno al que los hombres respetan e incluso envidian, y si se fija en mí volveré a entrar en la palestra —explicó—. Además, si mis motivos te parecen poco, espérate a oír los suyos: quiere abrir una escuela en Plymouth en la casa de su padre, una escuela libre para todos, como soñaba el profesor Bedford. ¿No es ese suficiente incentivo para arriesgarse?

—Lo es, y ambas razones son válidas... Lord Bedford era un buen hombre, y también lo es su hijo, pero estoy preocupada por ti, Rose —suspiró Camelia y se acercó para abrazarla—. Espero que no termines por quemarte, hermanita, vas a jugar con fuego, y Maxwell es conocido por ser un descarado. ¿Por qué, en vez de hacer este teatrillo, no ha tratado de buscar a una esposa de verdad que le ayude con su plan?, ¿por qué tiene que arriesgarte a ti, que estás en una situación difícil? Un caballero apropiado no...

—Maxwell Bedford no es lo que se dice «un caballero apropiado», Cami —resopló Rose y le dio un pellizco en la tripa que la hizo doblarse por las cosquillas—. Vamos, ¡estamos hablando de Max! Lo conocemos de sobra, nunca me pondrá en riesgo, ni dejará que me hagan daño, solo tengo que fingir un poco. No puede ser peor que lo de Edward y Violet, ¿verdad? Al menos lo conozco y sé de qué pie cojea, no es un sosainas aburrido como Lincoln.

—Deja tranquilo al pobre Lincoln, Caroline es muy feliz con él, ¿verdad, Violet?

—Sí lo es, y desde que tuvieron al niño viven en una nube —confirmó esta.

Rose hizo rodar los ojos, no podía importarle menos la vida de lord Lincoln Penley.

—Olvidad eso, ahora que sabéis el plan, ¿qué opináis? —inquirió.

—Que has hecho lo correcto, Rose, yo habría actuado exactamente igual de estar en tu lugar —admitió Violet y se dejó caer para quedar tumbada junto a sus hermanas—. ¡La de vueltas que da la vida, eres la segunda Stuart en entrar en una mentira romántica! Ten cuidado, Camelia, tal vez el destino te esté preparando una jugarreta...

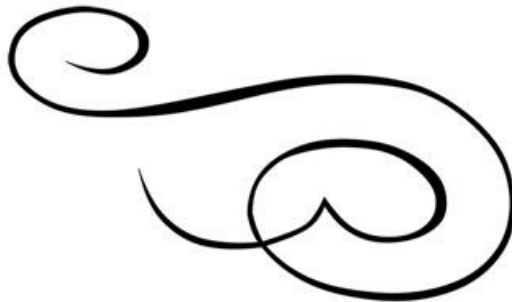
—Permíteme dudarlo, yo jamás haré algo así —negó ella.

Apenas lo dijo las tres hermanas rompieron a reír. Y así, entre anécdotas, pasaron lo que quedaba de la tarde. Cuando se quisieron dar cuenta la penumbra inundaba el dormitorio, y Violet se incorporó para estirar los brazos y mirar el reloj que colgaba sobre la pared. Eran las siete menos cuarto, pero en otoño oscurecía mucho antes.

—Cielos, se ha hecho tardísimo, son casi las siete. Vamos, Cami, dejemos que Rose se arregle para la cena —dijo mientras se levantaba, antes de volverse hacia Rose—. Y tú no tardes demasiado, cabezota, no querrás que suba madre a preguntar de qué has hablado con Maxwell durante el paseo, ¿verdad?

—Dios me libre, si se entera, mañana estaré a las puertas del altar... —rio Rose.

Violet le guiñó un ojo antes de salir seguida de Camelia, que le dirigió una última sonrisa a su hermana menor. Parecía que las cartas estaban sobre la mesa, y tener el apoyo de sus hermanas renovó su determinación. Sí, de aquel plan solo podían salir cosas buenas, estaba segura. Y con esa seguridad cerró los ojos y se durmió.



Plymouth, verano de 1831

Rose evaluó sus opciones: quedarse y soportar el interminable juego de muñecas que pretendía su madre con ella como protagonista, o escapar de allí como fuera y pasar una jornada tranquila. La perspectiva de tener que pasarse media tarde probándose vestidos, tocados y zapatitos de charol para ir de punta en blanco a la fiesta de debut de Ann Gardner que se celebraba esa noche en la propiedad de los Gardner era deprimente. No, tenía que hacer algo y salir de casa cuanto antes, no pensaba soportar aquel suplicio.

Camelia y Violet parecían entusiasmadas; una por la idea de acudir a una fiesta y bailar, y la otra por la posibilidad de echarle un ojo a los vestidos y los trajes de las invitadas. Sus

hermanas eran como la noche y el día, pero a ella no podía importarle menos Ann, su debut, y todo lo que rodeaba a esa fiesta.

¡Tenía diez años, por el amor de Dios! Quería divertirse, no pensar en lucirse para buscar un futuro matrimonio. No, no, no, debía salir de allí cuanto antes, y una idea estaba tomando forma en su mente. Salir por la puerta principal estaba descartado, su madre esperaba en el salón, ojo avizor como un perro guardián. Si la veía cruzar el hall la haría volver en el acto. Salir por la puerta del servicio también estaba fuera de sus posibilidades pues, aunque la dejaran pasar, llamaría la atención del ama de llaves.

No, tenía que salir de otra forma, y lo único que se le ocurría era usar la ventana de su habitación. Como si de una agraciada coincidencia se tratase, había un castaño en el jardín cuyas ramas rozaban su ventana, solo tendría que dar un salto y bajar por el tronco para alcanzar su libertad.

Después podría esconderse en el merendero o en el bosque junto al estanque. Decidida, Rose abrió la ventana y miró el árbol. Las ramas sembradas de hojas verdes y puntiagudos capullos de castañas estaban algo más lejos de lo que pensaba, así que, resuelta a salirse con la suya, pasó la pierna por encima del marco y apoyó el pie en el alfeizar, rasgándose la enagua en el proceso. «Estupendo, como se entere madre me va a caer una buena», se dijo mientras pasaba el otro pie, sosteniendo su peso con las manos sobre la contraventana de madera blanca.

Una vez en pie sobre el alfeizar, tomó y soltó aire un par de veces para darse fuerza. «Bueno, Rose, allá vamos», se dijo, antes de tomar impulso y saltar hacia la rama. La distancia que debía cubrir era apenas metro y medio, pero sus pies, embutidos en unos ridículos zapatos de popelín celeste resbalaron y desestabilizaron su postura.

Rose se balanceó con los brazos. Asustada y llena de adrenalina, logró recuperar el equilibrio. Sonrió y empezó a avanzar hacia el tronco: ya se veía tumbada entre las flores... Cuando de pronto su pie izquierdo resbaló y la hizo caer de lado. Rose chilló y se sujetó en el último momento a la rama; estaba a casi tres metros y medio del suelo, si se caía se rompería el hombro, la cadera o algo peor. Pataleó, aterrorizada, y estaba a punto de pedir auxilio cuando una voz la hizo volver la mirada hacia el suelo.

—¡Tranquila, no se mueva, voy a subir a buscarla! —exclamó un joven.

—¡So-socorro, dese prisa, no aguantaré mucho! —gritó Rose.

—¡No se asuste, estaré ahí en un minuto!

Fiel a sus palabras, el muchacho comenzó a trepar hasta llegar a la rama en la que Rose estaba encaramada. Caminó hacia ella despacio, y al llegar a su altura se arrodilló y le tendió una mano, que Rose no estrechó.

—Sujétese a mí, la ayudaré a subir —pidió el joven.

—¡No! Tengo miedo... si me suelto me caeré... —negó Rose, cuyos ojos estaban comenzando a inundarse con las lágrimas de pánico.

—Prometo que no voy a dejar que se caiga, confíe en mí, la voy a sujetar. Y, si nos caemos, yo me pondré debajo para que usted caiga encima y no le ocurra nada. ¿Hacemos el trato?

Rose se rio sin poder evitarlo, el comentario del joven había calmado un poco sus miedos, y con el corazón latiendo fuerte como un tambor, soltó una mano temblorosa y estrechó la que el muchacho le ofrecía. Entonces, de un fuerte tirón la subió a la rama y la sostuvo contra su pecho. Rose jadeó, aliviada, y se dejó abrazar.

—La tengo, la tengo, ya ha pasado lo peor, tranquila —animó él.

—Gracias, eh...

—Maxwell, pero puede llamarme Max —contestó él mientras se alejaba un poco.

—Pues muchas gracias, Max, me ha salvado la vida, ¡casi me muero! —dijo Rose y se mordió el labio—. ¿Cómo bajamos de aquí ahora?

—¿Sabe trepar? —preguntó Maxwell.

—Sí, pero tengo las piernas tan temblorosas que no creo ser capaz de hacerlo... estoy en un buen lio.

El muchacho la miró y vio a una niña asustada y avergonzada. Era una de las hijas del brigadier Stuart, la había visto recibiendo clases de su padre, pero no había hablado con ella hasta ahora. Y ahora que la tenía delante veía que no era una señorita habitual.

—No se preocupe, la bajaré yo y le guardaré el secreto, su reputación de experta trepadora quedará a salvo —bromeó para subirle el ánimo, y lo logró, pues la niña mostró una gran sonrisa—. Vamos, súbase a mi espalda y sujétese con las manos y las piernas, que voy a bajar ya, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Maxwell se acuclilló para que ella pudiese subir, y tal como le había pedido, Rose se sujetó a su espalda con brazos y piernas cual cría de chimpancé. Entonces comenzó a descender del árbol para llegar al jardín un minuto más tarde. Una vez abajo Rose se soltó y miró hacia la casa con las mejillas encendidas. Había hecho una travesura y no quería ser atrapada ahora que había conseguido lo más difícil.

—Voy al bosque que hay junto al estanque tras mi casa, ¿quiere acompañarme? Podemos tirar guijarros al agua y atrapar algunos saltamontes, así le daré las gracias —propuso Rose.

—¿No va a acudir a la fiesta de Ann Gardner? —se sorprendió Maxwell.

—¡Ni en broma, antes me escondo en las cuadras debajo de un montón de heno!

Su respuesta hizo reír al joven, que la miró, cada vez más asombrado. Esa niña era una caja de sorpresas, lo contrario de lo que se esperaba de una señorita bien educada.

—Pues vamos, yo tampoco saltaba de emoción por ir, me acaba de dar una excusa —asintió.

—Perfecto, nos vamos —asintió Rose y le sonrió—. Encantada de conocerle, Max.

—Igualmente, señorita Stuart, igualmente.

Rose despertó de golpe con el *ding-dong* de las campanadas de su pequeño reloj de pared; eran las ocho, se había quedado dormida y ya había pasado la hora de cenar. Asombrada, se llevó una mano a la frente, sorprendida por haber soñado con aquella tarde, de entre todas las posibles. Aquella en que había conocido a Maxwell, que le había salvado la vida, justo como pretendía hacer ahora. Aquella en la que la pequeña Rose tuvo su primer flechazo.

Parecía que lord Maxwell Bedford era, contra todo pronóstico, la solución a sus problemas cuando se metía en un lio, y esta vez Rose estaba decidida a ayudarlo.

Capítulo V

Bedford Park



Dos días más tarde, Maxwell se presentó de nuevo en Braithbury Hall. Aquella mañana de jueves se había levantado ventosa, el invierno estaba en su cenit, y la idea de comenzar sus planes para impresionar a *lady* Arabella y desenmascarar a Leonard pasaban por que Rose fuese de visita a Bedford Park. Durante ese par de días de ausencia Maxwell se dedicó a pensar en la mejor manera de introducirla ante su abuela, y la respuesta se mostró clara ante sus ojos al pensar en los gustos de la anciana: lo que más le gustaba a esa mujer eran el té, el ballet y las flores, y de las tres cosas haría de Rose una experta.

Satisfecho con sus conclusiones acudió a la mansión del duque de Braithbury para buscar a su socia de fechorías, para ser recibido por su madre, la viuda Edith Stuart. Cuando el mayordomo de los Barnett, el señor Hubbert, le hizo pasar y se cruzó con ella, el cambio de juego fue inmediato: apreciaba a la mujer, pero debía ser cauto para que no arruinara sus planes.

—Me alegra tanto que estés en Londres y saques de paseo a Rose, Maxwell —comentó Edith, que lo enganchó del codo para pasear por el patio—. Sé que la pobre se muere por dejar atrás todo este asunto. ¡En buena hora se encaprichó de tu primo!

—Si lo que quieres es que la saque de paseo, estaré más que encantado de hacerlo; en realidad, quería retomar el trato que teníamos en Plymouth, por eso he venido —dijo él y sonrió—. Pensaba llevarla a conocer Bedford Park y sus terrenos esta mañana; no temas, no nos cruzaremos con Leonard, está ocupado con sus múltiples amantes.

—Sin duda, sin duda, desde que efectuó esa jugada tan rastrera, las propuestas de matrimonio para Rose han cesado por completo. Es triste que, de ser la flor más codiciada, una debutante rica y preciosa como ella se haya convertido en mero objeto de habladurías.

El comentario sorprendió a Maxwell. Conociéndola como lo hacía, no visualizaba a Rose como a una de esas chiquillas ricas y caprichosas que se dedicaban a rechazar proposiciones como quien desechaba un vestido barato.

—¿Acaso recibía muchas antes de la fiesta? Propuestas, quiero decir —quiso saber.

—Sí, Edward no dejaba de recibir cartas, a veces, varias en un día —asintió Edith.

—¿Y Rose qué opinaba al respecto?

—¡Rose las descartaba todas, desde luego! Ya la conoces, Maxwell, mi hija es un pequeño terremoto, nunca le han gustado los hombres de linaje intachable, caballeros de buena familia. ¡Si hasta rechazó a Thomas Roswell, baronet de Wessex, que era perfecto! Luego se prendó de tu primo y lo demás ya lo sabes.

—Bueno, no te preocupes más por Rose, mi querida señora Stuart, conmigo estará protegida y en buenas manos. Estoy seguro de que se lo pasará en grande con mi familia, el Festival de las

Flores de Kew es en unas semanas, y tengo la intención de que participe.

—¿El Festival de las Flores? —Se sorprendió Edith, que detuvo sus pasos en seco—. Tengo entendido que tu abuela, la vizcondesa viuda, como amante de la jardinería que es, es una de las ponentes. ¿Planeas presentársela a mi hija?

—Desde luego, lo haría hoy mismo si estuviera en Londres —confirmó él.

«La vizcondesa viuda de Hale», pensó Edith, y sintió que todos los vellos del cuerpo se le erizaban con anticipo. Si a *lady* Arabella le gustaba Rose podría limpiar su nombre de un plumazo. Esa mujer era muy respetada entre los miembros del *Beau Monde*, su palabra era sagrada, y con ella como valedora las ofertas de matrimonio le lloverían. Emocionada ante la idea, la viuda Stuart amplió la sonrisa.

—En tal caso tienes mi aprobación para llevarte a Rosie, querido.

—¿Llevarme adónde? —preguntó una voz a su espalda.

Ambos se volvieron para ver a Rose en lo alto de las escaleras, enfundada en un vestido amarillo pastel de terciopelo, con un cinturón verde musgo y cuello babero de encaje. El largo cabello rizado lo llevaba suelto en una cascada de rizos del color de la canela, y los alejaba de su rostro con una diadema de terciopelo verde a juego. Estaba preciosa, y a Maxwell se le atascó el aliento en la garganta.

¿En qué momento se había convertido Rose en una de esas mujeres que le calentaban la sangre y le aceleraban el pulso en las venas? Al verlos allí plantados charlando la joven comenzó a descender, y al llegar a su altura con una expresión de curiosidad en el semblante, Maxwell sonrió.

—Llévate a conocer Bedford Park. Cierta pajarito me ha dicho que te sientes enjaulada, y tengo la solución para cambiarlo —contestó sin perder la sonrisa—. ¿Qué dices, Rose, te apetece acompañarme?

—La duda ofende, Maxwell, y ya estamos tardando en salir —asintió Rose, antes de volverse hacia su madre—. ¿Puedo ir, por favor?

—Desde luego, no te preocupes, ve y pasa una buena mañana, hija.

—Gracias, gracias, gracias, madre. ¡Te adoro!

Entusiasmada, la joven se lanzó a darle un sonoro beso en la mejilla, que Edith correspondió con otro, aunque mucho más moderado. Maxwell rio entre dientes sin poder evitarlo, le encantaba ver le energía de Rose manando como lava en una erupción.

—Divertíos —se despidió la mujer.

Así, la pareja salió del patio de Braithbury Hall, para salir por el caminito de gravilla y plantarse frente a las puertas, donde una pequeña calea con capota plegable estaba aguardando. Al verlo una expresión amohinada se dibujó en las facciones de Rose.

—¿Vamos en carruaje? Vaya, y yo que creía que ibas a concederme la revancha por la carrera que me ganaste... —comentó, y Maxwell notó la decepción en su voz.

—Calma tu ánimo, Stuart, tendremos mucho tiempo para eso, pero hoy no —dijo—. Voy a llevarte a Mayfair, y no querrás dar una mala primera impresión a las vecinas de mi abuela. Si esas arpías ven algo sospechoso y se lo cuentan, adiós a nuestras opciones.

—Cierto, lo había olvidado por completo. ¿Así que vamos de misión encubierta?

—Sí, y no. Quería ponerte al día con los entresijos del plan y que veas el escenario en el que nos moveremos, pero no temas, hoy no tendrás que fingir demasiado, mi abuela no está.

—¿Y eso?

El dato había sorprendido a Rose, que le miró mientras la ayudaba a entrar al asiento del pequeño carruaje. Maxwell subió de un salto y se sentó a su lado, apartando con cuidado la tela

de terciopelo de la voluminosa falda. Sonrió sin poder evitarlo.

—Ha ido a los jardines botánicos de Kew, lo más seguro es que pase allí el día de hoy y de mañana, tendremos dos días para ultimarlos todo —explicó Maxwell y le guiñó un ojo, logrando que ella elevase las cejas—. Estás preciosa, por cierto, no voy a tener ni que esforzarme para aparentar que me atraes.

—¿Un cumplido gratuito? Déjalo, Bedford, tú mismo lo has dicho, no tienes que fingir, no hay nadie mirando.

—Lo sé, si lo he dicho ha sido porque así lo pienso... Y es cierto, Rose, estás muy guapa. Compadezco a mi primo por ser tan cortito de miras y dejarte escapar.

—Supongo que no me consideró material de esposa, ya sabes: ser dulce, cariñosa y complaciente... —resopló Rose, molesta y más dolida de lo que pensaba admitir. Aún se preguntaba el por qué de aquel horrible juego de Leonard.

—Al contrario, hay mucho de eso que llamas «material de esposa» en ti.

—¿Qué buscas tú en una mujer? Si eso es lo que piensas, ¿te casarías conmigo?

Maxwell rio, y su reacción le coloreó las mejillas a Rose, que notó su pulso acelerarse. Lo había preguntado muy en serio.

—¿Acaso te estás proponiendo, Stuart?

—No te hagas ilusiones, Bedford, solo estaba teorizando, lo pregunto por curiosidad —contestó Rose y elevó la mirada para encontrar sus ojos en un duelo de índigo contra gris azulado—. No evadas la pregunta, ¿qué es lo que te atrae de una mujer? Y ni te atrevas a decir que su figura, o...

—No iba a decir eso —interrumpió Maxwell—. Es una idea tonta que os hacéis muchas damas e ignoro de dónde ha salido, pero, ¿sabes qué? A la mayoría de hombres no nos importa tanto como pensáis; la belleza es subjetiva, a mi pude enardecerme una dama que a otro caballero no, no es así como funciona. Si quieres que sea completamente sincero, es el magnetismo de una mujer lo que me atrae, su carisma.

—¿Su carisma? —repitió Rose perpleja.

—Sí, ya sabes, la forma en que se comporta alrededor de otras personas. Hay a quien les gustan las jóvenes tímidas y recatadas que templen su carácter más fogoso... yo no soy de esos. Busco a una igual, pecas, una mujer que pueda acompañarme en cada aspecto de mi vida y en el lecho, que alimente mi pasión, que me haga reír y con quien poder hablar, discutir y descubrir. Eso, y no tanto una figura agraciada es lo que mantiene el interés de un hombre, no dejes que te digan lo contrario.

—¿Por eso tantos caballeros tienen amantes?

Maxwell se encogió de hombros, casi habían llegado, pero se arriesgó a responder.

—Tal vez, no puedo hablar por todos, pero es lo que se aplica a mí.

El rubor le arreboló las mejillas a Rose, que apartó la mirada y la clavó en el suelo del carruaje, notando el contraste que había entre sus zapatos de charol y lazos y las botas de cuero Hoby's de Maxwell: eran botas de montar, más que de pulcro caballero. Así que Maxwell buscaba una igual... tal vez por eso no se había casado, porque la mayoría de señoritas que conocía no encajaban en sus estándares. Sin saber por qué, la idea le arreboló las mejillas.

¿Encajaría ella en esa descripción? Fue su voz lo que le hizo elevar la mirada; estaban saliendo de Belgravia, pero aún faltaban unos minutos para llegar al distrito de Mayfair.

—Tu madre me ha contado que rechazaste una proposición de lord Thomas Roswell —comentó Maxwell—. ¿Lo conoces?

—¡Vaya que lo conozco, es un pesado! A parte de poco agraciado y aburridísimo —resopló

Rose molesta y exasperada a partes iguales—. Debajo de esa cara de modosito heredero de modales intachables, hay un vicioso al que le gusta fisgonear a las mujeres. Tuve que rechazar no una, sino dos de sus proposiciones... me pone de los nervios. ¿Por qué la pregunta, acaso lo conoces?

—Lo conozco, por eso me sorprendió que tu madre lo nombrara.

—Pues no veo por qué, es lo que ella considera un partido ideal: educado, rico, baronet, poco problemático... un papanatas de manual. Jamás me casaría con alguien así.

—Y haces bien, porque, veo que no lo sabes, pero ese bufón es amigo de mi primo —contestó Maxwell.

La joven se volvió a mirarle con el ceño fruncido. ¿De qué estaba hablando?

—¿Te refieres a Leonard? —preguntó para asegurarse.

—Gracias al cielo no tengo más primos, pecas; así que sí, me refiero a Leonard —dijo él—. ¿Cuándo fue esa famosa propuesta que rechazaste?

—En julio, lo recuerdo bien. ¿Por qué?, ¿qué tiene eso que ver?

—Ata los cabos sueltos, Rose: rechazaste a Thomas Roswell, amigo de Leonard, y dos meses más tarde él te hace esa jugada sucia para arruinar tu reputación y tus opciones —expuso Maxwell—. No se a ti, pero a mí eso me suena a *vendetta*.

—¿Una venganza personal en nombre de su amigo? —musitó Rose.

Maxwell asintió y la joven bajó la mirada. ¿Cómo no había caído en ello antes?, se dijo Rose. Ahora que lo pensaba con la mente fría, tenía todo el sentido del mundo. ¿Por qué, si no, un hombre que no la conocía de nada como lo era lord Leonard Bedford iba a jugar así con ella?

Darse cuenta de que la habían usado de esa forma tan ruin le dolió más de lo que pudo vaticinar, y frunció los labios con fuerza para que él no notara lo mucho que su respuesta le había afectado. Estaba segura de que de no haberlo hecho le hubiese temblado el labio, y no quería parecer débil delante de Maxwell. Sin embargo, como si supiera lo que le rondaba por la mente, el hombre se volvió sobre el asiento para quedar de frente a ella, y tras elevar una mano le sostuvo el mentón entre los dedos.

Rose tembló, su rubor subió de rosa a rojo, y se encontró incapaz de apartar sus ojos de los del hombre.

—No dejes que te afecte, pecosa, te doy mi palabra de honor de que se lo haremos pagar con la misma moneda —dijo, y sonrió de medio lado—. Ahora alegra esa cara y dame una sonrisa, estamos a punto de llegar y cuando te tome en mis brazos quiero que parezcas una novia sonrojada; si no, voy a perder mi formidable estatus...

—¡Serás idiota! —exclamó ella, que no pudo evitar reír.

Maxwell se unió a ella, y cuando se dieron cuenta se encontraban ya en Mayfair. Él descendió primero para pagarle al cochero, y una vez terminado se acercó y la ayudó a bajar. La joven aceptó la mano que le ofrecía, que él besó, para consternación de Rose. Y así, sin previo aviso, la atrajo hasta su regazo y le envolvió los hombros con el brazo. Rose sintió que el corazón le martilleaba en el pecho como un tambor, pero la voz rasgada de Maxwell lo aceleró aún más.

—¿Estás preparada para ser cortejada, mi hermosa mariposa? Nunca se sabe quién podría estar observando —preguntó mientras caminaban hacia la casa.

—¿Mariposa? —repitió ella con voz ahogada.

—Un apodo cariñoso, puedo llamarte «dulce palomita», si lo prefieres —se burló Maxwell mientras tiraba de la aldaba.

—Ni se te ocurra intentarlo, Bedford, no te atre...

Pero antes de que llegase a completar la frase la puerta principal de Bedford Park se abrió, y

una mujer enfundada en un elegante uniforme azul marino a rayas les hizo pasar. Rose mostró una cálida y amable sonrisa, gesto que la sirvienta correspondió.

—Bienvenido, señorito Maxwell, veo que viene acompañado.

—Buenos días, Constance, antes de que entremos deja que te presente a la señorita Rose Stuart, dama que, si todo va bien será mi pretendida... y esposa —contestó él—. ¿Están mi madre y mis hermanas aún en casa?

—Sí, están en el cuarto de lectura —confirmó Constance mientras cerraba la puerta y se volvió hacia Rose con una expresión radiante—. No sabe cuánto me alegro, señorita, es usted la primera mujer que lord Maxwell trae a esta casa.

—Teniendo en cuenta que acabo de llegar, Constance, eso no es un gran logro.

—Oh, ¿así que pensabas traer a otras? —resopló Rose y se rio—. Cuidado, Max, no me vaya a poner celosa... Es una suerte que Constance vaya a ser aliada mía, ¿verdad?

—Si usted así lo quiere, señorita —confirmó esta.

—Eso me hiere, Constance, ¡las dos mujeres de mi vida tramando en mi contra! —Se lamentó Maxwell con fingido tono de angustia, antes de darle un beso en la mejilla al ama de llaves—. Iré a verlas ahora para que se reúnan con Rose, gracias.

—Sí, vayan, vayan, que en unos momentos les llevaré un tentempié. ¿Café, o té? —inquirió el ama de llaves con la mirada fija en Rose.

—Café solo, muchas gracias —contestó ella.

—¿Y usted, milord?

—Lo mismo. O, mejor aún, café irlandés, por favor.

—Ahora mismo lo preparo. Y, de nuevo, es un placer conocerla, señorita Stuart.

—Gracias, Constance —sonrió Rose.

El ama de llaves asintió, y mientras se alejaba por el pasillo que conducía al ala de los criados, Maxwell condujo a Rose a través del *hall* hacia el salón. Mientras andaban, Rose se fijó en la decoración del lugar: suelo de mármol asalmonado, paredes y techo de madera de roble labrada, multitud de cuadros, jarrones y esculturas... *Lady Arabella* era una amante de las artes con gusto exquisito, pero lo que más le agradó fue la variedad de flores de pascua colocadas a lo largo del recibidor para decorar.

El ambiente navideño estaba en todas partes en aquella casa, desde las barandillas de la escalinata, cubiertas de guirnaldas al enorme abeto sembrado de velas y coronado por un delicado ángel de porcelana. Fue la voz de Maxwell lo que la alertó.

—Es curioso que hayas elegido tomar café, no sabía que fueras de las que lo prefiere al té... suponía que eras amante de los dulces, a juzgar por lo que solías beber en el pasado —comentó Maxwell.

—Lo mismo podría decir de ti. Has elegido café con whisky por la misma razón, presumo, que yo he elegido un café tan fuerte, para tener la mente afilada. ¿Me equivoco?

—No, es cierto, pero no deja de ser una sorpresa que incluso en eso nos hayamos puesto de acuerdo. Iré al grano pues, dado que no eres una mujer sutil, pecas. Dijiste que estabas dispuesta a ayudarme a desenmascarar a Leonard y conseguir mi título y herencia, ¿aún lo mantienes?

—Desde luego, deseo que se acabe su juego de príncipe encantador. Haré lo que sea para exponerlo y que se cumpla el sueño de tu padre, Maxwell, no dudes de mi compromiso —aseguró ella.

—En tal caso, mi amor, que empiece la función. Mi abuela no está, pero debemos mantener el secreto delante de mis hermanas y mi madre... allá vamos.

Apenas lo dijo se detuvo frente a las puertas del cuarto de lectura, que abrió tras dar un par de

toques. Se trataba de una sala circular repleta de estanterías y divanes, en cuyo centro se abría una mesilla baja y un brasero de leña. Al verlos llegar las tres mujeres alzaron la vista de sus lecturas, y los labios de Rose se elevaron. La señora Adeleide no había cambiado apenas en esos tres años, seguía siendo la misma mujer de complexión ancha, rostro dulce ovalado y cabello rubio canoso.

Al reconocerla, la dama se cerró su libro, un ejemplar de *El vicario de Wakefield*, y se acercó a saludarla.

—Rose, Rose, Rose, mi pequeña y traviesa vecinita de pies ligeros. Me alegro tanto de verte... todas lo hacemos, a decir verdad. ¡Y hay que ver cuanto has crecido, eres ya una mujer! —dijo Adeleide antes de abrazarla, gesto que Rose correspondió—. No sabía si alguna vez vendrías a visitarnos, teniendo en cuenta que en esta casa vive...

—Sí, y no se preocupe por él, señora Bedford, no me importa lo más mínimo que esté o deje de estar —contestó Rose mientras se apartaba para sentarse—. Resulta que el bueno de Maxwell ha tenido la idea de invitarme, y creo que voy a pasar mucho tiempo por aquí.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

—¿Y esa agradable noticia a qué se debe? —se sorprendió Magdalene—. No me estoy quejando, más bien al contrario, pero me sorprende que Max haga algo así sin más.

—Tú confianza en mí es abrumadora, Mags, y eso que soy tu hermano —dijo él y puso los ojos en blanco—. Para que lo sepáis todas, tengo la intención de cortejar a Rose, el tiempo ha hecho de ella una mujer encantadora... y al parecer también yo le he gustado. Sin embargo, para que la abuela vea esta relación con buenos ojos y no ponga pegos con lo de la herencia, debemos mostrarle que somos una pareja modélica. Y, de paso, lograr que le caiga bien.

La noticia dejó a las tres Bedford atónitas, antes de que Marianne diera una palmada al aire, pletórica y entusiasmada a partes iguales.

—¡Santo cielo, Max, esto no me lo esperaba! ¡Rosie y tú! —exclamó—. Si ese es el problema para que estéis juntos, cuenta con nosotras.

—Es cierto, hijo, os ayudaremos cuanto podamos —confirmó Adeleide.

—Podéis empezar ayudando a Rose a convencer a la abuela de que la deje participar en el Festival de las Flores —dijo Maxwell.

—¿El Festival de las Flores de los jardines reales de Kew?

—Sí.

—Cómo, ¿en representación de esta casa? —insistió Adeleide.

—Sí, madre, eso es lo que estoy diciendo —confirmó él.

—Pero la abuela ya participa en nombre de los Bedford.... Si Rose se presenta habrá dos representantes compitiendo por esta casa —señaló Magdalene—. ¿Estás seguro, Maxwell? No sé si opacarla en su propio terreno será plato de buen gusto para ella.

El mencionado se encogió de hombros, y en ese momento llegó Constance junto a otra doncella, ambas cargadas con bandejas de dulces, pastas de té y escones, y las tazas de té y café. Al llegar al centro las posó sobre la mesilla, y con una rapidez pasmosa sirvió las cinco tazas: un té con leche y miel para Adeleide, un café irlandés para Maxwell, un café solo para Rose, y dos tés de rosas para las hermanas.

—Si he calado a la abuela correctamente, no creo que se ofenda si Rose participa, más bien al contrario —dijo Maxwell, mordiendo una pasta de mantequilla y almendra—. Es una mujer muy orgullosa, así que le supondrá un reto superarla. Si luego resulta que además Rose es de su agrado y tiene talento, la tendremos en el bote.

—Parece un plan perfecto, Max, únicamente hay un problema —intervino Rose.

—¿Qué problema?

—¡Que no tengo la más remota idea de jardinería! Mis aficiones son otras, prefiero los caballos y los libros, las cosas delicadas como el bordado, la costura y la música son cosa de mis hermanas. Vivie es la mejor costurera que hay; y en cuanto a Camelia, ya sabéis lo bien que toca el arpa y el piano. Si me pongo a plantar y regar, no os sorprenda que aniquile medio jardín por accidente...

—Si ese el mayor obstáculo, Rose, no te preocupes más, que estás en buenas manos. Mamá y yo te ayudaremos a ser la florista modelo —aseguró Magdalene y le lanzó una mirada traviesa a su hermano mayor antes de reír—. Creo que más difícil lo va a tener Maxwell para convencerla de que eres la novia adecuada.

—¿Por qué? —preguntó, sin poder contener más su curiosidad.

—Porque mi abuela es una *snoob*, pecas, cuando sepa que eres una nueva rica le dará un infarto —dijo Maxwell—. Por suerte, tenemos una ventaja a nuestro favor.

—¿Qué soy encantadora?

—Eso, y que eres cuñada del duque de Braithbury.

—Y tampoco olvidemos que Leonard no tiene novia, dudo mucho que encuentre a alguien mejor que Rose para hacerte la competencia, hermano —intervino Marianne.

—Sí, y eso también —asintió Maxwell antes de romper a reír.

Pasaron el resto de la mañana disfrutando de las galletas entre risas, recuerdos del pasado y animadas conversaciones. Solo cuando el gran reloj de péndulo marcó las doce y media, Maxwell se excusó y se puso en pie, para pedirle a Rose que lo siguiera. Conocía bien los hábitos de Leonard: el gañán solía comer siempre en casa, antes de salir a perder el tiempo socializando entre los círculos de alta sociedad en busca de nuevas conquistas.

No pensaba exponer a Rose a estar en su presencia antes de lo necesario, y aquel momento no era adecuado. Tras despedirse de su madre y sus hermanas, la condujo a la salida y pasearon hasta la entrada de la propiedad; la joven se veía contenta y animada.

—¿No vas a acompañarme a casa como haría un caballero? —bromeó.

—Vaya, ¿ni nos hemos separado y ya estás echándome de menos? Cuidado, Stuart, no vayas a caer rendida tan pronto por mis encantos —respondió Maxwell siguiéndole el juego; entonces se puso serio y suspiró—. Debo planear nuestro próximo movimiento, mañana por la tarde iré a verte. Vístete con algo elegante, algo en tonos fuertes.

—¿Por qué, adónde planeas llevarme?

—Tengo una idea, pero antes debo comprobar un par de cosas. No te preocupes, que sea donde sea que te lleve no te vas a aburrir.

Rose asintió, incapaz de contener la sonrisa. Le corría la adrenalina por las venas, deseosa por experimentar aventuras y misterios junto a Maxwell. Y mientras aguardaban a que llegara el cochero, perdió la mirada en el cielo de Londres. Parecía que iba a nevar, el cielo estaba cubierto por nubes grises, esponjosas y oscuras como el algodón, y el frío le aterció las orejas.

Por suerte, la calesa se detuvo frente a ellos en ese instante, y Maxwell le dio al cochero la dirección de los Barnett antes de abrir la puerta para Rose. Mientras la ayudaba, Maxwell se inclinó para darle un beso de despedida, y la joven se quedó clavada sobre el terciopelo del asiento como una estatua.

El roce de sus labios sobre su piel apenas duró un par de segundos, pero Rose lo sintió como una explosión de sensaciones: su perfume fuerte, masculino y amaderado de sándalo y ámbar. El roce de su barba sobre su mejilla. El calor y la suavidad de sus labios sobre la comisura de su

boca. La piel de Rose se incendió, y cuando él se alejó, se encontró queriendo más.

—Nos vemos mañana, pecas —dijo Maxwell.

La joven asintió, incapaz de articular palabra, y el carruaje se alejó calle abajo.

Capítulo VI

El lazo dorado



El tirón fue tan fuerte que Camelia, la pequeña Lily y Rose soltaron la cuerda para caer de bruces sobre la nieve, ante la alegría y diversión de sus contrincantes. Theodore tomó en brazos a su sobrino, y Jeremiah aplaudió mientras daban la vuelta de la victoria. William se acercó entonces a las derrotadas y se arrodilló para ayudar a su hija, que se había hundido en el manto blanco como una piedra. Rose se dejó caer y cerró los ojos para cubrirlos del sol; el día parecía sacado de una postal navideña: nevado, frío y radiantemente soleado.

Los criados habían decorado los árboles, e incluso habían colgado campanillas y faroles por todo el jardín. No fue hasta que una sombra le taponó la luz que volvió a abrirlos, para encontrar el rostro de su amigo suspendido del revés sobre el suyo. Theodore estaba de cuclillas y la miraba desde arriba con una sonrisa torcida.

—Será mejor que hagamos otras actividades, hoy estás muy distraída, si seguimos así vas a terminar rebozada como una rosquilla en azúcar *glasé* —comentó antes de volver a levantarse y sacudirse la nieve en polvo que le manchaba el abrigo—. Propongo hacer muñecos, luego los vestimos con bufanda y sombrero, a ver cuál queda más elegante.

—Tía Vivie puede ser la jueza, es la que más sabe —señaló Jeremiah.

—Estoy de acuerdo, no tengo ganas de hundirme de nuevo en la nieve —suspiró Camelia—. ¿Y si nos ponemos por parejas?

—Buena idea, estaba a punto de sugerir lo mismo. Rose y yo haremos la primera, tú puedes ayudar a Lily, Camelia —asintió Theodore.

—Supongo que eso nos vuelve a dejar a ti y a mí, hijo, el equipo Barnett al ataque —comentó William y le ofreció una mano a Jeremiah para que le chocara, antes de mirar a Lily—. ¿Estás bien con eso, tesoro, o quieres unirtenos?

—No, la tía Cami es mejor, Jeremiah no sabe vestir —negó la niña.

—¡Eres una repipi! —dijo el niño y le sacó la lengua a su hermana.

—¡Papá!

—Bueno, bueno, haya paz, chicos, haya paz. Nadie viste mejor que nadie por aquí, a fin de cuentas, todos somos maniqués para Violet —bromeó Theodore y sonrió—. Iré a buscar algunas ropas para ponerle a los muñecos, vosotros id empezando a construir.

—Pero, tío Theo, ¿y el premio? —dudó Lily.

—¡Oh! Es cierto, el premio. Mnn... ¿qué podría ser?

Theodore elevó las cejas y se rascó la barbilla. Se estaba haciendo el interesante, y la niña le miró con el rostro brillante como un lucero. Al ver su carita de emoción y anticipo el menor de los Barnett no pudo contenerse y soltó una risita.

—Diré en la cocina que preparen un pastel de mazapán y chocolate que nos vamos a comer entre todos; aquí no hay ganadores, solo diversión, ¿de acuerdo? —afirmó—. Rosie, ¿me acompañas a buscar algo de ropa vieja? No quiero traer una prenda importante y que tu madre o la mía se me lancen al cuello como hienas.

—Claro, hay muchas cosas en el baúl del corredor —dijo ella.

El menor de los Barnett asintió y salieron del jardín trasero de Braithbury Hall para entrar al patio y sacudirse los restos de nieve. Hacía mucho frío, y el contraste con el calor de las chimeneas que ardían dentro la hizo temblar. Decidida a no demorar la búsqueda, Rose se encaminó hacia el *hall* seguida de Theodore; el baúl que necesitaban estaba al fondo, bajo las escaleras del servicio. Cuando la joven arrodilló y extendió una mano para abrirlo, él la detuvo, ganando una mirada confusa.

—Violet me ha dicho que vas a salir hoy con Maxwell —comenzó Theodore, directo y sin paliativos—. ¿Puedo saber dónde te va a llevar? Que yo sepa no hay estrenos, y es un poco arriesgado que salgas con un hombre a cenar teniendo en cuenta lo sucedido.

—¿Por qué preguntas eso, Theo? Creía que Maxwell te caía bien —dudó ella.

—Así es, si no, te aconsejaría que no fueses. Pero, por favor, Ro, contéstame.

La joven arrugó la nariz en un gesto adorable y Theodore aguardó.

—La verdad es que no tengo ni idea de dónde planea ir —admitió Rose—. Ayer estuve en su casa... bueno, su casa de Londres, Bedford Park; y me dijo que me pusiese elegante. Creo que pretende llevarme al Royal Opera House, quizá a un sitio parecido.

—Pues yo no lo creo, que te pida que te arregles no presagia nada bueno. Conozco a los hombres como él, Rose, yo mismo he usado esas tácticas mil veces... y créeme, ir al teatro no es para lo que un hombre le pide a una jovencita que se ponga guapa de noche.

—¿Entonces?

—No lo sé, pero me preocupa lo que sea que os traéis —admitió Theodore y suspiró, antes de abrir él mismo el baúl para no centrar la vista en Rose—. Antes de nada, como sabes, Maxwell es amigo mío. Pero por delante de la amistad va siempre la familia, y tú eres mucho más que mi mejor amiga, Ro, eres como la hermana pequeña y traviesa que nunca tuve. Sé que estás tramando algo con él, no sé qué es, pero conociendo a Max como lo conozco sé que no es ir al ballet. No quiero que te ilusiones y salgas herida de nuevo.

—No tienes nada que temer, Theo, conozco a Maxwell Bedford desde hace mucho más tiempo que tú. Sé que nunca me hará daño: es un idiota inmaduro, pero un idiota con buen corazón. Vamos, ¡si nos conocimos cuando era niña! La confianza se presupone...

«Si, pero tú no eres ninguna niña», pensó Theodore. «Maxwell es tan consciente de eso como cualquier caballero que pose en ti la mirada, y los hombres somos hombres.»

—Está bien, confiaré en ti respecto a este asunto. Pero te prometo algo, Rose: si veo cualquier cosa, cualquiera, que me haga sospechar de que estás sufriendo, o que estás prendándote de él y él no de ti, me las veré con él. No creas que soy el único que sospecha.

—¿Lo dices por Edward? —balbuceó Rose y se mordió los labios al ver que el hombre asentía, confirmándolo—. Por favor, Theodore, no le digas nada, te lo ruego...

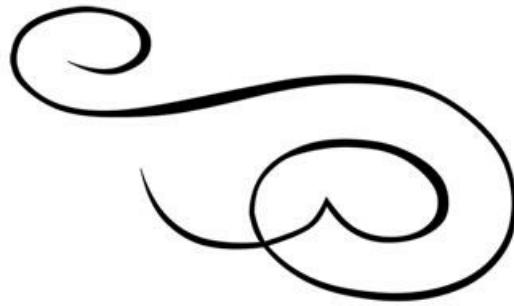
—¿Desde cuándo me pides que le oculte algo a mi hermano, ya no confías en él?

—Claro que sí, adoro a Ed, pero no sería objetivo si le cuento lo que planeamos. Edward está atado a esa estúpida promesa de protegernos que le hizo a mi padre en Jaipur.

—¿Y qué es lo que planeáis Maxwell y tú que tanto debes callar? —insistió Theo.

—Te lo contaré pronto, lo prometo. Hasta entonces, por favor, guárdame el secreto —rogó Rose—. Te lo suplico, Theo, todo va a salir bien, pero si hablas ahora...

—Está bien, no diré nada. Ahora venga, vamos a buscar esa ropa vieja, si tardamos más se preguntarán con qué te estoy entreteniendo.
La joven asintió, y se pusieron a buscar.



A las seis en punto, puntual como las campanadas, Maxwell se presentó en Braithbury Hall para recogerla. Venía de punta en blanco: levita negra con botonadura de plata a juego con los pantalones, zapatos de cuero lustrado, camisa, chaleco y pañuelo en seda blanca perlada, guantes... Rose le vio acercarse y llamar a la puerta, y cuando hubo desaparecido en el interior de la mansión, su corazón comenzó a brincar. Se dio una última mirada en el espejo, nerviosa por el resultado. ¿Le gustaría a Maxwell su aspecto, o era demasiado?

Había elegido un vestido de satén en un fuerte tono borgoña con una sobrecapa de tul negro sembrado de pedrería. Los hombros iban descubiertos, y el escote en forma de corazón realzaba sus pechos. Tragó saliva al acariciar el borde de encaje, ¿le parecería atractiva?, ¿hermosa y deseable? Él nunca la había visto así vestida, y un repentino temor a parecerle anodina en comparación a sus conquistas la invadió.

«¿Qué diantres te ocurre, Rose? Deja de pensar como una necia, ¡es Maxwell! A ese hombre no le interesas, y él tampoco debería interesarte», se reprendió. Tan sumida estaba en sus recuerdos que cuando la puerta se abrió para revelar a Violet, brincó sobre sí misma. La mayor se acercó y cerró la puerta con cuidado antes de pararse a su lado para envolverle los hombros.

—Estás preciosa, Rosie, Maxwell se va a quedar con la boca abierta —felicitó.

—¿No crees que parece un disfraz? Yo no tengo tan buena figura como tú, Violet, fíjate en tu escote y en el mío —suspiró Rose y se cubrió los pechos con la mano—. Este es el único vestido que tengo que cumple la petición de Max de ser oscuro, pero...

—Tonterías, es una de mis mejores creaciones, y además te sienta como un guante —contradijo Violet y le apartó la mano para que luciera el escote con orgullo—. No tengo ni idea de adónde te quiere llevar, lo que sí sé es que no va a haber nadie que se te compare; vas a dejar a todos los hombres hipnotizados, hermanita, Maxwell incluido.

—¿Tú crees?

Violet suspiró, antes de voltear a su hermana para quedar cara a cara con ella.

—Escúchame bien, Rose, puede que seas un tanto inusual y por ello pienses que te alejas de lo que es una dama, pero mételo en la cabeza: eres preciosa, inteligente y curiosa, y sí, también

deseable —aseguró Violet y elevó la mano para acariciarle la mejilla—. No dejes que lo ocurrido con ese desgraciado de Leonard te robe la confianza en ti misma, baja ahí y diviértete con Maxwell, ¿entendido?

—Desde luego, eres única dando discursos motivadores, Vivie, te quiero mucho —sonrió Rose, ya más tranquila.

—Y yo a ti, hermanita. Ahora vamos, ve, Max te está esperando.

Sonriente y con las mejillas ardiendo como una novia arrebolada, Rose tomó los guantes de raso y salió de la habitación seguida de Violet, para bajar las escaleras y encontrar a su socio de fechorías hablando con Edward, Theodore, William, *lady* Florence y Edith. Cuando llegaron abajo el grupo se volvió, y tal como había dicho Violet, la mirada de Maxwell se clavó en la de Rose.

—Deberías cerrar la boca, Max, se te va a colar un bicho —bromeó Theodore.

Pero Maxwell no estaba escuchándolo, se había perdido por completo en ella, que se acercaba hacia él reluciente como un diamante. El vestido borgoña enfatizaba el rubio oscuro de su cabello, recogido para mostrar su cuello, y le envolvía la cintura como la caricia de un amante. La pedrería del escote brillaba sobre su cremosa piel y realzaba sus pechos. Y sus ojos... ¡ah! Esos orbes azules de cierva, tan llenos de curiosidad, lo estaban embriagando. ¿Qué le pasaba? ¡Era pecas, la misma a la que salvó de caer de un árbol!

Tragó saliva antes de recomponerse y mostrar una sonrisa.

—Buenas noches a todos —saludó la joven al llegar a su altura.

—Buenas noches, mi preciosa pupila, estás radiante —saludó Edward y sonrió—. Si ya estás lista podéis salir, Maxwell ha prometido traerte antes de medianoche.

—Como un príncipe de cuento, y yo sí que cumplo mis promesas —aseguró él antes de tenderle un brazo a Rose—. ¿Nos vamos, *milady*?

—Cuando usted quiera, milord.

Maxwell asintió y se alejaron hacia la salida. Una vez a solas Rose alzó la cabeza para mirarlo, y el hombre elevó las comisuras de sus labios al señalar adelante con un ademán. Rose siguió la dirección que señalaba y rio, sorprendida. Frente a ellos aguardaban dos caballos ya ensillados; una era *Escandalosa*, la yegua de Rose, y el otro un semental completamente negro, un ejemplar de purasangre árabe.

Al verlos, la joven se soltó del brazo de Maxwell y elevó la mano para acariciarle el morro al nuevo animal, que él palmeó en un costado con cariño.

—En vista de que te decepcioné ayer al llevarte a Bedford Park en carruaje, me he propuesto remediar el error —comentó—. Te presento a *Eros*, mi caballo. Voy a dejar que lo montes tú y lo pongas a prueba, te va a encantar su estilo.

—¿Y lo llamas *Eros*, de todos los nombres posibles? ¡Eres incorregible, Bedford! —dijo Rose, y se rio cuando los largos pelos del hocico del equino le hicieron cosquillas.

—Pero si le viene que ni pintado, pecas... *Eros* era el dios del sexo y el placer, y mi *Eros* es el semental con el que gané mi última copa de Oxfordshire. Lo tengo desde entonces, y ya ha engendrado muchos potros. ¿Acaso te escandaliza?

—¡Ni lo más mínimo! Creo que formaremos una buena estampa, yo sobre *Eros* y tú en *Escandalosa*, vaya par de desvergonzados somos...

—Y a mucha honra, señorita —contestó él mientras subía a la silla de un salto—. ¿Lista? tenemos que llegar antes de las seis y media si queremos ver el espectáculo.

—¿Dónde vamos? —dudó Rose.

—No te molestes en preguntar, no voy a destriparte la sorpresa. Basta con que sepas que hoy

aprenderás lo que les gusta a los patanes como mi primo.

Dicho aquello espoleó a la montura y salió, dejando a Rose plantada sobre el asfalto con los ojos abiertos como platos. ¿Qué iba a descubrir qué gustaba a los hombres como Leonard? Eso se moría por verlo.

En cuanto logró salir de su pasmo se apresuró a seguirlo, y unos cuantos metros más adelante, al otro extremo de la calle, le alcanzó. El sol se había puesto hacía rato y el sereno estaba encendiendo los faroles; parecía que su noche de aprendizaje estaba a punto de empezar.

Capítulo VII

Marigold



El Lazo Dorado era todo lo que Rose no había esperado de un lupanar. Oculto a plena luz en el centro del mismo Londres, en una calle céntrica como lo era Picadilly, en pleno West End. El edificio era ostentoso, de arquitectura recargada, repleto de cristaleras iluminadas con faroles; incluso poseía un callejón donde los clientes podían amarrar sus monturas. Allí se detuvieron Maxwell y Rose, para encaminarse juntos hacia la suntuosa entrada. Si era sincera consigo misma, Rose no conocía el lugar más que por habladurías, rumores dichos en casas de té, y no sabía qué podía esperar dentro.

Por eso, cuando Maxwell le colocó un antifaz negro en el rostro y le envolvió la espalda con un brazo para entrar juntos, no se molestó en contener la emoción; aquello era lo más prohibido e inapropiado que había hecho en toda su vida. Al llegar al *hall* los recibió una señorita voluptuosa, y aunque revelador, su atuendo era elegante. Maxwell le guiñó un ojo antes de que la empleada sacara una pluma para anotar sus nombres en un libro de clientes.

—¿Van a requerir los servicios de una de las damas nocturnas, lord Bedford? —preguntó en tono amable tras leer lo que habían escrito.

—No, preciosa, temo que hoy no. Mi amiga y yo hemos venido a ver el espectáculo —explicó Maxwell—. Tal vez, sin embargo, necesitemos un reservado.

—¿A pie de escenario?

—No, algo más coqueto... ya sabe, con más privacidad.

—Muy bien, síganme, es por aquí —contestó la joven y sonrió—. Están de suerte, la actuación de Marigold está a punto de empezar.

—Por ella hemos venido —asintió Maxwell.

—¡Les va a encantar! Ha introducido un nuevo número a su repertorio, y esta noche es la tercera que lo lleva a cabo, los clientes están entusiasmados.

Rose había guardado silencio durante todo el intercambio, demasiado centrada en empaparse de lo que la rodeaba. Mientras caminaban observó el lujoso pasillo de madera, decorado con cuadros renacentistas de escenas de dudosa moralidad, y escenas sexuales romanas plasmadas en lienzo. Las mejillas le ardieron al notar una en la que una mujer se agachaba entre las piernas de un hombre e introducía el miembro del varón en su boca.

¿Era eso algo que se hacía? Nunca se le hubiese pasado por la cabeza, era fascinante. Tan distraída estaba que cuando salieron al patio de butacas del teatro se quedó boquiabierta.

Había decenas de mesitas, en su mayoría ocupadas por caballeros bien vestidos. En el escenario transcurría una escena de danza oriental en la que la artista iba cubierta solo con una tela en las caderas; sus pechos desnudos brillaban por el aceite. El rubor de Rose se extendió por

su cuello, escote y orejas, y cuando se sentaron en una de las mesas, su curiosidad llegó al máximo. Nunca jamás habría imaginado un lugar en el que decenas de hombres fantaseaban con la figura seductora de una mujer.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Ah, sí, sí... lo siento, ¿qué decías? —dijo Rose, volviendo al mundo real.

—Decía que en menos de un minuto empezará la actuación que quería que vieras, pero no me estás haciendo ni caso —señaló Maxwell y frunció los labios—. Si este lugar demasiado fuerte para ti podemos irnos, no pretendía hacértelo pasar mal.

—Ni hablar, jamás había tenido una ocasión así, donde ver el comportamiento de los hombres cuando no están fingiendo. No pienso dejar pasar esta oportunidad, Bedford. A las damas se nos tiene siempre entre seda y algodones, y ser capaz de cruzar el velo que nos separa del mundo de los varones... ¡ni en sueños me voy ahora!

—Difícilmente vas a ver a los hombres mostrarse como son aquí, este sitio despierta nuestras más bajas pasiones. Para ver a un varón en su ambiente real tendría que llevarte a un club de caballeros, y eso va a resultar un tanto complicado.

—¿Por qué? —dudó Rose, que alejó la vista del escenario para mirarlo.

—Porque ni yo soy miembro, ni se permite entrar a las mujeres —explicó Maxwell—. No, pecas, la razón por la que te he traído esta noche es para que veas la actitud de una mujer que puede poner la voluntad de los hombres de rodillas; justo lo que queremos que logres con Leonard.

«Poner la voluntad de un hombre de rodillas», se repitió Rose.

—¿Es eso posible? —murmuró.

—Tú solo mira y lo comprobarás —sonrió Maxwell.

En el momento en que la joven desvió la mirada al escenario, este se oscureció, para ser iluminado un instante después con múltiples antorchas. Un par de muchachas salieron a escena cargando enormes abanicos de plumas, que agitaron para ocultar a la figura que todos querían ver. Cuando se retiraron y la *artiste* hizo aparición, la mandíbula se le cayó a Rose hasta la mesa.

Marigold era una delicia, una diosa, lo más lejano a la imagen de una ramera que Rose había imaginado. Su larga melena cobriza estaba recogida a la moda, pero dejaba colgar varios rizos que decoraba con perlas y diamantes. Su vestido era de seda *moiré* verde aguamarina, pero no llevaba crinolina ni corsé, parecía más un batín que dejaba al descubierto sus hombros, su espalda y parte de su generoso escote. Cuando comenzó a cantar al ritmo del piano las expresiones de los hombres se embelesaron.

Su voz era sensual, suave y delicada, y comenzó a caminar por el escenario bajo la atenta mirada de decenas de caballeros.

—Obsévala, pecas, fíjate en como ondea las caderas y en el sutil gesto de sus cejas y sus labios al hacerlo —susurró Maxwell con la vista fija en Rose y no en Marigold—. Mira como con una mirada de apenas un instante logra que esos hombres mueran por ella.

—Es increíble... jamás podría lograr lo mismo —dijo Rose, hipnotizada.

—Puedes, y lo conseguirás, estoy seguro. Fíjate en lo que hace, no pierdas detalle.

Rose asintió casi sin darse cuenta, y observó a Marigold descender del escenario para acercarse a las mesas y cantar mientras tocaba la mejilla de uno de los hombres con una leve caricia. O cómo le rozaba la barba a otro con los dedos, o cómo se inclinaba para dejar un beso en la punta de la nariz de otro. Un caballero sacó una rosa de la solapa de su traje, que le introdujo en el escote mientras Marigold se agachaba para susurrarle.

«Cielos, yo no puedo ni soñar con tener la elegancia y gracia que posee ella», pensó Rose.

Cuando la canción terminó, Marigold se volvió despacio y comenzó a subir las escaleras, para detenerse en la parte de arriba y guiñar un ojo a la multitud, antes de sonreír y alejarse por el escenario y perderse tras bambalinas. Un atronador aplauso sonó en el teatro, pero Maxwell tomó a Rose de la mano y comenzó a alejarse, para adentrarse en un salón con sofás y varios rincones apartados, separados de los demás con cortinas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Rose mientras él los metía en uno de los cuadros.

—Un reservado, es donde vienen los hombres con las chicas del lugar que les gustan —explicó Maxwell.

—¿Para... ya sabes, hacer el amor?

Maxwell rio y suspiró al notar lo ingenua que era en realidad: «hacer el amor», decía. Rose arrugó la nariz, pues la pregunta era legítima.

—¿Qué tiene de gracioso lo que he dicho? —refunfuñó.

—No te enfades, no me rio de ti, solo de la candidez que han destilado tus palabras —contestó Maxwell y se sentó en el sofá, antes de palmear el asiento libre a su lado. La gruesa cortina de terciopelo azul marino estaba cerrada, así que Rose se acercó y se sentó, aún molesta—. Lo que dices no es más que una prueba de por qué mi primo se ha aprovechado de ti, pecosa, un hombre como él utiliza a las jóvenes inexpertas como tú para desfogarse, pero su interés lo centra en otras.

—No soy tan inexperta como piensas, Bedford.

El comentario sorprendió a Maxwell, que elevó las cejas con curiosidad.

—Explícate —pidió.

—Ya había besado a un hombre antes de lo ocurrido entre Leonard y yo. ¡Y creo que no se me da mal! Si sus palabras fueron sinceras, cosa de la que no tengo duda alguna.

—¿Te estás refiriendo a Theodore, es él con quien te has besado?

—No, a Theo lo veo como a un hermano, estoy hablando de lord Clifford Hatton.

—¿Hatton, el vizconde de Earnswick? —Se sorprendió Maxwell.

Rose negó, antes de recostarse sobre el respaldo con la mirada azul grisácea del hombre fija en ella. El asombro le había paralizado, y un sentimiento desconocido le burbujeó en el estómago a Maxwell. No supo por qué, pero la idea de imaginar a Rose en los brazos de otro hombre le resultó amarga, así que aguardó, expectante.

—Hablo de su hermano gemelo —explicó Rose—. Raymond es mayor y el vizconde, Cliff y él han sido siempre amigos de la familia Barnett, puesto que su madre, *lady* Clementine, es madrina de Edward. Cuando le pedí que me enseñara a besar accedió encantado.

—¿Sí, y qué más te enseñó? ¿Habéis «hecho el amor», como tú dices?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Pues claro que no, idiota, soy muy decente! —exclamó irritada—. ¿Y tú qué? Sé que en Plymouth eras muy popular entre las damas, y la encargada de la puerta parecía conocerte. ¿Eres un habitual?

Entonces fue el turno de Maxwell de mostrarse molesto. Que no era célibe no era un secreto, pero no era un caminante de burdeles. Nunca le había dado a Rose motivos para pensar que necesitaba pagar para estar con una mujer, llegaban a él sin más. ¿Qué culpa tenía de que las damas lo buscaran atraídas por la posición de su familia, y extasiadas por esa fama que tenía de ser complaciente entre las sábanas?

—Esa mujer es melosa con todos los hombres, pecas, para eso la han contratado, para agradar a la clientela —dijo—. Y, para que lo sepas, es la primera vez que vengo.

—Entonces no te importará responder. ¿Para qué se usa este lugar? —insistió Rose, señalando en derredor.

—Si tanto necesitas saberlo, este lugar se usa para que, cuando un hombre cae rendido por los encantos de una dama como Marigold, pueda venir y desatar su pasión: besarla, mirarla, acariciarla... para fornicar están las habitaciones. Lo que quería era que me mostraras si eres capaz de repetir lo que le has visto hacer a ella.

—¿Repetirlo?

—¿Qué creías, Stuart, que pretendía desflorarte aquí mismo? Yo no soy así, cuando yazco con una mujer quiero que lo desee y suspire por mí —resopló Maxwell y se acercó tanto a ella que su voz, apenas un susurro, le erizó los vellos de la nuca a Rose—. Te estoy sirviendo en bandeja la oportunidad de sacarle ventaja a Leo, seré tu conejillo de indias. Vamos, muéstrame que puedes pararme en seco con una mirada, Rose, saca tu garra.

«Sacar mi garra», pensó ella y tragó saliva. La determinación corrió por sus venas y se sentó recta sobre el asiento. Recordó lo que había hecho Marigold: su sonrisa, su descaro, y asintió, antes de volver la cabeza de medio lado y pestañear de forma coqueta y seductora por encima del hombro para guiñarle un ojo. Maxwell se irguió, sorprendido, y se mojó los labios con la lengua.

«Maldición, tiene talento innato», pensó. Al tragar, su nuez de adán se movió de arriba abajo, y Rose volvió a darle la espalda, antes de acercarse y acariciarle la barba con los dedos como había visto hacer a Marigold con uno de los caballeros. Maxwell sonrió y Rose se mordió los labios con la vista fija en su boca: él poseía unos labios perfectos, ni gruesos ni finos. Y, como descubrió cuando besó su mejilla en el carruaje, muy suaves. En un repentino impulso se inclinó, dispuesta a unir sus bocas, pero antes de que llegara a rozarlo, Maxwell la detuvo.

—Un tanto precipitado, ¿no te parece, Stuart? —susurró con voz ronca—. No tienes por qué llegar tan lejos...

—Has dicho que te mostrara lo que sabía, lo que había aprendido a ver a Marigold —dijo Rose, que no apartaba sus ojos de los de él—. Pienso demostraros que no me falta valor, que Leonard se equivocó.

—¿Eso buscas, practicar conmigo para ir corriendo a besarlo?

—No, por supuesto que no, seré ingenua, pero no idiota. Ese hombre ha jugado con mis sentimientos de la forma más cruel, jamás podría volver a sentir nada por él.

—¿Entonces qué quieres? —insistió él.

—Quiero triunfar, Max, y si tienes que conquistarme ante sus ojos, que arda de celos —contestó Rose y bajó la mirada con las mejillas rojas—. ¿Acaso te resulto indeseable?

«¿Indeseable?», repitió Maxwell en su mente y tomó una decisión. Al diablo todo, si Rose quería jugar con fuego, jugarían. Asintió, y tras una breve pausa elevó la mano para envolverle el rostro y acercarse para devorar su boca. El beso no fue como los que había compartido con Clifford o con Leonard, Rose se derritió entera. Maxwell ladeó el rostro para encajar sus bocas como las piezas de un puzzle y adorar sus labios, que ella entreabrió, ansiosa por tener más de él, que la recorrió sin miramientos.

Al sentirla, sonrió sin poder evitarlo y le acarició la boca con la lengua, que la joven se apresuró a abrir para responder a sus caricias. ¡Ah, por los cielos, qué sensación! Rose se encontró adicta al sabor de Maxwell, al calor de sus labios, a sentir su respiración.

El beso incendió cada poro de su piel e hizo hormiguitar sus dedos. Se sentía flotar. Apenas había comenzado a paladear la sensación cuando Maxwell se alejó.

—Basta por ahora. Has dejado claro tu punto, y creo que no tienes nada que temer, pecosa, tenemos complicidad. Leonard lo va a notar al primer vistazo —aseguró.

—¿Tú crees? —dudó Rose.

—¿El qué, que tenemos complicidad o que Leonard la notará?

—Ambas.

—Tú lo has dicho, Rose, ambas. Te lo dije el otro día, no voy a tener que esforzarme para dejar en claro que me gustas, y tú acabas de dejar claro que yo no te soy indiferente; un seductor como él lo verá —rio Maxwell—. Ahora deja de preocuparte y vamos a cenar mientras vemos los bailes. Aún son las ocho, pero si no te llevo antes de las diez, tu tutor me va a retar a duelo... no me apetece demasiado batirme con un oficial.

Rose se unió a su risa. Maxwell tenía razón, no hacían daño por disfrutar un poco antes de volver a Braithbury Hall. Y con la mente llena de guiños seductores, canciones, besos, y promesas, lo siguió de regreso al teatro para pasar el resto de la velada a su lado. La noche acababa de dar comienzo, y el camino a cumplir sus sueños, también.

Capítulo VIII

La vizcondesa viuda



Rose soltó el aire, nerviosa, y aferró su bolsito de crochet y encaje de Bruselas mientras perdía la mirada en el exterior. Eran las cinco menos cuarto y el carruaje se desplazaba despacio entre la nieve, ya no faltaban más que un par de calles para llegar a Mayfair, donde la vizcondesa de Hale la estaba esperando. Volvió a suspirar y apartó la vista del navideño paisaje de Londres para abrir el bolso y leer la carta que había recibido aquella mañana.

La sacó con cuidado, era una nota simple en papel doblado a la mitad y sellado con lacre. La caligrafía elegante, aunque un tanto descuidada —quizá por la rapidez con la que escribía—, de su socio de fechorías llenaba la nota, y Rose relejó.

Mi estimada Rose,

Sé que esta petición es repentina, pero hay novedades. Mi abuela regresó de Kew ayer por la tarde sin previo aviso, y aunque solo hace unos días que nos vimos, tenemos que movernos. Le he hablado de ti esta mañana durante el desayuno, tal y como acordamos, pero mi sorpresa ha sido mayúscula cuando ha insistido en conocerte hoy mismo. Esto no debería resultar raro, pero yo me huelo que algo más esconde su premura; la conozco, y no es una mujer a la que le gusten las noticias inesperadas.

No quiero asustarte, pero quiere que vengas esta tarde a las cinco a tomar chocolate con la familia, ahí veremos en que aguas nos tendremos que mover. Sé puntual, mi abuela es bastante clasista, una mala primera impresión puede echarlo todo por tierra. No te preocupes, nos ceñiremos al plan.

Maxwell

La noticia le cayó a Rose como un jarro de agua fría, pues no le había dado tiempo a mentalizarse de que tendría que interpretar el papel de «la señorita perfecta». ¡Si tuviese un carácter similar al de Camelia todo sería tan fácil! Su hermana era dulce, educada, siempre sabía estar... Por el contrario, ella solía soltar lo que pensaba cuando menos venía al caso. Y en esta ocasión no podía permitírselo, debía ser la heredera ideal.

Por eso, cuando terminó de leer la carta, y presa de un pequeño ataque de pánico, corrió a buscar a sus hermanas para que la ayudaran. Por desgracia, Violet había salido con su madre y con Edward, así que prácticamente le rogó a Camelia que la aconsejara.

Un par de horas antes

La rubia suspiró, antes de llevarse una mano al rostro para ocultar su sonrisa; ver a Rose rodando de un lado a otro de la habitación como un pequeño tifón la estaba poniendo nerviosa, Camelia nunca había visto a su hermana pequeña tan exaltada.

—Por Dios, Rosie, tranquilízate, no es para tanto, solo te ha invitado a merendar un chocolate. ¿A qué le tienes tanto miedo? —dudó Camelia.

—¿Cómo que a qué? ¡Tengo que lograr impresionar a la dama de acero, Cami! Ya has visto

lo que dice la carta, Maxwell sospecha que su abuela trama algo, y eso es malo —contestó ella y elevó las manos, frustrada—. Hay mucho en juego, no solo para mí, sino también para él... Si no le gusto a lady Arabella y se enfada con Max, le dará la herencia a Leonard, y con ello se acabaron sus opciones de ser el vizconde de Hale.

—Eso no pasará, eres encantadora.

—¡Si fuese como tú todo sería mucho más sencillo! —resopló Rose, que se detuvo en seco como si una idea repentina hubiese acudido a su mente—. Ya sé lo que haremos, me dirás como actuarías tú si fueras a la reunión, y yo trataré de imitarte.

Camelia rompió a reír sin poder evitarlo, y Rose enrojeció hasta las raíces.

—Ni que fuera tan duro enseñarme... —murmuró, y bajó la vista, avergonzada.

—No, es cierto, no es complicado, Rosie, pero es la peor idea que jamás has tenido —dijo Camelia y le envolvió los hombros para caminar juntas hacia el enorme vestidor—. Sinceramente, hermanita, nunca se ha ganado nada simulando, tú y yo no nos parecemos en nada; si tratas de imitarme vas a hacer una parodia de ti misma.

—¿Entonces qué puedo hacer?

—Ser tú misma, no trates de fingir ser otra persona. Eres una mujer inteligente, culta y curiosa; has recibido una educación ejemplar, Rose, no hay nada de malo en cómo eres. Sencillamente usa el sentido común: lady Arabella es una mujer de edad y, según parece, conservadora. Da por hecho que tendrá gustos y opiniones elitistas. Tú solo piensa en las cosas que le disgustarían a madre y no las hagas, seguro que ella piensa de la misma manera.

Rose bufó, exasperada, y miró las puertas del vestidor. Si tenía que comportarse como una señorita delicada, lo primero sería creérselo, y para ello debía pasar por vestir como lo haría una de ellas. Se volvió hacia su hermana con una media sonrisa.

—Está bien, seguiré tu consejo. Pero, antes de nada, y por lo que más quieras, dime qué puedo ponerme para impresionarla —pidió Rose—. Si por mí fuese elegiría el vestido azul jade de manga corta, el que lleva perlas en los hombros y el escote; es mi preferido, pero no creo que a esa señora le parezca lo más adecuado.

—Tienes razón, no es el más adecuado —concedió Camelia y abrió las puertas para adentrarse en el armario y comenzar a pasar perchas—. Acabas de debutar y estás soltera, además, eres joven. Lo que se espera en alguien así es un vestido inocente en tonos pastel.

«Es decir, soso, plano y aburrido», pensó Rose, pero no lo dijo en voz alta.

—¿Cómo de inocente estamos hablando?

—Un escote redondo que deje ver la parte alta de tus pechos, pero no los marque demasiado. Y, en cuanto al color... creo que el beige con lazos y cinturón amarillo bebé será el que más te favorezca, entalla muy bien la cintura —añadió, sacándolo de su percha para tendérselo—. Te ayudaré a ponértelo, no queremos que llegues tarde.

Rose miró el mencionado vestido e hizo rodar los ojos. Era uno de los que le había comprado su madre en Madame Rossbound que no le gustaba lo más mínimo. Se sentía oprimida con él, como una muñequita de porcelana. No le sorprendía que a Camelia le gustara, ella siempre utilizaba esos colores, y como tenía un precioso cabello dorado y unos ojos celestes parecía un ángel, encajaba perfectamente con ella, no con Rose.

—Muy bien, no perdamos más tiempo —dijo y comenzó a quitarse el que llevaba puesto, de suave velvet verde menta con diminutos topes blancos—. ¿Deberíamos ajustar el corsé? No sé si Leonard estará presente, pero si lo está, esta ropa no le va a impresionar.

—¿Qué importa que esté o no, acaso va a estar mirándote el escote ante su abuela? —dudó Camelia mientras la ayudaba a meterse en el segundo vestido—. Creo que ni él se atrevería a

tanto.

—Bueno, según Max, el diablo está en los detalles: dice que debo extasiarle, que debe desearme, pero yo debo negárselo. Así vestida no va a desearme.

—Pues yo creo que es más bien al contrario, ese hombre es un patán, el hecho de que seas virgen debería gustarle. ¿No es eso lo que hacen los seductores, robarles la honra a las señoritas como nosotras?

—Sí... tiene sentido —asintió Rose y frunció los labios—. Muy bien, ya estoy lista, y, desde luego, no voy a estar más preparada. Ahora solo me queda mentalizarme. Deséame suerte, Cami, no vaya a estropearlo.

—Te deseo suerte, Rose, aunque no la necesitas.

Ambas cruzaron una última mirada, y Camelia terminó de vestirla.

Después de su charla el tiempo había pasado despacio, y Rose se había ido poniendo cada vez más nerviosa. Cuando el reloj marcó las cinco menos veinte llamó a Oliver, el cochero de los Barnett, para que la acercara hasta Bedford Park. Y ver que la nieve ralentizaba el paso del vehículo la estaba torturando; si llegaba tarde y lo arruinaba todo, jamás se lo perdonaría a sí misma. A las cinco menos cinco, a falta de cinco condenados minutos para la cita, se detuvieron por fin frente al hogar de los vizcondes.

Oliver amarró el carruaje antes de descender para abrirle la portezuela y ayudarla.

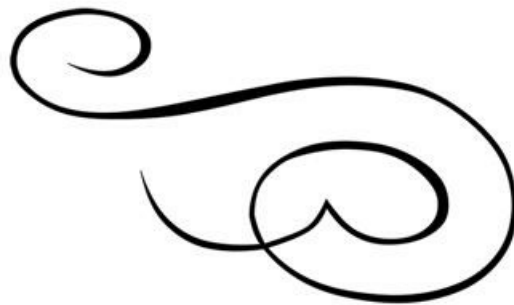
—Gracias, puedo seguir yo desde aquí —sonrió Rose.

—¿Segura? Puedo acompañarla a la puerta, no me gustaría que se resbale con el hielo y se tuerza el tobillo —dijo el cochero, a todas luces preocupado.

—No creo que hayan cometido ese desliz, Oliver, si no, habrá que cruzar palabras con su jardinero, la torpeza al caminar de las mujeres Stuart es constatable, ¿no te parece? Tranquilo, estaré bien, puedes irte. Lord Bedford me acompañará luego de regreso a Braithbury Hall.

—Muy bien, que pase una bella tarde entonces, señorita Rose.

La joven se despidió, y mientras Oliver se alejaba hacia el carruaje, comenzó a caminar por el camino de piedra jaspeada hacia la imponente mansión de los Bedford.



Bedford Park era impresionante. De piedra amarilla y tres alas visibles, la parte frontal estaba cubierta de arriba abajo por altos ventanales. El tejado a dos aguas era de pizarra gris y seis chimeneas decoraban el techo como diminutas torres. Se notaba que era una casa de nobles, a juzgar por lo regio del diseño del jardín delantero y lo imponente de la mansión. Incluso en un

barrio como Mayfair, lleno de ricachones y miembros del *Beau Monde* llamaba la atención. Al llegar a la puerta tiró de la campanilla, y unos instantes después apareció Constance en el umbral con una sonrisa, que Rose devolvió.

—Buenas tardes, señorita Stuart, llega justo a tiempo —saludó el ama de llaves.

Y era cierto, en ese instante el reloj anunció las cinco en punto.

—Buenas tardes, Constance. ¿No me digas que me están esperando? —dudó.

—La familia se han reunido en el salón para calentarse y merendar, pero no es tarde. No se preocupe, aún no se ha servido el chocolate.

«Gracias al cielo», pensó Rose aliviada, cuando una nueva duda asaltó su cabeza.

—¿Quiénes están? —quiso saber.

—Oh, pues todos... *lady* Arabella y la señora Adeleide; sus nietos, lord Leonard y lord Maxwell, y sus hermanas, *lady* Lauren, *lady* Magdalene y *lady* Marianne —explicó Constance, entonces llegaron al salón y llamó a la puerta—. *Milady*, su invitada ha llegado, he aquí a la señorita Stuart.

—Excelente, Constance, hazla pasar.

Rose contuvo el aire, y mientras el ama de llaves se hacía a un lado para permitirle entrar al ostentoso salón, sus ojos azules recorrieron la sala. *Lady* Arabella se sentaba en el centro, junto a la chimenea. Era una mujer hermosa para pasar los ochenta, alta, delgada de postura regia; poseía un cabello rubio casi blanco y una piel cremosa y arrugada. Su vestido era de satén azul marino, pero lo más impresionante eran sus ojos, de un claro tono gris.

La dama asintió, y Rose siguió su reconocimiento. Al topar con Leonard sentado en una butaca baja, el corazón le dio un vuelco. Ahí estaba el patán, tan gloriosamente guapo como siempre: traje de tres piezas en gris plomo —aunque se había quitado la levita y quedado solo con el chaleco y la camisa—, pelo cobrizo bien peinado, y ojos verdes penetrantes y afilados cual puñal. Incapaz de soportarle la mirada de lujuriosa burla, Rose se volvió hacia Maxwell. Su corazón se tranquilizó y sonrió; mientras él estuviese a su lado no estaría sola.

Al verla, Maxwell se levantó y se acercó, para tomarle la mano como haría un caballero, logrando que el pulso ya alterado de Rose diera un nuevo salto. El calor de sus labios traspasó el fino encaje del guante, y el recuerdo de la boca de Maxwell recorriendo la suya le arreboló las mejillas. ¿Cuando había pasado a afectarle más lo que hiciera Maxwell que el propio Leonard?

—Abuela, deja que te presente a la señorita Rose Stuart, la joven de la que ya te he hablado —dijo Maxwell, ajeno a lo que su toque había provocado en Rose—. Rosie, haré los honores: te presento a mi abuela, *lady* Arabella Bedford, la respetable vizcondesa viuda de Hale.

—Mucho lisonjeo para una presentación, querido nieto, no trates de alagarme para que tu amiga me cause una buena primera impresión, no soy tan simple —dijo la mujer y centró su mirada gris en la de Rose—. Siéntese, niña, tomaremos un refrigerio mientras hablamos.

—Muchas gracias, *milady*, es un placer, no conozco a muchas vizcondesas tan agradables —bromeó Rose en un intento por parecer simpática, mientras se sentaba junto a Maxwell frente a la anciana y su nuera—. Espero haber llegado a tiempo...

—Lo suficientemente a tiempo —contestó *lady* Arabella y tocó una campanilla para que las sirvientas comenzaran a servir la merienda, antes de volverse de nuevo hacia Rose—. He oído hablar mucho de usted, querida, según sé, es la sensación del momento.

Rose se congeló sobre el sofá. ¿Habían llegado rumores de lo sucedido en su debut hasta la vizcondesa? De ser así nada de aquello tenía sentido. Sin embargo, al mirar a Maxwell y ver su pequeña sonrisa de ánimo, elevó la cabeza con orgullo y asintió.

—Eso dependerá de a quién le pregunte. ¿A qué se refiere?

—A que es la heredera más solicitada de Londres: riquísima, pariente de un duque, bien parecida... Los rumores no andaban mal desencaminados, por lo que veo.

—Me halaga, señora.

—No lo pretendo, más bien al contrario. No soy de las que crean una impresión de alguien sin haberlo tratado, independientemente de que los rumores lo pongan por las nubes —afirmó *lady* Arabella.

—Haces bien, abuela, los rumores se quedan bastante cortos con respecto a Rose —intervino Leonard y mordió una de las galletas.

—Es cierto, sí, se quedan muy cortos con ella. Rose es mucho más que su belleza y su herencia, como bien sabe tu amigo lord Roswell. He oído que estaba muy interesado en ella, ¿no? —dijo Maxwell—. ¿Sabes, abuela, que conozco a la señorita Stuart desde hace tiempo?

El comentario sorprendió a la anciana, que elevó las cejas y pasó sus ojos de uno a otro con deliberada lentitud: Leonard tenía la mandíbula tensa y estaba fulminando a Maxwell, que, por el contrario, no le estaba mirando. Allí había algo más, y pensaba averiguar qué. Elevó su taza para dar un sorbo a su chocolate antes de hablar.

—Deduzco pues que has hecho una visita a Londres antes de que te escribiera, de otro modo no hubieses podido conocerla, ya que la joven Stuart vive aquí desde la muerte de su padre, Thomas Stuart —dijo—. Un gesto atrevido por tu parte, Maxwell.

—¡Pero abuela, si Rose es de Plymouth! ¡La conocemos desde hace años! —intervino Marianne.

—¿Cómo dices?

—Nuestro padre era tutor suyo —continuó la joven.

—¿Conoció a mi hijo Frederick, Rose? —inquirió la vizcondesa.

Rose asintió y sus labios se elevaron con una sonrisa, como si estuviera recordando algo bonito. Sin embargo, antes de que llegara a responder, Lauren se adelantó, mientras daba un mordisco a su galleta.

—Es obvio, abuela, que alguien de su estatus social necesitaría un tutor —dijo—. Jamás sería admitida en un internado de buen nombre. Tuvo suerte de dar con nuestro tío, al menos él era un hombre culto y refinado, no como tantos otros...

—Tal vez no sea noble, pero eso no me ha cerrado ninguna puerta —negó Rose—. Estudié en Westminster School, me gradué allí con honores el año pasado.

—Desde luego, el dinero lo compra todo —dijo Lauren.

—No, no todo. Hay quien se baña en su dinero y renombre, pero carece de clase.

—Coincido con Rose, con clase se nace, no se puede comprar —afirmó Magdalene.

La joven Bedford abrió la boca para replicar, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Rose se anotó una pequeña victoria; si Lauren creía que podría humillarla como en la fiesta de debut se iba a llevar una buena sorpresa, una muy desagradable.

—Así que una nueva rica de Plymouth —dijo *lady* Arabella ajena a sus rencillas—. Hablaré con franqueza, odio las medias tintas, y como vieja que soy puedo permitírmelo. Dado que posee una gran fortuna propia, no creo que sea eso lo que busca en Maxwell, pero si es así, debo decir que actúa en balde; mi nieto aún no es heredero de nada.

—Y probablemente jamás lo sea —intervino Leonard.

—Eso es cosa de la abuela decidirlo, primo. Además, que yo sepa, esta invitación ha sido para conocer a Rose, no para ofenderla —dijo un molesto Maxwell, que decidió desviar la conversación a los temas que les convenían—. En realidad, abuela, estás en un error, he sido yo quien ha buscado acercarse a Rosie, ella ni siquiera sabía de mi regreso a Londres. Resulta que

es una gran amante de las flores, y en cuanto pude me puse en contacto con ella para invitarla al festival de Kew.

Ese dato sorprendió a *lady* Arabella, que dejó su taza, ya vacía, para tomar una pasta de mantequilla y uvas pasas con chispas de almendra, que mordió despacio.

—¿Tiene por afición la jardinería, querida? —preguntó con interés.

—Sí, pienso participar como ponente en el Festival de las Flores. Ya ve, siendo de Plymouth, en plena campiña sur, crecí rodeada de naturaleza. La jardinería fue solo el resultado natural de mi inspiración, igual que el dibujo y la pintura —asintió Rose.

—¿Dibuja al óleo?

—Sí, y a carboncillo también, es algo que me gusta desde niña. Mi tutor, Edward, quiero decir..., el duque de Braithbury, ha prometido comprarme un caballete y muchos materiales por mi cumpleaños.

—¿Y robarme tal honor? No, eso no puedo permitirlo, florecilla, debo ser yo quien te lo compre. De hecho, me has dado una idea —intervino Maxwell y se volvió hacia su abuela, que no apartaba la vista de Rose como si la estuviese analizando—. Rose cumplirá los dieciocho en un par de semanas, y ya que ambas sois amantes de las flores, podríamos celebrar aquí su cumpleaños. Así mientras organizamos los preparativos os poneis al día en esos temas.

—¿Aquí, en Bedford Park? —gruñó Leonard.

—¡Qué gran idea, Max, lo secundo totalmente! —exclamó Marianne, emocionada.

—Es cierto, *lady* Arabella, si mi hijo va a hacer oficial su cortejo a la señorita Stuart en un futuro próximo, será mejor que empiecen a dejarse ver juntos —afirmó Adeleide—. No hay mejor forma de plantar la semilla en la mente de la sociedad que un buen vistazo.

—Eso no voy a negarlo —asintió la anciana.

Se produjo un silencio en el que cada uno se sumió en sus pensamientos. Maxwell cruzó una mirada con Rose y sonrió, gesto que la joven devolvió. Entonces le tomó la mano para entrelazar sus dedos, y las mejillas le ardieron a Rose, que no esperaba el repentino gesto de afecto. Maxwell parecía distraído, no la estaba mirando, pero ella no podía dejar de pensar en él, en lo bien que encajaban sus manos unidas. Fue la voz de Lauren la que rompió la burbuja, sibilina cual serpiente.

—Tal vez sea buena idea hacer esa fiesta, abuela, a fin de cuentas, si vas a tener una adversaria, mejor tenerla cerca —comenzó la joven y se explicó al ver las miradas confusas—. Ya que mi querido primo ha invitado a Rose a participar, asumo que, como su novia, participará en nombre de la familia Bedford, de no hacerlo sería un escándalo... y los Barnett ya saben mucho de eso. Sin embargo, eso os hará rivales.

—No me importa tener competencia, niña, en realidad lo prefiero. Si no le pongo algo de emoción a la vida, a esta edad terminaré postrada en cama como mi querida amiga Clemence —dijo la vizcondesa y clavó la mirada en Rose—. Espero que tenga talento, no consentiré que deje en mal lugar a este vizcondado. Los Bedford hemos sido campeones quince veces y no espero cambiar este año: la mediocridad es una plaga... y yo detesto las plagas.

—Pues contrate a un exterminador —bromeó Rose y soltó una risilla. Si bien, al ver que nadie más reía se percató de su error y trató de enmendarlo—. Quiero decir, en referencia a las plantas... n-no a otra cosa. Quiero decir que...

—Déjelo, niña, ya lo he entendido —cortó *lady* Arabella.

El tono seco de la mujer hizo que Rose tragara saliva. Hasta el momento todo había salido bastante bien, había congeniado con la vizcondesa en el tema de sus aficiones y al parecer se había creído la mentira sobre la jardinería. ¿Lo había arruinado todo con ese último comentario?

¿Por qué siempre tenía que poner la puntilla? Su lengua iba a ser su perdición, pensó, y se reprendió mentalmente. Sea como fuera ya no había nada que hacer, lo dicho, dicho estaba, y Rose solo podía rezar para no haberla espantado.

Cuando *lady* Arabella se puso en pie, el resto se apresuró a seguirla, pero ella lo descartó con un ademán, parecía molesta, casi exasperada.

—Celebraremos el cumpleaños de la señorita Stuart, tal y como Maxwell ha pedido. Hace tiempo que no hablo con los Barnett, y una pequeña reunión social siempre es agradable —anunció, y comenzó a alejarse—. Si me disculpa, niña, me retiro ya; la vida de una dama requiere tranquilidad e infinita paciencia, haría bien en ir practicándolas si va a seguir en tratos con mi nieto. Buenas tardes.

—Sí, ¡que pase buena tarde! —se despidió Rose.

Mientras la vizcondesa se alejaba, Rose no pudo evitar oír la risa de Lauren, que se había cubierto la boca con un pañuelo. Al parecer, tanto ella como Leonard daban por hecho que había arruinado su presentación ante la ricachona y les causaba gracia verla allí plantada. Pero no podían estar más equivocados. Si por algo era conocida Rose era por su cabezonería, y no pensaba parar hasta haber conquistado el aprecio de esa mujer.

Tras charlar un rato más con sus hermanas y su madre, Maxwell se acercó a Rose e hizo una seña para que lo siguiera. Cruzaron *hall* para detenerse en la puerta trasera de la casa, la misma que daba al callejón donde guardaban los carruajes. La joven elevó la mano dispuesta a salir, pero antes de que llegase a rozar el pomo la detuvo, ganando una mirada confundida por parte de Rose. Al encontrar sus iris azul grisáceos con los azules de cervatilla de Rose, las palabras murieron en sus labios y se le secó la boca.

—¿Qué pasa, Max? —dudó Rose.

—Pecas, siento mucho lo ocurrido ahí dentro. Debí haberlo previsto, pero, ingenuo de mí, no creí que mis primos se fueran a dedicar a lanzarte dardos ante mi abuela —dijo él, avergonzado, y frunció los labios—. Te prometo que no volverá a pasar.

—Tranquilo, eso no me preocupa en absoluto, llevo toda la vida tratando con gente que me mira por encima del hombro debido a mi origen mundano.

—Odiaría que por ayudarme lo pases mal. En realidad, si soy franco, pienso que hemos superado lo peor: te has presentado a mi abuela y hemos logrado que celebre tu fiesta de cumpleaños aquí. No creo que tu querido coronel Barnett hubiese accedido a invitar a Leonard, que es el principal motivo de que queramos hacerlo en Bedford Park.

—¿Es ahí donde vas a lanzarme las redes? —aventuró Rose.

—¿Estás ansiosa porque ocurra, «dulce florecilla»?

—Desde luego que sí, ¡me muero por ver qué es lo que harás! Si vamos a poner en práctica lo que aprendí con Marigold...

—Shss, habla bajo, no queremos que oigan el nombre de esa mujer —la interrumpió él—. Y sí, Rose, entonces pondré la carne en el asador. Faltan tres semanas, pero cuenta con que tendré que usar mis dotes de seductor bastante antes.

—Podré vivir con ello, mi estimado lord Bedford —dijo Rose.

El mencionado puso los ojos en blanco al notar el claro tono de broma. Después le ofreció el brazo, y cuando ella se enganchó, abrió la puerta para acompañarla a casa. Parecía que, después de todo, aún habiendo arruinado la primera impresión, no las tenía todas en contra: había esperanza para ellos, y Rose no pensaba rendirse sin luchar.

Capítulo IX

Una dama inapropiada



La música de la orquesta sonaba sensual, casi provocadora. Cuando la luz de las velas se apagó y entraron un hombre con un piano y una mujer sentada sobre la tapa, los ojos de Maxwell se abrieron. La figura de la dama era seductora, preciosa, misteriosa. Vestía un camisón dorado con un bordado de rosas rojas, y un cinturón de seda del mismo color. El cabello rubio oscuro como la canela le caía en una castada de rizos sobre su tentador escote. Sin embargo, por más que lo intentaba no logró verle la cara, cubierta tras un abanico de encaje.

La mujer comenzó a cantar, y su voz de sirena lo embelesó hasta dejarlo tieso sobre el asiento, le ardían los dedos de las manos por levantarse del sofá y quitarle el abanico, quería verle el rostro y posar los labios en esa cremosa piel.

Entonces, como si le hubiese leído la mente, la seductora apartó el abanico y clavó en él su mirada azul índigo: era Rose. Maxwell abrió la boca, perplejo, y se vio incapaz de parpadear cuando ella bajó del piano y caminó por el escenario para acercarse a las mesas. Maxwell volvió la cabeza a ambos lados; el pánico de que Rose sedujera a otro y pasara de largo le recorrió las venas... pero no había nadie más. El teatro de El Lazo Dorado estaba vacío con excepción de Rose y de él, y al llegar a su altura la joven se sentó en su regazo y comenzó a cantarle mientras le rozaba el cuello con el dedo índice en suaves caricias.

Maxwell tragó saliva con el corazón tronando, y elevó ambas manos para recorrerle la piel. Rose era suave como la seda y la tela del camisón resbaló por su hombro y reveló parte de su escote. Su cuerpo se amoldaba al suyo a la perfección; sus muslos se abrieron y sus caderas encajaron contra las suyas. Entonces jadeó, incapaz de soportarlo, se moría por besarla, por sentirla otra vez... y elevó el mentón a la vez que Rose inclinaba la cabeza. Apenas esos suaves labios rojos como una rosa rozaron los suyos un relámpago le recorrió el cuerpo directo a la entrepierna.

Entonces despertó. Maxwell jadeó en voz alta, tenía el cuerpo empapado en sudor y el pulso le latía a toda velocidad. Al bajar la mirada comprobó que no era solo su «yo» del sueño el que estaba extasiado: una tremenda erección levantaba la sábana, y Maxwell se cubrió los ojos con el brazo, incapaz de creer lo que había soñado.

Rose se le había metido en la mente y bajo la piel mucho más de lo que había previsto, y eso que apenas habían comenzado a jugar al «menos es más». El recuerdo del beso que se habían dado aquella tarde en El Lazo Dorado hizo latir dolorosamente su miembro, y se mordió los labios con fuerza. Que había crecido hasta convertirse en una mujer deseable era evidente, era muy guapa.

Y no solo eso, sino divertida, alegre y llena de vida; podía ser su mujer ideal. «No me aliviare a mí mismo pensando en ella», se reprendió. «¡Maldición, es pecas, que clase de depravado soy!». Necesitaba deshacerse de aquella erección sin demora.

Frustrado, volvió la cabeza y miró el reloj; eran las ocho, la mayoría estaría aun despertándose. Apartó las mantas de un manotazo y se encaminó al aguamanil para vaciar la jofaina sobre el plato y arrojarle encima el agua helada. El frío le golpeó como un mazazo, pero al menos cumplió su función, y al bajar la vista notó que su cuerpo había recuperado la calma. «Bien, bajar duro como el mango de un martillo a desayunar con mi abuela no era mi mejor baza», se dijo con ironía.

Aliviado, se vistió con la primera ropa que encontró en el armario: una levita beige, pantalón, chaleco y botas negras, y una camisa blanca sin pañuelo ni corbatín. Con el pelo todavía húmedo por el fugaz baño helado, Maxwell se encaminó al comedor. Al cruzar las puertas encontró a su madre y a la vizcondesa sentadas frente a dos desayunos completos: café y tostadas, té y brioche con miel, *kedgeree* con tocino... Se sentó junto a su madre frente a su abuela, que le sonrió, gesto que devolvió desconcertado.

—Buenos días, hijo mío, espero que hayas descansado bien —saludó Adeleide.

—Buenos días, madre, abuela —asintió Maxwell.

—Veo que eres un hombre madrugador, me gusta mucho ese rasgo, muchacho —dijo *lady* Arabella, que removi6 su té sin dejar de mirarlo.

—Gracias, supongo —contestó él sin saber qué decir.

—No me las des, no ha sido un cumplido, solo constataba un hecho. El vizconde de Hale debe ser responsable y capaz de cumplir sus obligaciones en vez de holgazanear hasta el mediodía como un parásito.

—Eso nunca ha sido problema para mi hijo, Maxwell es un muchacho centrado y muy competente —señaló Adeleide—. Supongo que lo sabe, pero estudió administración en la universidad de Oxford.

—Soy consciente, querida, pero ese no es un punto que vaya a decantar la balanza a su favor o al de su primo; Leonard también estudió una carrera excelente en Cambridge —contradijo la vizcondesa—. No, a mí me interesan otro tipo de competencias.

—¿Cómo cuáles? —inquirió Maxwell.

Lady Arabella se rio tras su taza de té, a la que dio un par de sorbos antes de dejarla sobre el platito para untar de mantequilla una de las tostadas. Maxwell aguardó, curioso.

—¡Ah, muchacho! Soy vieja, no idiota, sería muy ingenua si respondiera sin más, ¿verdad? Si te lo dijera correrías a complacerme, y ese no es el punto para ver cómo sois —dijo la vizcondesa y de pronto cambió de tema, para sorpresa de Maxwell—. El día que llegaste mencionaste conocer a la nieta de mi amiga Clemence, Joyce Fitzgerald, ¿cierto?

—Sí... la conocí durante un viaje de negocios a Bath —comentó desconcertado.

—Te alegrará saber que la he invitado al partido de bádminton de esta tarde, pues.

—¿Partido de bádminton? No sabía que íbamos a un partido, más con el clima que hace —Se sorprendió Adeleide.

—Lo he organizado de improviso, coincidí con la joven *lady* Joyce en mi visita semanal a Clemence y surgió el tema. Resulta que la niña es muy buena jugadora y he decidido deleitarme con un partidillo en nuestro jardín. En estos momentos Tom y Robert deben estar instalando la red —explicó *lady* Arabella y miró a su nieto—. ¿Sabes jugar?

Maxwell frunció el ceño, cada vez más receloso de la situación. ¿Por qué su abuela organizaba un partido? ¿Tendría algo que ver con la no tan gloriosa presentación de Rose, o era una prueba

más para él?

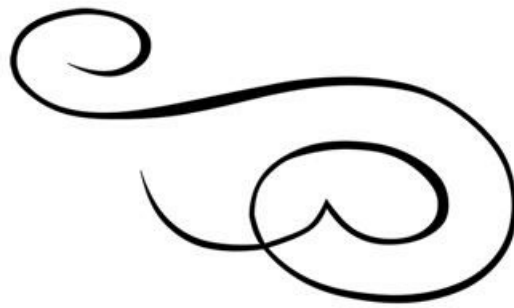
—Sí, sé jugar, pero no debería competir solo contra *lady Fitzgerald*. Un partido de dos no te deleitará en absoluto, se necesita una pareja —señaló en tono neutral.

—Puedes invitar a la señorita Stuart y que ella sea tu compañera.

—¿Y los rivales? Alguien tendrá que ser su contendiente, *lady Arabella* —intervino Adeleide tras limpiarse las migas—. Quizá mis hijas, Magdalene y Marianne, podrían juga ese rol.

—No, que lo haga Leonard, me encargaré de avisarle más tarde —negó la vizcondesa—. Ahora terminemos de desayunar, no puedo permitirme comer con prisas o mi digestión se desajustará y terminaré en el excusado, ya no tengo el mismo estómago que antes...

Ambos, Maxwell y su madre asintieron y terminaron de comer charlando de temas insustanciales. El gusanillo de la sospecha no se le iba de la cabeza a Maxwell, tenía que avisar a Rose cuanto antes. Tal vez, después de todo, aquello fuese la ocasión no solo para impresionar a su abuela, sino para empezar a poner celoso a Leonard. Sonrió con renovado ánimo, ansioso por salir en busca de su socia de fechorías.



—¿De verdad te parece bien? —preguntó Rose, tan sorprendida como extrañada.

Edith se contuvo de hacer rodar los ojos; era lo que le pedía el cuerpo, pero resultaba un gesto tan soez... En su lugar frunció los labios y contó hasta cinco para darse paciencia.

—No sé por qué iba a parecerme mal que salgas con Maxwell, hija. ¿Qué os pasa a las tres con mi opinión respecto a los hombres? —inquirió cansada—. Solo busco lo mejor para vosotras, y ni tú podrías encontrar una queja sobre Maxwell, se aleja por completo de los pretendientes que me han gustado para ti de momento.

—Precisamente por eso, porque Max es lo opuesto a lo que tú consideras un buen marido: estable, responsable, sosegado —enumeró Rose—. Si querías a alguien como él, no sé por qué insististe tanto en que aceptara a lord Thomas Roswell el verano pasado.

—Porque es un partido inmejorable, por eso. Pero bien, me he cansado de nadar contra corriente, Rosie. Eres un caso, hija mía, y no voy a forzarte a casarte y ser infeliz. No, lo que tú necesitas es un marido distinto, adecuado para ti, y conocemos a Maxwell de toda la vida. ¿Ves? Si quiero puedo ser razonable, no pondré ni una traba con él.

«Claro, que sea heredero del vizcondado de Hale, del título y gran fortuna, y además un zalamero contigo no influye nada, ¿eh, madre?», pensó la joven en su fuero interno mientras veía las nubes correr por el cielo invernal. Sin embargo, no dijo nada. Bastante era que Edith

estuviese de acuerdo con que se viese con Maxwell a pesar del daño a su reputación, y nunca debía enterarse de su juego con él.

Eso estaba pensando cuando bajó la mirada y vio al mencionado desmontar de la silla de *Eros* y cruzar el caminito de gravilla en tres largos pasos para llamar a la puerta de Braithbury Hall. «¿Qué habrá venido a hacer?», pensó curiosa. No tuvo que esperar para averiguarlo, pues en ese momento la puerta se abrió para revelar a Beatrice, su sirvienta de confianza y dama de compañía de las mujeres Stuart.

—Señorita Rose, lord Bedford acaba de llegar. Me ha pedido que le anuncie que, si está libre, le gustaría que lo acompañe a Bedford Park —dijo.

—Dile que ahora mismo bajo, Beatrice, no tardaré —asintió Rose.

—Así lo haré, señorita.

La criada salió de la habitación y Rose se volvió hacia Edith, que la estaba mirando con una sonrisa. Un leve rubor le encendió las mejillas a la joven sin poder evitarlo.

—Vamos a vestirme, princesita, el galán llama y no es cortés hacer esperar a un caballero —bromeó su madre, para sorpresa de Rose, mientras abría las puertas del vestidor—. ¿Quieres llevar algún vestido en especial, hija?

—Cualquiera en tono pastel valdrá —contestó Rose distraída.

Si su petición sorprendió a su madre, Edith se contuvo de mencionarlo y se apresuró a vestirla. Y así, tres minutos más tarde, Rose salía de su dormitorio disfrazada de muñeca para ir de paseo con su socio de fechorías. Al llegar al recibidor, donde Maxwell aguardaba de espaldas, le tocó en el hombro y él se volvió. Su expresión al mirarla le hizo temblar las rodillas a Rose, pues notó sorpresa primero y anhelo después.

¿Era así como se sentía ser admirada por los ojos de un varón? Un sentimiento cálido le subió por el estómago y le aceleró el pulso.

—Cielos, Rose, estás guapísima, casi no puedo creerlo —comentó sin dejar de mirarla.

—Gracias, Bedford, ¡ni que fuera tan difícil verme guapa!

—No, no, no... ¡Jesús, pecosa, mira que eres irascible! No lo decía en ese sentido, sino porque has acertado de lleno. Es una casualidad que hayas elegido ese vestido, va perfecto para lo que vamos a hacer.

—¿Por qué, cuál es el plan? Beatrice dice que me llevarás a Bedford Park, creía que era pronto para volver después de presentarme a tu abuela el otro día.

—En realidad ha sido suya la idea, ha organizado un partido de bádminton y te necesito de compañera —contestó Maxwell—. Vamos, te lo explicaré por el camino.

Rose asintió, entusiasmada, y caminaron hacia la salida. Tras andar el camino y detenerse frente al semental árabe de Maxwell, Rose le acarició el costado con su mano enguantada, y dio un par de palmaditas antes de volverse a mirar a su dueño.

—¿Has dicho a Oliver que ensille a *Escandalosa*? No la veo por aquí —comentó.

—No, hoy no. Vas a cumplir tu sueño, pecosa, cabalgaremos juntos —dijo Maxwell.

—Pero, ¿y si nos ve alguien? En Londres no es la mejor idea...

—Pues que nos vean. Hoy es un día para divertirnos, me niego a complacer a cuatro chismosas —interrumpió Maxwell y sonrió de medio lado—. ¿Acaso te pone nerviosa la idea de compartir montura conmigo? Creía que lo estabas deseando.

—Sigue soñando, Bedford, con quien quiero montar es con este bello animal. ¿Verdad, *Eros*, verdad que eres hermoso? —contestó ella sin dejar de acariciarlo—. Anda, vámonos, Romeo, ayúdame a subir, que quiero salir cuanto antes.

—Como desee mi Julieta.

Una risilla escapó de sus labios mientras la sentaba a horcajadas en la silla, y acto seguido subió y se sentó tras ella, tomando las riendas con una mano mientras le sostenía la cintura con la otra. Rose era mucho más baja que él, su cabeza encajaba bajo su barbilla, y cuando espoleó al purasangre y echó a trotar, sus rizos le hicieron cosquillas en el cuello. La brisa arrastraba su perfume, y el inconfundible olor de las rosas le inundó la nariz mezclado con algo más, canela, quizá. Era un perfume embriagador, dulce y misterioso, como ella.

Sentirla entre sus brazos, su espalda contra su corazón, hizo aflorar en él un sentimiento que jamás había vivido. ¿Qué era aquello, deseo de proteger? Ninguna mujer le había despertado ese sentimiento, y había estado con muchas. Fue la voz de Rose lo que lo devolvió a la realidad.

—Te has quedado muy callado de repente... ¿Te ha comido la lengua el gato, Bedford, o es el tenerme tan cerca? Te recuerdo que habías prometido contarme el plan por el camino —señaló la joven en claro tono de broma.

—Tienes razón —afirmó él.

—¿A qué te refieres?

—A lo que has dicho, que tenerte cerca me altera. ¿Cómo actuarás al respecto? —insistió Maxwell.

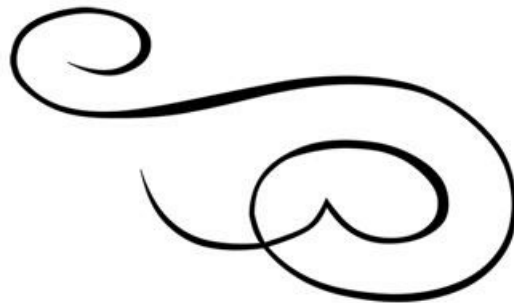
La pregunta tomó desprevenida a Rose. Lo había dicho para hacerle hablar, ya que se había quedado en silencio y faltaba poco para llegar a Mayfair. Se moría de curiosidad y quería saber qué pasaría; pero la pregunta tan directa la desarmó. ¿Qué haría? Cada vez que pensaba en su beso o en cómo la afectaba su crudo y pícaro encanto se le aceleraba el pulso. Un fuerte rubor le tiñó las mejillas y agradeció estar de espaldas a él.

—No sé qué tiene que ver eso con nada, Maxwell —dijo Rose y se mojó los labios, sentía la boca repentinamente seca.

—Ah, tiene mucho que ver, hoy vamos a competir contra Leonard y ya no podemos retrasarlo. No me importa si está mi abuela delante, debemos empezar con la atracción —contestó él—. Te lo digo para que estés sobre aviso, tú solo sígueme el juego, ¿de acuerdo?

—D-de acuerdo.

Su voz había salido repentinamente ahogada, por suerte su desliz quedó en el olvido cuando Maxwell tiró de las riendas de *Eros* y bajó de un salto. Habían llegado a Bedford Park y el doble juego estaba a punto de empezar.



Al igual que la vez anterior, el lugar fascinó a Rose por la preciosa decoración navideña. Si bien,

no pudo quedarse a admirarla, pues Maxwell la tomó de la mano y la condujo a los amplios jardines de la propiedad. Para sorpresa de la joven, habían retirado la nieve e instalado una red, que era sostenida por dos delgados postes como en un estadio de juego.

Junto al improvisado campo habían instalado varias butacas, y frente a estas un brasero, una mesa y una sombrilla. *Lady Arabella* estaba allí sentada charlando con sus nietas, su nuera y una jovencita rubia que Rose no conocía. Frente a la red, al otro lado del brasero estaba Leonard... junto a una mujer que no era otra que Marigold, la cantante de El Lazo Dorado en carne y hueso.

A Rose se le cayó la mandíbula al suelo al verla, pero recuperó la compostura al ver la expresión de Maxwell, que carraspeó y la tomó de la mano para acercarse al grupo. Cuando llegaron a su lado, Leonard recorrió a Rose de arriba abajo, y su mirada se detuvo en su delicado y recatado escote antes de hablar.

—Vaya, primo, veo que te has presentado, y además con Rose... Teniendo en cuenta tus nulas dotes en las artes deportivas creí que nos dejarías plantados para no quedar en vergüenza ante ella, sé de buena tinta que tiene las miras muy altas —comentó en tono burlón y prosiguió, antes de que lo interrumpieran—. Antes de nada, dejad que os presente a mi novia, la respetable y preciosa señorita *lady Mary Goldman*.

—¿*Lady*? —repitió Maxwell, atónito.

—¿Novia? —soltó Rose al mismo tiempo.

Leonard se rio de sus caras, y Marigold se adelantó para responder.

—Es un placer conocerlos, lord Bedford y señorita Stuart, Leo me ha hablado muy bien de ambos —dijo con voz suave y melodiosa—. Acabo de llegar de Belfast y planeo quedarme en Londres para formalizar mi relación, si *lady Bedford* da su consentimiento.

—Es un placer, señorita Goldman —contestó Rose.

—Sí, lo mismo digo —asintió Maxwell y se acarició los nudillos de forma casual—. Así que sois novios... que cosas, Leonard no nos había mencionado nada a ninguno.

—Que yo sepa no debo rendirte cuentas de con quién me relaciono, querido primo —resopló Leonard—. Para que lo sepas, he llevado mi relación con Mary en secreto hasta que sus padres diesen permiso para que viniera a Londres.

—Sí, sin duda una dama tan bella y encantadora como ella estará muy, pero que muy solicitada. ¿Y qué rango nobiliario ostenta su familia, señorita Goldman? No me ha quedado claro.

—Eso es porque no lo he dicho, milord —contestó Marigold—. Mi padre es barón.

—¿En Irlanda? —insistió Maxwell.

—Sí, así es.

—Pues su acento suena inglés, que curioso —comentó Rose y se alejó para tomar una de las raquetas, posadas en uno de los sillones—. Estoy segura de que está harta de presentaciones *lady Arabella*. Si le parece podríamos empezar a jugar, la señorita Goldman y lord Leonard podrían ser nuestros primeros rivales.

—Supones bien, chiquilla. Si he organizado este partido ha sido para veros jugar, no para mover la lengua —asintió la vizcondesa—. ¿Queréis hacer los honores, queridos?

Maxwell y Leonard cruzaron miradas antes de comenzar a quitarse las levitas, que arrojaron sobre las sillas para después tomar cada uno una raqueta.

—Cuando quieras da la señal, abuela —asintió Maxwell.

—Sí, estoy listo para ganar —afirmó Leonard.

Tras un breve aplauso, la vizcondesa asintió y Marianne lanzó una pluma de bádminton para que las dos parejas comenzaran el partido. Rose no había jugado desde niña, pero el recuerdo se

mantenía en sus pies como un acto reflejo; cuantos más tiros le lanzaba Leonard mejor se los devolvía. La mirada del marqués la estaba traspasando desde el lado opuesto de la red, y Rose se anotó una victoria moral.

Cuando Marigold falló por tercera vez un saque, Leonard gruñó, irritado, y lanzó la pluma hasta Maxwell. Este hizo una finta y la incrustó en la hierba del lado contrario. Con aquel lance quedaban a un punto de ganar. Rose saltó, pletórica, y Maxwell la abrazó y la elevó para dar vueltas con ella entre sus brazos como haría un hombre enamorado.

—¡Bien jugado, Max! —exclamó Rose.

—Ha sido gracias a ti, preciosa —dijo él mientras la bajaba al suelo y le acariciaba la nariz con dos dedos—. Un poco más y ganaremos.

—Eso será si lo permitimos —gruñó Leonard.

—Vamos pues, Leonard, danos todo lo que tengas —provocó Rose.

Sus palabras de reto tuvieron el efecto deseado, el marqués de Eastwyn elevó los labios y mostró los dientes antes de fulminar con la mirada a Rose. Lanzó la pluma a toda velocidad, pero su mirada no dejaba la de Rose, que parecía estar ignorándolo. Eso no le había sucedido nunca con una mujer y estaba desconcertado. Tras quince minutos, cuando Rose coló el último saque en el lado contrario, *lady* Arabella se levantó y dio por finalizado el partido.

—Creo que ya es suficiente por ahora, más tarde jugarán las niñas y Joyce, ver tamaño paliza me ha dado dolor de huesos —comentó con ironía y sonrió—. Mary, querida, ¿por qué no te acercas con Maxwell y Rose y os presento a mi invitada, *lady* Joyce? Seguro que tenéis muchos temas en común, su familia, aunque lleva generaciones en Londres, también proviene de Irlanda.

—¿Es eso cierto? —inquirió Marigold con fingido interés—. Qué agradable sorpresa, por supuesto, señorita Fitzgerald, conversemos. ¿Nos acompañas, Leo?

—Claro, cielo, ya voy.

Tras una última, intensa y fugaz mirada a Rose, Leonard se acercó a Marigold y se plantaron frente a la recién llegada. Lo mismo hicieron Rose y Maxwell, que le envolvió los hombros a su supuesta pretendida para atraerla junto a su cuerpo y protegerla del frío. Rose se sonrojó, y al elevar la mirada para perderla en los ojos azules de Maxwell notó que él ya la estaba mirando.

Su rubor creció cuando él sonrió, y Rose fue más consciente que nunca del roce de sus dedos sobre su hombro y clavícula, piel contra piel. Max se inclinó y le susurró al oído.

—Mi primo no te quita los ojos de encima, nos está mirando ahora —anunció.

—¿Y qué hago? —murmuró Rose.

—Nada, solo déjate hacer, sé natural. Te voy a besar, tú acaríciame la barba y sonríe, después invéntate algo para alejarte, sé sutil.

«Sutil», se repitió Rose y supo que tendría que improvisar. Como Maxwell había dicho, se inclinó sobre ella y le rozó la comisura de los labios en el más delicado de los besos, pero le encendió el corazón en llamas. Leonard tenía la vista fija en ellos como un halcón, y no perdió detalle de los vellos erizados de Rose, del cálido rubor en sus mejillas, y de la sutil elevación de sus labios en una sonrisa. Las damas solían mostrar esas reacciones ante él y le molestó que fueran por su primo.

Después, Rose se movió para quedar de frente a Maxwell, elevó una mano y le acarició la mejilla para acariciarle la barba con los dedos. Él cerró los ojos un instante, complacido, y Rose aprovechó para ponerse de puntillas y besarle la mejilla. Sabía que ver un beso en la boca hubiese sido demasiado fuerte para *lady* Arabella, pero de no hacer nada no inflamaría los celos de Leonard.

Apenas fue una caricia, pero el deseo de abrir los labios y dejar que Maxwell colara su lengua

en su boca para enzarzarla contra la suya le hizo temblar las rodillas a Rose.

—Tengo un poco de sed, Max, ¿me traes una bebida? Sé un caballero... —dijo en un tono suave y cariñoso, a todas luces embelesado.

—Por supuesto, florecilla, te complaceré —contestó él y, sin apartar los ojos de los suyos, bajó la mano que tenía sobre su hombro rozando la piel de su brazo hasta atrapar su mano, que elevó para depositar un beso en los dedos.

Rose sintió que el corazón le daba un vuelco. Un simple beso en la mano, solo un diminuto beso, y Maxwell lograba que se le agitara el pulso. ¿Qué le ocurría con él? Jamás había sentido algo así cerca de otro hombre. De pronto Leonard intervino.

—Déjalo, primo, iré yo por las bebidas, me estoy helando —dijo y sonrió—. En realidad, Rose podría acompañarme, estoy seguro de que también tenéis algo de frío y querréis algo caliente.

—La verdad es que sí, un poco... ¿Le importa, señorita Stuart? —comentó Marigold.

—Claro que no, la mesa está aquí al lado —sonrió Rose.

Tras un último gesto de despedida para Maxwell, Leonard y ella se alejaron hacia las escaleras traseras. La mesa de bebidas estaba junto a las puertas del salón, y desde allí se veía todo el jardín. Estaban a punto de llegar cuando la joven se detuvo y volvió la cabeza por encima del hombro para guiñarle un ojo a Maxwell, que sonrió y asintió. Rose se rio, coqueta. A su lado, el marqués de Eastwyn no perdió detalle del intercambio: la evidente chispa entre Rose y su maldito primo le irritaba.

Odiaba ver las miradas de Rose dirigidas a otro que no fuera él, ella era una de sus conquistas, preciosa y deseable enfundada en ese virginal vestidillo blanco; le enardecía. Una vez frente a la mesa, Rose tomó cuatro tazas y vertió café en ellas; estaba a punto de añadir la leche cuando él pelirrojo posó una mano sobre la jarra y la detuvo.

—¿Prefieres el café solo? —inquirió Rose y elevó una ceja.

—Veo lo que estás haciendo, dulce Rose, y déjame decirte que eres patética. ¿Crees que no iba a darme cuenta de lo que tramáis mi primo y tú? Qué conveniente, empezar un cortejo justo cuando mi abuela va a ceder la herencia —resopló molesto.

—¿Tú crees? A lo mejor es sencillamente que Maxwell me gusta y quiero casarme con él, le conozco desde hace muchos años. Ya sabes lo que dicen: del cariño al amor...

—¿Tan necio me consideras? Sé que pretendéis engatusar a ese vejestorio para que le lege el título a Maxwell, tú solo quieres vengarte de mí por lo de la fiesta, por eso le tocas como a un amante. Ya que estás arruinada, esta penosa artimaña es lo único que te queda.

Rose bufó y rio entre dientes antes de continuar con los cafés.

—Aun así aquí estás, conmigo, la arruinada, en vez de con la señorita Goldman —señaló irónica—. ¿No será que estás celoso, marqués?

—¿Celoso?, ¿celoso yo de un bufón palurdo como Maxwell? —se burló Leonard, y se le acercó tanto que Rose notó su aliento sobre la mejilla—. Admítelo, querida, estás jugando contra el tiempo, y esta mentira te va a terminar por estallar en la cara.

—Tal vez sí, o tal vez no. Si tanto te irrita que ayude a Maxwell, haber acudido a mí como hizo él —contestó Rose, que posó la jarra y se volvió para encararlo, quedando sus rostros a unos centímetros de distancia. Leonard tensó la mandíbula y respiró con fuerza, pero Rose se acercó aún más para susurrarle al oído—. A diferencia de ti, tu primo sí sabe complacer a una dama. Ya ves, Leonard, lo que uno no quiere otro lo desea... tú te lo pierdes.

Dicho aquello movió el rostro lo justo para rozarle la mejilla con los labios, pero no le besó. Tomó las tazas y se alejó con una sonrisa, dejando a un perplejo Leonard plantado junto a la mesa. Mientras se alejaba con el corazón en la garganta y la sangre corriendo veloz en sus venas,

una sensación de satisfacción y victoria se adueñó de ella. Ya estaba hecho: la semilla de los celos y la herida en el orgullo masculino habían sido plantadas.

Ahora solo quedaba verlas florecer.

Capítulo X

Rosas de seda



El falso cortejo continuó a buen ritmo, Maxwell acudía a Braithbury Hall cada dos días en busca de Rose para llevarla a visitar a su abuela, y todo parecía estar encaminándose en una buena dirección. Los rumores sobre el debut de Rose habían comenzado a diluirse, ya no se hablaba de ello en las casas de té más que como una mención picajosa y puntual. Si bien, las propuestas de matrimonio no habían regresado, y Edward estaba comenzando a preocuparse.

Tal vez, se dijo, la mejor opción sería esperar a la próxima temporada y ocuparse personalmente de mentorizar a Rose: la llevaría a los mejores bailes y fiestas, a eventos donde conocer hombres de confianza, amigos del ejercito que no jugarían con ella y pudiesen gustarle... De algo tenía que servir el título de duque de Braithbury. Si él no podía cuidar de su protegida y garantizarle un futuro con un hombre que le hiciera aletear el corazón y a quien amara con toda su alma, ¿quién más iba a hacerlo?

Tampoco es que tuviese prisa por casarla, faltaban días para el decimoctavo cumpleaños de Rose, y si no era por amor, jamás la obligaría a elegir a un marido.

Cuando la mañana de miércoles tras Nochebuena, el mencionado lord Bedford llegó para llevarse a Rose, Edward se rascó la barbilla, pensativo. La mesa del comedor estaba medio vacía, eran las diez, media mañana, y estaba disfrutando de un merecido té mientras leía la prensa junto a sus hermanos y sus protegidas. Violet había salido para ir a su tienda de *Las Tres Flores* hacía un buen rato, así que Rose y Camelia se quedaron con él.

—Creo que Maxwell ha venido a buscarte, Rosie —anuncio Camelia, que se sentaba junto a la ventana con un ejemplar de *John Bull*.

—¿De verdad? Creí que no vendría hasta pasadas las fiestas, y aún quedan tres días para fin de año —Se sorprendió Rose, antes de levantarse para ver como su amigo ataba a *Eros* al poste de amarre—. ¿Te parece bien si salgo a pasear con Max, Ed?

—No veo por qué iba a parecerme mal, Rose; si te hace feliz, tienes mi permiso —contestó él—. Aunque antes de que os vayáis me gustaría hablar con él a solas.

—¿Por qué, acaso ocurre algo?

—En absoluto, pero me preocupa la rapidez con la que te está cortejando. Si las cosas se ponen serias de verdad entre vosotros, Maxwell debería plantearse parar más por aquí e intentar conocernos, en vez de salir tanto. Somos tu familia y, al menos yo, apenas lo conozco... Llámame necio, pero me gustaría saber cómo es mi futuro cuñado.

La joven se mordió los labios. Maxwell y ella solo llevaban un mes con la mentira y Edward ya estaba poniéndose serio. Tal vez había llegado el momento de confesarle el plan que se traían, pues lo que menos deseaba era decepcionarlo. Quería a su tutor como a un hermano y ocultarle la

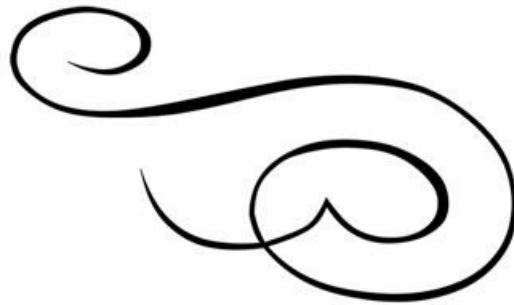
verdad no le gustaba. Rose cruzó una mirada con Camelia, y al encontrar sus ojos azules supo que ella pensaba lo mismo.

—Muy bien, Edward, se lo diré durante el paseo para que podáis hablar más tarde —prometió Rose—. ¿A la vuelta, quizá?

—Lo estaré esperando —asintió Edward y le guiñó un ojo—. Alegra esa cara, mi hermosa pupila, que no le voy a morder.

—Hablando del rey de Roma... —dijo William.

Todos se volvieron para ver a lord Bedford entrar al comedor acompañado por el señor Hubbert, y tras un breve intercambio de saludos, Maxwell y Rose se marcharon bajo la atenta mirada de los hermanos Barnett y Camelia, que no podía dejar de pensar en que aquella situación se estaba complicando.



El silencio de Rose le pareció sospechoso a Maxwell, que paseaba a pie con las riendas de *Eros* sujetas con una mano. El día estaba claro, nevado y soleado, pero Rose no parecía notar el frío, a pesar de que el vapor dejaba sus labios con cada respiración. La joven caminaba a su lado, pensativa y con la vista fija en el empedrado de Eaton Street, y aquello le preocupó. Tal vez había sucedido algo que él ignoraba, y su curiosidad pudo más.

—¿Estás bien, pecas? Estás muy callada. ¿Ha pasado algo? —dudó.

—¿Eh? No, no te preocupes, solo estaba pensando —dijo Rose y mostró una falsa sonrisa—. ¿Dónde vamos? Estamos en Belgravia, pensé que me llevabas a Bedford Park.

—No cambies de tema, Rose, el silencio no es lo tuyo, sé que algo te preocupa. ¿Acaso te estás arrepintiendo de nuestro plan? Si es así, podemos deja...

—Ni por un minuto, Maxwell Bedford; te lo dije, iré hasta el final —le cortó ella.

—¿Entonces? —insistió él.

—Es Edward, está preocupado por mí y quiere hablar contigo —admitió Rose—. Creo que debería contarle lo que estamos haciendo, no soporto mentirle. Ed, Theo y Will son como hermanos para mí.

—Está bien, pues se lo diremos. ¿Qué hay de tu madre, también planeas contárselo?

Rose resopló antes de soltar una risita, y Maxwell sonrió de medio lado sin poder evitarlo. Le calentaba el corazón verla reír así; se le marcaban un par de graciosos hoyuelos en las mejillas.

—A ella no hará falta convencerla, bobo, si me pidieras matrimonio mañana mismo lo aceptaría encantada —dijo, ya más animada—. Ahora en serio, ¿dónde vamos?

—Dime una cosa, pecas. ¿Te sigue gustando leer, o has pasado a esos hábitos de señorita mimada como ir a elegir sombreritos y guantes a la *boutique* famosa de turno?

—Te recuerdo que la *boutique* más cotizada de Londres es la de mi hermana Violet, así que no veo el aliciente en hacer algo así: antes me escondo bajo la mesa del salón que pasar un tarde de compras en la tienda de alguna *snob* remilgada —resopló Rose—. ¡Pues claro que prefiero leer, Bedford, siempre lo haré! ¿Responde eso a tu pregunta?

—Entonces la jornada va a ser un éxito —rio Maxwell, antes de pararse sobre la acera y mirarla, ya con el rostro serio—. Me gustaría que me ayudes a elegir libros para la escuela que abriré, la que soñaba mi padre, así que vamos a una librería que hay en esta calle; no está a la moda, pero contiene muchos tesoros. Quiero que los niños llenen su mente de buena literatura, aunque sean libros polémicos, en esos se encuentran las mejores lecciones.

Rose le miró y una sonrisa asomó poco a poco a sus labios. Maxwell era una caja de sorpresas, podía actuar como un cínico, pero tenía un corazón enorme bajo esa fachada que esgrimía. La joven asintió y comenzaron a caminar hacia el extremo de Eaton Square.

Las Tres Flores, la tienda de moda de Violet, estaba al final de la calle, y la cantidad de carruajes aparcados delante sugería que estaría concurrida. Sin embargo, antes de llegar al cruce, Maxwell se detuvo frente al callejón que unía dos edificios, en cuya pared se abría la fachada de una vieja librería: *The Old Oak Worm*. A Rose le encantó: desde el letrero verde con letras medio gastadas, al escaparate repleto de libros de encuadernación rústica. El ruido de campanillas anunció su presencia al vendedor, una anciana con gruesas gafas y moño alto embutida en un vestido de cuadros.

—Lord Maxwell, qué alegría verlo, y viene acompañado —saludó la mujer—. ¿En qué puedo ayudarle hoy, muchacho?

—Mi amiga y yo hemos venido a elegir libros, Grace. ¿Le importa que echemos un vistazo? Nos llevaremos unos cuantos para la escuela —explico él con una sonrisa.

—Por supuesto, querido, miren todo lo que quieran, sé que encontrarán algo.

El hombre asintió y tras volverse hacia Rose con la sonrisa aun en la boca, se adentraron. La librería estaba abarrotada, las estanterías estaban tan llenas y juntas que resultaba opresivo caminar entre ellas. Si bien, estaban repletas de tesoros. Rose descubrió una colección de tragedias de Shakespeare y otra de clásicos de la antigua Grecia: *Las Troyanas*, *La Ilíada*, *Dido y Eneas*...

Elegió un par de ejemplares de cada: *Hamlet* y *Otelo*, *La Ilíada* y *la Odisea*, para empezar. Serían buenas lecturas para niños ansiosos de aventura. Al llegar a la sección de romance se detuvo a ver los libros: *La dama de los bosques de Sherwood*, *Ivanoe*, *Evelina*, *Sentido y Sensibilidad*... sonrió cuando sus dedos rozaron ese último. El coronel Brandon siempre le había parecido un personaje blando, pero ahora lo apreciaba más que nunca.

—¿Suspirando por el galán de corcel blanco que te bese bajo la tormenta? —dijo una voz a su espalda, y Rose se giró para ver a Maxwell sonriéndola con diversión—. Curioso, Stuart, te tenía más por alguien que elegiría a Wickham, más que a Brandon.

—¿Conoces la obra de Austen? —Se sorprendió Rose—. Te tenía más por alguien que lee a Pierre Choderlos de Laclos que a una escritora romántica tradicional.

—Soy una caja de sorpresas, «dulce florecilla», una cosa no quita la otra. He leído a Laclos, sí, pero también las novelas de amor que tanto os gustan a las damas. Pero vamos, no cambies de tema, ¿he dado en el blanco?

—¿Sobre si preferiría a Wickham o a Brandon? —inquirió Rose y él asintió—. Hace meses te hubiera respondido que sí, siempre he preferido a los hombres con un carácter como ese:

descarado y gallardo. Ahora he llegado a apreciar el valor de un caballero como el coronel Brandon, o incluso de Darcy.

—Espero que no por culpa de mi primo —declaró Maxwell.

Rose bajó la mirada para clavarla en sus zapatos.

—Siempre he soñado con encontrar un marido como Edward o William. Ambos son valientes, soñadores y auténticos; incorrectos hasta la médula, sí... pero con buen corazón. Se alejan del molde de «caballero adecuado» que buscan las damas de clase alta.

—¿Es deseo lo que detecto? —inquirió él y enarcó una ceja.

—Di mejor admiración —le corrigió Rose—. Si no es con un hombre como ellos no me casaré. Una lección que he aprendido con vergüenza y lágrimas, pero aprendida, al fin y al cabo. Y ahora basta de hablar de mí. ¿Qué historias has elegido tú?, ¿también reflejan tu deseo de encontrar a una mujer?

El hombre resopló y le enseñó los libros, en su mayoría cuentos de aventura y viajes: *El corsario Negro*, *Robinson Crusoe*, *La leyenda del rey Arturo*... Al reparar en el libro medieval Rose rompió a reír y caminó hacia el extremo de la librería, para sentarse sobre el alfeizar de la ventana, decorada con cojines mullidos. Maxwell se sentó frente a ella y dobló una rodilla, sonriendo de medio lado al verla tan alegre.

—¿Qué es tan divertido? —inquirió curioso.

—La manía de los hombres con la leyenda de Arturo. ¿Qué es lo que os atrae tanto, lo de la espada en la roca, o encontrar a una mujer hermosa y rebelde como Ginebra? No me digas que quieres casarte con alguien así.

—No, yo no quiero casarme —contestó Maxwell.

—¿Qué? Vamos, eso no me lo creo, con lo mujeriego que has sido en el pasado... Además, tú mismo me contaste que buscabas a una mujer afín con quien reír y hablar de tú a tú, una que compartiera tu vida en el lecho y fuera, con la que poder descubrir y aprender, una igual. ¿Acaso no existe nadie así?

En vez de animarlo a hablar como Rose había supuesto, sus palabras afectaron a Maxwell, que apoyó el rostro sobre la rodilla y le escondió la mirada. El largo cabello rubio ondulado le cayó sobre la frente y cubrió su rostro, impidiéndole ver a Rose lo que estaba pensando. Parecía haberlo ofendido, y decidida a no arruinar el día, Rose habló.

—Max, si lo que he dicho te ha molestado, no era mi... —comenzó.

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste hace años, antes de salir de Plymouth? —dijo Maxwell cambiando súbitamente de tema, para confusión de Rose.

—Sí, claro que la recuerdo.

—Repítemela, por favor —pidió él, aún sin mirarla.

—Dije que nunca te amaría, que no quería que me rompieras el corazón en pedazos —contestó Rose en voz tan baja como un susurro—. Fue una promesa infantil nacida del despecho que me causó verte con la señorita Clara Elliot en la fiesta de fin de año de tus padres. Te vi besándola en el jardín, ¿sabes? A mis catorce años aquello dolió demasiado, ya que me habías prometido ser el primer hombre en besarme.

—Resulta que yo también hice una promesa aquella noche, Rose, la promesa de no casarme jamás. Tal vez no lo sepas, pero Clara murió unos días después, fue el peor día de toda mi vida —contestó Maxwell.

La declaración dejó a Rose boquiabierta, y la curiosidad de saber qué sucedió le recorrió las venas. Sin embargo, no quería reabrir heridas y arruinar el ánimo de Maxwell, así que aguardó en silencio hasta que él volvió a elevar la cabeza.

—Antes de que lo digas, no, no quiero hablar de eso ahora —dijo, y sonrió de medio lado. Hubiese podido engañar a otra, pero no a Rose, que conocía tan bien su sonrisa—. Vamos, pecosa, elijamos algunos libros más y vamos a pagar. La mañana avanza y este no es el único sitio al que planeo llevarte.

—Ah, ¿no? —se sorprendió Rose.

—Esta era la parte en que me ocupaba de mi propio sueño; ahora nos ocuparemos del tuyo.

Sabiendo lo curiosa que era la joven, Maxwell se levantó y la tomó de la mano para volver a perderse entre las estanterías. Y media hora después, con quince libros entre sus manos, pequeñas obras maestras de la literatura, dejaron la tienda para cargarlos en las alforjas de *Eros*. Rose esperaba que él montara y la subiera en la grupa de nuevo, pero Maxwell volvió a sorprenderla al desatar al semental y echar a andar por la calle en dirección a *Las Tres Flores*, la tienda de moda de Violet.

—¿Dónde vamos? —dudó Rose, incapaz de contener su curiosidad.

—A la tienda de tu hermana. La próxima semana es tu cumpleaños, pecas, debemos elegir un vestido que deje a Leonard ardiendo de deseo —explicó Maxwell—. Lo del partido fue un éxito, pero aún hay que meter mucho más el dedo en la llaga. Que haya elegido precisamente a Marigold como falsa novia es un revés para nosotros, ya has visto lo buena actriz que es.

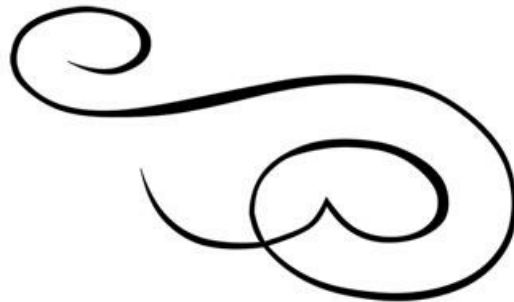
—¿Y qué hay de tu abuela? ¿No se suponía que debo actuar como una virginal debutante que viste de blanco y pastel para parecer cándida y aceptable a sus ojos?

—¡Al diablo, un día es un día! Mi abuela lo entenderá. Además, he oído que Violet tiene los mejores diseños de toda Inglaterra. Si alguien es capaz de encontrar un equilibrio entre sensual, virginal, provocativa y recatada, seguro que es ella.

—De eso no tengas duda, si no lo tiene, lo coserá —aseguró Rose.

—Perfecto, entonces vamos.

Tras cruzar una última mirada, anduvieron lo que quedaba de camino y entraron.



Las Tres Flores estaba bastante llena, siempre había mucha gente comprando telas y vestidos, enaguas y sombreros; incluso los caballeros se habían vuelto clientes habituales. Pero esos días festivos, tan cercana la Nochevieja, el flujo de personas era aún mayor. En cuanto entraron por la puerta fueron recibidos por Emma, la encargada de dirigir a las diferentes secciones.

—Buenos días, Emma. ¿Está mi hermana libre? Necesitamos ayuda con un asunto estilístico, es de vida o muerte —saludó Rose y rio al añadir lo último.

—Está de suerte, señorita Rose, *lady* Violet acaba de terminar con unos patrones, iré a buscarla ahora mismo. Pero pasen, por favor, pueden esperarla en la salita de estar —dijo la joven.

—Muchas gracias, querida, eso haremos —asintió Maxwell.

Cuando la muchacha de cabello negro y ojos pardos se perdió por las escaleras que subían al piso superior, Maxwell estudió el lugar. Era una de las tiendas más bonitas y bien decoradas en la que había estado; de madera clara, alfombras en tono pastel y dorado y llena de cristalerías. Violet tenía un gusto exquisito, cada detalle estaba bien elegido. Maxwell tomó un sombrero de plumas de una de las estanterías y se lo puso, para diversión de Rose.

Parecía un mosquetero con sombrero femenino, y la joven soltó una carcajada.

—Me encanta este lugar, es mejor de lo que imaginaba, ¡hasta sala de espera tiene! —exclamó él y sopló la pluma, que había caído hacia delante y le hacía cosquillas—. ¿Qué tal me queda?

—Estás guapísimo, Max, de aquí directo al palacio de Buckingham —rió Rose.

—Pues no sería lo más raro que he hecho, si te digo la verdad...

Rose estaba a punto de responder cuando la figura de Violet apareció por un lado. Al verlos riendo, y a Maxwell portando un sombrero de plumas de pato verde, rompió a reír. Ambos dieron un brinco sobre el sofá y se volvieron con las mejillas coloradas.

—Puedo envolverlo para regalo si quieres, Maxwell, te sienta divinamente —bromeó la mayor de las Stuart antes de poner los brazos en jarra sin perder la sonrisa.

—Violet, me alegro de verte. Menuda tienda tienes aquí montada, tu padre estaría orgulloso —dijo Maxwell, y aún con el sombrero puesto se levantó para darle un beso en la mejilla—. ¿Te importa si te robamos un minuto? Necesitamos la ayuda de una experta.

—Para vosotros siempre tendré todo el tiempo del mundo. Anda, venid conmigo... y tú dame ese tocado, no querrás que te vean con él puesto y causar el sofoco de alguna clienta ruborizada —dijo, y le quitó el sombrero para volverlo a colocar en la peana—. ¿Qué os trae por aquí?

—Max quiere elegir un vestido para mi fiesta de cumpleaños —explicó Rose—. Ya sabes que se celebrará en Bedford Park.

—Al que estáis invitados, por supuesto —puntualizó Maxwell.

—Contaba con eso —rió Violet—. Ahora seguidme, quiero saber a qué me enfrento.

Mientras lo decía los guio al piso superior, donde se abría el área privada. Y al abrir la puerta tres pares de ojos se volvieron a mirarlos. Aquella zona era donde las costureras efectuaban las labores de confección; Violet contaba con una tarima para diseñar y sacar cuentas. Era, en resumen, el ala de creación y trabajo.

—Roberta, Charity, Helen, ¿os importa retiraros? Tomaos el resto de la mañana libre, tengo que trabajar en un diseño para mi hermana y necesitamos privacidad —pidió Violet.

—Por supuesto, *milady* —asintió Charity.

—Gracias, ¡me alegro de veros a todas! —dijo Rose.

Las tres mujeres asintieron, mientras detenían sus máquinas de coser y guardaban las labores en el cesto que había junto a sus mesas. Después se retiraron con una sonrisa y una reverencia y dejaron la sala de costura libre para Maxwell, Rose y Violet. La mayor de las hermanas caminó hacia su mesa y se sentó encima, balanceando los pies adelante y atrás mientras los observaba.

—Bueno, decís que queréis un vestido. ¿Qué tenéis en mente? —inquirió curiosa.

—Deduzco que Rose te ha contado nuestro plan, ¿cierto? —comenzó Maxwell y Violet asintió—. Bueno, pues la fiesta es un momento importante para que triunfe, por eso insistí en que mi abuela lo celebrara en Bedford Park, porque pienso a jugar a ser el novio ideal ante sus ojos, y a la vez inflamar los celos de Leonard. Resulta que el muy desgraciado nos ha copiado la

estrategia.

—¿A qué te refieres?

—A que se ha buscado a una mujer que finja ser su novia ante mi abuela.

—Y no creerás quién es, Vivie —intervino Rose—. Ni más ni menos que Marigold, la estrella de El Lazo Dorado... ya sabes, la cabaretera.

Violet elevó las cejas y pasó su mirada de Maxwell a Rose, perpleja.

—No preguntaré cómo has llegado a conocer ese lugar, Rosie, y peor, a su estrella, mejor me centraré en ayudarte. ¿Qué tipo de vestido buscas, Max? ¿Qué planeas que haga Rose, deslumbrar a tu primo, impresionar a tu abuela, ser recatada y cándida?

—Un poco de todas. Creo que encajaría algo en color champán, que brille mucho, quizá con pedrería —sugirió Maxwell y llevó la mano a su barbilla al recordar su sueño—. Tal vez con rosas rojas en el escote...

Violet reconoció el deseo en las palabras de Maxwell al hablar del vestido y recordó la complicidad que había visto entre él y Rose con el sombrero. Hacía mucho que no veía sonreír así a su hermana, y desde que Maxwell había vuelto a su vida lo hacía constantemente. Lo que necesitaba Rose era abrir su corazón. Y si las puntadas estaban dadas, ¿porque no tejerlas hasta el final?

Jugaría la carta de la casamentera, a ver si daba resultado. Con esa idea dando vueltas en su cabeza decidió probar cómo reaccionaría su hermana al quedarse a solas con Maxwell.

—Parece que tienes una idea muy clara en mente, de hecho, creo que sí tengo algo así en la tienda. Si no, lo diseñaré —dijo—. ¿Te importa ir ayudando a Rose? Iré a por los vestidos que creo que encajarán, dame solo un minuto.

Dicho aquello salió, dejándolos parados sobre su sitio. Rose se ruborizó como una guinda al clavar su mirada azul índigo en Maxwell, y él se mordió los labios antes de acercársele. Debía desatarle el vestido, y tras el sueño que había tenido con ella, ver a Rose de esa guisa iba a ser peor que jugar con una vela sobre un reguero de pólvora.

Cuando llegó a su altura la joven le dio la espalda, quedando a su vez de frente al espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared; aquello sería casi... erótico, pensó Maxwell.

—¿Puedo? —preguntó, y rozó con los dedos el lazo que había en el cuello de Rose.

—Sí, hazlo.

La joven evitaba mirarle, y Maxwell se preguntó qué le pasaba. Sabía que, para una joven inexperta como Rose, mostrar su cuerpo a un hombre era una experiencia nueva. Pero, ¿a qué venía tanto temor? No iba a desnudarla, solo a dejarla en enaguas, con su camisón, corsé y polainas. ¿Acaso le tenía miedo, o había algo más?

—Relájate, Rose, estás temblando —la tranquilizó Maxwell.

—Tú solo sigue adelante, es... no, olvídale.

—¿Qué ocurre?

—Es una tontería, pero, ¿y si te decepciona lo que ves? Sé que has estado con mujeres más guapas que yo. Solo soy una cría insípida y...

Maxwell detuvo su respuesta parándose delante de ella para posar un dedo sobre sus labios. Sus ojos no dejaban los de Rose, que se había puesto roja como una granada. Tragó saliva y Maxwell alejó el dedo para elevarle el mentón.

—Escúchame bien, y métetelo en la cabeza, Rose, no hay nada que no me guste de ti: eres preciosa, diablos, me haces arder la sangre en las venas... Dices que he estado con muchas, pero podría yacer con la mujer más bella del planeta y no significar para mí lo mismo que tú —declaró Maxwell—. No vuelvas a pensar menos de ti, pecas.

La joven se quedó muda y un sentimiento desconocido le invadió el pecho y se extendió por todo su cuerpo. ¿Qué era eso que sentía? Fuera lo que fuera, le aceleró el corazón y volvió a darse la vuelta para permitirle continuar. Maxwell entendió la señal y comenzó a desatar los lazos uno a uno, logrando que la tela cayese al suelo, dejando a Rose en enaguas y crinolina. Al posar la mirada sobre ella, Maxwell contuvo el aliento: Rose era más perfecta de lo que había imaginado en sueños.

—¿Crees que impresionaré a Leonard? —dudó Rose, que por alguna razón trataba de ocultar sus pechos con una mano—. Tal vez si apretara algo más el corsé, o me pusiera un pañuelo debajo...

—¿De qué estás hablando? Si aprietas más ese corsé te vas a romper las costillas —dijo Maxwell, que no entendía nada.

—Mi busto no es lo que se dice un caramelo, Bedford, no finjas que no lo sabes.

Ah, así que eso era. Rose creía, por alguna ridícula razón, que por tener los pechos pequeños era menos deseable que una mujer voluptuosa, como lo era la propia Violet. Se contuvo de hacer rodar los ojos y elevó las manos para sostener las de Rose y alejarlas de su escote. La joven ahogó un jadeo y se ruborizó hasta las raíces, expuesta ante él.

—Cielos, Rose, no sé en qué mundo aparte vivís las damas, pero no tienes ni idea —suspiró Maxwell sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿A quién le importa que tengas los pechos grandes o pequeños? Cada uno tiene sus preferencias, pero a los hombres nos enardece el conjunto, cada mujer es un tesoro que adorar, y más de uno debería dar gracias.

—¿De veras? —dudó Rose.

—Jamás te mentiría en algo así, es tu orgullo del que hablamos.

—¿Piensas que le gustaré a tu primo, entonces? —insistió ella.

—Créeme, si no le gustaras no se tomaría tantas molestias, ni siquiera por Thomas Roswell. Leonard es un tipo simple, elige siempre a las más guapas, y en tu caso no ha tenido ni que esforzarse en fingir —aclaró Maxwell y mostró una sonrisa—. Mi primo te desea, pecosa, no te quepa la menor duda.

—¿Y qué hay de tus preferencias?

Antes de que él llegase a responder, Violet abrió la puerta de la sala y entró cargando dos vestidos, uno en cada brazo. Al ver la escena que acaba de interrumpir sonrió de medio lado, dejando a ambos con las mejillas más rojas que una rosa en flor.

—¿He interrumpido algo? —inquirió alegre.

—¡¡No!! —exclamaron ambos al mismo tiempo.

Violet rompió a reír. Podían decir lo que quisieran, pero allí estaba a punto de pasar algo. Era curioso el poder de aquella sala; encima de esa misma mesa, Edward le había brindado su primer éxtasis entre besos y caricias. Era irónico que, de no haber llegado, hubiese podido pasar algo semejante entre Maxwell y Rose. Elevó los vestidos y sonrió.

—Bueno, creo que ya tenemos ganadores —anunció Violet—. Vamos a probártelos, hermanita, y te quedarás con uno de ellos. No te apures, estarás despampanante.

—Yo no tengo la menor duda de ello —asintió Maxwell.

Así, entre miradas furtivas, vestidos y seda con pedrería, pasaron la mañana.

Capítulo XI

Velas de rosas y crème fraichê



El esperado día de su decimoctavo cumpleaños finalmente había llegado, 21 de Enero. Rose estaba más nerviosa de lo que quería admitir. En esas semanas Maxwell y ella habían estado ensayando lo que iban a hacer en la fiesta: el baile se daba por hecho, también los roces y las caricias; aunque todo dependería de como actuase Leonard al verlos. Si bien, no era el marqués de Eastwyn quien llenaba sus pensamientos. Desde que habían hablado en la librería, la joven no lograba sacarse las palabras de Maxwell de la cabeza, la confesión que le hizo respecto a su promesa de no casarse jamás.

Rose no dejaba de preguntarse qué habría pasado entre él y aquella joven, Clara Elliot, para que Maxwell se hubiera vuelto así. Conoció a la joven, era simpática y también muy hermosa: cabello castaño, ojos verde avellana, figura agradable... Era muy triste que hubiese tenido que enterarse de su fallecimiento por boca de Maxwell.

Intuía, en su inexperiencia, que fuera lo que fuese que sucedió entre los dos marcó el carácter de su amigo, volviéndolo el despreocupado que fingía ser ahora. «Su amigo». Maxwell había dejado de ser «solo» su amigo en el mismo momento en que Rose lo besó en El Lazo Dorado. Y más de una vez se había encontrado a sí misma soñando despierta con él: en cómo sería pasear juntos por la arena mojada de las playas de Plymouth, jugar y lanzarse agua y abrazarse entre las olas; regresar a la casa de Maxwell, la casa de ambos, y hacer el amor en la alfombra frente a la chimenea.

Hacer el amor... ¿Cómo sería hacer el amor? ¡Cielos! ¿Por qué pensaba eso, y además con Maxwell? Que estaba colándose en su corazón era innegable. El pensamiento asustó a Rose, había jurado no amarlo y pensaba mantenerse fiel a su juramento costara lo que costase. Eso estaba pensando cuando el par de toques sobre la puerta le hizo dar un brinco.

—Soy Edward, Rose. ¿Estás decente, puedo entrar? —se escuchó.

—Por supuesto, Ed, pasa —contestó ella.

La puerta se abrió para revelar a su tutor vestido de gala con uniforme de coronel: casaca roja y fajín azul, pantalón blanco y botas negras, hombreras y botones dorados. Rose sonrió y le invitó a sentarse, cosa que Ed hizo antes de recorrerla con la mirada de arriba abajo.

—Pero vaya, mírate, te has convertido en toda una mujer, mi bella y rebelde pupila —comentó Edward—. ¿Estás contenta celebrando el cumpleaños en Bedford Park? No estás obligada a ir para ayudar a Maxwell, lo sabes, ¿verdad? Hoy es tu día, no el suyo.

—No me importa hacerlo aquí o allí, Ed, una fiesta es una fiesta. Además, no pienso perder la oportunidad de hablar con *lady* Arabella de jardinería. Con todo lo que me he esforzado en aprender a no asesinar las plantas con la regadera, ya puede servir de algo...

—Eso, y poder poner celoso al malnacido de Leonard —señaló él.

—Sí, y eso también.

Ambos se miraron y rompieron a reír. Desde que Maxwell había hablado con su tutor y admitido la verdad, Edward había relajado su postura respecto a él. Le gustaba el plan y pensaba colaborar para que llegase a buen puerto. Al reparar en el aspecto de Rose, ya completamente arreglada, Edward sonrió: llevaba un vestido de seda champán sembrada de pedrería, pequeños cristales adornaban la parte inferior y el corpiño. Los hombros iban descubiertos, y una cenefa de rosas rojas decoraba el escote. Sin duda la mano de su esposa estaba detrás de aquello, no tenía ninguna duda.

—¿Te gusta el vestido, o es demasiado? —dudó Rose.

—Es perfecto, no sé quién va a enardecerse más, si Leonard o tu querido Maxwell —dijo él y se apresuró a continuar al ver que ella quería interrumpir—. Antes de nada, te voy a dar mi regalo, por eso he venido, porque sería un incordio transportarlo todo hasta Mayfair... Solo espero que no te ensucies y arruine la obra de Violet. ¿Me acompañas?

—¿Es grande?, ¿algo que mancha? —preguntó Rose con entusiasmo.

—Sí.

—¿Y es muy pesado?

—Eso depende de a quién le preguntes.

—¡Oh, vamos, Ed, sácame de dudas! Me muero por saberlo...

—Paciencia, querida Rose, no te queda nada para verlo, está arriba.

—La paciencia nunca ha sido lo mío, coronel Barnett.

El hombre se rio al notar el retintín y le tendió un brazo, que Rose estrechó para salir de su habitación y cruzar el pasillo en dirección a las escaleras. La planta superior de Braithbury Hall, mansión ancestral de los duques de Braithbury, estaba destinada a las zonas de recreo: sala de música, sala de costura, sala masculina... Edward se detuvo frente a una puerta, la que solía ser de la sala de lectura, y la abrió para dejar ver el estudio de pintura más coqueto que Rose había visto jamás. Paredes con papel floreado, sofás beige de cuero, ventanas sin cortinas...

Había una gran mesa de madera repleta de materiales: oleo, pigmentos y mortero, carboncillos, papel y lienzos. Frente a ellos, un caballete con un cuadro en blanco ya colocado, junto a una mesilla alta llena de pinceles y brochas. Edward sonrió al ver la expresión de Rose.

—¿Es lo que esperabas? —quiso saber.

—Dios, Ed, esto es... es mil veces mejor de lo que esperaba —admitió Rose—. Ni en sueños había imaginado que montarías un estudio de pintura entero, me conformaba con un par de lienzos y unas pinturas, pero esto... ¡Eres el mejor!

—Sí, eso me han dicho.

La joven corrió a abrazarle, y Edward le acarició el cabello antes de depositar un beso en su frente y alejarse. Así era como quería ver siempre a Rose: sonriente y llena de vida y alegría.

—Feliz cumpleaños, Rose —dijo.

—Gracias, Edward, gracias por todo, te quiero.

—Y yo, estimada pupila, y yo —asintió él—. Ahora vamos, los demás nos están esperando abajo. Creo que tu falso pretendido lo va a tener un poco duro para superarme.

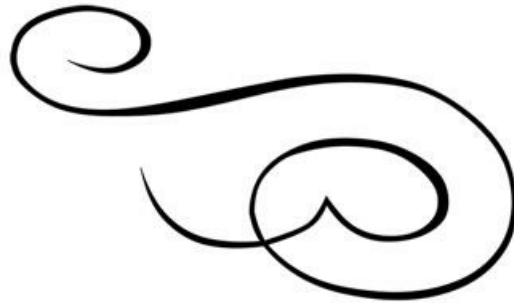
—¡Ja! Pues ya se puede esforzar, has puesto el listón muy alto.

—Te sorprendería lo que podemos hacer los hombres por la mujer que nos gusta.

«La mujer que nos gusta», repitió Rose y su corazón saltó. ¿Edward pensaba que a Maxwell le gustaba? Volvió la mirada para encontrar la de su tutor. Pero él no la estaba mirando, había una expresión curiosa en su cara, una que Rose solía ver más en su hermana mayor: la de la

travesura. Tal vez Edward ocultaba algo, y la curiosidad corrió por las venas de Rose.

Sin embargo, no pudo preguntar más, pues llegaron al *hall*, donde estaba reunida la familia. Y entre besos, felicitaciones y abrazos, se encaminaron a los carruajes para partir a la laureada fiesta organizada por la vizcondesa de Hale.



Bedford Park estaba radiante, la habían decorado con grandes lazos blancos y rosas rojas de ganchillo, dando colorido a cada rincón, desde la baranda de las escaleras a los jarrones sobre las mesas, a los troncos de los árboles del jardín. La nieve había cuajado y un leve manto blanco cubría todo el prado, dándole un aspecto de ensueño. Fueron recibidos por Constance, que los condujo al salón, donde se iba a celebrar la fiesta. Habían invitado a poca gente, los Bedford: *lady* Arabella, Adeleide, Maxwell, Magdalene y Marianne; y por supuesto Lauren y Leonard.

También estaban sus amigos, los gemelos Hatton y su madre, *lady* Clementine, lord Clifford y lord Raymond; y *lady* Caroline Penley, no había rastro de Lincoln. Marigold y la señorita Fitzgerald eran las últimas invitadas, sin contar a su propia familia. Cuando entraron resonó un gran aplauso, y Rose notó que le ardían las orejas, el rubor debía haberse extendido por todo su cuerpo. No tuvo tiempo de pensar en ello antes de que Magdalene le diese un abrazo.

—Feliz cumpleaños, Rosie —felicitó la rubia y rio entre dientes—. Bienvenida a los dieciocho, de aquí al altar.

—Gracias, Mags, la verdad es que lo estaba deseando —sonrió Rose.

—Y a mí ya no me queda casi nada, ¡esperad y veréis! —intervino Marianne—. Feliz cumpleaños, amiga, ojalá te gusten nuestros regalos, son estupendos.

—No presumáis, niñas, eso es materialista, muy vulgar —reprendió *lady* Arabella y se volvió hacia Rose—. Feliz cumpleaños, chiquilla, hoy está muy hermosa, ese vestido es una maravilla. Es curioso que no haya sido mi nieto el primero en decírselo, lleva toda la mañana hablando de usted igual que un galán enamorado.

—Imposible hacerlo, abuela, con la atención de Rose monopolizada entre todos... —intervino Maxwell, que se acercó para tomarle la mano a la joven y besársela, antes de envolverla en un abrazo que duró un par de segundos más de lo que sugería el decoro—. Feliz cumpleaños, señorita, como dice mi abuela, estás realmente preciosa.

—Tampoco te ves nada mal, caballero —susurró ella.

Se miraron a los ojos, azul contra grisáceo, y Rose se volvió a sonrojar. Los iris de Maxwell eran profundos como un cielo nublado al amanecer, no había notado hasta ahora como resaltaban

las motas celestes sobre el fondo gris; tenía unos ojos preciosos. Para la pareja el mundo parecía haberse detenido, no fue hasta que una tos rompió la burbuja que se volvieron.

—Qué adorable estampa, ¡sois la pareja ideal! —soltó Leonard y le sonrió a Rose—. Deja que los demás tengamos ocasión de saludar a la cumpleañera, Maxwell, ya tendrás tiempo más tarde de intentar llevártela a la cama como haces con todas.

—Habla por ti, Leonard, algunos no necesitamos esas artimañas para conquistar a una dama, así que ya puedes ir disculpándote —gruñó Maxwell.

—Bueno, bueno, era una broma... no te exaltes, primo. Me disculpo, querida Rose, y te deseo un feliz cumpleaños, espero que disfrutes de la velada y de mi regalo.

Dicho aquello se acercó para darle un abrazo y un beso, pero ella volteó el rostro y sus labios cayeron sobre su cabello. La idea de que Leonard la besara, incluso en la mejilla, la asqueaba, y se alejó de él con una falsa sonrisa. La expresión en el rostro del marqués era otra cosa, parecía evidente que le irritaba que le hubiese rechazado. Como si quisiera salvar la situación, la madre de Maxwell intervino en tono apaciguador.

—¿Qué tal si abrimos los regalos ahora? Supongo que Rose se muere de ganas; después podrá cortar la tarta y abrir el baile con Maxwell —propuso Adeleide.

—Concuerdo, no demoremos más el asunto. Tengo ganas de probar ese pastel, lo he elegido yo, y todos conocéis mi predilección por lo dulce —asintió la vizcondesa—. Coronel Barnett, querido, ¿acompañaría al salón a esta solitaria dama?

—Por supuesto, *milady*, no hay nada que disfrute más que rodearme de mujeres bellas —asintió Edward.

Y con la anciana pendida de un brazo y su esposa del otro, el duque de Braithbury abrió la marcha hacia el otro extremo del salón, donde habían colocado un montón de regalos para que Rose abriera. Se sentaron en los sofás y Rose observó la pila: había cajas de diversas formas y tamaños, así que tomó la primera y rompió el envoltorio para ver lo que contenía.

—Este es de Camelia, veamos que es... —comentó mientras abría la tapa, para encontrar una peineta de nácar y perlas con los extremos tallados en forma de flor—. Oh, Cami, es perfecta, ¡me encanta! Muchísimas gracias, hermana, te quiero mucho.

—Me alegro, Rose, en cuanto la vi supe que era para ti —sonrió ella.

—Deja que te la ponga, quedará perfecta en tu cabello, contrasta con tu color —dijo Maxwell y, ante la irritada mirada de Leonard, apartó los rizos que rozaban su cuello con deliberada lentitud y subió la caricia a su pelo, donde enganchó la peineta—. Ya está, tal y como decía... preciosa.

Rose se mojó los labios antes de pestañear, coqueta, y tomar otro regalo.

—Oh, este es de Theo. ¡Más vale que sea bueno, Barnett! —exclamó alegre mientras lo abría—. Es... vaya, ¿un guante de obrero?

—Jajaja, no, no, por Dios, no. Es un guante para esculpir —explicó Theodore—. Ya que Edward te ha montado el estudio de pintura, no iba a ser menos en alentar tu arte. Con él te protegerás la mano que sostenga el cincel, no queremos que te lastimes. Además, puedes usarlo también al pintar y en el jardín. Me ha contado un pajarito que has desarrollado un gran interés por las flores.

—Desde luego, por eso me ha sorprendido que hoy las rosas sean de ganchillo.

—Es un poco difícil encontrar rosas en pleno invierno, querida, no florecen hasta finales de abril. Lo sabrías si realmente te gustasen las plantas —pinchó Lauren.

—Ya, pues sea como sea, me encanta el regalo. Es estupendo, Theo —dijo Rose, ignorando el intento de provocación de la otra joven—. ¡Desde luego, no me voy a aburrir!

—Son unos obsequios poco habituales, quizá sea mejor que abra el mío —dijo *lady* Arabella—. Espero que le guste, ha sido una elección difícil, ya que apenas nos conocemos.

—Espero que eso cambie poco a poco, *milady* —sonrió Rose mientras tomaba la cajita que le tendía para abrirla. Cuando lo hizo, sus ojos se agrandaron como dos lunas y miró a la vizcondesa en *shock*—. Señora, esto es demasiado... no puedo aceptarlo.

—Puede y lo hará, rechazar un regalo es de pésimo gusto, querida. Además, si el cortejo de mi nieto llega a buen puerto no voy a dejar que se vea como una simplona.

Rose rozó con los dedos la fina gargantilla que descansaba sobre el lecho de terciopelo. De oro y diminutas perlas, tenía una hilera de zafiros en forma de lágrima que terminaban en uno más grande; debía costar una fortuna, se quedó sin palabras. Por suerte, Maxwell volvió a intervenir para ayudarla.

—Es una maravilla, abuela, digno de una dama como Rose —asintió Maxwell—. Estoy seguro de que le encanta, de hecho, podría estrenarlo en el festival de Kew.

—Es cierto, abuela, ambas representaréis a esta casa, ¿no sería algo muy adecuado? —asintió Magdalene.

—Eso dependerá de ella —afirmó la vizcondesa.

—Cuenta con que lo haré, *lady* Arabella, lo llevaré con orgullo —dijo Rose.

Sus palabras parecieron complacer a la mujer. Tras un rato de risas y sorpresas al abrir los regalos, Rose se encontró rodeada de objetos: los cepillos para peinar las crines de caballo de Violet, la pashmina de Edith, los libros del folclore americano de William y Sylvia, las novelas románticas de Marianne y Caroline; la alforja y la fusta de equitación de los Hatton; incluso el perfume de la señorita Fitzgerald y el carmín rojo rubí de Marigold. Solo restaban los presentes de Leonard y de Maxwell.

Rose abrió el del marqués para encontrar un cofre.

—¿Qué es esto? —preguntó con recelo.

—Abrelo —contestó él.

La joven levantó la tapa del cofrecillo y miró el interior. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar una rosa tallada en cristal y una nota, que elevó para ver qué ponía.

*Hay dulzura en el manzano
y ganancia en el maíz.
Pero la señora de la belleza
es la rosa del jardín.*

—¿Qué es, hija? —preguntó Edith, curiosa.

—Es un poema —contestó Rose y les mostró el contenido.

—Qué detalle por su parte, lord Bedford, es una flor preciosa —dijo la señorita Fitzgerald.

—Por supuesto, la rosa es la más bella de las flores —confirmó él—. Una hermosa rosa para una hermosa dama.

—Eso ha sido presuntuoso —señaló Adeleide.

—Y bastante descarado, querido nieto. Un caballero de bien no hace proposiciones a otra mujer con su novia delante. Si quieres llegar a ser el vizconde de Hale, mejor harías en dejar esa actitud, no me complaces —señaló *lady* Arabella.

—Me habeis malinterpretado. Además, no veo qué mal hay en decirle a una mujer hermosa que lo es.

—Pues gracias... pero no, gracias —dijo Rose—. Creo, y sé que todos los presentes estarán de acuerdo, que no es correcto aceptar halagos de un caballero que no es tu pretendiente. Lo siento, Leonard, quizá debiste dársela a la señorita Goldman.

Leonard y Rose se miraron, y en aras de la convivencia, la vizcondesa intervino y se volvió hacia la cumpleañera.

—Muy bien, niña, ahora abra el regalo de Maxwell; es el más grande e incluso a mí me ha entrado curiosidad —dijo.

Rose asintió y se levantó para abrir la caja, la última del montón. Apenas retiró los lazos esta se movió, y aquello despertó la curiosidad innata en ella. Al destaparla la recibió una carita peluda y adorable que le hizo soltar un gritillo. Rose se apresuró a inclinarse para sacar lo que había dentro, y al volverse, para sorpresa de todos, llevaba un cachorro de labrador blanco en los brazos.

—¡Jesucristo! ¿Qué es eso? —exclamó *lady* Arabella, horrorizada.

—¡Es un cachorro! —dijo Rose con una sonrisa radiante.

—Más que un cachorro es un cachorrazo —rio Violet—. ¿Qué edad tiene, Max?

—Cuatro meses y medio, una enorme bola de pelo adorable —explicó Maxwell—. Al verlo recordé nuestras risas en Plymouth junto al perro del vecino en los descansos de las clases de mi padre... y bueno, aquí estamos.

—Lo llamaré *Malvavisco*, es suave y tierno, igual que un malvavisco —dijo Rose.

—¿Tierno? ¡Menuda bestia! No dejaré que viva en esta casa, arañará las cortinas y orinará las alfombras —negó la vizcondesa tras santiguarse—. Menudo regalo, Maxwell.

Leonard rompió a reír, y cuando el perrito dio un ladrido, Lauren se sujetó al brazo de su hermano. Al parecer, ninguno de los tres Bedford de Londres era amante de los animales. Sin embargo, a Rose le encantó, y cuando le lamió la cara, le sonrió a Maxwell.

—Muchas gracias, Max, me encanta. Lo querré, cuidaré y mimaré con todo mi amor —afirmó antes de volverse hacia la vizcondesa, que aún tenía cara de susto—. No se preocupe, *milady*, *Malvavisco* vivirá conmigo en Braithbury Hall. Y cuando vengamos no tendrá ninguna queja sobre él, lo voy a convertir en un perro muy bien educado.

—Todo un lord perruno —asintió Maxwell.

—Exacto.

—Bueno, si ambos me dais vuestra palabra, creo que podré soportarlo... ¡Pero que se mantenga lejos de mis porcelanas! Un solo jarrón roto y me enviará junto a San Pedro —dijo la anciana antes de ponerse en pie y alisarse las arrugas de la falda—. Bueno, vamos a comer, me muero de hambre y la tarta es de la mejor pastelería de Londres.

—Apoyo esa iniciativa, *madame* —dijo Theodore.

Todos rieron, y entre bromas y charlas degustaron el festín de cumpleaños. El menú no era tan extenso, pero sí lo suficiente para hacerles la boca agua: canapés de *foie*, queso francés, sopa de langosta y frutos del mar, y perdiz a la naranja. Como postre, un glorioso pastel de bizcocho de limón y *crème fraîche*. Contaba con tres pisos y dieciocho velas talladas en forma de rosa que Rose sopló y apagó de un solo tirón.

Un mar de aplausos y felicitaciones recorrió el comedor antes de que se desplazaran de nuevo al salón para iniciar el baile, acompañados de café y copitas de brandy y coñac.

Mientras comían, los criados habían apartado los muebles para formar una pista de baile. Maxwell fue el primero en levantarse y pararse frente a Rose para sacarla a bailar, y Edward hizo lo mismo con Violet. A su lado danzaban Clifford y Camelia, Magdalene y Raymond, y Marianne y Theodore. La música corría a cargo de un cuarteto de cuerda, y los suaves giros del vals envolvieron a Rose en los brazos de Maxwell.

—Todo está saliendo divinamente, deberías verle la cara a Leonard, está rabiando —anunció en voz baja sobre su oído—. ¿Crees que deberíamos inflamarlo aún más?

—¿Qué sugerirías?, ¿un beso sería demasiado? —preguntó Rose.

—A veces no es necesario un beso para que exista deseo, pecas. Voy a actuar, no te sobresaltes, ¿de acuerdo?

—¿Por qué, qué vas a hacer?

—¿Confías en mí, Rose? —inquirió Maxwell.

—Sí.

—Entonces confía.

La joven se dejó guiar por la pista de baile en un suave bamboleo, Maxwell movió la mano que tenía sobre su cadera un poco más arriba y la atrajo contra su cuerpo, rozando los botones del vestido con la mano. Estaban tan cerca que Rose podía sentir el latido de su corazón contra su pecho y el roce de su barba y su aliento sobre el cuello.

Cerró los ojos sin poder evitarlo, dejándose moldear entre sus manos como mantequilla. Entonces Maxwell subió la mano que reposaba sobre su espalda hacia su cuello, acariciando sus omoplatos desnudos y su nuca.

Un escalofrío recorrió a Rose, el toque se sentía tan bien que quería sollozar, no le importaba si Leonard estaba mirando, solo quería sentir a Maxwell: su piel estaba caliente, su pecho se amoldaba al suyo y sus caderas se rozaban sobre la tela. Maxwell también había cerrado los ojos. Nunca esperó que un baile, un simple baile, lo hiciese sentir así, y menos con pecas. Y ahí estaba, con el estómago lleno de mariposas y los labios ardiendo por besarla. Con su perfume de rosas embriagando sus sentidos. Con su corazón latiendo a ritmo de fiesta.

—Podría quedarme así para siempre y morir feliz —susurró él.

—Ni lo sueñes, Bedford, no puedes morirme y privarme de tu maravillosa presencia —se burló ella en un tono tan cariñoso que Maxwell estaba empezando a encontrarlo indispensable, antes de abrir los ojos y fijarse en Leonard—. Oh, Dios... actúa normal, Max, tu primo se nos está acercando.

—Pues deja que venga, no tengo ninguna intención de soltarte.

Antes de que Rose llegase a responder, Leonard se adelantó; se puso en su camino e hizo que detuvieran sus pasos. Ambos lo miraron, y la expresión en apariencia alegre del pelirrojo les indicó que no auguraba nada bueno.

—Creo, Maxwell, que has monopolizado bastante a la cumpleañera —dijo el marqués antes de tenderle una mano a Rose—. ¿Me concedes esta pieza, Rose?

—Lo siento, primo, ya tiene todos los bailes reservados.

—Creo que puedo hacerle un hueco, Max, se lo merece después de su bonito regalo —contradijo Rose—. Seguiremos bailando más tarde.

Maxwell se encogió de hombros y se alejó hacia los sofás para sentarse con su abuela y William mientras los demás seguían bailando. En la alfombra, Leonard tomó a Rose por la cintura y la atrajo hacia él con un firme envite, logrando que la joven soltara el aire de golpe. Menuda diferencia había entre ambos galanes, pensó Rose. Fue la voz aterciopelada y controlada de Leonard la que la devolvió a la realidad.

—¿Disfrutando del baile? —preguntó, en apariencia amable.

—Mucho, Max baila como nadie que haya conocido —asintió Rose.

—Eso es porque no has conocido a alguien mejor. Tal vez podamos cambiar eso, querida Rose; si quieres disfrutar, yo puedo enseñarte. Soy un hombre de mundo, ¿sabes?

—¿Enseñarme a bailar?

—Enseñarte a lo que quieras —confirmó Leonard—. El placer que te hice sentir en tu fiesta podría dártelo mil veces más, aquello fue solo una pequeña muestra de lo que sé.

Rose frunció los labios, pensativa, y el marqués sonrió, sintiéndose ya ganador. Todas las mujeres estaban cortadas por el mismo patrón: les prometías un poco de placer y se les empapaban las enaguas en anticipo. Rose Stuart no iba a ser diferente a las demás.

—¿Recuerdas cómo moría por tus besos? Dime, Leonard —susurró.

—Claro, claro que lo recuerdo, Rose...

—¿Recuerdas que me hiciste suspirar? —insistió ella y él asintió, satisfecho—. Pues déjame decirte que, con solo un roce, Maxwell me ha hecho sentir más que tú con la mano en mis enaguas. Tal vez deberías volver con Marigold y mejorar tu técnica; yo no sé mucho del tema... pero creo que se ha quedado un poco obsoleta.

Dicho aquello se alejó para sentarse junto a sus hermanas y las de Maxwell, dejando al marqués de Eastwyn paralizado y con las mejillas tan rojas como una cereza. Leonard salió del salón, e instantes después Marigold lo siguió. Rose sonrió, sabiéndose vencedora de la contienda. El plan iba viento en popa y, si todo salía bien, pronto Maxwell sería el vizconde de Hale.

Capítulo XII

Revelaciones



Unas semanas más tarde Magdalene y Marianne se presentaron en Braithbury Hall. El cumpleaños de Rose resultó un gran éxito, *lady* Arabella parecía cada vez más convencida de que Rose era la mujer adecuada para ser la esposa del futuro vizconde de Hale. Sin embargo, corrían el riesgo de que todo aquel avance se fuera al diablo en el momento en que tuviese que demostrar sus habilidades de jardinería. El festival de las Flores de Kew se estaba acercando y Rose apenas conocía lo básico, que su hermana Camelia, su madre y *lady* Florence, madre de Edward, le habían enseñado.

Por suerte, en sus amigas había encontrado valiosas aliadas, y en los días transcurridos desde la fiesta habían estado planeando juntas cómo impresionar aún más a su abuela. Y ahí estaban, en el jardín de Braithbury Hall, arrodilladas sobre una manta mientras la mayor de las Bedford le mostraba a Rose cómo trasplantar un esqueje.

—De esta forma puedes lograr combinaciones exóticas y muy coloridas: flor de la pasión con campánula, tulipán y lirio, rosas con amapola... es fácil, inténtalo —animó.

—No sé, Magdalene, creo que lo voy a arruinar. ¿No sería mejor ir a una floristería y comprar una composición floral ya preparada? —dijo Rose—. No me dará tiempo a aprender tanto en tan pocas semanas, y no creo que tu abuela se dé cuenta de nada.

—Tal vez, pero si se descubre sería un escándalo para los Bedford —negó Magdalene—. La perderías para siempre, no te perdonará si ensucias su prestigio.

—Es cierto, la abuela ha sido campeona muchas veces, si se llegase a poner en duda su talento por una jugada como esa puedes darte por perdida, Rosie —asintió Marianne.

—Bien, nada de atajos, nos lanzaremos a la tormenta como marineros a la mar —asintió Rose y un ramalazo de determinación la invadió—. Vamos a practicar, quiero aprender a podar un arbusto y a componer un centro de flores. ¡Seré la mejor jardinera!

—Bien hablado, querida —rio Magdalene.

Pasaron las siguientes dos horas podando los arbustos en forma de ave. Después entraron al salón con las flores que habían cortado y recogido en cestitas, que, sumadas a las primeras flores de primavera que se habían abierto, les permitieron crear bellas composiciones. Rose demostró talento para elegir los colores, sus centros resultaron muy agradables.

En eso se encontraban cuando *Malvavisco* entró por un lateral y correteó, alegre, alrededor de las muchachas. Rose se rio al ver lo que llevaba en la boca, un trozo de panceta asada que quería ofrecerle a su dueña. La joven se agachó y le acarició las orejas antes de tomar la tira de carne y dársela de nuevo al cachorro.

—¡Buen chico, *Malvavisco*! ¿Quién es un perro muy listo? —animó.

—Creo que te ha tomado mucho cariño, Rosie. Cuando un animal le ofrece comida a su dueño significa que confía mucho en él —dijo Marianne, que dejó las tijeras de podar para acariciar el pelaje blanco del perrito—. Hablando de esto, he recordado algo, ¿sabes cocinar?

—Menuda ocurrencia, Marianne, desde luego que no sé cocinar... —resopló Rose—. ¿Qué esperabas? En Plymouth teníamos cocinera, en el internado de Westminster me servían el menú a diario, y en Braithbury Hall más de lo mismo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque la repostería es otra de las aficiones de mi abuela. No es que ella se meta entre los fogones, claro, pero le gusta disfrutar de pequeñas delicias dulces. He pensado que, si supieras algo de pastelería, podrías impresionarla casi tanto como con las flores.

—¿Tú crees?

—No se me había ocurrido, hermanita, es una gran idea —asintió Magdalene.

—No me digáis que también vais a enseñarme vosotras —se sorprendió Rose—. ¿Acaso sabéis guisar?

—Me temo que en este asunto estás sola, Rose, estamos a bordo del mismo barco —suspiró Marianne—. Tal vez Maxwell pueda enseñarte, creo que él sí sabe.

—¿Maxwell, de verdad?

—Sí, aprendió algo en casa de la señorita Elliot, aunque yo nunca le he visto cocinar —asintió Magdalene y se alejó, para dejar el centro de flores sobre la mesa—. Ya está.

Pero Rose había dejado de escuchar apenas oyó el nombre de la señorita Elliot. Esa mujer debía haber sido muy importante para Maxwell, y la curiosidad de saber qué había pasado entre ambos le hizo morderse los labios. ¿Sería descortés preguntar a sus amigas al respecto? Cuando *Malvavisco* le dio un lametón en los dedos, salió del trance.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Maxwell, Magdalene? —tanteó.

—No tienes que pedir permiso, Rose, somos amigas —contestó ella.

—Es que es algo personal.

—Vamos, pregunta, si conozco la respuesta te lo diré.

Rose hizo una pausa para ordenar las ideas. ¿Qué quería saber exactamente?

—La señorita Elliot... Clara, ¿verdad? —comenzó, y su amiga asintió—. ¿Era muy cercana con Maxwell? Yo solo era una niña, así que no lo recuerdo bien. Mis padres no me dejaban ir a bailes y a fiestas, y tampoco era algo que me interesara en esa época.

—Sí, eran bastante cercanos. A decir verdad, pienso que Maxwell estaba enamorado de ella —confirmó Magdalene—. No se lo digas, pero creo que estaba por declarársele cuando falleció; nos tomó a todos por sorpresa.

—Es cierto, fue inesperado, una desgracia —asintió Marianne.

—¿Puedo saber qué le pasó? Maxwell me ha contado que se vieron en la fiesta de fin de año, y que Clara murió a los pocos días. ¿Cómo es posible, si estaba bien entonces?

Magdalene suspiró. Al volverse de nuevo tenía los labios fruncidos, como si dudara sobre qué contar o no. Al final se sentó en el sofá y contestó con la vista fija en la alfombra. *Malvavisco* se había subido a las piernas de Rose, que le acariciaba las orejas.

—Fueron unas fiebres, se la llevaron en dos días. Mi madre nunca quiso ahondar mucho en ello para no asustarnos, pero oí que fue algo relacionado con... ya sabes, el sangrado lunar —explicó para perplejidad de Rose—. No sé qué pasó en esa fiesta, Rosie, pero mi hermano salió de allí muy afectado. También estaba nuestro primo Leonard.

—Creía que los padres de Leonard no se llevaban bien con vuestro padre después de que os echaran de Bedford Park —comentó Rose—. ¿Qué hacía él en Plymouth?

—Era amigo de Clara, seguramente ella lo invitó.

—Yo pienso que eran más que amigos, Mags —intervino Marianne.

Rose se quedó estupefacta. ¿Sería posible que el condenado de Leonard hubiese hecho con la señorita Clara Elliot lo mismo que con ella?, ¿sería por eso que Maxwell lo detestaba tanto? Sin embargo, seguía sin saber qué había pasado entre ellos en la fiesta. Estaba a punto de preguntar al respecto cuando llegaron Violet y Camelia.

Sus hermanas se acercaron con sendas sonrisas y se sentaron a su lado en el sofá, con lo que el tema de conversación quedó aplazado. Fue la mayor de las Stuart quien rompió el silencio.

—¡Qué alegría veros, amigas! Siento no haber podido bajar antes —saludó Violet—. ¿Cómo estáis, qué os trae por aquí?

—Pero bueno, Vivie, como si ver a nuestras mejores amigas no fuera motivo suficiente para venir de visita —bromeó Marianne.

—Desde luego que lo es, pero con lo ocupadas que habéis estado enseñando a Rose, me ha sorprendido. Ya sabéis que sois bienvenidas. ¿Os apetece tomar un té? —preguntó, y cuando todas asintieron, Violet llamó a Emmeline—. ¿Qué tal va todo en Bedford Park?

—Mejor de lo esperado, mi abuela está muy complacida con Rose, tanto que incluso la menciona durante las comidas sin venir a cuento —dijo Magdalene—. Creo que se ha hecho a la idea de que será la futura esposa de Maxwell.

—Conque la futura esposa de Maxwell... ¿Y qué tal lleva él esa idea? Visto lo visto en la fiesta de cumpleaños, no creo que esté oponiendo mucha resistencia.

—De él estábamos hablando, precisamente —rio Marianne.

—Ah, ¿sí? —Se sorprendió Camelia.

—Sí, y Violet tiene razón, está bien claro que a Max le gusta Rose. ¡Su lenguaje corporal habla por sí solo! Le pone ojitos a Rosie... solo hay que hacer que se dé cuenta.

—Creo que no es del tipo de hombre que no sabe cuándo le gusta una mujer, Mar —dijo Camelia.

—¡Ah, eres muy ingenua en los temas de amores, Cami! —comentó Violet y sonrió alegre—. Es cierto que Maxwell es de ideas fijas, pero a lo que Marianne se refiere es a que lo más probable sea que él asocie toda esa atracción con su pequeña «farsa de amor». Deberíamos hacer que vea que no todo es fingido.

Las Bedford y Violet asintieron, mientras que Camelia suspiró, preocupada, y Rose puso los ojos en blanco. Si no tenía cuidado, la vestirían de novia sin darse cuenta.

—Sabéis que sigo presente, ¿verdad? —señaló Rose.

—¿Y qué tiene de malo?, ¿acaso no sientes nada por mi hermano? —dudó Marianne.

—Pues claro que... —Rose hizo una pausa y se mordió los labios, pensativa. ¿Veía a Maxwell en ese sentido? Desde luego se había colado profundo en su corazón. ¿Era eso lo que llamaban «amor»? —, ...sí, siento algo por él. ¡Pero somos amigos! Para él solo soy «pecas», nunca me verá como algo más que su amiga.

—En eso estás muy equivocada, hermanita, no hay más que ver cómo te mira para darse cuenta de que no te ve solo como a una amiga —contradijo Violet y le envolvió los hombros con el brazo—. No te preocupes, lo único que tienes que hacer es llevar un poco más allá la mentira, él solito llegará al punto en que admitirá que siente algo más. Además, ser amigos es la mejor baza para empezar; recuerda: el amor de verdad, ese que te mueve por dentro, es como un templo. Debes construir los cimientos piedra a piedra para que los muros se sostengan y no se derrumbe. Cada cosa que tenéis en común lo fortalece: amistad, confianza, cariño, complicidad. ¡Lo tienes todo ganado, Rosie!

—Y hablando del rey de Roma, disimulad, que por ahí viene —señaló Camelia.

Las cinco se volvieron para ver a Maxwell, que llegaba acompañado por Edward y el señor Hubbert, mayordomo de la casa. Apenas puso los pies en el salón y cruzado sus ojos con los de Rose, Maxwell sonrió, y las mejillas de la joven ardieron como una fragua. Habían estado hablando de él y sus sentimientos no hacía ni un minuto, y Rose temió que lo notara en su cara. Edward y Maxwell se sentaron, el coronel junto a su esposa y Maxwell enfrente, al lado de sus hermanas.

Tras un suave y amoroso beso en los labios de Violet, Edward sonrió.

—Buenos días, preciosas, espero que estéis pasando buena mañana —saludó.

—Ya lo ves, mi amor, aquí estamos, tramando entre todas la mejor forma de ayudar a Rose —dijo Violet y apoyó la cabeza sobre el hombro de su marido—. ¿Cómo es que has llegado con Maxwell? Te hacía con William y los niños en el mercado de ganado, sé que hoy ibais a comprarle su primer potro a Jeremiah.

—Así era, pero nos hemos topado con Maxwell de camino al puerto. Y, como necesitaba hablar con él, Theodore, tía Marge y Sylvia se van a ocupar de todo eso —explicó Edward—. En realidad, ha sido una coincidencia afortunada habernos visto.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos enterado de algo relevante —intervino Maxwell—. ¿Sabéis? Hasta hace unos días, más o menos dos semanas, medio West End estaba empapelado con carteles de la nueva actuación de la actriz estelar de Londres, Marigold. Ahora, de repente, han arrancado los que había para cambiarlos. ¿A qué crees que es debido, pecas?

Rose lo pensó un instante, y apenas ató los cabos, sus ojos se abrieron de asombro. ¡Pues claro! Ahora que Marigold estaba ayudando a Leonard haciéndose pasar por *lady* Mary Goldman, la respetable futura baronesa irlandesa, no podía dejarse ver como Marigold, la estrella de El Lazo Dorado. Si la vizcondesa viuda veía uno de los carteles por casualidad se arruinarían las opciones de Leonard de acceder al título y la fortuna de *lady* Arabella.

—Supongo que no le conviene ser reconocida —dijo Rose—. Pero, ¿qué tiene que ver con nada? No veo en qué me afecta a mí ese cambio, Maxwell.

—Tras el éxito de la fiesta de cumpleaños mi primo ha decidido mover ficha, y no se le ha ocurrido nada mejor que invitar a mi abuela a la ópera —explicó él—. Esta noche se estrena *La sposa di Mesina* en el Royal Opera House. ¿Avidinas con quién irá?

—Con la señorita Goldman, por supuesto.

—Exacto, así que tenemos que movernos, pecosa. Si ellos van, tú y yo debemos ir también. Leonard no puede negarme la entrada al palco de los Bedford, debemos obstaculizar sus avances y de paso demostrar que posees cosas en común con mi abuela.

—Por eso he pensado en llevar también a nuestra familia —intervino Edward y le sonrió a Violet—. Si estás de acuerdo, mi vida, Camelia, mi madre, mi tía, Sylvia y mis hermanos podemos ir y ver la obra desde nuestro propio palco. Así, Leonard no podrá decir que ha sido una jugada sucia de Maxwell. Diremos que nos encontramos allí por casualidad e invitó a Rose.

—Me parece una gran idea, Ed. ¿Qué dices tú, Cami, te apetece? —sonrió Violet.

—Iré encantada, sabes que la música es una de mis mayores pasiones, Violet —dijo ella y se volvió hacia su tutor—. Gracias por pensar en nosotras, Edward.

El coronel asintió y se inclinó para dejar un beso en su frente.

—Siempre cuidaré de vosotras, hasta el día en que muera —dijo y de pronto se rio—. Me temo que vas a tener la tarde ocupada eligiendo las ropas de todas, Violet, no quisiera estar en tus zapatos. Y más aun conociendo a mi madre...

—¡Ah, cielo, no es nada que no pueda superar! —contestó ella.

—En tal caso iré a sacar las entradas. La obra es a las ocho, si queremos ir todos debo darme prisa o se agotarán —dijo Maxwell, y mientras se levantaba le guiñó el ojo a Rose—. Nos vemos más tarde, pecas. Hasta luego, Violet, Camelia, Edward.

Los Barnett se despidieron, y tan rápido como había llegado, Maxwell salió acompañado de sus hermanas, dejando a Rose con el corazón galopando. Ir a la ópera juntos, ¿qué podía salir mal?

Capítulo XIII

La sposa di Messina



Parecía que, todo lo que podía salir mal, salió. Maxwell acudió a las siete y media a Braithbury Hall para recoger a Rose en una pequeña calesa, pero el caballo enganchó una pata delantera en uno de los baldosines de la calle y perdió una herradura. Debido a eso, no le quedó más remedio que despedir al cochero y subir en el carruaje de los Barnett para ir al Royal Opera House. Como aquel era un gran estreno, se esperaba que la mayoría de la flor y nata Londinense estuviese presente esa noche.

Así que, a dos calles del teatro, Maxwell hizo parar a Oliver para bajar e ir andando. «No conviene que nos vean llegar juntos o se arruinaría la excusa de que nos encontramos por casualidad», dijo. «Además, daría que hablar si te ven conmigo». Y así fue que, mientras caminaba, comenzó a caer una llovizna que le empapó la capa y el cabello. «Una noche ideal para olvidar el maldito sombrero de copa». Diez minutos y un chaparrón más tarde, Maxwell subió las escaleras del teatro para encontrar el gran *hall* abarrotado.

«Estupendo, ¿dónde estarán? Con la de gente que hay, tardaré en encontrarlos», pensó con fastidio. Recorrió la sala con la mirada hasta que la vio. Rose aguardaba en lo alto de la escalera, y ahora, libre de la pesada capa de terciopelo y pelo de marta, su vestido rosa pastel decorado con cristales brillaba como el pétalo de un tulipán bañado en rocío. Llevaba el cabello lleno de horquillas de perlas, parecía Afrodita aguardando tras la baranda de su jardín.

El corazón le dio un vuelco antes de romper a latir a toda velocidad mientras subía las escaleras sin importarle el resto del mundo: para él solo existía Rose. Al llegar a su altura se quedó plantado en silencio, y la joven sonrió contenta.

—Estás preciosa, Rose, lo digo con el corazón en la mano, no por mera cortesía.

—Ya sabes, de vez en cuando tengo mis momentos...

«Más de los que imaginas», pensó él, y decidió cambiar de tema.

—Si lo de hoy va bien estaremos un paso más cerca de cumplir nuestro objetivo y llevar a cabo el sueño de mi padre —dijo—. ¿Sabes? Si consigo ser el vizconde de Hale, organizaré una obra de teatro cada verano para que los pequeños participen, es algo que le habría gustado.

—Y yo te ayudaré, haré lo que sea para que logres honrarlo. Tu padre era un buen hombre, Max, estaría orgulloso de ti por tratar de seguir sus pasos —aseguró Rose—. Además, por mucho que te hagas el duro, esta idea es tuya; tu abuela verá tu buen corazón y que es lo justo.

—Gracias, Rose... gracias por todo.

La joven asintió, y al encontrar sus miradas, Maxwell se ruborizó. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo era posible que con un simple cumplido, con unas sencillas palabras Rose le hiciese sentir tan vulnerable?

—¿Quieres subir ya? No queda mucho para que empiece la función —propuso.

—Claro, me muero de hambre, seguro que el mayordomo del palco nos ofrece algún canapé al entrar —contestó Rose y sonrió al reparar en su aspecto—. Vaya, Bedford, ¿tanto calor tenías que te han dado ganas de darte un baño nocturno?

—Es tu belleza que me ha hecho arder el cuerpo, pecas, no me ha quedado más remedio que correr bajo la lluvia para aplacar el deseo... no sería la primera vez.

—¿Cómo?

Maxwell sonrió al ver el rubor que cubrió el rostro y las orejas de Rose, que se había puesto más colorada que una manzana de cuento de hadas. Incluso sus cremosos pechos se habían sonrojado. Disfrutaba siendo él quien le arrebolaba las mejillas.

—¡Cielos, Rose, bromeaba! Ha sido la tormenta, me ha alcanzado al venir —dijo.

—Ah... la tormenta.

La decepción con la que respondió hizo fruncir el ceño a Maxwell. Al parecer, tenía que arruinar su buen humor con una broma pícara, cuando todo estaba yendo tan bien. Estaban a las puertas del palco de los Bedford, y antes de que Rose abriera, elevó una mano y la detuvo, atrapándola entre su cuerpo y la puerta. La joven no lo miró, así que Maxwell le sostuvo el mentón para encontrar sus ojos. Rose sentía el aliento de Maxwell sobre la piel, sus rostros estaban tan cerca que casi se rozaban.

El impulso de unir sus labios para atraparle la boca en un beso profundo y desesperado le hizo contener la respiración.

—¿Qué te ocurre? —susurró Maxwell.

—Nada, es mejor que entremos, tu abuela...

—Si te ha ofendido mi coqueteo, lo siento —interrumpió él, repentinamente serio—. Pero no me disculparé por haber elegido esas palabras, estaría mintiendo si digo que no siento nada, Rose, te has colado en mis sueños y en todo mi ser. Maldición, te has convertido en la única mujer en la que soy capaz de pensar...

—Entonces aprovéchalo, seguro que a Leonard le interesa saberlo.

Dicho aquello giró la manija y alejó su cuerpo del de Maxwell, que tragó saliva con el corazón bombeando muy fuerte. Rose había estado a punto de besarlo, estaba seguro, y él se moría porque lo hiciera. Resignado y agitado, entró al palco, para sorpresa de la vizcondesa e irritación del marqués y de Marigold. Rose se había colocado junto a Leonard, que se sentaba junto a su abuela. Marigold estaba al otro lado, lo que dejaba dos butacas libres en primera fila: una junto a Rose y otra junto a la cabaretera.

Para Maxwell la decisión fue obvia, y tras sentarse junto a Rose le sonrió a *lady* Arabella.

—Buenas noches, abuela, qué agradable coincidencia encontrarnos aquí esta noche —saludó Maxwell—. Lo mismo va por ti, primo, y por usted, *lady* Goldman.

—Gracias, lord Maxwell, el placer es mutuo —dijo ella.

—Una coincidencia muy conveniente, ¿verdad, primo? —respló Leonard—. Al parecer tenías tanta prisa por venir que ni a arreglarte como es debido has acertado. ¿Acaso no conoces la etiqueta de un futuro vizconde?

—En eso estoy de acuerdo con Leonard, tu aspecto deja mucho que desear, Maxwell —regañó *lady* Arabella—. No se puede decir lo mismo de Rose, viste justo como estipula el protocolo. Podrías aprender de ella, quizá sea la esposa necesaria para pulir tu carácter. Si es o no para un vizconde ya lo veremos. ¿Cómo es que habéis venido sin avisar?

Rose decidió intervenir, en vista de que no dejaban de increpar a Maxwell.

—Por pura casualidad, *milady*. He venido con mi familia a ver la obra y me he topado con

Maxwell en el recibidor; fíjese, allí están —dijo señalando el palco de los Barnett—. Max me invitó amablemente a unirme a ustedes y no he podido rechazarlo.

—Ha hecho bien, lo disfrutará mejor desde aquí —afirmó la mujer sin mirarla—. Ahora callad, que ya están subiendo el telón.

Como si hubiesen oído las palabras de la vizcondesa viuda, las luces se atenuaron y comenzó a sonar la orquesta. A la joven no podía importarle menos la obra, pero se centró en mantener las apariencias. Maxwell estaba tan poco interesado como Rose, que había comenzado a mover la rodilla arriba y abajo con impaciencia; así que posó una mano sobre él vestido y la subió para entrelazar sus dedos y tranquilizarla.

Rose se volvió, y Maxwell se inclinó para susurrarle al oído.

—Mi abuela está centrada en la ópera, pero Leonard te está mirando a ti —dijo—. Ríete en voz baja, pecas, como si te acabara de decir algo indebido.

—¿Y qué quieres que imagine? No puedo reírme sin ganas, Maxwell —masculló ella.

—No sé, imagínate que Leonard pisa una piel de naranja y cae de culo sobre la fuente de ponche navideño. Menuda estampa haría eso, ¿no?

La imagen mental hizo reír a Rose, que tuvo que contenerse para no hacerlo en voz alta. Maxwell rio también, y al hacerlo le acarició la mejilla, donde un hoyuelo se marcaba travieso. El rubor le arreboló la piel, y Maxwell notó el calor bajo sus dedos. Ambos ganaron miradas furibundas del marqués, que se acercó a Rose con la mandíbula tensa y la vista fija en el escenario. Sabía que si cruzaba la vista con su primo le entrarían ganas de estrangularlo. ¡Cómo detestaba a ese bufón que era Maxwell! ¿Qué es lo que veía Rose en él?

Fingir para engatusar a su abuela era una cosa. Pero, para él, experto en seducir mujeres y ver como caían enamoradas, estaba claro que Rose no estaba fingiendo.

—Deberías contenerte un poco, estimada señorita Stuart, estás haciendo un espectáculo de ti misma —dijo molesto.

—Será que tu primo es una mala influencia —contestó Rose y habló en voz baja—. Resulta que he descubierto que adoro meterme en problemas con el hombre adecuado.

El hombre adecuado, ya. Si «problemas» era lo que Rose quería, pensó Leonard, bien podía concedérselos. Mientras tanto se mordió la lengua para no quedar mal ante la vizcondesa, que no se había dado cuenta de nada. Cuando se encendieron las velas y cayó el telón para el descanso, *lady* Arabella mostró una ligera sonrisa.

—Estoy satisfecha con la representación. Gracias por invitarme, Leonard, tenía dudas, dado que los actores son italianos. Siempre he preferido las óperas alemanas —dijo.

—Hace usted bien, *milady*, los grandes compositores son prusianos: Mozart, Bach, Beethoven... el refinamiento y el talento nacieron allí —enumeró Marigold.

—¿Entiende usted de teatro, *lady* Goldman? —preguntó Rose.

—Desde luego, toda dama que se precie y aspire a representar y dejar en buen lugar a una buena casa debería saber de arte y de música.

—Y, sin duda, también de actuación y canto —apuntilló Maxwell.

Marigold no cayó en su juego y asintió con una falsa sonrisa.

—Sí, lord Bedford, de eso también —confirmó.

—Entonces, si tan versada está, sabrá que la ópera nació en Italia: Verdi y Puccini la hicieron como es hoy. El refinamiento y la pompa no lo son todo en la vida —señaló Rose.

—Un pensamiento un tanto ingenuo, señorita Stuart. Tal vez si hubiese recibido una educación adecuada entre miembros de nuestra clase sabría de lo que estamos hablando. Quizá para una nueva rica el prestigio no importe, pero lo hace para los de buena familia —dijo

Leonard y miró a la vizcondesa—. ¿No estás de acuerdo, abuela?

—Ciertamente.

—Pues me alegro de que su hijo no pensase lo mismo, *milady*. Maxwell no sería el hombre que es si lord Frederick no se hubiese mezclado con gente humilde —dijo Rose—. Mi padre, el brigadier Stuart, me educó de esa manera, y creo que es buen momento para que cambie de idea: los tiempos cambian, y si quiere honrar a su hijo debería darse cuenta.

—Menuda desfachatez —resopló Leonard.

Su intención era dejar en vergüenza a Rose y a Maxwell, pero la vizcondesa no reaccionó como esperaba. En vez de ofenderse, la mención al padre de Maxwell pareció conmoverla. Arabella se puso en pie para apoyarse sobre su bastón y mirar a Rose desde arriba. La joven le sostuvo la mirada sin achantarse.

—Es una caja de sorpresas, Rose Stuart: atrevida y algo descarada, pero valiente. Espero verla más en Bedford Park, debemos trabajar en los centros florales para el festival de Kew, y quiero mostrarle unas cuantas cosas... quien sabe si no serán útiles si desea representar a los Bedford algún día —declaró, antes de volverse con expresión decidida—. Bajemos a tomar un refrigerio, mi estomago mataría por un té con delicias turcas.

—Por supuesto, *milady* —asintió Marigold y se enganchó del brazo de Leonard para mirar a Maxwell—. ¿Nos acompaña, lord Bedford?

—Ahora voy, en cuanto acompañe a Rose al palco de los Barnett —contestó él.

La anciana, su nieto y la artista se alejaron por el pasillo en dirección a la gran escalera. Solo cuando se hubieron quedado solos, Maxwell pudo soltar el aire. Se volvió hacia Rose, que se había apoyado contra la pared y aguardaba con la vista fija en la alfombra. Maxwell se posicionó a su lado, hombro contra hombro, y la cercanía de su piel le erizó los vellos de la nuca a Rose.

—¿Un penique por tus pensamientos? —comentó Maxwell.

—Pensaba en lo que dijiste antes, que no te arrepientes de admitir que sientes algo por mí —admitió la joven—. Siempre me he considerado valiente, Maxwell Bedford, y quiero que lo sepas: puede que empezase haciendo esto para ayudarte a destapar a Leonard y conseguir tu título y herencia, pero hace tiempo que ese idiota, o mi reputación, dejaron de interesarme. ¡Al diablo las propuestas de matrimonio! Solo me importas tú.

Maxwell se quedó sin palabras ante la valiente declaración de Rose: la joven lo había dicho con la cabeza alta y mirándolo a los ojos. Y no pensaba quedarse atrás, se movió para quedar frente a frente y bajó la cabeza para descansar su frente sobre la de ella; el fugaz contacto le encendió el pecho y le hizo arder el alma.

Quería tanto besarla... se moría por besarla. Así que cerró los ojos y acortó la distancia para atrapar su boca en un beso arrollador, semanas de deseo contenido y sentimientos hirvientes siendo liberados en un instante. Rose jadeó y entreabrió los labios para profundizar la caricia, luchando con su lengua por tener más de él.

¡Dios, cómo anhelaba sus caricias! El aroma de Maxwell le envolvía la nariz y potenciaba sus sentidos, el calor de sus manos traspasaba la tela de su vestido y le incendiaba la piel, y el sabor de su boca y el roce de su lengua le aceleraba el pulso y le hacía palpar un latido desconocido y fuerte como un tambor entre los muslos. Ardía. Se derretía por él. Se sentía flotar entre sus brazos. No sabía qué era lo que ansiaba, pero quería mucho más que un simple beso. Maxwell se alejó y la miró, estaba arrebolada y jadeante, así que volvió a besarla. Y estaba a punto de hacerlo una vez más cuando una voz a su espalda los sobresaltó.

El mayordomo carraspeó y ambos dieron un salto, se excusaron, y echaron a correr al ritmo de

su corazón.

Capítulo XIV

Westbourne Gardens



Maxwell despertó de golpe con el cuerpo empapado en sudor. Había pasado mala noche, no podía sacarse a Rose de la cabeza. Las palabras de la joven se repetían en su mente una y otra vez: «hace tiempo que Leonard y mi reputación dejaron de interesarme, solo me importas tú.» La mentira se le había ido totalmente de las manos, y esas palabras implicaban una sola cosa, que Rose estaba enamorándose de él. Llegado a ese punto, admitir que él también sentía algo muy fuerte por ella le aterraba: solo se había enamorado una vez y había terminado como el rosario de la aurora, escaldado.

No, mucho peor, con el corazón destrozado en miles de pedazos. Clara Elliot no solo le había rechazado de la peor forma posible, con el terrible: «siempre serás mi amigo, mas no puedo amarte porque ya amo a otro», que era un golpe no solo en su alma sino en su orgullo. Sino que, además, al morir, había destrozado su espíritu. Lo peor era saber que se debía a Leonard. Si ese cerdo no hubiese yacido con ella, tal vez ahora estarían casados. Y había tratado de hacer lo mismo con Rose, la mujer de la que ya no podía negar, se había enamorado.

Maxwell apartó las sábanas de un manotazo y se incorporó, para apoyar los codos en las rodillas y enterrar el rostro entre las manos. Dios... se había enamorado de pecas. No podía olvidar el sonido de su risa, el calor que sus palabras de apoyo al defenderlos a su padre y a él, le habían hecho sentir en lo más profundo. No podía olvidar el orgullo que había sentido al verla cabalgar como toda una amazona, feliz y espontánea. No podía olvidar el deseo en sus ojos azules cuando la tuvo en sus brazos, o cómo se sentía su piel bajo sus dedos. No podía olvidar el sabor y el calor de sus labios, el roce de sus caderas. No podía olvidar esa necia fantasía en la que le hacía el amor despacio y profundamente en su cama a ella, su esposa.

¡Maldición! Estaban a dos pasos de conseguir su objetivo, de lograr que su abuela le legara su título y herencia, y su corazón tenía que prendarse y arruinarlo todo.

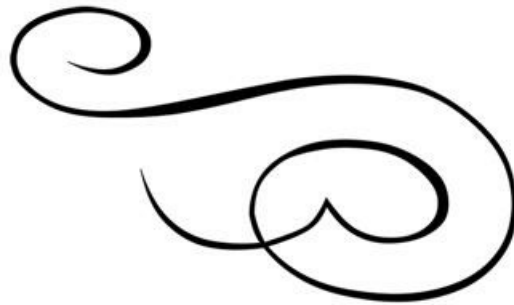
Si seguían adelante la gente terminaría por sospechar y comprometer a Rose. Una cosa era que los caballeros los viesen juntos en compañía de su abuela y sintieran la curiosidad por conocer a Rose y ganas de proponerle matrimonio; una jovencita tan rica como ella y además respaldada por *lady Bedford* era un caramelo.

Otra, que se empezase a rumorear por ahí que él la estaba cortejando. El escándalo de Rose era debido a Leonard, no debía olvidarlo jamás. Lo que menos quería era ponerla en evidencia o que se chismorreara sobre ella. ¿Qué dirían esas ricas y viperinas cotillas? «Mirad, primero va con un Bedford y luego con otro, pobre premio de consolación para una escandalosa.»

Tenía que acelerar las cosas y terminar con aquello antes de que Rose se enamorara más de él... o él de ella.

Lo único que deseaba Maxwell era verla feliz: ver sus hoyuelos marcados en sus mejillas; ver los rayos del sol reflejados en sus grandes ojos de cierva y la brisa despeinando su rizada melena clara como la canela mientras cabalgaban. Verla disfrutar de sus oleos y de jugar con su cachorro. Verla bien casada con un hombre que no supusiera un escandalo, como lo era él, aún a costa de su propia felicidad.

Suspiró, antes de levantarse para dirigirse al aguamanil, verter agua sobre la jofaina y salpicarse el rostro, el pecho y los brazos. Entonces se sintió mejor y comenzó a vestirse. Si iba a poner límites con Rose, lo que más merecía era hacerla feliz antes, regalarle un poco de felicidad antes de decepcionarla. Eso era algo que su corazón también deseaba. Así que, decidido, salió de la habitación dispuesto a pasar un día con ella: sin planes, sin abuelas, sin primos, ni títulos ni herencias; solo Max y Rose.



Rose tomó una de las galletas de mantequilla, crema de avellana y chispas de chocolate aún calientes de la rejilla sobre la que se estaban enfriando, antes de darle un mordisco y jadear de deleite. Su hermana no conocía muchos platos, pero los que sabía hacer, los bordaba. Al oír su jadeo de placer Camelia se rio, e imitó a Rose tomando una galleta para darle un bocadito y degustar el sabor: estaba deliciosa.

—*Lady* Arabella estará satisfecha, Rose. Si de verdad es golosa, vas a triunfar con ellas —señaló Camelia, saboreando la galleta mientras ojeaba el grueso recetario que había sobre la mesa—. Hemos seguido los pasos al pie de la letra y, según Beatrice, los dulces del libro de Hannah Glasse son los más admirados por los nobles. Es imposible que no le gusten, ¡nos han quedado riquísimas!

—Sí, tal vez hasta demasiado —suspiró Rose—. No hay manera posible de que yo haya hecho sola estas galletas, Cami, soy un desastre. ¿Crees que pensará que son mías?

—No veo por qué iba a pensar otra cosa. Las hemos hecho juntas tú y yo, Rose, se ve que son caseras; unas pastas compradas serían más redondas y similares entre sí, las nuestras tienen personalidad. ¿Te da miedo que las rechace?

—No, lo que temo es que piense que las ha hecho nuestra cocinera y se enfade con Maxwell por haber metido en su casa a una mentirosa. Si le quita la herencia por esto...

—Eso no pasará, *lady* Arabella es una mujer inteligente, no se dejaría engañar por una triquiñuela tan burda como un plato de chef camuflado —negó Camelia y se acercó para acariciarle la mano a su hermana pequeña—. No temas, Rosie, todo irá bien, ya lo verás. Y, si

no, iré yo misma a Bedford Park a darle mi palabra de que las hicimos juntas; no creo que se atreva a poner en duda la palabra de dos señoritas.

—Si tú lo dices...

Rose se encogió de hombros antes de tomar otra, y Camelia comenzó a guardarlas en una caja metálica que habían forrado con un tapete de ganchillo. Habían hecho tres docenas: treinta y seis galletas de las cuales se habían comido cuatro. Y estaban en camino de comerse dos más cuando la puerta de la cocina se abrió para revelar a *lady* Marjorie, tía de Edward, acompañada de Maxwell.

Marge se acercó con una gran sonrisa y las cejas en alto, y el hombre la imitó, analizando cada detalle de la peculiar escena.

—Bueno, chiquillas, creía que me engañaba el olfato, pero ya veo que no. ¡Esto no os lo perdonaré! Habéis estado haciendo galletas de mantequilla y avellana y no se os ocurre invitarme a participar... —se lamentó Marge en un dolido tono de broma—. Es una suerte que haya traído a este buen mozo conmigo, será mi premio de consolación.

—Es un placer disfrutar de su compañía, Marge, pero temo que hoy me es imposible —contestó Maxwell—. Tenía planes con Rose, si está dispuesta a acompañarme.

—Por supuesto, nunca diré que no a escaparme contigo, Bedford —dijo ella.

—*Touché*.

Ambos rieron y Marjorie cruzó una mirada cómplice con Camelia mientras mordía una galleta. Fue la mediana de las hermanas Stuart quien rompió el silencio.

—¿Esos planes implican ir a Bedford Park, Maxwell? —preguntó mientras ataba un lazo de satén alrededor de la lata ya llena de dulces.

—No, ¿por qué lo preguntas? —contestó él.

—Porque Rose y yo hemos hecho estás galletas para tu abuela. Un pajarito me ha dicho que es amante de los dulces, así que esta receta le va a encantar. Además, plantar la idea de que Rosie es una buena cocinera en su mente podría ayudaros con el plan.

—Una iniciativa excelente, querida, bien pensado —asintió Marge.

—Cierto, y yo la apoyaré, pero eso será mañana. Los planes que tengo para hoy son diferentes —señaló Maxwell, que se acercó para sentarse junto a Rose sobre la encimera mientras degustaba una pasta—. Si no estás en contra, pecas, tengo todo el día planeado para nosotros.

—Oh, ¿así que me habías preparado sorpresa? Ya estamos tardando —afirmó Rose, que bajó de un salto de la mesa y tomó la lata de dulces de entre las manos de su hermana—. Nos las llevamos, así, cuando Max regrese a Bedford Park podrá entregárselas a su *lady* Arabella.

—Muy bien, pasad un gran día —dijo Camelia—. Y dale recuerdos a Magdalene y Marianne de mi parte, Maxwell.

—Lo haré —asintió él bajando también, para dejar un beso en la mejilla de su amiga y otro en la mano de *lady* Marjorie con descaro—. Hasta más ver, bellas damas, y no temáis, que hay Maxwell de sobra para rato; vendré a visitaros pronto.

—Más te vale, muchacho, hacía mucho que no me divertía tanto —afirmó Marge.

Rose sonrió al ver la cara de Maxwell; y una vez salieron de la cocina oyeron las risillas de Marge y Camelia. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para engraciarlos, y Rose no pensaba quejarse. Cuando llegaron al jardín, Rose notó a *Eros* paciando brotes de flores y su sonrisa se amplió. Al no ver más monturas, elevó la mirada hacia Maxwell, que estaba acariciando el flanco de su amigo equino.

—¿Adónde vamos? —inquirió Rose, alegre.

—Te lo he dicho, es una sorpresa —contestó Maxwell—. Además, puedes estar tranquila, por

el sitio al que te llevaré podremos montar juntos sin que nos vean.

—Vaya, vaya, así que has echado de menos tenerme cerca, Bedford.

«No te haces idea, Rose», pensó Maxwell y sonrió de medio lado.

—A lo mejor eres tú la que has estado extrañando esto, pecosa. ¡Fíjate! Si se te han iluminado los ojos como un lucero al verme... No escondas la mirada, sé que soy encantador, conmigo no tienes que disimularlo.

—Encantador, tal vez, idiota un rato.

—¡Auch! Eso me ha herido, florecilla.

Rose rompió a reír y Maxwell elevó una ceja mientras la tomaba por la cintura y la ayudaba a subir a la silla. *Eros* era un semental grande, así que había espacio para ambos en la silla. Una vez acomodada, Rose aguardó. Al ver que él no se decidía frunció el ceño, confusa. ¿Se estaba arrepintiendo de su decisión?

—¿No vienes? —dudó.

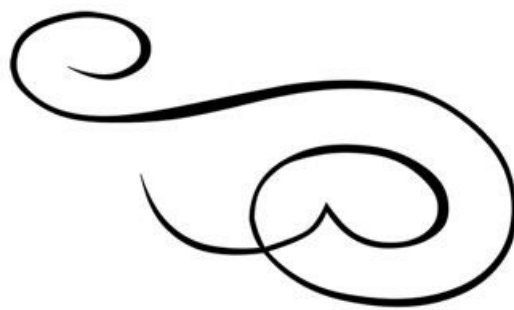
—Sí, solo estaba decidiendo dónde sentarme —dijo Maxwell—. La última vez fui yo atrás, pero creo que esta vez será mejor que tome la delantera. A fin de cuentas, no tienes ni idea de dónde vamos. ¿Te molesta?

—En absoluto, toma las riendas, estoy en tus manos.

—Entonces cierra los ojos y déjate llevar.

La joven lo hizo y Maxwell la observó, saboreando la frase. «Estoy en tus manos... Por Cristo, Rose, no digas eso o perderé el control», pensó Maxwell y ocultó la emoción que aquellas palabras le hicieron sentir, a pesar de que ella no lo estaba mirando. Acto seguido subió, tomó las riendas y echó a cabalgar. Rose le envolvió la cintura con las manos y se recostó contra su espalda, perdiéndose en el aroma que emanaba de la capa de paño gris de Maxwell: maderas, flor de jazmín y algo picante y salado, su olor personal.

Sonrió, contenta. Si aquello era el paraíso podría morir feliz, segura y a salvo con el descarado de Maxwell Bedford entre sus brazos.



Habían transcurrido veinte minutos cuando el heredero detuvo a *Eros* para tomar las pequeñas manos de Rose entre las suyas. El calor de su piel le traspasó los guantes de raso y sonrió sin poder evitarlo. Sabía que se habían detenido porque había dejado de sentir la brisa sobre el cabello y el bamboleo del cuerpo junto al suyo.

Cuando notó el roce de las manos desnudas de Maxwell sobre las suyas, amplió la sonrisa y

entrelazó sus dedos, y él correspondió ese sutil gesto acercándola más. Aquello se sentía tan íntimo que el corazón se le aceleró a Rose.

—Puedes abrir los ojos, pecas, hemos llegado —dijo Maxwell.

Rose lo hizo, y apenas sus ojos se acostumbraron a la luz, se le iluminó la mirada. No tenía ni idea de dónde, pero estaban rodeados de naturaleza: campo y árboles por todas partes; margaritas poblando el prado, pájaros piando en los nidos y un arroyo cruzando el terreno a apenas unos metros. Él desmontó primero y la ayudó a bajar, sosteniendo a Rose entre sus brazos más tiempo del necesario.

—¿Qué lugar es este? —preguntó entusiasmada.

—Sé bienvenida a Westbourne Gardens, pecas.

—¿Westbourne?, ¿insinúas que aún seguimos en el centro? —Se sorprendió Rose—. ¡Pensé que estábamos en el bosque, menuda sorpresa!

—Lo es, una verdadera suerte que exista un sitio así en pleno corazón de Londres —confirmó Maxwell—. ¿Ves ese arroyo? Es el inicio del río Westbourne, el mismo que luego desemboca en Hyde Park. Mi padre solía traerme de niño, antes de que la abuela nos echara. Tengo grandes recuerdos de este lugar y quería compartírtelos contigo.

—Eso es... es precioso Max, me encanta. Gracias por traerme, ya sabes que adoro la aventura, y esto es lo más parecido a los bosques de Plymouth que se me ocurre, aparte de Holland Park. Que hayas pensando en venir es todo un detalle.

—Ya ves, Rose, también yo tengo mis momentos.

La joven sonrió al notar que él había usado la misma expresión que ella antes, y Maxwell devolvió la sonrisa. ¡La de recuerdos que tenía con él en Plymouth en un lugar parecido! Su primer encuentro, para empezar. Rose comenzó a caminar por el prado en dirección al arroyo, y Maxwell la siguió sin soltar las riendas de *Eros*, que llevaba sujetas con una mano.

Al llegar a la orilla, la joven observó a un grupo de patos que nadaban sobre las frías aguas y mostró una sonrisa traviesa.

—Recuerdo esa vez que tu padre nos llevó a tus hermanas y a mí a pescar a la ría en mi cumpleaños. ¡La cantidad de aves que había por allí entonces! Quise atrapar uno para enseñárselo a mi padre, el trofeo de una experta de doce años —comentó.

—Oh, también recuerdo ese día, te caíste al agua al lanzar la red, y tanto mi padre como yo nos tiramos de cabeza para sacarte. Ya entonces eras un vendaval, pecas, me prometí a mí mismo buscar a una mujer que fuese lo contrario a como eras tú: delicada y tranquila como una margarita —rio Maxwell—. Ya ves que no he tenido mucho éxito.

—Pues con la cantidad de damas con las que has estado, quien lo diría, señoritas así abundan. Tú mismo me dijiste que eras popular en la universidad, y las pocas mujeres que acuden entran en esa categoría. ¿Vas a decirme que ninguna te gustó?

—Los gustos de un hombre cambian al madurar.

—También los de una mujer.

—¿Acaso estás celosa?

—¿De una cabeza hueca con menos imaginación e ingenio que un espantapájaros? Mírame llorar, Bedford. Creo que, de casarte con alguien tan superficial y soso, te petrificarías —resopló Rose—. Además, con una esposa así nunca tendrías alicientes ni ansia de vivir más plenamente, vuestros criados lo harían todo por los dos y te aburrirías. Fíjate, si no, en ti ahora: Magdalene me ha dicho que hasta sabes algo de cocina. Es un paso adelante, ¿no?

—Quien sabe, tal vez te dé una sorpresa —asintió Maxwell.

—¿Vamos a hacer un picnic con uno de tus platos?

—No, de hecho, te alejas bastante de la verdad.

—¿Entonces?

—Entonces, permite que te repita unas palabras que recordé esta noche: «deseo un marido que me haga vivir una vida de aventura y pasión, no un remilgado con una escoba plantada en el trasero» —recitó Maxwell, y Rose elevó las cejas al reconocer sus propias palabras, aquellas que dijo con catorce años. El rubor le arreboló las mejillas, pero al ver la expresión de Maxwell, pícara, sonrió también—. Supongo que las reconoces, pecas, y esa es tu respuesta: te he traído para vivir una pequeña travesura.

—¿Una travesura? —repitió Rose.

—Sí.

—¿Y qué haremos?

—Bueno, siempre has repetido que quieres hacer lo mismo que hacen los hombres, ¿no? Ya has aprendido a cabalgar como uno, y a reír y bromear como uno. Es hora de que aprendas a luchar igual —señaló Maxwell, que se volvió hacia *Eros* para sacar un par de floretes de las alforjas—. Si gusta, *milady*, le enseñaré a pelear.

Rose asintió, pletórica, y tomó el sable que Maxwell le ofrecía, un florete de esgrima con la punta cubierta por un protector. Resultaba curioso que fuese a aprender esgrima cuando Leonard era campeón nacional de la misma. Satisfecho por la reacción de Rose, se colocó tras ella y le envolvió la cintura con las manos para separarle las piernas y colocarla en posición. Coló una rodilla entre sus muslos, y al sentir el calor del centro de Rose sobre su muslo, Maxwell tragó saliva: debía controlarse a sí mismo.

Decidido a no arruinar la escena con una erección fugaz, subió las manos por su espalda y le acarició los brazos para sostenerle las manos.

—Esta es la postura básica, has de colocar pies y cuerpo así, de perfil, para atacar —susurró Maxwell sobre su oído, y le acomodó las caderas de lado, chocando con su falda—. Ahora eleva el brazo derecho, así, y atrasa el izquierdo un poco... muy bien.

Rose obedeció, pero se volvió a tropezar con la voluminosa falda de muselina beige, que le impedía pegarse a él. Irritada, se alejó, clavó el florete y comenzó a subirse la tela para sorpresa de Maxwell, que la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió perplejo.

—Es esta maldita crinolina... ¡No me deja hacer nada! Quiero aprender, Max, no tropezar con este armatoste a cada paso —contestó Rose mientras la desataba. Cuando cayó al suelo pasó los pies por encima y le sonrió, antes de recoger su espada—. Ya estoy lista, *monsieur*, ¿empezamos?

—Lo que usted diga, *madame*.

—¡*En garde*! —exclamó Rose.

Divertido por su elección de palabras, Maxwell se colocó frente a ella y pelearon durante un rato. Le enseñó los pasos y golpes más básicos, y como detener el envite del contrincante, a lo cual Rose demostró ser muy receptiva.

Así pues, pasaron media hora entre risas y combates, en un cruce de espadas inofensivo. Rose no tenía ni idea, pero poseía iniciativa e ingenio, y logró dar varias estocadas exitosas antes de que él la hiciese girar como en un baile en el que siempre la esquivaba. Estaba disfrutando de verdad, y al ver que no lograría derrotarlo, la joven le saltó encima y le envolvió la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Maxwell rompió a reír al ver que se desestabilizaban y cayó de espalda sobre la hierba sembrada de flores con ella encima de él. Rose se movió y se dieron un cabezazo sin querer, las espadas quedaron olvidadas cuando él comenzó a hacerle

cosquillas.

Rose siempre había tenido esa debilidad y al parecer no había cambiado con los años. Cuando pudo recuperar el aire la joven se dobló, para terminar, jadeante, entre los brazos de Maxwell.

—¡Me rindo, Bedford, tú ganas! —rio, con la respiración agitada, y le miró—. Fíjate, sí te has puesto perdido... tienes hierba en la cara.

—Tú también, justo ahí —señaló él y le acarició la mejilla.

Apenas fue un roce, pero algo en el ambiente cambió y fueron conscientes de la situación en la que estaban: Rose tendida sobre la hierba, sin crinolina, con las rodillas abiertas y la falda extendida sobre el pasto. Maxwell encima de ella, encajado entre sus piernas con el rostro a escasos centímetros. Si alguien llegara a verlos así, pensaría que estaban haciendo el amor.

Por Cristo, pensó Maxwell, debía alejar esa idea o su cuerpo hablaría por él. Los dedos le hormiguearon, y al acariciarle de nuevo la mejilla deslizó el pulgar hacia los suaves y rosados labios. Rose le había embrujado con sus ojos azules y su perfume de rosas, y tras el ardiente beso de la ópera, no podía olvidarlos.

—Maxwell —susurró Rose y él elevó la mirada de su boca a sus ojos—. ¿Recuerdas lo que me prometiste en Plymouth, que serías el primer hombre en besarme?

—Sí, lo recuerdo.

—Cuando lo dije no te había visto aún besando a la señorita Elliot, por eso terminé haciendo aquella promesa infantil —dijo Rose y continuó al ver que a él se le arrugaba el ceño y escondía el rostro—. Sé que no has sido el primero, pero cuando nos besamos en El Lazo Dorado me hiciste experimentar algo que no sentí con Clifford Hatton.

—Por el amor de lo más sagrado, pecas, no me digas esas cosas... —jadeó Maxwell.

—¿Por qué?

—Porque me muero por besarte. Te has colado en mis sueños, te has metido bajo mi piel, y ya no puedo pensar en otra mujer sin recordar tus ojos azules y el sabor de tus labios... Eres una tentación, Rose, y estoy luchando por contenerme.

—Entonces no lo hagas.

Maxwell elevó la mirada para clavar sus ojos en los de ella, que le devolvió el gesto con intensidad. Y así, se rindió a lo sentía y atrapó sus labios en un beso arrollador. Rose suspiró de deleite al sentir el calor de su piel y el roce de su barba, y abrió la boca para profundizar la caricia y envolver sus lenguas en una danza. ¡Cielo Santo! Aquello se sentía glorioso, su corazón comenzó a latir al ritmo de un tambor, consciente del peso y el calor de Maxwell sobre ella. Y volvió a besarla.

Una vez, dos, y dos más. Rose sentía que el pulso le galopaba y su piel se encendía, cada poro de su cuerpo ardía como una pequeña llama que solo se calmaba con sus caricias, así que abrió las piernas para acomodarlo mejor entre ellas. Había sido echa para él, para entregarse a las mil y una sensaciones que solo él le hacía sentir.

Y cuando Maxwell descendió de su boca a su cuello para rodar la lengua por su cremosa y suave piel, Rose jadeó. Maxwell alzó la mirada un instante, su corazón ardía de amor por ella: la joven tenía los ojos cerrados y una expresión deliciosa, sus labios estaban turgentes por sus besos... era tan única, tan perfecta...

Tenía los ojos cerrados, le hormigueaba todo el cuerpo, y cuanto más la besaba más ardía su sangre. Al sentirla abrirse cual rosa al sol, Maxwell dejó vagar una mano por la seda del camisón y le acarició el muslo. Subió, despacio, hasta rozar el borde del pantaloncillo: notaba el calor y la humedad de Rose, la había excitado hasta dejarla rendida, y sin dejar de adorar su boca, coló la mano dentro.

Rose suspiró, su tacto era cálido y su toque maravilloso: sus besos la hacían flotar, y el roce de sus dedos dibujando círculos en su sexo le aceleró el pulso. Nadie la había tocado jamás de forma tan íntima. Un palpar desconocido comenzó a aflorar entre sus piernas y Rose rompió el beso.

¿Qué era esa nueva sensación? Se sentía muy muy bien. ¿Se le habían mojado las enaguas? Se movió, curiosa, en busca de más contacto. Y al hacerlo notó algo duro y firme presionando contra la tela. ¿Qué diablos? Bajó la mirada para ver qué era, encontrando que se trataba del cuerpo de Maxwell. Al entenderlo abrió los ojos como platos.

—Lo lamento, Rose, no pretendía asustarte —dijo él al darse cuenta dónde se habían detenido los ojos de la muchacha, y se apartó con la respiración agitada y las mejillas sonrosadas—. Pasará en un rato, es algo que ocurre cuando se está con una mujer; tal vez lo hayas leído en una de tus novelas.

—¿Sucedre siempre? —dudó Rose asombrada.

—Solo cuando se está cerca de alguien que te gusta mucho.

El heredero no se explicó más, dejando a Rose con la duda de a qué se refería. La joven se mordió los labios y le imitó, sentándose sobre la hierba con el corazón todavía galopando. Maxwell había encogido y cruzado las rodillas para ocultar su estado. Así que, decidida a no arruinar la mañana con una incesante ronda de preguntas para las que quizá él no tenía ánimo de responder, se puso en pie y se acercó a la alforja de *Eros*, donde había guardado la lata de galletas. La sacó y se sentó junto a Maxwell, ofreciéndole una pasta tras desatar el lazo.

—Creí que eran para mi abuela —señaló él.

—Hay más de treinta, creo que podrá vivir con un par menos.

—O cuatro...

—¡O diez!

Ambos se miraron y rompieron a reír. Rose repartió varios dulces entre ambos, y Maxwell se acomodó con normalidad mientras mordía la primera. Sea lo que fuere que le había sucedido, notó Rose, ya había pasado. Y la curiosidad por ver cómo sería su hombría le hizo morderse los labios. No había sentido ese deseo con nadie: ni con Clifford, ni con sus pretendientes, ni siquiera la noche del baile de debut.

Maxwell era el primero en hacerle sentir pasión, en hacerle arder cuerpo y alma, en hacerle entender lo que eran los besos y caricias que leía en las novelas románticas. En hacerle sentir algo más profundo que un encaprichamiento como el que tuvo con Leonard. Fue la voz de Maxwell lo que le hizo volver a la realidad, sonrojada al ver que la estaba mirando.

—¿Q-qué ocurre, tengo algo en la mejilla? —murmuró.

—Aparte de un bonito rubor y unas migas de galleta, estás perfecta —bromeó Maxwell, lo que aumentó todavía más el sonrojo de Rose—. Te estaba diciendo que espero que hayas disfrutado la mañana, pero te has quedado alhelada. ¿Sabes? Mi idea tras la clase de esgrima era llevarte a un restaurante, sé que mi primo iba a acudir hoy, y podríamos haber aprovechado para darle celos...

—¿Y por qué no vamos? —dudó Rose.

—Porque no todo gira en torno a él. Este día es para ti y para mí y no me arrepiento ni un ápice de haber venido. Llámame ridículo, pero quería demostrarte que esto es mucho más que una herencia, quería darte las gracias por arriesgarte.

—Me arriesgaría una y mil veces más, Bedford, y no por Leonard.

Maxwell sonrió, entendiendo bien lo que ella implicaba.

—Gracias, pecosa —fue lo único que dijo.

Rose asintió, y entre galletas de mantequilla, bromas sobre restaurantes franceses, modales

snobs, y miradas fugaces, pasaron el resto de la mañana. Maxwell suspiró: esa era su nueva realidad, estaba total y completamente enamorado de Rose.

Capítulo XV

Pastel de naranja amarga



Braithbury Hall, Londres

Junio, 1840

Violet suspiró y dejó sobre la mesa el carboncillo que tenía en la mano. Llevaba toda la mañana sintiéndose mal, una sensación de pesadez y desasosiego se había instalado en su estómago; e incluso las cosas más simples, como el dibujar un vestido sobre un trozo de papel como hacía siempre la fatigaban. Había mucho silencio en la casa, los pequeños Jeremiah y Lily habían comenzado clases con un tutor, la niña apenas tenía cuatro años, pero sus padres querían que ambos estuviesen muy preparados para entrar en Westminster School.

Edward había partido con Camelia, William y Theodore a comprar flores para la participación del ducado de Braithbury en el festival de Kew. Y, respecto a su madre, *lady* Florence y Marjorie, se encontraban en su partida semanal de cartas con la vizcondesa *lady* Clementine Hatton, madrina de Edward y buena amiga. Eso la dejaba a solas con Rose, Sylvia y los criados. Si bien, hacía horas que no las veía.

Se levantó, y al hacerlo la sacudió un mareo. ¿Qué diantres le pasaba? Tal vez debería comer algo, llevaba días sin apetito, y aquel ayuno impuesto le estaba pasando factura. Fue el aroma dulce de almíbar de fruta lo que llamó su atención, y encaminó sus pasos a la cocina. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró a su hermana y a Sylvia enfrascadas en lo que parecía un intento de masa; ambas estaban cubiertas de harina, y un par de cazos humeaban a su lado.

Violet se acercó, curiosa.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Rose me ha pedido ayuda para preparar un pastel, pero temo que no estoy siendo la mejor consejera, estamos fracasando vilmente en el intento —explicó Sylvia y rio al darse cuenta del aspecto enharinado que tenían las dos—. Tal vez tú puedas arrojar más luz en este mar de huevos, leche y harina, Violet, porque yo estoy perdida.

—¿Y por qué no le habéis pedido ayuda a Beatrice, o a Emmeline? —dudó Violet.

—Porque quería hablar de cosas privadas sin que se enterasen... —suspiró Rose—. Sabes que me fío por completo de Beatrice, Vivie, sé que no me va a juzgar, pero este asunto me avergüenza demasiado.

—Ay, hermanita, debiste haberme hablado antes si tan agobiada estabas. Sabes que voy a estar ahí para ti pase lo que pase. Dime, ¿qué es lo que te preocupa?

—Para empezar, que me he dado cuenta de que no tengo ni idea de nada. ¿Cómo es posible

que se nos inste a ir a esos internados de niñas ricas para aprender arte, literatura, y ciencia, pero no sepa nada de la vida? Cielos, si ni siquiera he podido abrir el huevo sin romper la yema —se lamentó Rose—. Nunca seré vista como una buena esposa.

—A todo se puede aprender, Rose, yo misma he descubierto mucho del mundo desde que me casé con Edward —contestó Violet—. Además, guisar no es tan importante, ¿por qué te ha entrado esta repentina premura?

—Porque quiero impresionar a *lady* Arabella. Max ha enviado una nota diciendo que le gustaron mucho las galletas que hicimos Camelia y yo, pero eso ni siquiera cuenta; Cami hizo casi todo el trabajo, yo solo le dicté la receta. Hoy quería hacerlo sola, y ya ves el resultado...

Violet asintió mientras se acercaba al fregadero para lavarse las manos y borrar el carbón de sus dedos. Debía ayudar a su hermana, estaba claro que el asunto de Maxwell se estaba desbordando. Ya no había duda alguna de que Rose se había enamorado de él, y ese impulso por ayudarle a triunfar nada tenía que ver con la vizcondesa: lo hacía por él, porque lo amaba. No podía culparla, ella haría lo que fuese necesario por Edward, así tuviese que picar piedra en una mina.

Una vez limpia se acercó y observó el contenido de los cazos: en uno había mantequilla; en otro, almíbar de naranja; y en el último, chocolate. Violet asintió y tomó una cuchara de madera para remover la dulce mezcla.

—Te preocupas demasiado por lo que piensa Maxwell, Rose. Ese hombre te adora, no le importará que lleves un pastel de repostera o un *soufflé* desinflado, lo que cuenta es la intención que pongas, eso es lo que él valorará —dijo en un intento por animarla.

—Él puede, pero, ¿qué hay de su abuela? —insistió Rose.

—Creo que *lady* Arabella es menos superficial de lo que le atribuyes ser, Rose —intervino Sylvia—. Conozco a muchas damas de clase alta que miran a los demás por encima del hombro, pero alguien que ha permitido que su nuera, una inmigrante como la señora Adeleide, viva en pleno barrio de Mayfair, no puede ser tan mala.

—No lo es, pero Leonard sí, y está aliado con una de las mejores actrices de Londres —dijo Rose y dio un par de golpes en la masa para ablandarla—. Ese patán está dispuesto a todo para desacreditarnos a Maxwell y a mí y heredar, y la única baza que tenemos es intentar que demuestre su verdadera cara ante su abuela, de ahí el juego.

—¿Y cuál es el problema? Max y tú lo estáis haciendo bien, Rosie, Leonard lo sabe —dijo Violet.

—El problema es que no sé si quiero seguir fingiendo... quiero más.

Violet detuvo la cuchara y la miró con atención.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Lo que diré, por favor, que quede entre nosotras. Camelia se escandalizaría, y ni siquiera sé lo que haría Edward de enterarse —rogó Rose, con la mirada fija en la masa. Sylvia y Violet asintieron, así que continuó—. Maxwell y yo hemos intimado.

—¿Intimado? —repitió Violet—. ¿De qué clase de intimidad estamos hablando?

—De la que hay entre un hombre y su mujer, Violet, de cuál si no...

—Hay muchos tipos de intimidad entre hombre y mujer, Rosie, y no es necesario estar casada para experimentarlos: besos, caricias, yacer —enumeró Sylvia.

La joven asintió, eso lo sabía; era ingenua, pero no tanto. Sabía que no habían yacido, solo se habían besado. Había leído muchos libros de romance, y aunque no sabía exactamente cómo tomaba un hombre a una mujer, entendía que se necesitaba «algo más» que unos besos, algo que Maxwell no había hecho con ella.

Sin embargo, compartir la bonita escena que habían vivido en los jardines le parecía incorrecto. La forma en que los besos de Maxwell la habían hecho sentir, la curiosidad por su cuerpo y el deseo de sentirse suya, lo que su gesto y sus palabras le habían despertado en el alma era algo que quería guardar para sí como un tesoro. Algo en su rostro debió delatar sus pensamientos, pues Violet le elevó el mentón con una mano.

—Respóndeme a esto, Rose, y sé sincera. ¿Te has enamorado de él?

—No lo sé, nunca había sentido algo así por nadie... solo sé que me importa mucho. Mi corazón late muy rápido cuando me mira, y cuando me besa me derrito entera. Quiero verle sonreír y que nunca derrame ni una lágrima —dijo Rose—. Quiero que cumpla su sueño, que sea feliz, que tome mi mano para ir juntos a lugares en los que nunca he estado. ¿Es eso estar enamorada? ¿es eso el amor?

Sylvia y Violet cruzaron miradas y la americana suspiró.

—Eso es algo que debes descubrir tú, Rose. Lo que Violet y yo te digamos no te ayudará a saberlo, el amor se siente sin más, no es algo que se pueda definir o explicar —dijo.

—Por eso es mejor que, cuando lo sepas y tengas el valor, seas tú quien lo admita —confirmó Violet, antes de mostrar una gran sonrisa—. Ahora, queridas, vamos a dejar ese asunto y a centrarnos en terminar esa tarta. Si hay que impresionar a *lady* Arabella, será mejor que nos esforcemos, es sabido que frecuenta las mejores pastelerías.

—Bien dicho, aunque el nuestro no tendrá nada que envidiarles —asintió Sylvia.

—Entonces, manos a la obra.

Pasaron las siguientes dos horas enfrascadas con la masa, los rellenos y el glaseado, y cuando llegó el momento de montar el pastel, las tres estaban agotadas. Tenían los ingredientes separados y las partes de la tarta dispuestas en cuatro montones: el bizcocho, el relleno de chocolate; el segundo relleno, una crema de naranja y almíbar, y el merengue. Solo restaba unirlo todo.

Violet tomó el primer piso y lo colocó en un plato, antes de tomar el chocolate para untarlo. Repitió el paso con el segundo trozo de bizcocho y, mientras lo bañaba en almíbar, recordó un detalle.

—Rosie, ¿te importa añadir el azúcar a la crema de naranja? Lo he dejado en un bote blanco sobre la encimera —dijo—. Ponle al menos tres cucharadas, que esté bien dulce.

—Muy bien —asintió Rose.

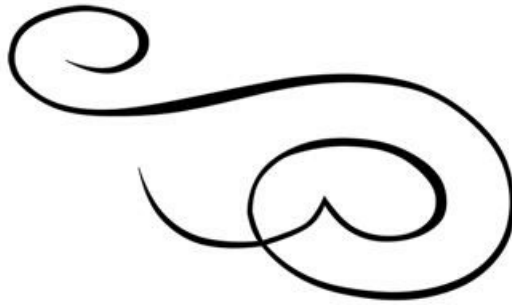
Había tres recipientes blancos, así que la joven tomó el primero y vertió no tres, sino cuatro cucharadas soperas del polvo blanco sobre la papilla de naranja. Siempre era mejor pasarse de dulzor a que quedara insípida. Satisfecha, removiò la mezcla con energía y le entregó el cuenco a Violet, que untó una buena cantidad de crema sobre el pastel. Finalmente añadieron el merengue y observaron su obra.

—Le va a encantar, creo que es el mejor plato que he hecho en mi vida —dijo Rose.

—Y el único, para ser exactas —bromeó Violet.

Las tres mujeres rompieron a reír, y tras colocarlo en una bombonera de cristal ornamentado se dirigieron al salón para escribirle una carta a Maxwell. A Rose se le iluminaron los ojos mientras lo hacía; esperaba que le gustase aquella idea. Si lograba conquistar a *lady* Arabella con los dulces, poco importaba que fallara con la jardinería. «Ya casi lo tenemos, Max, estamos a un paso de alcanzar la meta», pensó.

Tras releer la nota, sopló la tinta y la guardó en un sobre para que un criado la enviara a Bedford Park. En unas horas sabría si su esfuerzo había merecido la pena.



Tal y como se esperaba, la propuesta de Rose fue bien recibida por la vizcondesa viuda. La idea de merendar con las novias de sus nietos para probar sus platos le hizo gracia, y, animado por su reacción, Leonard se puso manos a la obra. Fue a buscar a Marigold a El Lazo Dorado; pero, tal como la mayoría de señoritas, la falsa *lady* Mary Goldman no tenía ni idea de cocina.

Pasaron por una de las mejores pastelerías de Londres para comprar un pastel de yema de huevo, que fingirían había cocinado Marigold. Nadie tenía que saberlo, ni su abuela, ni mucho menos Maxwell; Leonard quedaría como el nieto ideal con la novia ideal: el candidato perfecto para heredar el vizcondado de Hale y toda la fortuna.

La merienda iba a tener lugar a las cinco en punto en Bedford Park. A las cuatro y media Rose se echó encima su sombrerito de felpa más recatado y unos guantes de encaje con lazos rosas — una cursilada, en su opinión—, y salió de la casa para subir a un coche de pasajeros.

El carruaje la dejó a las puertas de Mayfair, así que caminó hasta el hogar de la vizcondesa y llamó a la puerta. Le abrió Constance, que, como siempre, la recibió con una sonrisa. Entendía el por qué a Maxwell le gustaba Rose, esa niña era lo opuesto a la señorita Lauren, o peor, a *lady* Goldman, una loba con piel de oveja. Como si le hubiese leído la mente, Rose detuvo al ama de llaves a unos pasos del salón.

—Pareces molesta, Constance, ¿pasa algo? —preguntó.

—Nada que deba preocuparla, señorita Rose, es que no soporto a esa víbora de *lady* Goldman —resopló la mujer—. ¿Me creerá si le digo que apenas leyeron su nota en la que invitaba a *lady* Arabella a merendar, marcharon a preparar su propio pastel?

—¿Cómo dices?

—Ah, ya lo verá, están reunidos en el salón, esperándola a usted para degustarlo.

La respuesta desanimó a Rose, que no había esperado ese giro de acontecimientos. ¿Y si el pastel de Marigold resultaba ser mejor que el suyo? Lo había preparado con todo su cariño y esfuerzo, pero era innegable, no era repostera. «Bueno, pues sea como sea ya no hay remedio, no pienso amilanarme», pensó la joven y asintió con firmeza.

Al llegar a las puertas de cristal, Constante llamó para anunciarla, y Rose entró con una sonrisa y la bombonera de cristal en las manos. Por suerte, no había muchos testigos: la vizcondesa, Lauren y Leonard; Marigold, Adeleide y Maxwell. Magdalene y Marianne no estaban. Al verla, su pretendiente se levantó y se inclinó para besarle la mano, antes de guiarla hacia el hueco del sofá en el que se sentaba junto a su madre.

—Buenas tardes, *lady* Arabella, me alegro de verla, hoy está muy guapa. Y también usted,

señora Bedford —saludó Rose.

—Gracias, Rose, tú también estás preciosa —sonrió Adeleide.

—¿Para Mary y para mí no hay cumplidos? Menuda descortesía esa, señorita Stuart —dijo Lauren en tono sibilino y falso—. Creía que su intención era quedar bien ante mi abuela, y hacernos de menos a dos de sus invitadas no es la mejor manera de lograrlo.

—No me ha dado tiempo a saludarlos a todos, señorita Bedford; pero, por favor, dejemos de lado las formalidades, que a fin de cuentas tú y yo nos conocemos muy bien —contestó Rose—. La invitación era para tu abuela, pero ya que os habéis sumado, estaré encantada de que probéis el pastel, es una delicia de merengue y naranja, riquísimo.

—Eso aún está por verse —sonrió Lauren.

—No sabía que guisabas, Rose —comentó Leonard ignorando a su hermana.

—Ya ves, mi pretendida es una caja de sorpresas —dijo Maxwell.

—Desde luego, y nunca lo hubiese imaginado: jardinera y además cocina, excelentes virtudes para una vizcondesa —concedió *lady* Arabella antes de volverse a mirar a Rose—. Resulta querida, que, en un giro del destino, *lady* Goldman también ha tenido la idea de cocinarme un pastel. No sabía que mis gustos golosos habían trascendido tanto... tendré que cuidarme más o me estallará el corsé, pobre de mí.

—No diga tonterías, resulta un placer tentarla, *milady*, escuchaba alto y claro cuando mencionó sus preferencias en la ópera —contestó Marigold, y al cruzar miradas, Rose tensó la mandíbula—. Puede que el mío no sea tan elaborado como el de la señorita Stuart, pero la tradición de la tarta de yema de huevo al whisky es típica en Irlanda; espero que le agrade el fugaz toque de licor.

—Claro que lo hará, vida mía, ¡si es una delicia! —exclamó Leonard.

—No perdamos más tiempo, entonces, quiero probar ya esa mentada delicia —dijo la vizcondesa e hizo sonar una campanilla—. Ahora que ya estamos todos, Constance, trae platos y cucharillas, y un servicio de té de rosas.

El ama de llaves asintió y se retiró, para regresar un par de minutos más tarde con un carrito sobre el que descansaban una tetera humeante y siete tazas con platito a juego. A su lado, siete platos de postre con tenedor y cucharita. Tras servir el fragante té de rosas, tomó el pastel de Marigold y fue cortándolo en trozos, que repartió en los platitos para luego entregárselos.

Rose observó su porción. Tenía que admitirlo, el aspecto era glorioso: dos capas de bizcocho relleno de crema de chocolate batido, una capa de yema de huevo tostada, y el inconfundible aroma del whisky. Cortó un trocito y lo mordió, estaba riquísimo, y la vizcondesa pareció compartir su opinión.

—Ah, Mary, querida niña, se ha superado, está absolutamente delicioso —felicitó *lady* Arabella—. Mis felicitaciones, creo que tenemos mucho de qué hablar si me tiento de vez en cuando con estos caprichos espontáneos... y no es que vaya a quejarme.

—Es usted un encanto, *milady*, claro que lo haré —rio Marigold.

—¿Qué opináis los demás, os gusta? —pinchó Leonard, que se sentía vencedor—. ¿Qué hay de ti, tía Adeleide?

—Está muy bueno, no voy a negarlo —contestó ella—. Me recuerda al que hacen en *Il Ciocolatiere*, tiene ese mismo regusto de whisky escocés de fondo.

—Eso es porque la receta tradicional irlandesa la usan en muchas chocolaterías, tía.

—Sí, tal vez.

—Probemos ahora el de la señorita Stuart, siento mucha curiosidad por el merengue —propuso Lauren—. ¿Estás de acuerdo, Rose?

La joven asintió y, nerviosa, le tendió la bombonera a Constance para que cortara la tarta. El aspecto de su postre no era tan profesional como el de Marigold: los picos del merengue no estaban firmes, pero al menos olía bien. Cuando todos tuvieron su porción, Rose aguardó, temblorosa, la reacción de la anciana. Y cuando hubo saboreado el primer mordisco, sus ojos se abrieron como platos.

—¡Santo cielo, qué espanto! —exclamó la vizcondesa.

Rose palideció, y uno a uno los presentes compartieron la opinión de la anciana.

—¡Argg, está asquerosa! —chilló Lauren—. ¡Sabe muy amarga!

—Yo diría que «picante» es la palabra... —señaló Marigold, que escupió su trozo de tarta sobre la servilleta, antes de posar el plato y mirar a Rose con lástima.

—¿Pretendes matar a la abuela para heredar, Maxwell? —Se burló Leonard—. Porque con este repugnante pastel, Rose, has estado a punto de liquidarnos.

—Y-yo... —balbuceó ella—. N-no era mi intención...

Lady Arabella se había puesto seria y dejado el plato sobre la mesa. Parecía decepcionada, y Rose se sentía incapaz de apartar la mirada de ella: su rostro mostraba desagrado, pero lo ocultaba tras una máscara de orgullo. Ni siquiera tenía valor para mirar a la señora Adeleide y a Maxwell, enfrentarse a sus miradas de acusación y enfado era demasiado para su ánimo.

—Constance, retira estos platos y deshazte del pastel; es evidente que la señorita Stuart no posee dotes de cocina —ordenó la vizcondesa—. Tendremos que comer un poco más de ese pastel de yema para sacarnos el sabor de la pimienta de la boca.

¿Pimienta? Rose palideció como un papel al darse cuenta de dónde estaba el error: al tomar el frasco de azúcar debía haber confundido el de la pimienta blanca con el azucarero, y con ello había arruinado por completo no solo la jornada, sino las opciones de Maxwell. Sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas y no pudo soportarlo más.

—Rose... —murmuró Maxwell, preocupado.

Su tono de voz fue la gota que colmó el vaso, y las lágrimas de Rose desbordaron.

—Lo siento, lo siento mucho —Se disculpó antes de salir corriendo.

Tenía los ojos tan empapados que no veía adónde iba, pero acertó a salir de la casa y correr hacia el jardín. Quería esconderse y llorar hasta desahogarse antes de tomar un carruaje que la llevara de vuelta a Braithbury Hall. ¿¡Cómo había podido ser tan estúpida!? ¡Lo había arruinado todo! ¿Por qué diablos no había probado la mezcla antes de ponerla en la tarta? ¿Y si la anciana se había enfadado con Maxwell? Ya había dejado en claro que no era una buena cocinera, seguro que su opinión sobre ella había cambiado.

Se sentía miserable, fracasada y muy estúpida, y no paró de correr hasta que topó con las caballerizas. Abrió la puerta y caminó hasta una de las cuadras vacías, donde se sentó, tras acomodar un par de fardos de heno. Lloró un buen rato en silencio, y no fue hasta que oyó pasos sobre el pasillo que elevó la cabeza para ver a Maxwell acuchillado frente a ella.

El hombre elevó las manos para acunarle el rostro y limpiarle los churretones de agua que manchaban sus mejillas. Rose contuvo el aliento y su corazón brincó.

—Siento muchísimo lo que ha pasado ahí dentro, pecas, se han portado como unos necios contigo, mi abuela la primera —dijo Maxwell, que movió el dedo para acariciarle la mejilla—. ¿Estás bien?

—No, y odio que tengas que disculparte, Max, soy yo quien debería pedir perdón —sollozó Rose—. ¡Lo he arruinado todo!

—¿De qué estás hablando?

—¡De tus opciones, de tu posición como heredero! No merezco que me tengas a tu lado... Si

hubiese probado el relleno de pastel me habría dado cuenta de que confundí los botes de azúcar y pimienta. Soy una inut...

—Calla, no permito que hables así, Rosie —la interrumpió él—. Cielos, Stuart, escucha lo que voy a decir, y escúchalo atentamente, a ver si penetra esa terca cabecita tuya: eres la mujer más perseverante y lista que he conocido jamás. Eres alegre, imaginativa y caes bien a todo el mundo. ¡Si incluso a mi abuela la tienes en el bote! Este incidente no cambia nada, solo me hace apreciarte aún más por el esfuerzo que estás haciendo por mí. Maldita sea, ¡soy yo quien no te merece!

—¿Por qué dices eso? —dudó Rose.

—Porque nunca he conocido a otra mujer que me haga sentir lo que tú, Rose, me tienes a tu...

Rose no le dejó terminar, cada frase y palabra que decía Maxwell afianzaban el amor que sentía por él, y estaba llegando al punto de ruptura: deseaba tanto ser suya que el corazón le estallaba en el pecho. Lo amaba, lo deseaba, y quería demostrárselo a pesar de haber arruinado la jornada. Le interrumpió con un beso, y Maxwell cerró los ojos y se entregó como un sediento.

Las lágrimas de Rose le mancharon las mejillas y la barba, pero no le importó, abrió la boca y dejó que ella colara la lengua dentro para recorrer su interior y enzarzarse juntas. Y fue un beso arrollador, cargado de cada sentimiento que guardaba por ella. Volvió a besarla y ella le correspondió. El deseo subía, lo estaba volviendo loco. Al quedarse sin aire se apartó, consciente de dónde estaban, y Rose abrió los párpados para clavar en él su mirada azul índigo.

—¿Qué ocurre, Max, por qué has parado? —dudó preocupada.

—¿Qué estamos haciendo, Rose?

—Que yo sepa, te estoy besando.

—¿Es eso lo que quieres, lo que deseas de verdad?

Rose sonrió, no le conocía esa faceta tierna a Maxwell, y menos en un momento de pasión. ¿Qué si lo quería? No, ¡lo necesitaba! Asintió, antes de alzar la mano para acariciarle el cuello y acercar sus rostros tanto que sintió su aliento sobre los labios.

—Nunca he deseado nada tanto en toda mi vida, Maxwell...

Apenas la oyó sonrió y volvió a besarla, dispuesto a sembrarle de caricias la piel con su boca. Rose se deshizo como mantequilla y Maxwell dejó un rastro de besos por la línea de su delicada mandíbula hasta su cuello, que besó y marcó con los labios antes de volver a atraparle boca. Moría por sus besos, por sus suspiros, por su calor. Sentía que todo su cuerpo clamaba por ella y se estaba excitando, moría por hacerla suya... pero un establo no era lo que quería regalarle en su primera vez. En su lugar se agachó para quedar tendido a su lado.

Había una sonrisa satisfecha en sus labios y una mirada de adoración en sus ojos grises. Todo lo que habían pasado valía la pena por llegar a estar allí, tendidos sobre ese montón de heno.

Y no importaba lo que pasara con su abuela, con su título o su fortuna: una cosa tenía clara, no renunciaría a esa mujer, así formaran el mayor de los escándalos.

Capítulo XVI

Un paseo por Hendon



Edward jadeó, perdido en el embriagador aroma de su esposa, antes de investir un par de veces más y derramarse en su interior. Violet respiraba de forma agitada, y cuando él colapsó sobre su pecho, elevó una mano temblorosa para comenzar a dibujar círculos en su cuello; a Edward siempre le había encantado que le acariciara en ese punto, y Violet aprendió la lección al pie de la letra. Solo cuando hubo calmado su pulso y recuperado el aliento, el coronel se incorporó para mirarla: amaba a su esposa con toda su alma; tenerla a salvo, feliz y plena entre sus brazos colmaba su corazón.

—Hay algo que te preocupa y no me has dicho, Ed, no creas que no lo he notado —comentó Violet sin detener su caricia—. ¿Qué ocurre? Cuéntamelo, amor mío...

—Te va a parecer una tontería paternalista —admitió él.

—Ponme a prueba.

El tono de voz divertido de su esposa le hizo elevar los labios, y Edward suspiró antes de volver a recostarse sobre ella para hablar.

—Está bien, es que creo que el asunto de Maxwell está afectando demasiado a Rose. ¿No te has fijado en que lleva varios días decaída? Cuando le he preguntado al respecto me ha dicho que es por un fiasco con los postres... Seamos sinceros, Violet, ambos sabemos que, aunque haya arruinado una tarta, no se pondría así solo por eso —explicó Edward.

—Estoy de acuerdo, Rosie es terca y tenaz, si ese fuera el problema lo encararía de frente —asintió Violet—. Para mí es innegable que se ha enamorado.

—¿Enamorado, tú crees?

—Sí, no hay más que ver cómo reacciona cuando se le nombra, o como actúa a su alrededor. Las miradas son el espejo del alma, Ed, y conozco bien a mi hermana: Rose mira a Maxwell con anhelo y fascinación, y eso no le había sucedido nunca.

—¿Y qué hay de él, también siente algo por ella? —inquirió Edward—. Me agrada, no te equivoques; creo que es un buen hombre, pero no lo conozco tanto como para saber si es amor, lujuria o amistad lo que veo cuando la mira. ¿Qué crees tú?

—¿Qué harías si te dijera que no es amor? —tanteó ella.

Edward resopló, haciéndole cosquillas sin pretenderlo. Su voz sonó exasperada, y Violet contuvo una sonrisa; casi podía imaginar lo que iba a decir.

—Le juré a tu padre en su lecho de muerte que cuidaría de vosotras, Violet, y pienso hacerlo hasta mi último día. Por mucho que me simpatice Maxwell Bedford, no pienso permitir que juegue con los sentimientos de Rose. Si ella se ha enamorado de él, pero él de ella no, le diré que corte esta charada cuanto antes.

—Pues yo más bien creo que debemos hacer lo contrario —rio Violet, logrando que su esposo se incorporara para mirarla—. No te apures, solo he dicho eso para ver lo que dirías, la realidad es que creo que Maxwell sí que se ha enamorado de Rose. Conozco a ese hombre, y sé que, aunque pueda parecer superficial, no lo es en absoluto.

—¿Qué sugieres que hagamos, entonces?

—Yo he empezado a jugar la carta de casamentera, ya sabes, dejarlos a solas y darle pequeñas pistas a Rose para que vea que no le es indiferente... ¡Son tan necios! Quizá debamos ser más directos, a ver si se dan cuenta de que admitir lo que sienten el uno por el otro es lo mejor para los dos.

—Directos —repitió Edward.

—Sí.

—¿Qué sugieres, que le pida que se declare a Rose?

—No sería tan mala idea, estoy segura de que ella aceptaría, y mi madre daría saltos de alegría con la noticia: un hombre perfectamente adecuado para la familia Stuart.

El coronel miró a su esposa, ella le guiñó el ojo y soltó una risita. Estaba claro que hablaba en broma, y su alegría hizo reír también a Edward. Eran las seis y media de la mañana, reinaba el silencio, debían contenerse o despertarían a los demás.

—Pensaré en algo que les haga estar solos sin levantar las habladurías de la sociedad —propuso el duque—. ¿Qué opinas, es suficientemente directo para ti, mi preciosa socia? ¿O realmente debo presentarme en Bedford Park y hablar con la vizcondesa?

—Lo que se te ocurra estará bien, mi galante socio —confirmó ella.

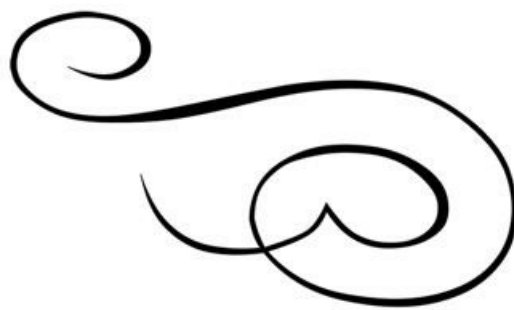
—Muy bien, pues así se hará... mientras tanto, aún hay tiempo de una ronda más.

—¿Otra? Cielos, Ed, ¿no te sacias jamás?

—De ti no me cansaría ni en mil vidas, Violet, te amo.

—Y yo a ti, amor mío, y yo a ti.

Entre besos y caricias, marido y mujer hicieron el amor hasta que salió el sol.



Aquella misma mañana, y de improviso, Maxwell se presentó en Braithbury Hall con expresión alegre y una caja entre las manos. Resultó una visita la mar de bienvenida, pues la sonrisa de Rose volvió a brillar apenas sus ojos se posaron en él. Maxwell se adentró en el salón, donde las hermanas y Edward estaban sentadas para acariciarle la cabeza a *Malvavisco*, que se movía, juguetón, a los pies de su dueña.

—Que agradable sorpresa, Max, hoy no te esperábamos. ¿Te apetece tomar un té? Quedan algunas galletas de las que hicimos Rose y yo —comentó Camelia.

—Gracias por el ofrecimiento, querida Camelia, en otras circunstancias sabes que te diría que sí encantado, pero hoy debo rechazarlo —Se disculpó Maxwell, antes de volverse hacia el duque—. Supongo que no te importará si me llevo a Rose esta tarde, ¿verdad, Edward?

—Por supuesto, si ella está de acuerdo puedes llevarla dónde quieras —contestó él y cruzó una mirada complice con su esposa antes de volverse hacia su protegida, que parecía entusiasmada—. ¿Qué dices, Rose?

—Que iré encantada, desde luego.

—Entonces permite que te dé esto —dijo Maxwell y le tendió la caja que llevaba bajo el codo, que Rose sostuvo con cuidado—. Vamos, ábrela, espero que te guste.

—Cielos, Maxwell, otro regalo... me consientes demasiado.

—Ah, pero no es para ti, pecosa, sino para mi ojito derecho.

La joven se apresuró a abrir la caja, envuelta en papel prensado, para encontrar una capa de cuadros escoceses en tonos verdes y azules. Si bien, la prenda era de un tamaño diminuto, como si fuera para un bebé. Rose frunció las cejas, confusa, antes de clavar sus ojos azules en Maxwell. Cuando *Malvavisco* ladró, lo entendió y rompió a reír.

—¿Un abrigo para *Malvavisco*? —aventuró Rose entre risas—. Me es imposible enfadarme contigo, Bedford, ¡eres único! Mira que mimar más al perro que a su dueña...

—Qué puedo decir, esta bola de pelo me tiene ganado. Además, todo perro debe verse bien cuando acude al Hendon Greyhound Stadium —asintió él y sonrió antes de continuar—. ¿Sabes? Edward me escribió esta mañana.

—Ah, ¿sí? Conque compartiendo secretos a mis espaldas, Ed... mi tutor y mi socio confabulando. ¿Debo temer de esta nueva amistad?

—Ni lo más mínimo, Rose, más bien al contrario. Estoy contribuyendo al éxito de vuestro plan —dijo Edward.

—La razón es que, al parecer, un conocido de Theo trabaja allí y le ha dicho que nos convendría mucho ir —explicó Maxwell.

—¿Al canódromo de Londres? —repitió Rose.

—Ajá.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer a ese lugar? —insistió ella, que no entendía nada—. No pretenderéis que corra *Malvavisco*, ¿verdad? Porque si es así no...

Maxwell se apresuró a negar con un rápido ademán mientras sostenía al cachorro, cada vez más grande, con la otra mano. Rose le tendió el abrigo de cuadros y el heredero le puso la capa sobre el lomo antes de atar el lazo para que no se cayera.

—Nada más lejos de la realidad, de hecho, vamos a ver las carreras —explicó—. Resulta que mi primo tiene una secreta e insana afición.

—En buena hora no te relacionaste con él, Rosie. Menudo farsante, ese hombre es lo contrario a un caballero —intervino Camelia—. Y pensar que presume por ahí de clase y fortuna...

—Sí, pero gasta mucho del dinero de la herencia de su madre, la difunta marquesa de Eastwyn, apostando. Tal vez sea la razón por la que tanto quiere heredar el vizcondado de Hale, que se está quedando sin blanca —confirmó Maxwell—. Ir y darle una lección es nuestro objetivo esta mañana. ¿Te parece razonable, pecas?

—Desde luego, pero, ¿qué tiene que ver *Malvavisco* con todo eso? —dudó Rose.

—Será nuestra coartada. No pienso arriesgar tu nombre si te ven acudir conmigo sin tu madre o tus hermanas. Diremos que te he llevado para que decidas si tu precioso cachorro es apto para

las carreras, algo así como si actuara como mentor canino, nada de citas.

Rose resopló, divertida, y tomó de nuevo a su mascota en brazos. *Malvavisco* le lamió la cara antes de que lo posara sobre la alfombra.

—En tal caso ya estamos tardando en salir, *milord* —asintió.

—Después de usted, *milady* —sonrió Maxwell.

Tras ponerle una correa en el collar al perro y una breve despedida, salieron cuando el reloj de péndulo marcaba las doce en punto. Mediodía: tenían menos de una hora para llegar al canódromo y localizar a Leonard, pues era bien sabido que la hora punta de las apuestas era la una. Con esa idea en mente Maxwell le ofreció una mano a Rose y la condujo a su carruaje, una calesa blanca con capota plegable que había alquilado con aquel propósito.

El cochero aguardaba delante, sentado junto al caballo shire de tiro. Una vez que Rose se hubo acomodado en el asiento con *Malvavisco* sobre las rodillas, el heredero dio un par de toques con el bastón para indicarle al chofer que se moviera. Cuando el traqueteo de los cascotes sobre los baldosines ocultó sus voces, Maxwell habló.

—En realidad, no he sido del todo sincero, pecas. Fastidiarle las apuestas a mi primo no era la única razón por la que quería que vinieses —dijo sin mirarla—. Creo que este juego se está volviendo demasiado arriesgado, Leonard se ha confiado después de lo del otro día, así que nos toca mover ficha. El Festival de las Flores de Kew es en tres semanas, así que hoy hay que dar un paso más.

—¿A qué te refieres con «un paso más»? —dudó Rose.

—Hablo de que se acabaron las sutilezas, Rose, necesitamos herirlo en su orgullo. Has rechazado a Leonard varias veces ya, y se te ha insinuado, sí... pero no ha llegado al punto de ruptura todavía.

—¿Y qué pretendes que haga, aceptar sus proposiciones?

—No, ni hablar, todo lo contrario —negó Maxwell, y su voz sonó más brusca de lo que pretendía. La idea de que Rose sucumbiera a las artes de su primo le asqueaba—. Lo que quiero decir es que vamos a hacer que nos vea juntos; Leonard es infantil y egoísta, no soporta que otro tenga lo que él desea. Si eso no le hace estallar, no sé qué lo hará.

Rose le miró con la boca abierta. ¿Acababa de oír bien? ¿Se estaba refiriendo a..., a qué, exactamente? El rubor le encendió las mejillas como una fragua y clavó la mirada sobre sus pies, envueltos en unos zapatitos planos de raso blanco.

—Si lo he entendido bien, quieres hacer un numerito. ¿Qué hay de los chismes?

—¡Por todos los cielos, no soy tan inconsciente como para actuar libertino a la vista de todos! Puede que a ti no te importe tu reputación, pero a mí sí, jamás desprestigiaría tu nombre. Haremos que mi primo nos vea felices, sí, pero sobra decir que no estaremos a plena luz. Si no quieres seguir, lo entiendo, Rose, ya te he pedido demasiado.

—No, puedo vivir con un poco de riesgo. Hay que ponerle picante a la vida —contestó ella, y se rio al darse cuenta de su propia elección de palabras. Al parecer, se estaba volviendo una experta en eso de «poner picante».

—Cierto, no serías tú si fuera de otra forma —sonrió Maxwell. «Y no te cambiaría ni un ápice», pensó, aunque se contuvo de decirlo—. Mira, hemos llegado, es ahí enfrente.

La joven desvió la vista para ver el lugar que señalaba Maxwell. Se trataba de un edificio sencillo y blanco de arquitectura simple, rectangular, de varios pisos de altura. Rose había imaginado una especie de anfiteatro, y cuando el cochero se detuvo y Maxwell la ayudó a bajar, caminaron hacia las puertas dobles de madera.

Malvavisco caminaba a su lado con su abrigo nuevo.

—¿Y ahora qué? —dudó Rose, perdida entre el mar de gente.

—Ahora vamos a apostar por un galgo y buscar a mi primo, no puede andar lejos —dijo Maxwell—. *Malvavisco* y tú podéis ir a las gradas, os alcanzaré en un rato, no es necesario que hagais cola sin necesidad.

Rose asintió, y tras una fugaz mirada comenzó a alejarse hacia las escaleras. Las gradas estaban bastante concurridas, y en la pista había una larga franja de tierra sobre un campo de hierba rodeada de barandillas. Se abrió paso entre la multitud para sentarse en una de las filas libres, y al momento de agacharse para acariciarle en la cabeza al perro, elevó la vista y sus ojos dieron con la persona que habían ido a buscar.

El marqués de Eastwyn estaba sentado a su izquierda, cuatro filas más arriba. Desde su posición tendría una vista perfecta de Rose.

Entonces reparó en la compañera de lord Bedford, una rubia que nada tenía que ver con Marigold. A Rose le sonaba, pero no alcanzó a recordar de qué; quizá era una de las amigas de Lauren que había conocido la noche de su fiesta de debut. El hecho de que Leonard estuviese con otra mujer que no era con la que fingía su charada era arriesgado para él, demasiado. ¿Y si su abuela se enteraba y llegaba a la conclusión de que estaba engañando a la pobre señorita Goldman?

—Bueno, pues si ocurre, peor para él, es lo que tiene ser un seductor empedernido —murmuró Rose—. ¿No te parece, *Malvavisco*, que se lo tiene bien ganado? Hombres...

—Me pica la nariz, ¿estás hablando de mí? —preguntó una voz.

Rose se volvió para ver a Maxwell acercándose con un papel en la mano, la apuesta por el galgo de turno, y se rio sin poder evitarlo.

—Entras en esa categoría, pero lamento decírtelo, en esta ocasión no estaba hablando de ti. No mires, pero tu primo está a la izquierda, unas filas más arriba, y no ha venido con Marigold. Menudo descaro tiene para exponerse así ante el mundo.

—No le afecta lo más mínimo, sabe que las habladurías jamás llegarán a la abuela, no se mueven en los mismos círculos —explicó Maxwell, que se sentó y miró de soslayo a la pareja. Sus labios se elevaron al reparar en la rubia—. Conozco a esa mujer, es *lady* Angelica Britsbury, la futura baronesa de Harringford.

—Ah, ¿sí?, ¿de qué la conoces?

—Su difunto hermano, George, estudió conmigo en Oxford. Digamos que Angélica y yo hemos pasado buenos ratos juntos; es muy agradable.

—¿Agradable, así es como se refiere ahora uno a las amantes? Supongo que encaja en el molde que mencionaste: delicada como una margarita, perfecta para hacer el amor —bufó Rose, que clavó la mirada en la pista.

—¿Quién dice que he yacido con ella?

La joven se negó a mirarlo, más ofendida de lo que admitiría. La idea de imaginar a Maxwell en la cama con otra mujer le hacía sentir un peso en el pecho, como si tuviera una piedra bajo el corsé. Sus palabras de afecto y deseo habían despertado en ella sentimientos que desconocía: amor, pasión, lealtad... y le dolió oírle insinuar eso de otra.

Como si supiera lo que pensaba, el heredero elevó una mano para acunarle el rostro y hacer que lo mirara. Rose mantuvo la vista baja, testaruda.

—Aunque adoro ver tu encantador mohín y cómo arrugas la nariz y te sonrojas cuando te enfadas, no tienes por qué estar celosa, pecas. Ya te lo dije, te has convertido en la única mujer que me importa, eres demasiado especial para mí como para presumir ante ti de pasadas conquistas —dijo Maxwell, y ante aquello la joven elevó los ojos—. Además, si saberlo te

tranquiliza nunca me he acostado con Angélica.

—Pero acabas de decir que...

—Que hemos pasado buenos ratos, sí, y es cierto. Nos besamos más de una vez, pero nunca yacería con ella, no es el tipo de mujer al que me interesa atarme. Eso fue hace años, no tienes que preocuparte por ella, ni por nadie más, te lo prometo.

—No me debes ninguna explicación, no olvides que no soy tu pretendida, Maxwell. Esto es solo un juego para limpiar mi nombre y que tú obtengas tu herencia, ¿recuerdas?

—Pues tal vez ya no quiera que lo sea —contestó él.

«Tal vez no quiera que lo sea», decía. Las mejillas le ardieron a Rose al entender lo que sus palabras implicaban. ¿Acaso Maxwell deseaba que lo que tenían fuese más allá? Acercó el rostro a él sin darse cuenta, y estaba a punto de besarlo cuando sonó la trompeta que indicaba el cambio de corredores y les hizo alejarse de golpe.

Rose respiraba agitadamente y Maxwell tenía los puños apretados. Había estado a punto de besarla en público, y aquello habría causado más habladurías que el incidente del debut. ¡Era un necio! Debía controlarse mejor o terminaría por arruinar las opciones de futuro de Rose.

—Parece que van a empezar —dijo ella, sobresaltándolo.

—Sí, a ver si hay suerte y gana nuestro galgo, es ese, el número siete, *Gorgonzola* —asintió Maxwell, y se agachó para tomar a *Malvavisco* en brazos—. Míralo bien, amigo, y deséale suerte a tu compañero canino, aunque sea solo para fastidiar a Leonard.

—¿Por qué, acaso sabes por quién ha apostado? —dudó Rose.

—No, pero el tipo de las apuestas me ha dicho que están diez a uno a favor de *Rain*. Conociendo a mi primo, seguro que ha apostado todo a galgo ganador.

—Entonces también animaré a *Gorgonzola*.

Maxwell sonrió. Cuando dio inicio la carrera y los perros salieron a toda velocidad tras el conejo, vitorearon y animaron al delgado perro blanco con manchas grises en el que habían puesto su fe. *Rain* era el número cuatro, un ejemplar marrón claro, y parecía que iba a ganar como sospechaban todos. *Gorgonzola* iba en tercer lugar; estaban a unos metros de alcanzar la meta cuando algo asustó al perro negro que iba segundo y causó que chocara contra *Rain* y ambos cayeran. *Gorgonzola* y los demás se adelantaron, y el número siete cruzó la línea como ganador.

Rose dio un gritito emocionado y saltó a los brazos de Maxwell, que la estrechó contra su pecho con una gran sonrisa: el destino se había puesto de su lado y todo había salido perfecto. Al elevar la mirada para ver a Leonard notó que los estaba mirando.

—Iré a cobrar la victoria, tú espérame, ¿vale? Si se acerca Leonard, recuerda lo que hemos hablado —dijo sin soltarla—. Después nos olvidaremos de esto, podríamos ir a *Il Cioccolatiere* a por un café con escones, creo que nos lo hemos ganado.

—No diré que no a eso —rio Rose.

Maxwell se alejó, y apenas un instante después otra figura se personó junto a ella, una que le erizó hasta los vellos de la nuca. Rose mostró una falsa sonrisa y le miró.

—Vaya, lord Bedford, menuda sorpresa, no esperaba verlo hoy aquí —comentó.

—Podría decir lo mismo, señorita Stuart, alguien de su belleza no pinta nada en un lugar como este —dijo él en un tono tan meloso que Rose sintió náuseas. ¿Cómo había podido gustarle alguien como él hacía no tanto?—. Espero que no te molestase el incidente con los postres de la última visita, fue un percance sin mayor importancia.

—Creo que tu abuela no pensaba lo mismo.

—Mi abuela no es más que un vejestorio anclado en el pasado, una reliquia viviente, carece

por completo de inteligencia y buen gusto.

—¿A diferencia de ti? —aventuró Rose.

—Por supuesto, podría darle un par de lecciones de clase —afirmó Leonard y sonrió—. Como también podría enseñarte a ti otras cosas. Mi oferta sigue en pie, Rose, no tienes por qué seguir jugando a ser la novia perfecta con ese asno de Maxwell para impresionar a la vizcondesa. Acéptame y te irá mucho mejor que con él.

—¿Acaso ofreces algo más que placer? No es eso lo que me diste a entender, y soy una mujer con multitud de sueños...

El marqués de Eastwyn se rio y le ofreció una mano para caminar juntos hacia la barandilla. Rose recostó su peso sobre la madera y le encaró, ganando de Leonard una mirada a todas luces seductora.

—Lo que ofrezco, querida, es mucho más que un puñado de besos o un calentón en un carruaje. Cuando sea vizconde de Hale necesitaré una vizcondesa, y tú, mi preciosa flor, encajarías bien en esa posición —dijo antes de acercarse a ella tanto que rozaba lo indecoroso. Rose se mantuvo firme y sus mejillas se tocaron—. Te deseo tanto, Rose Stuart, que estoy dispuesto a olvidar tu origen y hacer borrón y cuenta nueva. Sé que te gusto, veo cómo te sonrojas al mirarme, y la noche de tu debut lo dejaste bien claro; estabas temblando bajo mis dedos, tan dispuesta para mí...

—Parece una oferta tentadora —concedió Rose.

—Lo es, y puedo demostrarte cuánto.

—Entonces, ¿te casarías conmigo, me harías marquesa de Eastwyn?

—Por supuesto que sí, y vizcondesa de Hale, y señora de mi hogar —asintió él—. Solo di la palabra, Rose, e iré a hablar con mi abuela y el coronel Barnett.

Rose sonrió sin poder evitarlo. ¡Ah, cielos! Aquello se sentía tan bien... después de lo que sufrió por culpa de ese desgraciado, tenerlo ahora suplicando como un cordero era un sentimiento agradable. Volvió el rostro para encontrar sus ojos, azul contra verde, y Leonard se relamió los labios, saboreando ya la victoria.

Deseaba a Rose con ferocidad, todo en ella le llamaba a gritos: su ingenuidad, su indiferencia, su virginidad, su belleza, que se hiciera la digna y, sobre todo, saber que podría humillar a Maxwell al arrebatársela. Fue su voz alegre la que rompió la burbuja y lo devolvió a la realidad.

—Creo que voy a declinarlo, no creo que a lord Thomas Roswell le hiciese gracia —dijo Rose sin perder la sonrisa—. Es tu mejor amigo, ¿verdad?

—¿Quién te ha hablado de Thomas? ¿Cómo sabes que...?

—No hace falta ser muy listo. Como estoy segura de que él mismo te habrá dicho, rechacé su propuesta de matrimonio en julio, dos meses antes de mi baile de debut. Resulta curioso que me humillaras entonces. ¿De veras piensas que podría aceptarte?

—¿Me... me rechazas? —repitió Leonard, perplejo e incrédulo a partes iguales.

—Bueno, antes has llamado asno a Maxwell, ¿no es así? Quizá yo también lo soy —contestó Rose y se alejó sin perder la sonrisa pícaro—. Tómatelo como un premio de consolación, milord: «no está hecha la miel para la boca del asno», según dicen.

Dicho aquello la joven se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia las escaleras para ir a buscar a Maxwell, con la sensación de victoria flotando en su estómago. Pero Leonard no tenía intención de dejar las cosas así. Indignado y humillado, se encaminó tras ella.

Bajó las escaleras de dos en dos, y al llegar al patio de apuestas la vislumbró junto a su maldito primo, riendo, tomados de la mano como dos tórtolos. ¡Malditos fueran! Maxwell la condujo a la salida del canódromo, y Leonard vio como la tomaba por la cintura para ayudarla a

subir a la calesa, quedando sus rostros a un milímetro. Estaban a punto de besarse, pero, si lo hicieron, no llegó a verlo antes de que el caballo se alejara.

La rabia hizo presa de él. Así que Maxwell quería jugar sucio... bien, a ese juego sabían jugar dos. Y su pobre y desgraciado primo no tenía ni idea de en qué jardín se había metido.

Capítulo XVII

El Festival de las Flores



Rose dio una vuelta bajo la suave sábana de satén antes de darse por vencida y volver la cabeza para ver la hora. El reloj de la mesilla marcaba las siete en punto, apenas había dormido tres horas, quizá menos, y el cuerpo le pesaba como una piedra. Había pasado mala noche, demasiado nerviosa como para pegar ojo, era mucho lo que se jugaba y no podía equivocarse.

El esperado día del Festival de las Flores de Kew había llegado, y con él la oportunidad de poner el broche de oro a su charada. No podía permitirse otro error como el de los postres; si quería impresionar a *lady* Arabella Bedford debía ser hoy. Maxwell podría pedirle su herencia y terminar con el juego; sería vizconde de Hale.

Además, con su título como escudo, haría que otros caballeros se interesasen en Rose al verla confraternizar con él. Todo el mundo sabía que el elegido de *lady* Bedford no se relacionaría con una descocada, los rumores se esfumarían. Ni siquiera lo sucedido con Leonard contaría, Maxwell lo negaría y sería su palabra y la Edward contra la de Leonard: nadie creería a un despechado.

Si a lord Maxwell Bedford le gustaba Rose, una joven preciosa y riquísima, le lloverían las propuestas de matrimonio, merecería ser de nuevo cortejada.

Solo había un pequeño problema: Rose ya no quería ser cortejada por otro hombre que no fuera Maxwell. No tenía sentido negarlo, se había enamorado de él, de su amigo de adolescencia, del mismo que la salvó, del mismo que tanto la había sacado de quicio. No podía imaginarse compartiendo con otro hombre lo que había compartido con él: las risas, las bromas, los sueños, las confidencias, los besos, las mariposas en el estómago...

Quería ser su esposa y pasar la vida a su lado. Una vida de descubrimiento, de sueños y aventura, de alegría y sonrisas, de cabalgar juntos sin importar los escándalos, de enseñar en su escuela, de hacer el amor en el bosque, de envejecer juntos y poder llamarse aún: «*Bedford*» y «*Pecas*». Lo quería todo, y le aterraba que él no quisiese lo mismo. Maxwell había expresado su deseo, su afecto, pero ¿era lo que sentía por ella tan fuerte como el amor, o solo cariño?

Rose no sabía descifrar el corazón de un hombre, solo quería verlo feliz, incluso si era junto a otra persona. Y ser vizconde era el primer paso.

Agotada, pero con resolución firme, apartó la sábana y se levantó para adecentarse. Su estómago rugió y Rose sonrió mientras se limpiaba el sudor con el agua fresca de la jofaina. Una vez aseada se enfundó una bata y recogió su larga melena ondulada en una trenza, dispuesta a bajar a la cocina y comerse un trozo de pan con mantequilla y miel; quizá algo de panceta, si estaba de suerte. La mansión estaba silenciosa, solo se oía el ruido de los criados; y al cruzar el *hall* para llegar al ala del servicio se topó con Violet, que estaba removiendo una infusión,

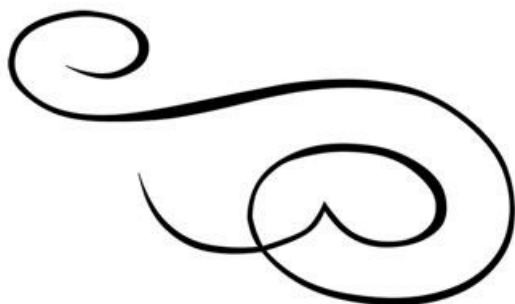
acurrucada en una silla. Rose arrugó el ceño, preocupada.

—Vivie, ¿qué haces aquí sola tan temprano? —dudó.

—Me sentía indispuesta y no he querido despertar a Edward, así que le he pedido a Emmeline una infusión con miel antes de volver a subir —sonrió Violet—. ¿Y tú qué haces despierta?, ¿no deberías dormir un poco más antes de que Maxwell venga a buscarte para ir a Kew?

—El hambre no me ha dejado pegar ojo, ya me conoces...

Rose trató de forzar una sonrisa, pero no engañó a su hermana mayor, que dejó la taza y se levantó para acompañarla a la cocina a hablar de lo que realmente le preocupaba. Ese tema que poseía nombre y apellidos: lord Maxwell Bedford, futuro vizconde de Hale. Si bien, apenas lo hizo, un mareo la recorrió de pies a cabeza y se tambaleó hacia delante, antes de que Rose la sostuviera y Violet perdiera la consciencia.



El reloj marcó las nueve cuando la joven volvió a abrir los ojos. Estaba tendida en su cama y rodeada por su familia. Una sensación extraña comenzó a burbujear en su vientre, y al encontrar los ojos con los de su marido supo que pasaba algo, Edward tenía los suyos brillantes e inundados en lágrimas. Pero no eran lágrimas de tristeza, sino de alegría, y al ver que lo miraba, el duque unió sus rostros para cubrir sus labios con un millar de besos de mariposa.

—¡Gracias a Dios, Violet, no sabes que susto nos has dado! —murmuró Edward y volvió a besarla, antes de romper a reír—. Según Will, voy a tener que ir acostumbrándome, a partir de ahora no voy a ganar para sobresaltos.

—¿Por qué, de qué estás hablando? —dijo Violet.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, los bebés son muy traviesos, y yo pienso ser un padre la mar de protector.

—¿Qué...?

Violet abrió los ojos como platos antes de volverse hacia su madre y sus hermanas, que la miraban con sendas sonrisas y expresiones alegres. Al encontrar sus ojos verdes con los de Edward lo supo, y su respiración comenzó a agitarse: ahora entendía el por qué de sus mareos, su apatía y falta de apetito. Su sangrado se había retrasado otras veces, pero nunca tanto. Una sonrisa radiante se dibujó en sus labios.

—¡Cielos, Ed! —exclamó Violet—. ¡Vamos a ser padres!

—Así es, vida mía, el doctor Hammond me lo acaba de confirmar hace solo un rato, cuando aún estabas dormida, ¡tendremos un hijo! —asintió él y ella saltó a sus brazos—. ¡Te amo, te

amo con toda mi alma, Violet! Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y tú a mí, mi amor, te adoro, ¡te amo!

Ambos sollozaban de emoción y felicidad, y un clamoroso aplauso hizo eco en la habitación. El ducado de Braithbury recibía a su futuro heredero, y las orgullosas abuelas y tía abuela no dejaban de sonreír. Camelia y Rose envolvieron a su hermana en un abrazo, y la menor de las Stuart no pudo contener las lágrimas: sentía tal felicidad por su hermana que ni siquiera un fracaso en el festival podría arruinar su día. ¡Iba a ser tía! Aquello había que celebrarlo por todo lo alto.

Estaba a punto de sugerir organizar una fiesta cuando el reloj tocó las nueve en punto, y Violet se alejó de Edward lo justo para mirarla.

—Cielos, Rosie, son las nueve, debes ir a vestirte —dijo logrando que Rose se incorporara—. Corre, ve, ve, Beatrice te ayudará.

—¿Y dejarte ahora que te acabas de enterar de que estás encinta? Ni lo sueñes, Vivie, yo no me muevo de aquí —negó Rose.

—Llevas meses preparándote para hoy, no puedes echarte atrás.

—Cierto, Rosie, además, Violet y su bebé no se moverán de aquí —dijo Camelia—. Cuando vuelvas de Kew podrás hacerle todos los mimos que quieras; ahora debes ayudar a Max, ¡es lo que llevas semanas esperando!

Rose suspiró, sabiendo que ambas tenían razón.

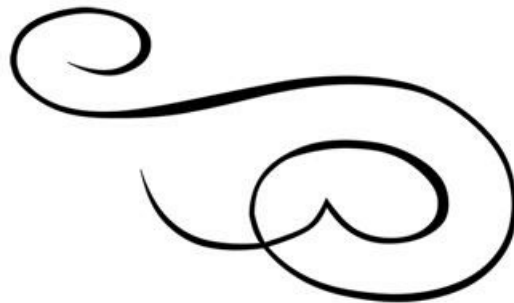
—Muy bien, solo espero que no hayáis terminado las celebraciones cuando vuelva —dijo, y se puso en pie para encaminarse a la puerta—. Deseadme suerte...

—Lo hacemos, Ro, aunque no la necesitas —dijo Theodore.

—Mucha suerte, hija mía —asintió Edith.

—Que vaya todo bien, Rose —asintió Marjorie.

Con una brillante sonrisa y la adrenalina corriendo por sus venas, Rose se dirigió a su habitación dispuesta a vestirse para ganar: el día de hoy iba a ser la perfecta heredera, digna del reconocimiento de la vizcondesa viuda de Hale. Y, con ello, ganaría el título para Max. Lo que pasara después entre los dos solo el tiempo lo sabía.



El tamborileo de los dedos enguantados sobre el asiento hizo reír a la joven rubia, que se volvió a mirar a su hermano antes de posar una mano sobre la de él.

—¡Jesús, Maxwell, tranquilízate! Ni siquiera es una fiesta, no es más que un concurso entre

damas *snoobs* que quieren presumir de jardines —bromeó Marianne.

—Ya lo sé, y a mí no me importa, pero temo por la reacción de Rose —dijo él—. Si ocurre otro fiasco como el de la tarta, no se lo va a tomar bien, y lo último que deseo es hacerla llorar y sentir mal por culpa de una estúpida herencia.

—Te importa mucho Rosie, ¿verdad? —aventuró Magdalene.

—Claro que me importa, la conozco desde hace media vida.

—No es eso de lo que estoy hablando y lo sabes, Max. Si te has enamorado de ella, no hay nada malo en admitirlo. Quizá el día de hoy sea la ocasión, gane o no el festival, una confesión de amor tuya le hará la mujer más feliz de Inglaterra.

—Deliras, Mags, sabes que yo no soy de los que se confiesan.

—Si mal no recuerdo, lo hiciste con Clara Elliot —insistió ella.

Maxwell estaba a punto de responder cuando oyeron el ruido de pasos sobre la acera, y Marianne descorrió la cortina. Estaba frente a Braithbury Hall.

—Mirad, por ahí viene Rose —señaló la joven.

El heredero bajó del carruaje en el que viajaba junto a sus hermanas para recibir a su socia, y al posar sus ojos en ella se le hizo un nudo en la garganta. Tenía las palabras de Magdalene clavadas en el pecho y no podía olvidarlas: «una confesión de amor tuya le hará la mujer más feliz de Inglaterra.»

Rose estaba preciosa, llevaba un vestido blanco de muselina con diminutos pompones de algodón, manga tres cuartos y escote en forma de corazón. La tela resaltaba la blancura de su piel y sus pecas, el dorado de su cabello canela y el azul de sus ojos: estaba arrebatadora. Al llegar a su altura la muchacha sonrió y se inclinó con una educada reverencia.

—Buenos días, futuro vizconde de Hale: ¿Está preparado para nuestro acto final? —saludó alegre.

—Buenos días, bella señorita Stuart, estoy más preparado que nunca —contestó él mientras devolvía la reverencia y la ayudaba a subir—. Te veo muy contenta esta mañana, ¿qué te tiene de tan buen humor?

—¡Todo! Hoy no hay nada que me vaya a arruinar el día, ni un chasco con las flores. Nos acabamos de enterar de que Violet está encinta, así que seré tía. ¡Y pienso ser la mejor del mundo! Esa noticia me ha subido tanto el ánimo que ganaré el concurso con los ojos cerrados.

—¡Cielos, Rosie, qué gran noticia! —exclamó Marianne.

—Es estupendo, debemos felicitar a Vivie personalmente, un niño es una bendición —dijo Magdalene—. ¿Podemos visitar a los Barnett después del festival, Max?

—Claro, quiero felicitar a Edward, no lo olvidéis, tan afortunado es el padre como la madre —concedió él—. Apuesto a que Theo estará en una nube.

—Ni te lo imaginas... —rio Rose.

Los cuatro rompieron a reír y pasaron charlando lo que restaba del viaje. Kew Gardens estaba a un par de horas del centro de Londres, pero la travesía se hizo amena. Faltaba poco para terminar el mes, el aire era cálido y el campo estaba lleno de flores y pájaros. A medida que se acercaban se podía ver el ajetreo del festival. Una larga hilera de carruajes se arremolinaba frente a los jardines, y el cochero detuvo el suyo a unas cuantas yardas. Rose notó que la vizcondesa, Adeleide, Leonard y Lauren ya estaban allí.

Maxwell se puso el elegante sombrero de copa, se ajustó los guantes y le ofreció el brazo a Rose para comenzar a caminar juntos. Magdalene y Marianne los seguían de cerca. Había decenas de personas en la esplanada de Kew Gardens, y no era para menos, la reina Victoria y su flamante esposo, Albert de Sajonia-Coburgo-Gotha iban a inaugurar el concurso y ser jurado del

mismo, junto al director del jardín.

La multitud de curiosos se repartía por doquier: caballeros bien vestidos acompañando a sus mujeres, nuevos ricos que buscaban trepar, amantes de la jardinería... y los nobles que estaban participando.

Cuanto más se acercaban más entendía Rose la magnitud del evento y la necesidad de prepararse para concursar. En el centro, frente al edificio de cristal, habían instalado una pirámide de seto sobre la que había cientos de flores. Aquello, según dijo Maxwell, era lo que surtiría los centros de los concursantes; no había modo de hacer trampa con un arreglo previamente comprado: debían prepararlo allí mismo, con las flores que ofrecía el jardín botánico.

Sonriendo para sí, Rose se adelantó y Maxwell la siguió, así es como le gustaba verla: brillante como el sol de verano, con sus hoyuelos marcados en las mejillas. Dios, se estaba volviendo un soñador enamorado incluso en el interior de su mente... ¡Bendita fuera pecas!

—Parece que aquellas son las mesas de los concursantes —señaló Rose—. ¿Me acompañas? No tengo ni idea de cuál es la mía.

—Claro, también tengo curiosidad —asintió él—. De todas formas, no tengo la menor duda de que vas a ganar, no importa si te ponen delante o atrás.

—¿Tú crees? Aunque he practicado no soy tan experta, no quiero decepcionarte.

—Nada de lo que hagas podría decepcionarme, pecas, confío en ti.

Rose se ruborizó ante el cumplido y entrelazó sus dedos. El calor de Maxwell traspasó la tela, y el corazón le brincó. Si Maxwell confiaba en ella tenía que poner todo su ánimo en la tarea, ganaría para él. Y eso estaba pensando cuando la voz de la vizcondesa les hizo volverse.

—Querido nieto, señorita Stuart, me alegro de que hayáis venido —saludó—. Las mesas de los Bedford están a este lado. Debería darse prisa, niña, el concurso va a dar comienzo en apenas diez minutos, cuando la reina lo inaugure.

—¿Mesas, y lo dice en plural? —comentó una sorprendida Rose—. Creía que las dos representábamos a la familia Bedford.

—Así es, pero cada una construirá su propio centro. Quién sabe, quizá en usted haya encontrado una digna heredera a mi talento... lo sabremos pronto.

—En tal caso será mejor que te adelantes, pecas, no quiero que pierdas tiempo por mi —dijo Maxwell, que se inclinó para besar la mano de su abuela y dejar un beso en la mejilla de Rose—. Te deseo mucha suerte, abuela, la vas a necesitar si deseas ganar a Rose.

—Eso ya lo veremos —afirmó la vizcondesa.

Maxwell le guiñó el ojo antes de alejarse por el prado para hablar con los invitados, y Rose siguió a la anciana hacia las mesas de los concursantes. Había trece: doce casas, pero dos le correspondían a los Bedford. Había multitud de casacas rojas, guardia real destinada a proteger a la soberana y su marido, que estaban por llegar.

Y mientras caminaban Rose observó las flores que había en la pirámide. No reconoció ni la mitad, pero atisbó, contenta, varias con las que había practicado junto a Magdalene y Marianne.

Eso estaba pensando cuando las trompetas sonaron para anunciar la llegada de la comitiva real. Los guardias abrieron paso para el carruaje en el que llegaba la reina, una carroza negra con escudos dorados, el emblema de la casa Hannover: un león y un unicornio envueltos por una cinta y rosas Tudor. Uno de los soldados abrió la puerta y un paje la ayudó a bajar, dándole a Rose la tercera visión que tenía de Victoria —siendo la primera su debut—.

Era, como ella, una muchacha joven de ojos azules y cabello rubio oscuro como la canela, bajita y de pecho plano. Vestía un traje de satén blanco con estampado *Toile de Jouy* azul,

guantes de encaje y una diadema de perlas sobre su recogido.

Su marido, Albert, era un hombre alto y delgado con bigote ridículo. Rose se inclinó para ocultar una sonrisa, y la reina pasó a su lado para llegar al centro del prado, junto a la pirámide de flores. Al llegar elevó las manos y sonaron las trompetas.

—Damas y caballeros de Londres, estamos aquí para celebrar la ancestral tradición de elegir al mejor jardinero de Inglaterra. Esta es la primera ceremonia que presido desde mi boda, y debo señalar lo dichosa que me hace ser jueza, pues yo misma adoro las plantas y presumo de poseer bellos jardines a lo largo y ancho de mi basto imperio —comenzó, ganando una ronda de aplausos—. La de este año es una gala especial, pues el director del Royal Kew Garden ha tenido a bien proveer las flores que los participantes van a utilizar.

—Así es, alteza, doce casas que nombraré a continuación —asintió el director de los jardines, el señor Thornton—. La familia Fitzgerald, la familia Fletzer-Fitz, la familia Penley, la familia Britsbury, la familia Shutterston, la familia Brookhill, la familia Hatton, la familia Weston, la familia MacFarlane, la familia Redgerton, la familia Barnett... que por motivos personales no ha podido acudir; y la familia Bedford, vigente campeona.

—Ahora que conocemos las casas, no nos demoremos más, brilla un sol de justicia y como a todo buen inglés, no me hace mucha gracia —comentó la reina en tono jocoso, ganando algunas risas—. ¡Doy por inaugurada la competición!

Un mar de aplausos sacudió a la multitud y los participantes se posicionaron en sus mesas. Rose sacó una cesta, que llenó con un montón de tierra para armar el centro floral; lo regó e hizo varios huecos con el dedo, tal y como Magdalene le había enseñado. Entonces se dirigió a la pirámide a por las flores, como los demás concursantes.

Eligió varias que conocía bien: lirios blancos y tulipanes amarillos; flor de la pasión y orquídea naranja; rosas rojas y campánulas violetas. Incluso algunas espigas de trigo para decorar y dar ambiente. En general su centro estaba quedando armonioso y cálido, los tonos amarillos, naranjas y rojos casaban bien, y el trigo y la flor de la pasión ponían la chispa de color con sus celestes y dorados.

Maxwell la vio hacer, orgulloso, desde la distancia. Rose estaba centrada en la tarea y no era consciente de las miradas que recibía, pero él no era el único que la estaba observando. Leonard y varios caballeros más tenían la vista fija en ella, incluido el heredero de los Weston y Fitzwilliam MacFarlane. Rose era una flor deseada por los hombres, y una sensación incómoda se le instaló en el pecho a Maxwell.

¿Qué le pasaba, acaso no era eso lo que debía suceder, el objetivo de su alianza? ¿No debería alegrarse de que pecas volviera a entrar a la palestra con su reputación ya libre de sospechas? Debía, pero su corazón era salvaje y no atendía a razones: amaba a esa mujer, y la idea de que otro hombre la cortejara le hacía sentir miserable.

Eso estaba pensando cuando su prima se le acercó para susurrarle al oído, sibilina como una serpiente. Maxwell no se movió, decidido a guardar la compostura.

—Disfruta de lo que os queda a ti y a esa pueblerina en Bedford Park, primo, porque se os va a terminar el jueguecito —dijo Lauren—. Estaré ahí para verlo... vaya que sí.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Maxwell.

—Espera y lo verás.

El heredero se volvió, pero ella se había cubierto el rostro con un abanico y no pudo verle la expresión. Fue necesaria una hora más para que todos los concursantes terminaran sus centros, y al cruzar una mirada con Rose, la ternura desbordó del pecho de Maxwell: Rose estaba sonrojada, pero había tal brillo de esperanza e ilusión en sus ojos que Maxwell sintió el deseo de

correr y levantarla en volandas para luego comersela a besos.

Le guiñó un ojo para infundirle ánimo, y Rose asintió, antes de ponerse firme para dar la cara ante el director y la reina, que iban a juzgar las composiciones. Una a una fueron analizándolas, hasta detenerse en la mesa de su abuela, la vizcondesa viuda.

—Hermosa composición, *milady*, como siempre —felicitó el señor Thornton.

—Gracias, señor Thornton, ha sido fácil, gracias a las flores que tan amablemente ha puesto a nuestro alcance este año —asintió *lady* Arabella—. Espero estar a la altura de la ocasión, como todos estos años.

—Díganos, *lady* Bedford, ¿de qué está formado su centro? —preguntó la reina Victoria.

—He elegido lirios del valle, calas, hortensias y dalias blancas. Como ve, alteza, he optado por el blanco, que he roto con las amapolas —explicó la anciana—. Pensé en dejarlo todo blanco, elegante y delicado, pero el centro en rojo le aporta clase.

—Estoy de acuerdo, ha elegido muy bien; será una decisión dura —asintió la soberana antes de asentir con una amable sonrisa y alejarse hacia la última mesa, la de Rose, para observar su trabajo—. Así que usted participa en nombre de los Bedford... la recuerdo de su debut hace unos meses, señorita Stuart. ¿Qué parentesco guarda con ellos?

—Soy amiga de la familia desde hace muchos años, majestad —explicó Rose—. Lord Maxwell me salvó la vida de niña en Plymouth.

—¡Pero qué conmovedor! —exclamó el señor Thornton.

—Y heroico... qué mujer no querría ser salvada por un caballero como lord Bedford —rio la reina antes de ponerse seria—. Ahora, cuéntenos qué flores forman su centro.

Rose tomó aire para darse fuerza, había llegado el momento.

—Me he decantado por hacer un homenaje al amor, alteza, los sentimientos cálidos que siente una en su pecho cuando mira al hombre del que se ha enamorado: son puros como los lirios pero brillan como el amarillo del tulipán. Te hacen sentir fuego, como la orquídea, y deseo, como las rosas rojas... Además, nos hace sufrir también, azul y frío como la flor de la pasión. Quizá le parezca tonto, pero tiene sentido para mí.

—Creame, señorita Stuart, también lo tiene para mí. Muchos cuando me miran solo vean a una reina, pero soy, ante todo, una mujer. Y una mujer enamorada. Nunca había visto un resumen mejor de lo que es el amor, plasmado además con tanto detalle —dijo Victoria y se volvió hacia el director—. Creo, señor Thornton, que ya tengo un ganador. Si usted está de acuerdo, el premio debería llevárselo la señorita Stuart. Es la participante más joven, pero su centro está construido con delicadeza e inteligencia; la composición es bonita y agradable, las flores combinan bien sus colores y los significados tras las mismas hablan por sí solos. Me parece una forma hermosa de homenajear al amor, es la participación más original,

—Por supuesto, no podría estar más de acuerdo, su alteza. Sin duda la señorita Stuart le ha brindado honor a la familia Bedford.

—Estoy de acuerdo con mi esposa, no hay un centro floral mejor —dijo Albert, y el señor Thornton asintió.

Dicho lo cual el director alzó las manos y se volvió hacia la multitud que aguardaba expectante el veredicto de la soberana. El hombre carraspeó un par de veces antes de hablar.

—¡Damas y caballeros, la ganadora de esta edición es la señorita Rose Stuart! —anunció—. ¡Denle un gran aplauso, la familia Bedford ha revalidado su título!

—Felicidades, querida, es una victoria merecida —felicitó la reina.

—Muchas gracias, su alteza imperial —sonrió Rose.

Los aplausos recorrieron el prado, y Rose notó que le ardían las mejillas. Nunca se había

sentido tan orgullosa de algo que hubiese hecho: no solo había ayudado a Maxwell y a *lady Arabella*, sino que había agradado a la mismísima reina.

Cruzó una mirada con Maxwell y le ardieron los pies por correr a abrazarlo. El brillo de orgullo y amor que notó en sus ojos le hizo temblar las piernas. Quería tanto besarlo... ¿cuándo iba a terminar el evento? Se moría por subir a un carruaje y lanzarse a sus brazos, ya no quería ocultar lo que sentía por él.

—Si me permite, creo que este es el momento ideal para anunciarlo. He decidido hacer público el compromiso de la señorita Stuart con mi nieto y heredero, lord Maxwell Bedford —dijo *lady Arabella*, ganando las miradas de todos, antes de volverse para encarar a Rose—. Estoy orgullosa, querida niña, por lo mucho que se ha esforzado en honrar a mi casa y el amor que siente por mi nieto. Estaré orgullosa de recibirla en la familia y que sea la vizcondesa de Hale cuando yo ya no esté.

—Muchas gracias, *milady*, yo... —comenzó Rose.

—¡Y un demonio! —interrumpió Lauren, que se abrió paso entre la multitud—. ¡No pienso permitir que cometas semejante error, abuela!

—Lauren, no —susurró Adeleide.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mi decisión? —exclamó *lady Arabella*, roja de vergüenza por la intervención de su nieta—. ¡Mantén la compostura, Lauren!

—¡No pienso callar y dejar que esa puta y ese trepador te engañen!

—¡Lauren! —advirtió Maxwell.

—¿Engañarme, de qué estás hablando?

—¡Hablo de que ni están enamorados, ni están comprometidos! —chilló Lauren—. ¡Te han engañado para robarte la herencia! ¡Y todo el asunto de Rose es una farsa! Medio Londres sabe que es una furcia, ¡una escandalosa que se arruinó en su fiesta de debut!

Lady Arabella se había puesto pálida, y Rose tragó saliva con el corazón en la garganta. ¿En qué momento había pasado de sentirse la mujer más feliz y triunfadora a querer que se la tragase la tierra? No tenía valor para enfrentar a Maxwell, que sin duda la estaba fulminando con la mirada por haberlo expuesto y arruinado. Sintió que los ojos le picaban cuando se volvió hacia la anciana, que la estaba mirando.

—¿Es eso cierto, chiquilla? —baluceo la mujer.

—No, no es cierto, lo que siento por su nieto es real, ¡créalo, señora! —dijo Rose.

—¿Es cierto que no estáis comprometidos, me habéis mentido?

—No estamos comprometidos, pero lo que dice Rose es la verdad —intervino Maxwell, que se abrió paso entre la multitud—. Es toda culpa mía, y si no eres capaz de ver cómo es Rose, estás ciega.

La anciana se llevó una mano al pecho y se tambaleó, momento que Leonard aprovechó para socorrerla como un héroe con armadura dorada.

—¡Por Jesucristo bendito! Me ahogo... esto es... es una pesadilla... —graznó la vizcondesa, que parecía abrumada, antes de fulminar con la mirada a su nieto menor—. Retiro lo dicho, ¡no eres mi heredero, Maxwell! Márchate de mi casa, no quiero ni verte...

—¡Eso es injusto, abuela, Maxwell no...! —intervino Marianne.

—Déjalo estar, hija, ahora no es el momento —cortó Adeleide.

El festival se había ido al infierno, la reina se había quedado muda ante el numerito de Lauren, y Rose solo quería desaparecer. No supo qué estarían pensando los demás, pero una cosa estaba clara: su reputación jamás se recuperaría de un golpe así, podía darse por perdida, ningún hombre querría casarse con ella tras esa humillación pública. Horrorizada y con el cozarón

disparado, salió corriendo y no volvió la vista atrás.

Capítulo XVIII

Una decisión escandalosa



Corrió hasta quedarse sin aliento por la avenida que separaba Gloucester de Cambridge Road. Jadeaba y le temblaban las rodillas. Pero no fue hasta que le faltó el aire que se detuvo, doblada sobre sí misma y con las manos en su cintura, que las lágrimas desbordaron. Sentía que el corsé la ahogaba, estaba jadeando, y el agua caía caliente por sus mejillas. Así fue como la encontró Maxwell, que había corrido todo lo rápido que sus piernas le permitieron hasta alcanzarla.

—¡Rose! —llamó desesperado, como si fuese a escapársele igual que arena entre los dedos—. ¡Rose, espérame, por favor!

La joven no hizo amago de moverse, y unos instantes después Maxwell la envolvió por detrás y la estrechó entre sus brazos. Al sentir el cálido cuerpo del hombre tras el suyo lloró con más fuerza, y el heredero la volteó para encontrar sus miradas y acunar su rostro con las manos; le partía el alma ver a la joven rota como una muñeca de porcelana.

No le importó quien estuviera mirando, acercó sus labios para darle un beso de mariposa, que después llevó hasta sus mejillas. Las lágrimas de Rose sabían saladas y se quedaron en sus labios y su barba, pero le dio igual.

—Te lo ruego, preciosa, no llores más... —suplicó Maxwell entre sus labios—. Estoy contigo, estoy aquí y no pienso marcharme.

—Pues deberías, deberías irte, ¡te he arruinado la vida, Maxwell! —sollozó ella—. ¡Yo ya estoy perdida, desprestigiada, y ahora he causado que te expulsen de tu hogar!

—No me importa.

—¿Qué no te importa? Maxwell, has perdido tu legado, tú herencia, tu identidad... ¿Qué pasa con tus sueños?, ¿qué pasa con tu abuela!?

—¡Puede irse al infierno! —exclamó él—. Si fue capaz de expulsar a su propio hijo, qué no haría con su nieto... Es una desalmada, Rose, no merece ni una de tus lágrimas.

—Pero, ¿y el deseo de tu padre de abrir una escuela?, ¿cómo lo harás sin la fortuna del vizcondado de Hale? —insistió Rose.

Maxwell la soltó y se llevó las manos al pelo, antes de restregarse la cara y suspirar. Parecía muy cansado, y Rose aguardó su respuesta con el corazón en un puño.

—No renunciaré a ese sueño, pecas, eso tenlo por seguro —afirmó Maxwell—. No me importa el escándalo que se arme, o perder el título, o lo que diga mi abuela; si mis padres pudieron sacarnos adelante a mis hermanas y a mí sin dinero, yo haré lo mismo. Me iré de Londres y regresaré a mi verdadero hogar.

—¿Volverás a Plymouth? —jadeó Rose.

—Sí, trabajaré para obtener el dinero que necesito para acondicionar Bedford Hill en un

colegio digno, uno que mi padre hubiese adorado.

—Entonces iré contigo.

Maxwell se volvió y le clavó la mirada gris azulada como una daga, pero Rose no se achantó. Había dejado de llorar y sus mejillas brillaban, pero se mantuvo firme. Él tensó los músculos de la mandíbula.

—Si lo dices por cortesía, no tiene gracia, Rose —dijo pasado un instante—. He destrozado tu reputación y arruinado tus opciones de encontrar un marido, si vienes estarás echando más leña al fuego.

—¡Pues que arda! ¡Maldita sea, Bedford, tú mismo lo has dicho, estoy arruinada! —exclamó Rose—. ¿Y sabes lo mejor? Que en realidad no me importa, mis lágrimas eran por ti, por haberte manchado con mi escándalo.

—Temo que hace rato que estoy embarrado, pecas, estoy de mierda hasta los codos.

Rose rompió a reír y él se le unió, todo aquello era terrible.

—Entonces estamos a mano, somos un par de ratones despreciados que nadan entre la nata —dijo la joven e insistió—. Deja que te acompañe, Maxwell... A fin de cuentas, no tengo nada que perder: nadie querrá cortejarme, y yo no quiero que lo hagan; prefiero ir contigo y ayudarte a honrar la memoria del maestro Frederick.

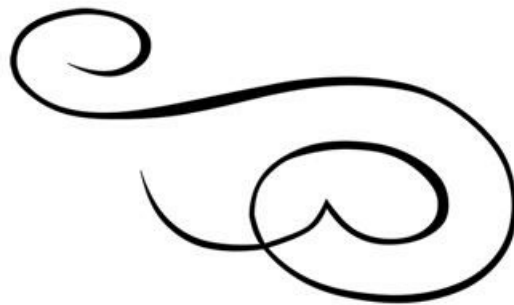
—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Completamente.

—Entonces no objetaré más, y mira que lo he intentado... Hay que ver, pecas, yo intentando protegerte y tú haces justo lo contrario —sonrió Maxwell—. Vamos, tengo que hablar con tu coronel para informarle de todo lo que ha pasado. Si él permite que vengas, nos iremos.

—Pues vamos —asintió Rose.

Maxwell la tomó de la mano y echaron a caminar sin mirar atrás.



La mañana que había comenzado dichosa con la noticia del embarazo de Violet hizo aguas en el mismo momento en que Maxwell y Rose le contaron a los Barnett lo que había sucedido en el festival. La familia se encontraba reunida en el patio cubierto mientras disfrutaba del aroma de las plantas y los rayos del sol, y apenas mencionaron a Lauren, la expresión se le agrió a Edward, que apretó las manos hasta formar puños.

—No puedo creer que haya caído tan bajo, y mira que sé bien como es en realidad. ¿En qué momento el resentimiento de una mujer llega tan lejos como para destruir la reputación de otra

que no le ha hecho nada? —inquirió enfadado.

—No creo que la actuación de mi prima tenga que ver contigo, Edward, Lauren no es más que un perrito faldero que baila al son que Leonard le marca, y en este caso el objetivo de ambos está claro: el dinero —negó Maxwell.

—Tal vez, pero estás en un error, en realidad su inquina hacia Rose tiene todo que ver conmigo. Seguramente no lo sepas, pero mi madre intentó comprometernos a Lauren y a mí hace ocho años, antes de que yo conociese a Violet.

—Un error que tú ya me echaste en cara, hijo —bufó *lady* Florence.

—Sí, madre, y mi instinto no falló —dijo Edward—. Vi desde el primer momento que Lauren era una muchacha superficial, jamás me hubiese casado con alguien así, y lo que ha hecho ahora me lo termina de confirmar. ¡Malditos sean, ella, y su desgraciado hermano! Si Leonard hubiese aceptado mi duelo, nada de esto estaría pasando.

Fue la mano de Violet sobre su hombro la que templó el ánimo del duque, que se había puesto tenso como la cuerda de un violín. Al sentir el roce de su esposa, se amansó y la miró, liberando toda la tensión con un sonoro suspiro.

—Lo siento, Maxwell, pero tu primo no tiene honor —dijo—. Me dan ganas de estrangularlo con mis propias manos.

—Y eso nos hace dos, Ed, ¡es un malnacido! —rugió Theodore—. Ha cruzado la raya..., si pudiera lo mataría, ganas no me faltan.

—No más que a mí, por su culpa no solo me han desheredado y expulsado de Bedford Park, sino que ha humillado a Rose, dilapidando sus opciones de casarse bien —afirmó Maxwell, antes de apretar los labios en una línea—. Sé que es tarde para decirlo, pero os debo una disculpa. Si no la hubiese involucrado en mi cruzada para heredar y desprestigiar a Leonard, tal vez estaría recibiendo proposiciones.

—¡Pero yo no quiero recibir proposiciones! —exclamó Rose—. ¡Ya os lo he dicho, no quiero casarme con un papanatas al que solo le interesa mi fortuna! Iré a Plymouth contigo, y no pienso aceptar otra cosa.

—Creo que Rosie tiene razón, debería ir. Y yo iré con ella —intervino Camelia.

Todos se volvieron a mirarla con sendas expresiones de sorpresa, y su madre se levantó de golpe, para después volverse a sentar. Nadie esperaba una respuesta así por parte de Camelia, que aguardó unos instantes por cortesía antes de explicarse.

—Es inútil insistir en que Rose limpie su reputación en Londres, el incidente con *lady* Arabella ha sucedido en las narices de la reina, así que toda la ciudad lo sabrá ya —dijo—. Creo que es el momento de dejar que Rosie elija con quién quiere casarse, bastante ha sufrido ya por tu deseo de que encuentre a un caballero adecuado, madre.

—Pero, hija mía, ¿cómo va a viajar Rose a Plymouth sola con él? ¿Dónde vivirán? ¿Es que quieres que se diga que vive en pecado con Maxwell? —expuso Edith—. Ya no es cuestión de matrimonios, sino de decencia, del nombre de tu padre y de nuestra familia.

—Por eso iré con ella, y tú también deberías —insistió Camelia.

Edith se mordió el labio, apesadumbrada, antes de hablar.

—Aunque me gustaría hacer una visita a Plymouth, no dejaré sola a Violet ahora que está encinta. Los primeros meses de embarazo son duros, y más para una primeriza —dijo.

—Si ese es el problema, Edith, me ofrezco a acompañarlas —dijo Marjorie—. Hace años que no visito la costa, me vendrá bien un cambio de aires.

—Es una idea magnífica, si Cami y Marge van, nadie podrá decir nada al respecto —dijo Violet—. ¿No te parece una solución ideal, Edward? Plymouth es enorme y tenemos amigos allí,

no los molestarán con habladorías.

—Sí, alejarse del revuelo tal vez sea lo más sensato. Mientras tanto, pensaré en qué hacer con ese desgraciado de Bedford —contestó él y se volvió a mirar a su tía—. ¿Estás segura de que quieres irte, tía Marge?

—¿Cuándo le he dicho yo que no a vivir una aventura, sobrino? Además, me muero por conocer la casa donde crecieron Violet, Camelia y Rose, seguro que es encantadora.

—En realidad, pensaba alojarnos en mi propia casa, *lady* Marjorie, Bedford Hill —dijo Maxwell—. Tal vez no seamos ricos, pero tenemos servicio y un hogar acogedor.

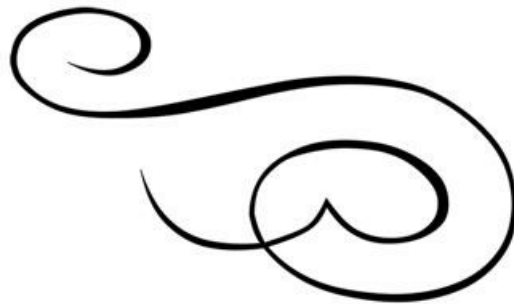
—Mucho mejor aún, querido, ¡el descubrimiento será doble!

Maxwell asintió, y tras cruzar una fugaz mirada con Rose sintió una leve esperanza. Tal vez el callejón tenía salida, después de todo. Estaba a punto de hablar cuando Edward se adelantó, el duque tenía la vista fija en él, y su rostro no auguraba nada bueno.

—Maxwell, ¿te importa acompañarme? Me gustaría hablar contigo mientras las damas ultiman los detalles del viaje —inquirió Edward.

—Por supuesto, ve tú delante —asintió él.

El duque de Braithbury se levantó e hizo una señal a su invitado para que lo siguiera. Maxwell lo hizo, y Edward los guio a través del recibidor para llegar a su despacho. Y apenas la puerta se cerró a su espalda, Maxwell supo que estaba en problemas.



El golpe llegó de improviso, y el puñetazo fue tan fuerte que lo empotró contra la librería. Maxwell soltó el aire con brusquedad y se limpió la boca, que había comenzado a sangrar debido al golpe que Edward le acababa de dar. No había enfado en sus ojos cuando miró al coronel, que abrió y cerró el puño un par de veces antes de señalarle con un dedo y fruncir los labios.

—Me lo tengo merecido, supongo —dijo Maxwell.

—Supones bien. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, maldito inconsciente? ¡No solo has arruinado a mi protegida, sino a ti, al admitir vuestra patraña delante de la reina! —recreminó Edward, furioso—. Dime una cosa y responde con la verdad, o te juro por Dios que nos las veremos. ¿Estás enamorado de Rose sí o no?

—Sí.

Edward le observó, y por más que trató de encontrar mentira en sus ojos o en la firme y sencilla respuesta, no halló más que la verdad.

—Entonces debiste poner su bienestar por delante del tuyo: nunca, jamás, mientras vivas,

comprometas el honor de la mujer que amas —declaró Edward y suspiró, antes de darse la vuelta para servir un par de copas de ron de la mesilla de licores—. Cuando conocí a Violet hace cuatro años y quedé a cargo de su tutela, estaba en una encrucijada como la tuya: necesitaba librarme de una boda impuesta por mi madre e hice un pacto con ella. Le enseñaría a seducir a un hombre para que accediera a su herencia, y ella me serviría de coartada mientras yo buscaba a una dama.

Maxwell aguardó, y Edward le tendió un vaso de ron, que sostuvo, para darle un sorbo tentativo antes de tragar con celeridad; necesitaba el resquemor más de lo que creía.

—Como imaginarás, la cosa se nos fue de las manos bastante rápido, lo mismo que a Rose y a ti —continuó Edward—. El caballero que Violet sedujo se había comprometido con ella, y había que librarla de esa boda de algún modo, así que la besé delante de él. Él rompió su compromiso, y yo me alejé para no armar un escándalo que la arruinara. Esto, a pesar de que en ese punto ya la amaba más que a mi propia vida. ¿Entiendes adónde quiero llegar? Si de verdad amas a Rose, debiste negar la acusación de Lauren.

—No hay honor en eso, admití las culpas, pero jamás le mentiré a la reina —negó él.

—¡Tsk! No me hables a mí del honor, sé perfectamente lo que es, Maxwell Bedford: el honor es sacrificio, poner el bienestar y deseos del otro por delante de los propios.

—Lo sé, y por eso voy a casarme con Rose.

—¿Por honor?

—Porque es lo que debí haber hecho desde un principio, en cuanto vi que ella se estaba enamorando de mí —contestó Maxwell y sintió un repentino fuego en el alma—. La amo, Edward, y no tiene nada que ver con mi honor: la amo con cada aliento, por ser como es, y deseo hacerla feliz. Sé que no tengo nada que ofrecerle: no soy rico, ni un duque, ni siquiera militar; solo tengo mi mente, mi corazón y mis manos. Te lo estoy diciendo por respeto a ti y a la tradición, pero la desposaré lo aceptes o no.

Edward sonrió de medio lado, antes de vaciar el vaso de un trago.

—Eres valiente, no voy a negarlo, hay que tener audacia para hablarme así en mi cara; podría retarte y matarte ahora mismo —dijo antes de romper a reír—. ¡Por los cielos, baja la guardia, lord Bedford! Quería ver hasta dónde llegarías, y no me has defraudado. Tienes mi permiso y beneplácito para casarte con Rose, solo te pediré una cosa: hazla feliz, o te juro que cumpliré mis palabras.

—Gracias, Edward.

—No hay por qué dárslas. Ahora marcha, antes de que cambie de opinión; tienes un viaje que preparar y mucho que hacer. Camelia es mansa como un cordero, pero tener entretenidas a dos terremotos como Rose y mi tía Marjorie no va a ser tarea sencilla.

—Nunca he vuelto la espalda ante un desafío —aseguró Maxwell.

Tras decir aquello le estrechó la mano y salió de la habitación.

Capítulo XIX

Plymouth



El día se había levantado neblinoso; estaban en pleno mes de junio, y aquella niebla auguraba un día de calor bochornoso. Rose descorrió la cortina del carruaje y miró el paisaje que les rodeaba: campiña virgen a ambos lados del camino. Habían salido de Londres antes de atardecer, y tras muchas horas de viaje estaban más cerca de su destino, siguiendo la línea costera. El mar rompía bajo los acantilados y las verdes praderas sembradas de rocío brillaban bajo la blanquecina luz del sol que se colaba entre la niebla. Movida por un impulso, abrió el cristal para que la brisa marina inundara la cabina.

Y, al hacerlo, una sonrisa le elevó los labios. ¡Olía a hogar! Hacía años que no sentía un aire tan puro, desde que salieron de Plymouth para mudarse a la capital tras la muerte de su padre.

—A juzgar por tu expresión, hay quien diría que te alegras de haber dejado Londres —dijo Maxwell, que se sentaba a su lado con *Malvavisco* sobre las rodillas—. Deberías guardar la emoción para más tarde, pecas, todavía faltan varias horas para alcanzar Plymouth.

—Es que no puedo evitarlo, estoy deseando llegar. Hace tanto tiempo que no visito mi casa que me tiemblan los pies —contestó Rose y se rio—. Fíjate en Marge, ella sí que está relajada, ¡envidia esa capacidad suya de dormir en cualquier parte!

—Pues lo mismo se podría decir de mi madre...

Rose desvió la vista hacia la señora Adeleide, que se había quedado dormida sobre el hombro de su hija pequeña. Marianne sesteaba, como Marge, que emitía pequeños ronquidos junto a Camelia; solo Magdalene, Rose y Maxwell permanecían despiertos. La mediana de los Bedford cruzó una mirada con ellos antes de contener una risilla y cerrar el libro que estaba leyendo, una novela gótica de Ann Radcliff.

—Seguro que a la señora Humfrey le dará un soponcio cuando nos vea, no has tenido tino ni de mandarle una nota para que adecente la casa, Maxwell —señaló alegre—. Deberías descansar un poco para soportar las regañinas que, no dudes, te va a dar.

—Si no la he enviado es porque no tiene sentido, Mags, el correo no llegará antes que nosotros, así que tanto da que nos vea de improviso, no hubiese tenido tiempo de preparar nada —dijo Maxwell—. Además, conociéndola, seguro que tiene la casa como el palacio real, nunca he visto mujer más escrupulosa que ella.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Rose.

—Del ama de llaves de Bedford Hill, la mujer que nos hizo de nana —explicó Magdalene—. Tiene un corazón de oro, te va a encantar.

—Espero caerle bien, no olvidéis que debido a mí estáis en boca de todos... esa no es la mejor carta de presentación para una invitada.

—Que volvamos a Plymouth le alegrará, somos los niños de sus ojos —dijo Maxwell y posó una mano sobre la de Rose para entrelazar sus dedos—. No temas, le vas a gustar, cala a las personas a la primera. Ahora, duerme un poco, llevas muchas horas despierta y falta mucho para llegar. Puedes echarte sobre mi pecho, si quieres, no estoy cansado; *Malvavisco* y yo te daremos calor.

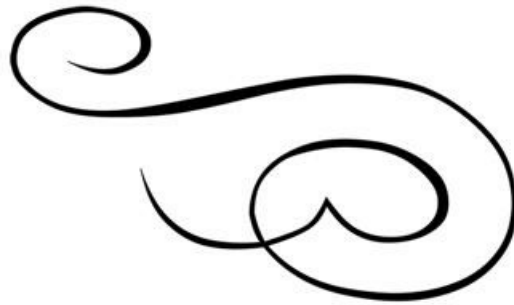
Rose se sonrojó y elevó la mirada para encontrar sus ojos.

—¿Estás seguro, no te pesaré mucho? —dudó.

—Pesas menos que una pluma, pecas, no te preocupes y recuéstate.

El corazón se le aceleró a Rose mientras se inclinaba para apoyar su rostro sobre el corazón de Maxwell, que le envolvió la espalda para mantenerla contra su regazo: aquel momento se sentía tan íntimo que dormir le iba a resultar imposible. ¿Cómo hacerlo, si podía oír el corazón de Max galopando bajo su oreja, respirar su masculino aroma, y notar su calor envolverla como una manta?

Cerró los ojos y trató de relajarse mientras enredaba los dedos en el pelaje del perrito. Y, contra todo pronóstico, el sueño la venció.



La noche había caído cuando volvió a abrirlos. Llevaban más de un día de viaje y, aparte de las pausas para orinar y aliviarse, no habían parado a comer o dormir en una posada. Calmaron su hambre con los bocadillos de pollo al limón y rosbif asado que Marjorie llevaba en una cesta, y casi catorce horas después de su salida atisbaron las primeras luces. Los contornos de la ciudad eran verdes, y aunque la noche era oscura se vislumbraba la belleza del lugar. A medida que se acercaban, Rose comprobó que nada había cambiado en esos cuatro años: las casas eran elegantes y ricas, tradicionales mansiones adosadas, y las calles empedradas rebosaban vida.

Cruzaron el centro de Plymouth hacia la costa, y allí, en un barrio de grandes mansiones frente a la playa, Maxwell dio un golpe en el techo del vehículo para detener la marcha. El carruaje se detuvo, y Oliver, el cochero de los Barnett, les abrió la puerta un instante después.

—Hemos llegado, milord —anunció.

Maxwell descendió y le tendió una mano a su madre y a sus hermanas, que observaron su hogar con una sonrisa. Marjorie descendió después, con la cesta de comida vacía bajo el brazo, y Rose lo hizo en último lugar con la correa del labrador en la mano. Maxwell la observó con una sonrisa, y Rose analizó su nueva residencia con los ojos llenos de curiosidad. Había visto la casa muchas veces, pero esta vez era distinto.

—Bienvenida a Bedford Hill, pecas, desde ahora, y mientras así lo quieras, tu hogar —dijo Maxwell antes de volverse hacia el cochero—. Puedes descargar los baúles de las damas y el mío aquí, Oliver, no te preocupes por el carruaje, los criados te ayudarán a meterlos en casa, después puedes guardarlo en las cuadras. Te alojarás aquí esta noche y mañana, si todavía estás cansado; hay espacio de sobra.

—Es usted muy amable, lord Bedford, así lo haré —asintió él.

—De acuerdo, entremos, habrá que despertar a la pobre Lottie.

—Espero que no estuviera dormida, la pobre trabaja mucho —suspiró Adeleide.

—Lo averiguaremos en un minuto, mamá —dijo Marianne.

Mientras Oliver comenzaba a descargar los bultos de la parte trasera sobre la acera, se acercaron a la puerta por el sendero que separaba el jardín en dos mitades. Y al llegar, Maxwell elevó la mano, tomó la aldaba en forma de duende y llamó tres veces. El silencio fue su respuesta, así que llamó tres veces más y aguardó.

Un par de minutos después se escucharon pasos junto a la puerta y el ruido de los goznes de la cerradura, antes de que la lámina se abriera para dar paso a una mujer de unos cincuenta años enfundada en camión, chalina y gorro de dormir. Sus rizos pardos asomaban bajo la tela, y al verlos allí plantados abrió los ojos como una lechuza.

—Señorito Maxwell, niñas, señora Adeleide... ¿qué hacen aquí? —murmuró perpleja, antes de darse una palmada en la frente y hacerse a un lado—. ¡Pero entren, entren! Cielo santo, ¿dónde he dejado mis modales? Discúlpennme, por favor, esta es su casa.

—No te disculpes, Charlotte, hemos llegado de forma repentina, no tenías forma de saber que vendríamos —dijo Adeleide.

—Y traen invitadas —señaló la gobernanta mientras entraban.

—Así es, se alojarán con nosotros un tiempo, Lottie —intervino Maxwell—. Deja que te presente a *lady* Marjorie Barnett, tía del duque de Braithbury, y a las pupilas del mismo, a quienes seguro que recuerdas: las señoritas Camelia y Rose Stuart.

Rose notó el momento en que la mujer reconoció sus nombres por la forma en que elevó las cejas y la esquina de sus labios se elevó en una sonrisa. Charlotte Humfrey las recorrió a ambas de arriba abajo antes de asentir, para después sonreírles.

—Es un placer servirles, *milady* y señoritas, siéntanse bienvenidas en Bedford Hill —dijo—. Iré a despertar a Sarah, estarán cansados del viaje y desearán dormir cuanto antes, supongo, aunque antes hay que revisar que todo esté en orden. No se apuren, me he encargado de mantener la casa durante su ausencia: las camas están limpias y las sábanas frescas, los dormitorios se ventilan a diario y hay repuestos de mudas y toallas. Sin embargo, no tenemos alimentos suficientes...

—¡Tranquila, Lottie, habrá tiempo para ocuparse de eso mañana! —rio Marianne.

—Insisto, señorita Marianne, aguarden en el salón. ¿Quieren darse un baño? Habrá que llenar los cubos y calentar las tinas. Digan, ¿tienen hambre? No hay mucho, pero nos las ingeniaremos.

—No le diré que no a un chocolate calentito con bollos dulces, o pastas de té si hay —asintió Marjorie—. Si aún tienen que preparar los baños, prefiero comer algo ahora.

—Y yo, por vergonzoso que resulte admitirlo, estoy hambrienta... —dijo Magdalene.

—Entonces así será, veré que esté todo listo y servido en quince minutos como mucho —contestó el ama de llaves, antes de reparar en el pequeño labrador blanco que aguardaba a los pies de Rose—. ¿Y ese amiguito peludo, también necesitará comer algo?

—Sí, si no le importa, señora —asintió Rose.

—Veré que le sirvan las sobras de la cena, estofado de buey.

Rose asintió agradecida, y apenas terminó de hablar, tras una marcada reverencia, la gobernanta salió del recibidor como alma que lleva el diablo. Tal como había dicho, en menos de un cuarto de hora el ama de llaves y la joven criada les sirvieron una cena ligera, consistente en un caldo de verduras y truchas fritas en mantequilla. De postre una sencilla taza de chocolate caliente, como había pedido Marge.

Tras cenar, la señora Humfrey los condujo al piso superior, donde se encontraban los dormitorios principales. Rose se estiró sin poder evitarlo, se moría por darse ese baño. Después de casi un día entero encerrada en un carruaje, le dolía cada músculo del cuerpo. Animada por la perspectiva, ni reparó en que habían cruzado el *hall* y el pasillo, para detenerse frente a una hilera de puertas de caoba.

—Milord, usted y su familia conocen sus cuartos, están tal y como los dejaron; mañana me encargará de cortar flores frescas para perfumarlos —dijo la señora Humfrey—. Ustedes, *lady* Barnett y señoritas Stuart, pueden ocupar cualquiera de esos dormitorios; Bedford Hill cuenta con cuatro cuartos de invitados, escojan el que prefieran.

—Yo elegiré el primero, no soy exigente, señora Humfrey —asintió Marjorie—. Si no le importa enviar a una criada a ayudarme con las ropas, me daré ese baño ahora mismo, ¡estoy agarrotada!

—Por supuesto, *lady* Barnett, le diré a Sarah que suba a encargarse.

La dama asintió y se adentró en su cuarto, y tras alejarse sus hermanas y su madre, Maxwell condujo a Rose y a Camelia a los suyos. La menor de las Stuart se mordió los labios al notar que había una terraza al fondo, que quería explorar, antes de volverse a mirarlo con los ojos brillantes de curiosidad.

—¿En cuál de ellos duermes tú? —quiso saber.

—¿Temes a la oscuridad y necesitas consuelo, pecosa? —tanteó Maxwell.

—Si después de todos estos años aún tuviese miedo a la noche estaría en problemas, Bedford —dijo Rose y él notó la burla en su voz—. Por suerte tengo varios guardianes, *Malvavisco* le morderá el trasero a cualquiera que se le ocurra entrar sin permiso, y además estás tú.

—Tendré que proteger mis posaderas, entonces.

El comentario hizo reír a Rose, que cruzó una mirada con Camelia.

—Lo preguntaba por curiosidad, no sé dónde encontrarte si necesito algo —dijo.

—Pues no busques más, mi cuarto es el que está junto a la balconada —contestó Maxwell—. Si me necesitáis, solo tenéis que tocar, no importa la hora que sea. No tengáis miedo de moveros libremente por la casa.

—Lo tendremos en cuenta. Ahora, si nos disculpas, estas señoritas van a darse un baño como es debido —sonrió Camelia y tomó a Rose de la mano—. Que pases buena noche y gracias por todo, Maxwell, eres encantador cuando te lo propones.

—¡Ah! Cuidado, *milady*, vas a alimentar mi ego...

—Buenas noches, Bedford —se despidió Rose.

Maxwell no contuvo más su risa, y mientras las jóvenes se alejaban, se adentró en su habitación. Al fin estaba en el lugar al que pertenecía. Pero con Rose bajo su techo, pared contra pared, aquella primera noche se presentaba para ser un desafío.

Capítulo XX

Un paseo nocturno



Tras la enésima vuelta bajo la manta se dio por vencida. Rose estaba tendida en su nueva cama, y era una cama estupenda: colchón de plumas, sábanas de algodón, dosel de seda irisada color amarillo pastel —mismo que decoraba la colcha, cortinas y alfombra—, y aroma de azahar sobre los cojines. Le encantaba ese toque de naranja, debía darle las gracias a la señora Humfrey al día siguiente. Pero, cama cómoda o no, no podía dormir.

Si se debía a que había dormitado durante medio camino hacia Plymouth o a la emoción de lo desconocido, no podía decirlo. Solo sabía que Maxwell estaba al otro lado de la pared, pues que había elegido el dormitorio contiguo al suyo. ¿Qué estaría haciendo?, ¿se habría dormido ya? ¿Estaría pensando en ella? Rose se mordió los labios.

Allí, en su casa, en su cuarto, casi podía cerrar los ojos y fingir que estaba dentro de una fantasía: era su esposa, Rose Bedford, y él abriría la puerta en cualquier momento con una sonrisa pícara, para acercarse, gatear por el colchón y tenderse sobre ella. Rose le recibiría con los brazos abiertos y Maxwell la desnudaría y le haría el amor... como quiera que fuese eso. Al amanecer cabalgarían por el campo hacia la costa, recogerían moluscos de la arena mojada y darían un paseo por el centro de la ciudad. Después cenarían juntos sobre la alfombra.

Sí, era una bella fantasía, y Rose sentía que no había nada más que quisiera en ese mundo. ¿Encajaba con sus sueños de casarse con un rebelde, un hombre que le hiciera vivir una vida plena? Sin duda, y le dolió el alma de necesidad; tenía que reunir valor para confesar, decirle que se había enamorado. O, al menos, llenar sus ojos con la vista de él. Decidida, se levantó y caminó hacia la puerta, era la una y media.

Maxwell había dicho que podía ir donde quisiera, así que cruzó el pasillo y llamó a su puerta un par de veces. Nadie respondió, así que volvió a llamar. Silencio. ¿Se habría dormido? Estaba a punto de darse la vuelta cuando, en un impulso, decidió girar el pomo y entrar. Si estaba dormido se iría, si no, al menos hablaría con él. Al entrar la recibió la oscuridad. Rose se acercó a la cama, pero al descorrer la cortina vio que estaba vacía, desecha, pero sin rastro de Maxwell. ¿Dónde podía haberse metido?

Volvió la cabeza para buscarlo, entonces reparó en la puerta de la terraza, abierta de par en par. Encaminó sus pasos hacia allí, y al salir no vio al hombre por ningún lado.

—Un poco tarde para dar un paseo nocturno, ¿no crees?

Rose se volvió, para encontrarlo tumbado sobre el tejadillo que protegía la terraza.

—Cielos, Maxwell, ¿cómo has logrado llegar ahí arriba? —dudó.

—Solo hay que dar un salto desde la baranda, es muy fácil —explicó Maxwell—. Necesitaba despejar la mente y este sitio siempre me ha ayudado a pensar, por eso he subido. ¿Qué hay de ti,

pecas, cuál es tu excusa para deambular en plena noche?

—Mas o menos la misma, tampoco podía dormir.

—Entonces vamos, sube y compartamos el insomnio juntos.

Rose caminó hacia él y Maxwell la observó desde arriba: apenas iba cubierta con un ligero camisón de tirantes satén azul celeste con ribetes de encaje, largo hasta los tobillos. Sus pezones se marcaban sobre la tela, erguidos por el frío. Llevaba la melena suelta sobre la espalda, parecía un hada enfundada en un velo etéreo.

Maxwell sonrió, embelesado, antes de tenderle una mano para ayudarla a legar al tejado; la joven la estrechó y él tiró para sentarla a su lado. Una vez acomodada, Rose se tumbó y clavó la vista en el firmamento.

—Parece mentira que estemos de nuevo aquí, mirando el cielo como la última vez —susurró sin apartar la vista de la noche estrellada—. La tarde antes de que mi familia y yo nos fuésemos de Plymouth te hice aquella promesa, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo como si fuese hoy, prácticamente me llamaste patán, y después soltaste esa retahíla de que jamás me elegirías como marido porque querías a un hombre que no te rompiese el corazón —dijo él antes de romper a reír—. Luego, mas tarde esa noche, te presentaste aquí con lágrimas en la cara y miramos el cielo juntos desde el jardín. Parece nuestro destino, pecas, algo estalla y terminamos enlazados por una promesa.

—Sí, pero hay promesas que calan en el alma más que otras.

El hombre volvió la cabeza para mirarla, ¿qué había querido decir? Rose tenía las mejillas sonrosadas y un escalofrío la recorrió de repente; temblaba, seguramente por la brisa nocturna. Maxwell se acercó y le rozó el brazo con el dedo índice, logrando que Rose se volviera.

—¿Tienes frío? Si quieres podemos entrar, la noche es fresca —dijo.

—Estoy bien, podemos seguir aquí un rato —contestó Rose, que no quería alejarse de Maxwell ni en broma, así que cambió el tema—. ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—Intentaré reunir dinero para reformar la parte baja de la casa y convertirla en una escuela; al diablo con el vizcondado. Si mi padre pudo, yo también, no necesito un título. No sé cuánto me llevará, pero lo haré. Podría pedir empleo en algún despacho; con mis estudios de administración no será difícil que me lo den.

—¿Y qué hay de tus hermanas? Magdalene debería debutar el próximo verano, tal vez fuese mejor que se quedara en Londres, de ese modo no se vería salpicada por nuestros escandalos.

—Magdalene es muy tímida, no creo que desee vivir allí sola, y no la dejaré a merced de aquellos buitres trajeados con capa de caballero. Lo queramos o no, las puertas de Bedford Park nos han sido cerradas, así que tendrá que debutar aquí, en Plymouth —suspiró Maxwell—. No te preocupes, cuidaré de todas y veré que tengan un futuro digno.

—Tal vez la solución sea más fácil de lo que crees, Maxwell. Mi padre... —comenzó Rose y se mordió los labios, intentando encontrar las palabras adecuadas para no ofenderlo—, me dejó una generosa herencia, la casa incluida. No me importa colaborar, solo tienes que pedirlo. Soy rica, como sabes, puedo ayudaros a tus hermanas y a ti... además, Rosehall Manor es mucho más grande que Bedford Hill. Ya que mi familia vive en Londres, no necesitan la mansión de Plymouth.

—Gracias por el ofrecimiento, Rose, pero no.

—¿Por qué?

—Porque no pienso aprovecharme de ti y de tu apellido, ¿por quién me has tomado? Sé lo que conlleva acceder a tu herencia, pecas, y no pienso jugar esa carta contigo —dijo Maxwell—. Seré un cínico, pero tengo principios, y si me caso quiero que la mujer se una conmigo por amor,

no por lealtad o por lástima.

«¿Lastima, es eso lo que cree que siento?», pensó Rose.

—Creí que habías jurado no casarte nunca —señaló.

—Y es cierto, pero las cosas cambian, lo mismo que el alma.

Apenas lo oyó, Rose sintió que el corazón le daba un vuelco, y se incorporó para quedar sentada. Su respiración era veloz cuando encontró sus miradas en un duelo de gris azulado contra índigo; los ojos de Maxwell la traspasaron como una daga.

—La lealtad no es lo que me mueve, Maxwell, para mí no eres un sacrificio —dijo.

Él se incorporó también; entonces se miraron, ambos agitados.

—Lo que siento por ti... ¡cielos, qué difícil es esto! —exclamó Rose, roja como una granada madura—. Lo que quiero decir es que deseo ser tuya si me aceptas, Maxwell, te...

Pero él no la dejó terminar, acercó sus rostros y atrapó sus labios en un beso arrollador. Rose había estado a punto de decirlo, de confesar lo que él sabía de sobra, y por lo más sagrado, quería ser el primero en abrirle su corazón. Para su sorpresa, la joven abrió los labios y le rozó la boca con la lengua, así que la abrió y dejó que la colara. Maxwell dejó que tomara la delantera, antes de romper el beso y lanzarse a adorar su cuello.

Estaba perplejo. ¿Dónde había aprendido Rose aquello? Se rio sin poder evitarlo, y cuando sus labios le rozaron la nuez de adán y palpó su risa, se alejó para mirarlo.

—¿Qué ocurre? —dudó la joven.

—Solo que eres increíble, Rose: divertida, sincera, espontánea, hermosa y llena de pasión. ¡Maldita sea, me pones a tus pies con un simple beso! Lo tuyo es talento, pecas, ya lo pensé la noche que te llevé a El lazo dorado, ¿sabes? Ya entonces te deseaba, y me mataba la idea de que otro te cortejara, algún pazguato con fortuna y título que no te llegase ni a la altura de los zapatos. Seré muchas cosas, pero juré ayudarte a encontrar al hombre de tus sueños, e iba a cumplir esa promesa. Ahora la cosa es otra, lo has dejado claro, esos caballeros pueden irse al infierno. No sé qué he hecho para merecerte, pero, por Dios, soy tuyo. Y si eso es lo que quieres, te haré mía.

—Si de verdad eres mío, Bedford, demuéstalo.

Maxwell volvió a reír, y ella se unió. Incapaz de soportarlo, el rubio volvió a atrapar sus labios y la besó hasta quedarse sin aliento: deseaba perderse en ella, memorizar su sabor, respirar el mismo aire, e imprimió sus besos sobre su piel. Rose se sentía flotar, le ardía todo el cuerpo, y cuando Maxwell se alejó para sembrar de caricias su cuello y el hueco de su hombro, le envolvió la espalda.

Sentía un ardor recorrerle las venas y calentar su piel. Sin saber lo que hacía cerró los ojos y se sentó a horcajadas sobre él, antes de echar la cabeza hacia atrás para darle acceso a su escote. Maxwell la observó y, como si pidiera permiso, le acarició el pecho con el pulgar. La joven asintió decidida: quería ser suya y llegaría hasta el final.

Despacio, para que lo detuviera si quería, Maxwell desató los lazos del camisón y dejó que la tela cayese, revelando la piel a su paso. El hombre ahogó un jadeo, Rose era más hermosa de lo que imaginaba, y había soñado con ese momento: sus pechos eran pequeños, pero perfectos. Acercó los labios para darle placer y prepararla; pasó la lengua sobre sus tiernos pezones, acariciándola y succionando hasta endurecerlos. Rose creyó morir de placer y cerró los ojos, ¿era eso hacer el amor?

Si era así, se sentía maravillosamente bien, no quería que se detuviera jamás. Tan anonadada estaba que ni cuenta se dio de que Maxwell la tomaba en brazos para bajar del tejado y conducirlos a la cama. Cuando volvió a abrirlos él estaba sobre ella, besando su ombligo al

tiempo que retiraba despacio su camisón. Rose lo sentía todo, y la curiosidad pudo más que su juicio.

Presa de un impulso se movió quedar encima y comenzar a desnudarlo: quería verlo, ver cómo era un hombre en realidad.

Y la visión no la decepcionó. Su abdomen estaba firme, cubierto por una fina pelusa de vello rubio que se intensificaba en el borde del pantalón. Era un pantalón de dormir largo hasta las rodillas, y Rose vio lo erguido que estaba bajo la tela. Maxwell había mencionado que ocurría cuando estaba con una mujer que le gustaba, y eso la animó. Con mano segura llevó los dedos a los cordones para desatar el lazo, y cuando cayó para revelar su miembro endurecido, entreabrió los labios. Esperaba muchas cosas, pero no aquello. ¿Qué se supone que iba a hacer Maxwell?, ¿cómo encajaba ella en semejante ecuación?

Al notar sus dudas, el hombre le acarició la mejilla.

—Tranquila, Rose, no tiene por qué suceder nada entre nosotros si estás asustada. Jamás te haré daño, y mucho menos te voy a tomar si no estás lista —prometió Maxwell en tono tranquilizador.

—No es eso, Max, es... es solo que no me lo esperaba —admitió Rose y le rozó el miembro con los dedos, curiosa y dubitativa a partes iguales—. ¿Qué se supone que vas a hacer con esto? Theodore no ha querido explicarme nada, todo lo que sé es porque lo he leído en libros...

Maxwell sonrió enternecido, esa mujer era adorable. ¿Cómo era posible encontrar a la joven más valiente y apasionada, y que fuese a su vez la más tierna e ingenua? Moría de amor por ella, deseaba enseñárselo todo. Pero iría poco a poco, estaba claro.

—¿Recuerdas lo que hicimos en Westbourne Gardens? —preguntó.

—¿Los besos que me diste y tu toque sobre mi... feminidad? —dudó ruborizada, y el asintió.

—Esto será parecido, pero en vez de mis manos será mi hombría la que te abraza. ¿Quieres intentarlo?

—¿Es eso hacer el amor?

De nuevo Maxwell sonrió, antes de darse la vuelta para tender a Rose sobre el colchón y sacarse los pantalones con cuidado. Se tendió sobre ella y comenzó a acariciarla con los dedos; estaba empapada, pero quería hacerle ver las estrellas.

Y no paró hasta que la tuvo derretida como un tofe al calor: Rose se ondulaba bajo su toque y cuando se deshizo entre suspiros, sacudida por un placer que jamás había sentido, cuya existencia ignoraba, Maxwell se incorporó para rozar sus labios sin dejar de acariciarla. Una última caricia entre oleadas de placer. Estaba tan contento y orgulloso de ser el primer hombre en hacer sentir así a Rose que sonrió con el corazón flotando ligero.

—Esto, cariño, todo lo que estamos haciendo, es «hacer el amor». Estar dentro de ti es solo la última consumación, nada más —explicó, y Rose se mordió los labios—. Dime, Rose, ¿quieres intentarlo?

—Sí, Maxwell, quiero intentarlo.

Su sonrisa fue la única respuesta que Maxwell necesitó, y se inclinó sobre ella para besarla. No dejó de acariciarla hasta que la hizo estallar, y cuando estuvo rendida se posicionó y entró en su interior con cuidado. Dolió, Rose contuvo el aliento, entonces Maxwell se detuvo y aguardó, dándole tiempo a asimilar la sensación de sentirlo dentro. Cuando ella lo animó comenzó a moverse despacio, al ritmo de su respiración. Rose contuvo el aliento, entonces Maxwell comenzó a moverse despacio, al ritmo de su respiración.

Solo cuando la sintió más relajada aumentó el ritmo de sus investidas, y pronto la tuvo jadeando de placer. Maxwell no duró mucho, resistió lo justo para elevarla al cielo una vez más

antes de derramarse. Agotado, salió de ella y la tumbó sobre su pecho para acariciar su larga y ondulada melena. Aquel había sido el mejor momento de su vida, jamás había sentido algo semejante en brazos de una mujer: se sentía completo, como si la herida causada por Clara al fin se hubiese cerrado.

—Rose, quiero que sepas algo —dijo.

—¿Qué pasa, Max?

—Quiero que sepas que, aunque lamento que estemos en esta situación, no me arrepiento de nada de lo que hemos hecho si ha servido para tenerte a mi lado. Eres la pieza que faltaba en mí, en mi corazón, el hilo que ha remendado la herida abierta que tenía, y pienso pasarme la vida haciéndote sonreír. Eres el sol, Rosie, no pienso permitir que nadie lo apague jamás.

Rose se incorporó para mirarlo a los ojos.

—Te amo, Bedford.

—Y yo a ti, pecas, ahora y siempre.

Rose sonrió, y con el corazón galopando como un purasangre, se entregó a él hasta que el sueño los venció.

Capítulo XXI

Rosehall Manor



Cuando Maxwell despertó aún estaba oscuro. Sentía el calor envolverle el cuerpo y un peso desconocido sobre las costillas. Estaba a punto de abrir los ojos para ver qué era cuando el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior floreció en su memoria y calentó su corazón. Las comisuras de sus labios se elevaron, y abrió los ojos para clavarlos en la figura dormida de Rose, que dormía como una cervatilla con su pecho como almohada. Cielos, había yacido con pecas. No, yacido no, hecho el amor con la mujer que amaba. Y nunca en toda su vida se había sentido tan pleno como ahora: tan querido, tan deseado, tan ansioso por mimarla y hacerla feliz.

El amor era una sensación gloriosa; quería pasar la vida perdiéndose en esos intensos ojos azules cual océano, perdido en los hoyuelos de sus mejillas, en su risa.

Quería ser el padre de sus hijos y envejecer a su lado. Lo quería todo con Rose y lucharía por lograrlo. Además, le había dado su palabra a Edward, cuando tuviera un momento se declararía a Rose y la convertiría en su esposa. Le flotaba el corazón con solo pensarlo: su esposa.

Con cuidado de no despertarla, elevó una mano para acariciarle la espalda. Su larga melena estaba extendida sobre las sábanas, y al sentir la caricia de Maxwell sobre la piel, un escalofrío recorrió a Rose. Se movió para quedar boca arriba sobre el lecho con el rostro volteado. Respiraba con la boca entreabierta, relajada y despreocupada, y se acomodó en sueños.

La visión enardeció a Maxwell, pues la sábana resbaló y le mostró sus pechos y parte de su cintura. Sonrió sin poder evitarlo, maravillado por su belleza, y tomó la fina tela de algodón para cubrirla; hacía fresco antes de la aurora. Estaba a punto de limpiarse para bajar a pedir un desayuno para ambos cuando la mano de Rose lo detuvo. Él se giró, para encontrarla mirándolo con una sonrisa.

—¿Dónde va con tanta prisa, caballero? Aún es de noche —susurró traviesa.

—Pensaba asearme y subir algo de comida para los dos, ya ves, quería sorprenderte con un desayuno en la cama, pero siempre te me adelantas —contestó Maxwell mientras le acariciaba la mejilla, logrando que la piel bajo sus dedos se cubriera de rosa—. ¿Acaso no tienes hambre?

—Claro que tengo... pero quizá tenga aún más apetito de otra cosa.

Maxwell se rio y el rubor de Rose se extendió hasta sus orejas.

—Eres incorregible, pecas, haces que me cueste un infierno contenerme contigo —dijo él sin perder la sonrisa—. ¿Es eso lo que quieres ahora, acaso no estás adolorida?

—¡Ni lo más mínimo! Al fin entiendo a lo que se refieren las novelas que leemos tus hermanas, Camelia y yo, y sé que no he podido tener un maestro mejor en el arte de hacer el amor. Sin embargo, no sé si me ha quedado muy clara la lección, Bedford.

—Pues eso hay que remediarlo, mi preciosa diablilla.

Entonces fue turno de Rose de romper a reír. Hacía siglos que Maxwell no usaba ese apodo con ella, desde que tenía poco más de doce años. Era una diablilla, sí, pero ya no aquella niña, sino una mujer: su mujer. Elevó el rostro en el mismo momento en que él se inclinaba, y le atrapó la boca en un beso feroz, sediento. Si bien, pronto los envites de su lengua y el movimiento de sus labios se fueron calmando hasta convertirse en un beso lento en el que Rose sintió que le hormigueaba todo el cuerpo. Y él la acarició hasta hacerla flotar.

Cuando se posicionó y volvió a penetrarla, jadeó en voz alta, sin importarle ser oída. Se sentía plena, y Maxwell comenzó a moverse sin dejar de besarla y adorar su anatomía. No fue hasta que la hizo estallar que Rose vio saciada su curiosidad. Había tanto que los libros no contaban... lo que Maxwell despertaba en su corazón iba mucho más allá que un tonto, unas risas o mera lujuria. Aquello era amor y deseaba decírselo alto y claro, no solo a él, sino al mundo entero.

—Por cierto, buenos días, cariño —susurró Maxwell tras recuperar el aliento.

—Buenos días, Max, ahora sí podemos decirlo, ya es de día —contestó Rose y volvió el rostro hacia la ventana con una sonrisa; estaba amaneciendo y el día clareaba—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Primero, desayunar; estoy rendido, y, esta... —enfaticó, haciéndole cosquillas en la tripa, causando que Rose riera y se encogiera—, seguro que se muere por llenarse con algo de comida caliente. Después iremos a dar un paseo, me apetece ver cómo de cambiada está la ciudad. ¿No tienes curiosidad?

—Siempre tengo curiosidad.

—Entonces no se hable más, iré a pedirle a Lottie que nos prepare algo, tú aprovecha para vestirte. ¿Quieres que llame a Sarah para que te ayude con las enaguas?

—No hace falta, puedo hacerlo sola —negó Rose.

—Entonces, señorita Stuart, tenemos un plan.

—En efecto, lord Bedford, tenemos un plan.

Maxwell sonrió y dejó un beso sobre la palma de su mano antes de alejarse en dirección al aguamanil para asearse. Rose le observó de soslayo mientras se ponía las polainas y el camisón; la anatomía masculina le cortó aliento. ¿Cómo había podido encapricharse de Leonard teniendo a un hombre como Max enfrente?

Era divertido, pícaro, valiente y leal; generoso y opuesto a lo que la sociedad esperaba. Justo lo que ella siempre había deseado. Por no hablar de su porte: era alto y estaba bien formado, tenía piernas largas y espalda fibrosa. Además, poseía un semblante atractivo, con su barba corta, su nariz recta, sus ojos grises y su sonrisa endiablada. Se había enamorado de él como una idiota, y se mordió los labios al ver que se subía los pantalones y alejaba sus firmes glúteos de su vista. Cuando se hubo lavado las axilas, el pecho y el rostro se volvió para ponerse la camisa. Y rio alegre al notar su expresión: Rose se había sonrojado como una guinda.

Sabiendo lo que pensaba, Maxwell le guiñó un ojo mientras se sentaba y comenzaba a calzarse las botas, unas Hoby de cuero rojizo.

Rose le imitó y se ató la crinolina, dejando el corsé de lado. ¿Qué daño hacía por no llevarlo un día? Eligió el primer vestido que había en el baúl, rosa fuerte con lazos beige, y Maxwell sonrió mientras salía para darle intimidación. Desayunaron hablando de temas variados, como la decoración de la casa y lo libres que se sentían lejos del yugo de *lady* Arabella.

Solo cuando hubieron dado buena cuenta del café, el puré de avena y miel, las tostadas con leche y las rodajas de tocino, Maxwell y Rose se levantaron para dirigirse a la salida. El día estaba soleado, radiante y sin nubes, y el ánimo le subió hasta el cielo al darse cuenta. Miró en

derredor y dio dos vueltas sobre sí misma bajo la atenta mirada de Maxwell. Había olvidado ponerse guantes, tomar la sombrilla y ponerse el sombrero; se sentía liberada después de tanto fingir.

El hombre sonrió y se acercó para tomarla de la mano.

—¿Estás contenta? Hoy brillas como un lucero —preguntó él.

—Tal vez te lo debo a ti y a tu irresistible encanto, Bedford.

—No te quitaré la razón, pecosa, vivo para ser encantador... pero, aunque en otras circunstancias me tomaría esa broma tuya como un cumplido, sé que hay algo más. ¿Alguna novedad?

—¡Una no, muchas! No solo estoy contenta, ¡estoy pletórica! ¿No te das cuenta? Al fin se acabaron los fingimientos, los vestidos aburridos en tono pastel, las charlas sobre banalidades, el menos es más con ese desgraciado de Leonard. ¡Es liberador! —dijo Rose mientras comenzaban a andar—. Podemos hacer lo que nos plazca: caminar descalzos por el prado, cabalgar al galope por el río, besarnos a la sombra de un árbol, ir sin corsé...

—Veo que lo tienes todo planeado.

—Desde luego, y tú eres la parte principal de todos mis planes.

—Qué halagador...

Rose rio y Maxwell se le unió enseguida, y aún reían cuando cruzaron la baranda del hogar de los Bedford. Una vez lejos de las ventanas, la joven se lanzó a los brazos del hombre para atrapar sus labios. Se sentía como en una luna de miel no escrita, flotaba ligera como una pluma rebosando amor y adrenalina. Fue Maxwell el primero en apartarse para dejar un beso sobre su nariz.

—Ansiosa como una potrilla, adoro eso de ti, pecas: no cambies nunca —dijo.

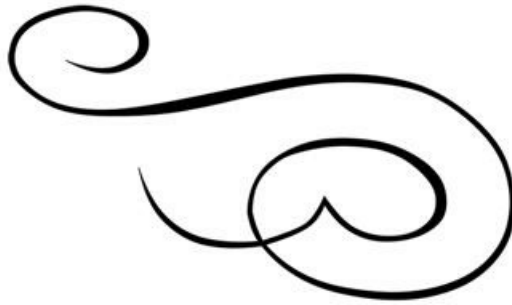
—No planeo hacerlo, sería muy aburrido si de repente me convirtiera en una de esas señoritas sosas con la cabeza llena de aire que tanto te atraían —señaló Rose alegre—. Hablando de potros, no he visto ni rastro de *Eros*, ¿lo has dejado en Bedford Park?

—No, no pienso abandonarlo a merced de mi primo, sería capaz de venderlo solo para fastidiarme. Lo traerán mañana en un transporte de ganado, no quería obligarlo a correr todo el trayecto desde Londres atado al carruaje en el que vinimos. ¿Por qué?

—Me apetecía dar este paseo juntos sobre él, ya no hay motivo para ocultarnos más —admitió Rose. Habían llegado al final de la calle y la ciudad se abría ante ellos—. ¿Dónde quieres ir?

—Donde nos lleven los pies, no importa si estás a mi lado.

El corazón le brincó a Rose, y tras un asentimiento echaron a andar.



Plymouth no era una ciudad muy grande. Al igual que Bath y Portsmouth, dedicaba muchos de sus negocios y actividades a complacer los gustos de la gente del *Beau Monde*: había hoteles, teatros, grandes paseos junto al mar; casas de té, multitud de tiendas de moda y recuerdos, restaurantes...; incluso una casa de baños.

Rose lo encontraba terriblemente aburrido, en la mayoría de casos, dado su escaso gusto por la vida de la alta sociedad. Tanto era así, que terminaron su recorrido metidos en una librería, donde compraron varios libros más para añadir a los que habían adquirido en Londres. Tras comer unos buñuelos en un puestecito ambulante, emprendieron el regreso hacia las afueras. Era mediodía y las campanadas de la iglesia de *St Andrew* llamaron su atención. Rose tenía la intención de pasar de largo, pero algo detuvo a Maxwell y lo condujo hacia allí como un imán.

La joven se apresuró a seguirlo y Maxwell dejó de lado el templo y se adentró en la parte de atrás, donde se abría un camposanto ajardinado. El cementerio era antiguo, decorado con estatuas, abetos y arbustos. Poseía un camino de piedra salpicada de flores por ambos lados, y Maxwell recorrió el lugar como si supiese adónde iba.

Estaba a punto de preguntar cuando él detuvo sus pasos frente a una lápida sencilla. Y al leer la inscripción, Rose lo entendió todo de golpe.

*Aquí yace lord Frederick Bedford,
amado esposo y padre.
Que encuentre descanso eterno.
Siempre será recordado por aquellos que lo amaron
1789 — 1837*

Era la tumba de su padre, el profesor de Rose. La joven se acercó y entrelazó sus dedos antes de elevar la mirada para observarlo. Él había cerrado los ojos y guardaba silencio. Su voz sonó casi ronca al hablar.

—Siento haberte traído, Rose, pero, al pasar frente a la iglesia supe que tenía que hablar con él, que le debía una explicación —dijo.

—No te disculpes, lo entiendo, sé bien lo que es perder a un padre —contestó Rose y se acurrucó junto a él—. Lord Frederick era un buen hombre y sé que está orgulloso de ti, Max. Si quieres puedo alejarme para que habléis a solas.

—No es necesario, no tengo ningún secreto que ocultar, tardaré solo un minuto.

—Tomate el tiempo que necesites.

La mañana estaba tranquila y el susurro de la brisa mecía las ramas de los abetos cuando Maxwell habló.

—Siento no haber venido a verte antes, papá, pero la vida... la vida me ha dado una patada en el trasero y puesto las cosas patas arriba. No sé qué pensarías si me vieras ahora, después de la jugada que he hecho, después de mis fracasos. Pero te juro que voy a luchar con uñas y dientes por sacar adelante a madre, a Mags y a Mar —dijo—. Rosie está conmigo, ¿sabes? Ha crecido mucho, ya no es la cría traviesa que era. Y sé que estarías orgulloso de ella, tan orgulloso como lo estoy yo. La he fastidiado, lo sé, pero voy a poner las cosas en su sitio, con ella y con todo. Deseo tanto que estés orgulloso de mí, te echo tanto de menos... te quiero.

—Max... —susurró Rose, al ver que la voz se le quebraba.

—Estoy bien, pecas, podemos irnos. Solo quería despedirme de él.

La joven asintió y comenzaron a caminar hacia la salida a paso lento. Tras haber desnudado su corazón ante la tumba de Frederick, Maxwell no había vuelto a pronunciar palabra, pero su semblante lucía más animado, como si se hubiese quitado un peso de dentro.

Estaban a punto de llegar a las escaleras que salían del jardín cuando el nombre grabado en una tumba llamó la atención de Rose, que detuvo sus pasos de golpe y arrastró a Maxwell con ella. Él siguió la mirada de la muchacha, y se tensó al ver sobre qué lápida se había detenido la atención de Rose: era la de Clara Elliot. Rose comenzó a acercarse para leer el epitafio, y Maxwell la siguió en silencio.

—Tres de enero de 1836, eso fue apenas dos días después de la fiesta de Año Nuevo —susurró la joven, perpleja—. No tiene sentido, yo vi a la señorita Elliot en la fiesta y estaba bien. ¿Qué le pasó para morir tan rápido? Magdalene me contó que fue un asunto de sangrado lunar, pero eso es algo absurdo, una no se muere de eso.

—«Eso» fue lo que dijo su padre para ocultar la verdad, Rose.

—¿De qué verdad hablas?

Maxwell suspiró y tensó los músculos de la mandíbula. Al ver su reacción, Rose se dio cuenta de que quizá aquello era doloroso para él, desenterrar el pasado, y se apresuró a disculparse. Pero antes de que llegase a decir nada él se adelantó.

—Murió de parto, desangrada por un aborto inducido, de ahí la mentira del periodo —explicó sin mirarla—. Creí que jamás volvería a hablar de esto, y aquí estoy, ¡revelando la parte más humillante y dolorosa de mi juventud!

—Lo siento mucho, Maxwell, no tenía ni idea. ¿Era... era hijo tuyo?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Marianne dijo que estabas enamorado de ella. Y yo soy la prueba de que el amor lleva a esas cosas, un embarazo puede suceder después de una noche de pasión.

—Mi hermana no tiene ni idea de lo que habla. Yo no era el padre de ese niño, pero ojalá lo hubiese sido, ahora Clara estaría aquí y no enterrada bajo tierra —dijo Maxwell y sonó más brusco de lo que pretendía. Al darse cuenta suspiró y la miró—. Lo siento, no he debido ser tan duro, es un tema doloroso... pero mereces saberlo.

—No tienes por qué contármelo, Max, tu pasado es asunto tuyo.

—Cierto, pero mi futuro es ahora tuyo, y no quiero tener secretos contigo, cariño —contradijo él y tomó su mano para comenzar a caminar hacia la salida de la iglesia—. Clara y yo nos conocimos años antes, cuando aún no te conocía, y para mí fue un flechazo casi instantáneo. Ella era todo lo que yo deseaba en aquel entonces: preciosa, dulce, tierna, educada, de buena familia, una muñeca a la que mimar y adorar. Me enardecía la idea de tenerla, de pasear juntos y que todos vieran a mi esposa ideal. Tenía veintiún años, era un inmaduro con la cabeza llena de

pájaros y no entendía lo que necesitaba para ser feliz, de ahí que mis gustos hayan cambiado tanto con los años. Clara y yo éramos muy distintos, me aburría bastante en los ambientes que ella adoraba, pero compartíamos algunas aficiones; éramos lo que se puede llamar «amigos».

—¿Y qué sucedió? ¿llegaste a cortejarla? —dudó Rose.

Maxwell resopló y soltó una risa resignada que la sorprendió.

—¿Cortejarla? Me moría por hacerlo, desde luego, perdí el orgullo persiguiéndola como un perro faldero. Estaba enamorado de la idea que Clara representaba, y aunque ahora sé que no era un amor destinado a triunfar, la amaba con todo mi corazón —dijo—. Me declaré con un ramo de rosas, como un príncipe azul, solo para ser rechazado de la forma más vergonzosa: dijo que estaba enamorada de otro y no podría amarme.

—Oh, Dios, no... ¿Y quién era él?, ¿lo conocías?

—Por desgracia, ella misma me lo dijo, y no era otro que mi propio primo, Leonard —asintió Maxwell y continuó al ver que Rose iba a interrumpir—. Resulta que Clara estaba enamorada de él desde hacía mucho, y mi amistad, aunque sincera, no era sino un medio para acercársele. Patético, ¿no? Cuando me declaré, ella ya estaba embarazada de él, y en la fiesta de Año Nuevo sucedió el desastre. En aquel baile estaba presente medio Plymouth, como ya sabes, y yo aún tenía la esperanza de conquistarla. Entonces apareció Leonard y la actitud de Clara cambió. Parecía desesperada por hablar con él, y solo la perdí de vista un instante... pero, Dios, fue el mayor error de mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque cuando la encontré, mi primo no estaba, y Clara se estaba desangrando —dijo Maxwell, que apretaba los puños con tanta fuerza que parecía ir a romperse los nudillos. Rose palideció—. La criada que estaba en la habitación, llorando como una histérica, me dijo que él le había obligado a tomarse una infusión de rutácea.

Rose abrió los ojos como platos. No podía ni imaginar el pánico que tuvo que sentir un Maxwell de veintiún años al ver a la mujer que amaba sangrando de esa manera.

—Perdió al bebé... —susurró Rose.

—Sí, perdió a su hijo y casi pierde la vida allí, las fiebres terminaron por llevársela —confirmó Maxwell—. Alegaron un aumento excesivo de su sangre mensual que le causó aquella calentura, y por suerte la sociedad lo creyó, su honor quedó intacto.

—Cielo Santo, eso es... es... horrible. ¿Cómo puede Leonard ser así?

—A Leonard solo le importa Leonard; nunca estuvo enamorado de Clara, solo fue una más de sus conquistas, pecas, igual que tú. Por eso me sorprendió tanto saber que te habías encandilado de él cuando oí lo de tu fiesta de debut, no es para nada tu tipo.

—Como has dicho, ni yo misma sabía lo que necesitaba para ser feliz —dijo Rose.

—Los sueños son frágiles como una telaraña, Rose: hermosos y atrayentes, llenos de infinitas posibilidades... pero tan fáciles de romper como una simple hebra de seda —suspiró Maxwell—. Tú y yo lo hemos aprendido por las malas, yo con la ilusión de casarme con Clara y tú con la de tener a Leonard. Solo después de un golpe ve uno la realidad: quise ser vizconde de Hale para cumplir el sueño de mi padre y abrir una escuela, y tú deseabas casarte con un hombre que te amase por ti y no por tu herencia, uno con el que vivir un amor de verdad.

—Y lo lograremos, cumpliremos nuestros sueños juntos, Max. ¡Al diablo lo que piensen los demás!

Antes de que él respondiera, Rose lo tomó de la mano y echó a caminar calle abajo. Habían salido de la iglesia y dejado atrás el paseo principal, y Maxwell se dejó guiar sin saber adónde iban con una sonrisa. Cada cosa que hacía con Rose le sorprendía, a su lado la vida era una

alegría, una emoción de sorpresa y anticipo; sin protocolos, sin banalidades, solo ellos dos y sus corazones.

Se rio sin poder evitarlo, y cuando salieron del centro y se plantaron en un barrio conocido, lo entendió.

—¿Rosehall Manor? Cuidado, pecosa, si me llevas al jardín de atrás pensaré que ocultas segundas intenciones... Allí nos conocimos, ¿recuerdas? —preguntó alegre.

—Claro que lo recuerdo, me salvaste de acudir al aburrido baile de debut de Ann Gardner —rio Rose.

—Y de romperte las piernas, estabas encaramada en la rama de aquel árbol como una ardilla, solo que sin la pericia para trepar de una. ¿Quieres recordar batallitas, o prefieres que te tome entre la hierba para sellar un nuevo recuerdo?

—No diré que no, pero mis intenciones hoy son otras, milord.

—Entonces vaya delante, *milady*.

—Bien, pero, antes de que protestes y te opongas, quiero que me escuches, Maxwell —dijo Rose y se detuvo antes de llegar a cruzar la baranda de piedra de la propiedad—. Sé lo que piensas sobre mi propuesta, pero, por favor, escúchame. Mi padre me dejó esta casa en herencia a mí, su hija menor, y diablos, ¡no sé qué hacer con ella! La tradición es que la esposa se mude a la casa del marido, así que cuando me case ni siquiera viviré ahí. Rosehall Manor permanecerá vacía hasta que mi madre o mis hermanas decidan visitarla en alguno de sus viajes... es un desperdicio.

—Sé lo que vas a sugerir, pecas, y la respuesta sigue siendo no.

La joven puso los ojos en blanco y gruñó, exasperada.

—¿Por qué? Es una casa enorme, ideal para una escuela —insistió.

—Porque eso implicaría que me estoy aprovechando de tu fortuna —contestó él—. Cielos, no creas que lo hago por orgullo, si lo hago es por honor, Rose, porque te respeto. Eres una de las mujeres más ricas no solo de Londres, sino de toda Inglaterra, y yo un noble sin título ni fortuna. No quiero que llegues a pensar algún día que te he utilizado, eso me partiría el alma por la mitad.

—¡Pero mira que eres idiota, Bedford! Cuando me case todo lo mío será de mi marido, ¿es que no sabes cómo funciona nuestro mundo? El hombre es quien controla la dote y propiedades de su esposa. Te la estoy ofreciendo porque te amo, no como una limosna. Hay quien lo haría, atráparte así... pero no yo.

Apenas lo dijo, Maxwell elevó la mano para acariciarle el mentón. ¿Qué había hecho para merecer a Rose? Sintió que el pulso se le aceleraba, no solo había vuelto a decir que lo amaba, sino que le abría su corazón: quería casarse. De pronto sintió los labios secos; sabía que debía decirlo, preguntárselo, pero se quedó paralizado. Al parecer, visitar la tumba le había afectado más de lo que creía.

Al verlo, la joven le rozó la mejilla antes de hablar en voz muy baja.

—Oh, Max... Siento mucho si te he molestado, no lo pretendía.

—No es eso, pecas, es que estoy abrumado, demasiadas emociones en pocos días —admitió él antes de sonreír de medio lado—. Vamos, si tu casa sigue siendo la mitad de buena de lo que recuerdo, será una escuela muy digna.

—Eso dalo por sentado, so testarudo —asintió Rose.

Maxwell la tomó de la mano y caminaron por el sendero de piedra que conducía a la mansión de los Stuart. Había visitado el lugar multitud de veces, para ambos estaba repleto de recuerdos. Rose había nacido y crecido allí, en esa casa colonial de piedra roja, grandes cristalerías y tejado de pizarra rodeada de robles, castaños y sauces llorones.

Allí había perdido su primer diente, sangrado en su primera caída del columpio, y jugado al escondite con sus hermanas. Allí había aprendido a cazar junto a su padre, que le enseñó a usar un pequeño mosquete a los seis años. Allí había tenido su primer periodo. Allí había conocido a Maxwell, junto al alto castaño cuyas ramas rozaban la ventana de su habitación.

Rose observó su hogar y sonrió: sería el escenario de nuevas aventuras, si Maxwell y el destino así lo querían.

Capítulo XXII

A corazón abierto



Rosehall Manor era todo lo que Maxwell había esperado y más. Se trataba de una enorme mansión colonial construida en ladrillo rojo, rectangular, con tres plantas y una gran balconada delantera sostenida por seis columnas de madera blanca. Del mismo color eran los marcos de las ventanas y las columnas, la baranda de piedra y la puerta; la única nota discordante la ponían el tejado de pizarra negra y la chimenea. Tras la casa se abrían tres edificios, los cuales Maxwell recordaba bien: las caballerizas, el almacén de herramientas y el antiguo molino, que hacía las veces de despensa.

Más allá, junto al arroyo que cruzaba el jardín había un merendero en el que se había escondido multitud de veces. Ahora veía sus infinitas posibilidades: ¡la de besos que le daría a Rose en él!

Cuando entraron a la casa Rose le mostró cada rincón; solo la planta baja sería más que suficiente para una escuela enorme. Había un salón que podían reconvertir en un comedor para los niños. Multitud de cuartos más pequeños que podían ser aulas: la sala de costura, la sala de música, la sala masculina... además, contaba con una biblioteca y un baño. Rose tenía razón, el lugar era mucho más apto que Bedford Hill, en esa casa construirían un colegio del que sus padres estuviesen orgullosos. Tendría que contratar a alguna maestra... pero estaba encarrilado.

Solo faltaba un asunto: pedirle matrimonio a Rose.

Con esa idea en mente decidió pasar la mañana a solas con ella, que el sol y el campo le inspiraran. La encontró en el salón junto a sus hermanas, todas estaban sentadas a excepción de Marianne, que estaba echada sobre la alfombra, riendo mientras leían y compartían confidencias.

Malvavisco mordisqueaba una pelota de cuero junto a la chimenea, y Maxwell se acercó. ¿De qué hablaban las mujeres cuando nadie estaba escuchando? Caminó en silencio, y ajenas a que las oía, siguieron hablando. Camelia, Rose y Magdalene se sentaban en el sofá de tres plazas que había junto al fuego, y Marianne se volvió, revelándole así el título del libro a Maxwell: *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe, novela que ella adoraba y había leído decenas de veces.

—¿Has llegado a la parte donde Emily conoce a Valancourt? —preguntó Rose.

—Leí ese capítulo ayer por la noche y hoy no podía dejarlo —admitió Marianne—. No tenía ni idea de que lo habías leído, Rosie, ¿te siguen gustando las novelas de amor?

—Pues claro que sí, y ese lo he leído mil veces desde que me lo prestó Cami. Es más, si te gusta el final, puedo recomendarte varias parecidas, Marianne —dijo Rose—. ¡Qué refrescante resulta encontrar jóvenes a las que les interese este tipo de lecturas y no los aburridos panfletos de etiqueta que están de moda en Londres! Si vuelvo a oír otra conversación sobre *Madame Greystone* y su *Guía de la señorita ideal*, me saco los ojos...

—Pues yo no sé por qué lo odias tanto, Rose, es una guía bastante completa y bien explicada de cómo ha de comportarse una dama para complacer a su marido —afirmó Camelia y acarició la cabeza del perrito, que se había puesto a olisquear, como si hubiese captado a Maxwell—. ¿Cómo, si no es gracias a libros como ese, vamos a saber lo que les gusta a los hombres? Al menos yo no tengo la menor idea.

Rose puso los ojos en blanco mientras cerraba su ejemplar de *Otelo*.

—Si quieres saber lo que de verdad le gusta a un hombre pregúntale a Theo, él te lo dirá con pelos y señales; seguro que lo sabe mejor que esa vieja bruja de Greystone.

—Mi hermano me hizo leerlo el verano pasado, lo trajo de Londres, precisamente —intervino Magdalene—. Dijo que las muchachas de la capital lo leen mucho, que sería una buena lectura para una debutante en ciernes como yo.

—¿Y te gustó? —dudó Rose.

—Encontré lógicas muchas de sus enseñanzas y consejos de cara al matrimonio, pero no es una lectura muy romántica, valga la redundancia. Entiendo por qué Max me lo compró, pero no es mi preferido.

—Entonces me alejaré de él como de la peste —bromeó Marianne.

Todas rompieron a reír y Maxwell decidió entrar en ese instante. *Malvavisco* corrió hacia él y lo alzó en brazos antes de sentarse sobre el reposabrazos. Se le había dibujado una sonrisa en los labios al oír la inocente conversación, pues de nuevo quedaba claro lo ingenuas que eran las damas y la hipocresía de su sociedad: a los hombres se les llevaba a desfogarse en plena adolescencia, mientras que las muchachas debían leer libros escritos por ancianas para hacerse vagas ideas.

Le había comprado el libro a Magdalene guiado por las críticas, pero quizá no fue la mejor de las ideas, visto lo visto. Al verlo llegar, Marianne escondió la novela de amor bajo un cojín con las mejillas rojas.

—No hace falta que lo escondas, no seré yo quien te juzgue, Mar, he leído cosas parecidas de buena gana —comentó Maxwell y dejó al perro en el suelo—. ¿Qué planes tenéis para hoy, señoritas?

—Camelia, Rose, Mags y yo vamos a ir al río, Rosie quiere hacernos un retrato con las pinturas que le regalo el coronel Barnett en su cumpleaños —explicó Marianne—. ¿Por qué no te unes? Hace buen tiempo y debemos aprovecharlo mientras dure.

—¿No vais a invitar a *lady* Marjorie?

—Ha ido al pueblo con mamá y Lottie, tardarán en volver —contestó Magdalene.

—En tal caso iré, también deseo comprobar esas dotes artísticas. Quién sabe, pecas, quizá te encargue un retrato al estilo francés —dijo Maxwell y después le guiñó el ojo—. Si lo pintas tú, lo colgaré sobre la chimenea, estaré muy orgulloso.

—Cuidado, Bedford, por gallardo que seas, mi talento artístico no es para tanto, apenas estoy comenzando a pintar y no te haré justicia —contestó Rose y de pronto se rio—. Si aún quieres, lo haré bajo tu responsabilidad.

—Creo que correré el riesgo.

—Entonces, amigos, tenemos un plan —sonrió Camelia.

—Tenemos un plan —asintió Maxwell.

Y así, Maxwell se encontró recogiendo las pinturas y los aperitivos. *Malvavisco* iría con ellos, y tras preparar una cesta con la ayuda de Sarah, las cuatro jóvenes, el heredero y el perro salieron de Bedford Hill en dirección al río Plym, mismo que corría por la periferia de la ciudad y separaba los bosques de los barrios de casas ricas como el de Rose.

El día estaba soleado, pero las nubes cargadas de azul como algodones empapados en tinta se acercaban por el norte. Rose caminaba delante con *Malvavisco* cesta en mano, Magdalene y Marianne lo hacían detrás cada una pendida de un brazo de su hermano. No fue hasta que llegaron a un lugar conocido que la joven Stuart se detuvo y plantó la canasta en el suelo, para volverse con una gran sonrisa.

—¿Qué os parece si nos detenemos aquí? Las vistas son preciosas y está bastante apartado, no nos molestarán —propuso.

—Es ideal, Rosie, me encanta —sonrió Marianne, y giró un par de veces sobre sí misma para mostrar su entusiasmo, antes de quitarse el sombrerito—; por mí adelante.

—Sí, este lugar que me trae buenos recuerdos —dijo Maxwell.

—Entonces sacaré la manta —asintió Magdalene.

Rose y Maxwell se miraron, y apenas sus ojos hicieron contacto Rose se ruborizó. Que Maxwell se acordara de por qué había elegido ese punto le aceleró el corazón. Allí, junto al trío de sauces llorones que había frente a la orilla, Rose y él se habían escondido la tarde del baile de debut de Ann Gardner, el día que se conocieron.

Se habían escondido bajo las ramas colgantes y pasado la tarde riendo de los absurdos protocolos de los bailes, de los corsés, y las dietas de sopa y fiambre de pavo que más de una seguía para entrar en el vestido del debut. Habían pasado siete años y Rose tenía los recuerdos tan vivos como aquel día. Al sentir que le ardían las orejas bajó la cabeza y miró a Magdalene, que había repartido los bocadillos de rosbif y los bombones de praliné en platitos, y posado las pinturas de Rose y sus pinceles junto a un lienzo al otro lado de la manta.

—¿Quién quiere ser el primero en posar? Solo he traído dos lienzos, pero algo se me ocurrirá para que entréis todos, quizá compartiendo el retrato —dijo Rose—. ¿Mar?

—Después de la merienda, los bombones de praliné me están poniendo ojitos —negó la rubia—. ¿Por qué no pintas primero a Maxwell? Si no, quedará desolado.

—No me opongo a esa idea, ¿estás de acuerdo, Rose? —preguntó él.

—Por supuesto, deja que saque el carboncillo y la rasqueta.

Maxwell se acomodó en un tronco bajo las ramas del sauce que lindaba con el río. El sol reflejaba destellos sobre su piel y su cabello, y sus ojos nunca habían parecido tan grises: el azul de sus iris parecía un cielo tormentoso. Rose se quedó alelada. ¿Cómo podía ser tan gallardo?

Lo amaba con locura, cada detalle e imperfección, y estaba a punto de comenzar a trazar cuando *Malvavisco* ladró y saltó a las rodillas del hombre, que rompió a reír y le rascó entre las orejas.

—Parece que el grandullón también quiere salir en el cuadro, ¿por qué no nos pintas a los dos? —propuso y de pronto elevó las cejas—. Ya sé, tal que... así —añadió antes de aflojarse el nudo del corbatín, que se quitó para abrir un par de botones de su camisa y ponerle la prenda a *Malvavisco* sobre el collar. Estaba adorable con el pañuelo de seda azul medianoche sobre su pelaje blanco—. Perfecto, ya estamos listos.

—Muy bien, pues empecemos —sonrió ella.

Pasaron los siguientes diez minutos en completo silencio: Maxwell posando, Rose dibujando, Marianne comiendo y Magdalene observando. Solo se oía el arrullo del río y las respiraciones alegres de *Malvavisco*. Al darse cuenta de esto, Maxwell miró a Rose, que se mordía la lengua como si estuviese preocupada, verla así no le gustaba.

—Estás muy callada, pecas, ¿estás nerviosa? —inquirió Maxwell.

—Un poco, no quiero decepcionaros. No me habéis visto nunca dibujar, y...

—Lo harás muy bien, Rose, no tengo duda —animó Magdalene—. ¿Y si compartimos algún

secreto para animar a Rosie y que se relaje? Puedo empezar yo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi dulce hermana mayor? —rio Marianne—. ¿En serio quieres revelar secretos vergonzosos?

—No tienen por qué ser vergonzosos, Marianne —se defendió Magdalene—. Si no, tal vez podamos hablar de otra cosa, leer un libro de poemas o...

—¡Te estaba tomando el pelo, boba, claro que me parece bien! De hecho, seré la primera —afirmó Marianne—. ¿Queréis oír un secreto vergonzoso? Allá va: fui yo quien hizo que el estofado de Lottie le causara aquella indigestión a la señora Burns, cambié la leche fresca por otra del día anterior y terminó en diarrea, como sabéis. ¡Culpable!

—Cielos, Marianne, eres un peligro —rio Maxwell—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque esa arpía quería mandar en casa más que papá. ¡Ja! Sobre mi cadáver.

Rose se rio a carcajadas al imaginar la escena: la mujer corriendo al excusado como alma que lleva el diablo. Su mano avanzó en los trazos mientras hablaban, y pronto tuvo un primer boceto de Maxwell y el perro. Entonces habló Magdalene.

—Si eso te parece vergonzoso espera a oír mi historia: una vez entré en un probador cuando había una pareja dentro retozando —confesó—. Le vi los pechos a la mujer, y casi me los pone en la cara tratando de expulsarme. ¡Qué vergüenza sentí!

—Vaya contigo, hermanita. ¿Y quién era la desafortunada a la que pillaste en el acto? —Se sorprendió Maxwell.

—Clotilde Evans, nuestra vecina —admitió Magdalene.

—¡No! Y parecía una pazguata... —rio Marianne.

—Esas suelen ser precisamente las más lanzadas, Marianne, no te dejes engañar por las apariencias cándidas: las mujeres sienten y necesitan tanta pasión como los hombres —dijo Maxwell y se volvió a mirar a Rose—. Creo que es mi turno: un día mientras paseaba vi a una chiquilla tratando de escapar de su casa por un árbol. Estaba a punto de caerse cuando subí a rescatarla. ¿Y sabéis qué? Ese inusual encuentro marcó mi camino, me hizo mejor persona sin siquiera haberme dado cuenta yo entonces.

—¿Por qué? —murmuró Rose, sabiendo que hablaba de ella.

—Porque no sería el hombre que soy de no haber tenido lugar. Siempre había creído que, como hombre, debía vivir un amor perfecto junto a una señorita intachable... y no podía estar más equivocado. Ahora lo sé, ella me hizo ver que los sentimientos que importan son los que nacen de la complicidad y no de las apariencias.

—¡Qué cosa más profunda has dicho, Maxwell! Espero que no estés hablando de la señorita Elliot, porque no me la imagino trepando a un árbol —resopló Marianne.

—No, no estaba hablando de ella —suspiró él.

Apenas lo dijo se produjo el silencio, Marianne y Magdalene se miraron entre sí y después se fijaron en su hermano. Jamás habían escuchado hablar de ese modo a Maxwell, y las sonrisas se dibujaron en sus rostros al entender que aquello había dejado de ser una charla insustancial. Rose había detenido la mano sobre el lienzo, roja como la grana. No podía estar más de acuerdo con él; su encaprichamiento con Leonard era la prueba.

—¡Ya está, el primer boceto está terminado! Solo queda colorearlo —anunció con una sonrisa—. Espero que te guste, Maxwell, no soy la mejor con los lápices...

—Deja que sea yo quien juzgue eso —dijo él y se levantó para mirarlo. El lienzo le mostraba a él inclinado, de las rodillas hacia arriba, con Malvavisco entre los brazos. Rose había hecho énfasis en el juego de volúmenes, dado brillo a su cabello, y sombra a sus clavículas, pómulos y labios, era magnífico—. Cielos, pecas, ahora más que nunca deseo que me plasmes como Dios

me trajo al mundo; este dibujo es muy tú, refleja tu esencia.

—¿De verdad te lo parece?

—Ved, hermanas, y decid si no tengo razón —dijo Maxwell y les mostró el dibujo.

Las dos jóvenes se levantaron para ver el boceto y felicitar a Rose. Y al hacerlo plasmaron una gran sonrisa en las mejillas de la joven. Después la tarde se sucedió entre risas y bocadillos. *Malvavisco* se había adelantado para jugar entre la hierba y Rose lo siguió mientras sus amigas charlaban de los próximos libros que planeaban leer. No se dio cuenta, pero había comenzado a alejarse del río y seguido el camino que llevaba a su casa.

El labrador se detuvo en los bordes de su propiedad, y Rose no pudo evitar reír al darse cuenta. Parecía que *Malvavisco* había memorizado el camino y hecho de Rosehall Manor un segundo hogar mental.

—¿Te gusta, verdad que sí, amiguito? Esa de ahí es mi casa, el lugar donde crecí —explicó Rose, antes de detenerse frente al castaño de la discordia para señalarlo con un dedo—. Y este es el árbol donde nos conocimos Maxwell y yo, lo recuerdo como si fuese ayer.

—Cada día está más alto, a este paso las ramas rozarán tu ventana —dijo una voz a su espalda.

Rose se volvió para encontrar al susodicho, que se acercaba a paso tranquilo por el sendero.

—¡Maldición, Bedford, casi me matas de un susto! —exclamó Rose.

—Nada más alejado de mi intención, pecas, parafraseando lo que dijiste una vez: no puedes morir y privarme de tu presencia.

—Oh, ¿así que me he vuelto imprescindible para tu supervivencia? —bromeó Rose.

—Sí.

—¿Y no puedes imaginarte sin mí a tu lado?

—Impensable.

—¿Y sueñas con mis besos... y con mis labios? —tanteó Rose y se acercó a él, que la estrechó entre sus brazos antes de rozarle la boca—. ¿Con sentirme muy cerca?

—Te llevo en la mente a cada momento, Rose, todo en ti me vuelve loco —contestó Maxwell y comenzó a rodar la lengua por su cuello, hasta el lóbulo de su oreja, que mordió con cuidado para después susurrarle al oído—. Hueles a rosas y canela, eres una tentación..., me encanta tu aroma y el tacto de tu piel.

—¿Y-y qué más? —susurró ella, obnubilada, con los ojos cerrados.

—Adoro sentir tu pulso bajo los labios, saber que ese corazón rebelde late de amor por mí. Te me has metido bajo la piel, y deseo perderme en ella. Eres mi sueño, mi más bella fantasía echa carne, Rosie, jamás había sentido algo semejante por nadie.

—¿Ni siquiera con Clara?

—Ni siquiera se acerca —contestó Maxwell.

Rose se separó lo justo para mirarlo a los ojos, y al encontrar sus iris, índigo contra gris azulado, el corazón le dio un vuelco y lo besó. Maxwell devolvió la caricia y, para su sorpresa, Rose tomó la iniciativa y le recorrió la boca con pasión, logrando que Maxwell sonriera. Movida por un impulso, lo empujó para que se sentara en la hierba y se acomodó a horcajadas sobre sus muslos, encajando sus caderas antes de besar la piel que asomaba por el hueco de la camisa.

Abrió los botones y comenzó a besarle la clavícula mientras luchaba para desabrocharle el cinturón; le sacó la camisa y desnudó su fuerte y duro pecho, que comenzó a lamer y sembrar de besos para delirio de Maxwell. Estaba maravillado con la iniciativa de la joven: actuaba por puro instinto, era gloriosa. Cuando Rose jugó con uno de sus pezones, un latigazo de placer le sacudió el miembro. El deseo burbujeaba y la joven notó la hombría de Maxwell endurecerse y rozarle el sexo, y un hormigueo la recorrió, llamándolo a su interior a voz en grito.

—Por favor, Max... te necesito, necesito sentirte... —murmuró entre sus labios, comiéndose su boca a besos con los ojos cerrados, adicta a su sabor y al baile de su lengua, perdida en un mar de sensaciones mientras se movía sobre él en busca de contacto.

—Yo también, muero por tomarte otra vez, Rose, pero mira donde estamos. ¿Y si vienen mis hermanas?, ¿o uno de tus criados?

—Que vengan, no tengo de qué avergonzarme, soy tuya y quiero que todos lo sepan.

Maxwell no se hizo de rogar y enterró el rostro en su cuello para marcarla con besos apasionados: si eso era lo que Rose quería, le daría al mundo las pruebas que la señalaran como suya. La joven jadeó y él desató el lazo delantero del vestido y comenzó a lamer la areola que asomaba sobre la combinación, mientras le acariciaba la espalda con una mano y el pecho con la otra. Succionó el pezón con la boca, se sentía glorioso entre sus labios, y no dejó de adorarla hasta que estuvo duro y erguido.

—Maxwell, no aguanto más... por dios, entra ya en mí —rogó Rose.

—No he terminado contigo, cariño, solo estoy empezando, déjame complacerte.

¿Complacerla? La estaba complaciendo de formas que ni imaginaba. ¿Acaso había más? Se apresuró a asentir, muerta de deseo y curiosidad, y Maxwell sonrió mientras los volteaba a ambos para tenderla sobre el pasto y quedar encima. Volvió a besarla, y mientras lo hacía hundió una mano en sus enaguas: estaba empapada, lista para él, pero quería mostrarle que había mucho más que descubrir y sentir.

Quería hacerla feliz, hacerla estallar como nunca. Una vez la hubo saciado de su boca, Maxwell se agachó y hundió el rostro entre sus piernas para sembrar de besos su piel. Rose jadeaba, temblaba bajo su toque, y cuando comenzó a besar su lugar más sagrado, creyó morir y ver las estrellas.

—¡Maxwell! —fue lo único que alcanzó a decir al terminar.

Maxwell sonrió complacido al verla tan deseada y plena, tan feliz.

—¿Te ha gustado?

—Engreído... sabes que me ha encantado y buscas halagos...

—Funciona, ¿no? —bromeó alegre mientras entraba lentamente en su interior.

Lo hizo despacio para no hacerle daño; a pesar de haber dejado de ser virgen, Rose era increíblemente estrecha. Cuando ella se movió, comenzó a balancearse dentro y fuera.

—Funciona de lujo, so descarado —gimió Rose y lo besó—. Te amo, Max, te amo...

Fue un ladrido asustado lo que detuvo sus labios. Ambos elevaron la cabeza hacia el árbol para encontrar a *Malvavisco* encaramado en una de las ramas, la misma que llevaba a su habitación, la misma de la que casi se había caído. Rose se rio, antes de darle un último beso y ponerse en pie con cuidado, con la vista fija en su mascota.

—¿Quieres que suba a buscarlo? —propuso Maxwell.

—No hace falta, iré yo, no tardaré ni un minuto —negó Rose, que comenzó a subir por los huecos del tronco con el vestido medio abierto. Era curioso que precisamente ese día no se hubiese puesto corsé—. ¿Cómo habrá llegado allá arriba él solo? No tenía ni idea de que los perros sabían trepar.

—No todos lo hacen, pero *Malvavisco* no ha alcanzado su tamaño final todavía. Por favor, ten cuidado, Rose, ese tronco no parece muy apto para subir con tacones.

La joven resopló y le miró desde arriba, casi había llegado a la rama.

—He trepado a este árbol mil veces, Bedford, creo que puedo arreglármelas —dijo mientras subía y se arrodillaba junto a *Malvavisco*. El labrador gimió, asustado, y ella lo animó con un chasquido de dedos—. Ven, pequeño, te voy a bajar. Vamos, así, cariño, ven, no tengas miedo...

así, *Malvavisco*, buen chico.

—¡Sostenlo con una mano, Rose, sujétate bien con la otra! —pidió Maxwell.

—¡Tranquilo, ya lo tengo!

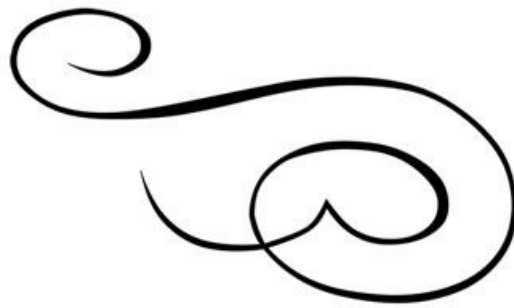
Dicho aquello comenzó a bajar, como había aconsejado Maxwell, con el perro bajo el brazo derecho, mientras se sostenía al tronco con el izquierdo. Y entonces se le resbaló el pie. Maxwell lo vio todo como a través de una lente, y el corazón se le detuvo al ver soltarse la mano de Rose y caer de espaldas desde tres metros de altura. La joven no gritó, soltó un jadeo de sorpresa antes de caer, y se golpeó de espalda como un saco de piedras contra la hierba. Maxwell corrió a su lado en un instante.

Malvavisco estaba bien, protegido por el brazo de Rose, pero ella no se movía. Y Maxwell jadeó asustado mientras apartaba al perro y le tomaba el rostro entre las manos.

—Dios, Rosie... hálame... —rogó aterrorizado—. Rose, ¡Rose!

La joven no contestó. No reaccionaba, y al moverle la cabeza notó que estaba seca, no había rastro de sangre. ¿Por qué no despertaba entonces?, ¿acaso estaba... estaba? Incapaz de soportar semejante idea, Maxwell acercó el rostro a su nariz para comprobar si respiraba, y cuando un soplo de aire le golpeó la mejilla su corazón volvió a latir.

Rose estaba viva y necesitaba la ayuda de un médico cuanto antes. Sin pensarlo dos veces tomó a la joven en brazos y hecho a correr hacia la casa. Que Dios le ayudara, pero si algo le ocurría a Rose por su culpa, maldeciría al destino, a su abuela y a su propia vida. Debía despertar, tenía que ponerse bien... y cuando cruzó las puertas de Rosehall Manor gritando como un loco para atraer la atención de los criados, supo que no le importaba nada más en la vida que ella, que verla feliz y a salvo. Cuando despertara, porque lo haría, la convertiría en su esposa.



El péndulo del reloj pasaba de lado a lado con su lento *tac, tac*, al ritmo del corazón de Maxwell, que permanecía sentado en el suelo junto a la habitación de Rose mientras el médico la examinaba. Al otro lado de la sala Marianne caminaba de un lado a otro, y el repicar de sus tacones sobre el suelo de madera pulida le estaba poniendo de los nervios. Su madre y Magdalene permanecían sentadas en un sofá con *Malvavisco* entre los brazos.

El perro parecía deprimido, como si notase que algo malo le sucedía a su dueña. Cuando no pudo soportarlo más, Marianne puso los brazos en jarras para cruzar la alfombra y detenerse frente a la puerta.

—¿Por qué diablos tarda tanto en salir y decirnos algo? —exclamó molesta—. Los nervios me

están matando... ¡Ni que Rosie se hubiese abierto la cabeza!

—Cállate, Marianne, no digas esas cosas —susurró Magdalene.

—No seáis agoreras, seguramente está tardando porque está revisando sus heridas —intervino Adeleide y bajó la vista hacia su primogénito, preocupada—. Maxwell, hijo, ¿por qué no entras y preguntas?

—Lo haré, esta espera va a acabar conmigo —asintió él.

Sin más que añadir, se levantó y tocó un par de veces antes de entrar. Cerró a su espalda y se acercó despacio para no hacer ruido. La habitación estaba en penumbra, el médico había corrido las cortinas y encendido la chimenea, y el calor de la estancia le golpeó.

Maxwell llevó sus claros ojos azul grisáceos hacia Rose, que permanecía tendida en la cama, vestida con un fino camisón y cubierta hasta los hombros con las mantas. El doctor estaba al otro lado de la estancia, lavando un paño con el agua de la jofaina. Maxwell arrugó el ceño y se acercó.

—¿Cómo está? —preguntó directo.

—Iba a salir en unos instantes a darles mi informe, lord Bedford, no era necesario que entrase a perturbar a la paciente —contestó él—. No es adecuado que un joven esté a solas con una señorita en paños menores, aun si está convaleciente y en cama.

—¿Y usted sí puede? Peor me parece que la manosee un viejo.

—¡No sea insolente, muchacho! Soy médico, fui yo quien trajo a esta chiquilla al mundo hace dieciocho años, no acepto sus palabras.

Maxwell suspiró. Sabía que se había sobrepasado, pero tenía los nervios de punta.

—Lo lamento, doctor Thomas, me disculpo por mi descaro. No pretendía insinuar nada, es solo que... tengo miedo. Rose es mi prometida y si algo le pasa no sé qué haré —admitió compungido—. ¿Puede decirme cómo está, por favor?

—Rose se ha golpeado la cabeza, ha sufrido una contusión, pero su flujo sanguíneo está bien, no padece un derrame. He revisado su cráneo y su espalda para asegurarme, puede estar tranquilo.

—¿Entonces por qué no se despierta? —dudó Maxwell.

—Lo hará en las próximas horas, le he inyectado adrenalina para acelerar el proceso —explicó el doctor Thomas—. No se apure, muchacho, se recuperará. Y cuando despierte ocúpese de que no haga actividad física durante unos días: cabalgar, nadar... debe reposar.

—Lo haré, me encargaré personalmente de cuidar de ella.

—En tal caso saldré a informar a su madre y a sus hermanas, parecían bastante angustiadas cuando llegué. No cierre la puerta, es posible que la señorita Stuart nos oiga y se despierte.

Maxwell asintió, y mientras el médico hablaba con su madre, sus hermanas y el servicio de Rosehall Manor para tranquilizarlos, se acercó al colchón y le sostuvo la mano a la mujer que amaba. Rose dormía apaciblemente y el color había vuelto a sus mejillas. Su pecho se movía arriba y abajo al ritmo tranquilo de su respiración, y Maxwell se permitió dejar a su corazón volver a latir. Ese par de horas había sido el peor de su vida: si algo le hubiese ocurrido a Rose, que el infierno se lo llevara, porque la hubiese seguido.

Capítulo XXIII

Una promesa eterna



Theodore llegó a la mansión de la familia Stuart con las primeras luces de la tarde. Pretendía sorprender a sus amigos y llevarles noticias de Londres; así que se encaminó sus pasos a Bedford Hill, dónde le dieron la noticia de lo que le había sucedido a Rose. Apenas se enteró de lo que le había ocurrido a su amiga, la alegre sonrisa que siempre le marcaba los hoyuelos en el rostro se borró, y golpeó a Maxwell con todas sus fuerzas.

Y este aguantó sin quejarse el empujón que le propinó Theodore apenas cruzaron miradas; les había prometido cuidar de ella y a la primera de cambio Rose salía herida. El envite fue tan fuerte que lo lanzó al suelo, y el menor de los Barnett estaba a punto de volver a golpearlo cuando la puerta del saloncillo se abrió y apareció Marianne con expresión agitada; los dos se volvieron hacia ella, alarmados.

—¿Qué ocurre, Marianne? —preguntó Maxwell con el corazón en la garganta.

—Es Rosie, está bien, se ha despertado —anunció.

Ambos hombres subieron a toda velocidad para plantarse frente al dormitorio de la joven. Y la encontraron sentada, recostada sobre los almohadones con una gran sonrisa. Magdalene se sentaba a un lado y Adeleide al otro; mientras que Agnes, la gobernanta de esa casa, sonreía y servía avena con leche y miel en una enorme taza.

Para Maxwell el mundo se iluminó como un amanecer: todos dejaron de importar, solo tenía ojos para ella. Cruzó la distancia que los separaba para tomarle las mejillas entre las manos y darle un beso que Rose respondió acercándolo por las solapas de la camisa, entre los aplausos de sus amigas y su madre. Únicamente Theodore y la sirvienta no aplaudieron, demasiado sorprendidos para decir nada. Tras un último y tierno beso sobre su nariz, Maxwell bajó la mirada y le sostuvo las manos a Rose, y ella rio alegremente.

—Vaya, vaya, Bedford, si esta va a ser tu reacción cuando me veas despertar, tendré que caerme de los árboles más a menudo —bromeó.

—No juegues conmigo, Rose, cuando te vi caer casi se me para el corazón. Cielos, ¡y dicen que soy yo el seductor! Me has seducido tú a mí, pecas, te has convertido en mi soporte y ya no puedo vivir sin ti: soy completamente tuyo, si quieres aceptarme —dijo Maxwell, que no apartaba los ojos de los de ella, y Rose entreabrió los labios.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Pero es que aún lo dudas, amor mío? ¡Te amo!, ¡te amo con cada fibra de mi ser! Cada aliento y cada latido de mi corazón son tuyos, Rose. Deseo que seas mi esposa, quiero ser tuyo y que tú seas mía para siempre —contestó Maxwell sin hacer ni una pausa para tomar el aire—. ¿Qué dices, pecas, te casarás conmigo?

—¡Pues claro que me casaré contigo! Te amo, Max, y tampoco me imagino sin ti —dijo Rose y se lanzó a sus brazos—. ¡Te amo, te amo, te amo!

Ahora sí, el aplauso fue mayúsculo. Theodore cruzó una mirada con Rose, y solo le bastó ese cruce fugaz para darse cuenta de cuanto amaba la joven a Maxwell. Era feliz, y él la apoyaría en cada paso que diese en la vida: eso es lo que hacía un buen hermano.

—Me parece que las bendiciones van ahora, ¿no? —sonrió Theodore, y le dio una palmada en la espalda a Maxwell—. Felicidades, Bedford, te llevas a una mujer increíble.

—Gracias, amigo mío. Y, sí, Rose es la mejor —asintió él.

—¿Para mí no hay enhorabuenas, Barnett? —dijo Rose e hizo un falso puchero.

—Muchas felicidades, Ro, vas a ser la novia más hermosa de Inglaterra. Si no te viese como a mi hermana, lucharía con este necio por ser tu marido. ¡Eso sí, espero que me elijas para llevarte al altar! Edward está muy bien, pero carece de mi encanto personal.

La joven rio, y el menor de los Barnett amplió la sonrisa, antes de ser arrastrado a la cama y envuelto en un gran abrazo.

—La duda ofende, Theo, por supuesto que serás tú —afirmó la joven—. Además, no quiero esperar, deseo casarme en un par de días, así que podéis ir a buscar a un párroco. La vida me lo está diciendo alto y claro y no pienso ponerme en su camino.

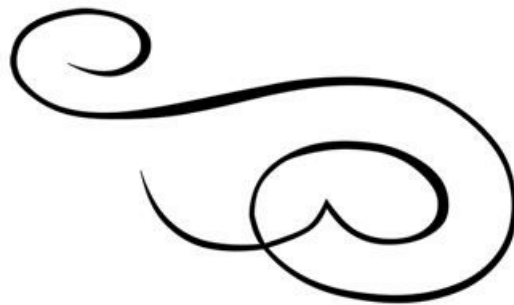
—Pero Rosie, ¿en dos días? Hay que enviar invitaciones, comprar flores, el menú... —señaló una consternada Magdalene.

—¡Al diablo las invitaciones! No necesito ninguna de esas cosas, y mi reputación está totalmente destruida. ¿Quién diantres iba a querer venir a mi boda? Además, tengo lo más importante: a mi hombre. Tengo a mis amigas, tengo mi hogar y tengo a mi familia. Ed, mi madre y mis hermanas tendrán que darse prisa, porque me muero de ansias por ser conocida en todas partes como la señora de lord Maxwell Bedford.

—¿Estás segura de que no quieres esperar? —susurró Maxwell.

—Nunca he estado más segura de nada, Max.

Él asintió, y así, con un nuevo beso, su promesa quedó sellada.



La mañana del gran día se levantó calurosa, despejada y sin una nube, los cielos parecían estar sonriéndoles y bendiciendo su unión; Rose no podía estar más contenta. Su familia llegó la noche anterior, apenas les llegó el correo urgente que envió Theodore subieron al carruaje y Oliver hizo volar a los caballos sobre el camino.

Ahora, a menos de una hora de andar por el pasillo hacia el altar, la novia caminaba de un lado a otro mientras Violet trataba de atarle los lazos del vestido, que había traído desde Londres para ella. Se trataba de una creación inédita, un vestido de seda de loto en capas con forma de hojas, ligero y vaporoso como una pluma y sin un solo bordado: era sencillo y de caída recta, representaba el carácter directo de Rose. La manga era corta y el escote en forma de corazón.

Cuando casi se pisó la cola del traje, Violet suspiró y tiró del corsé para pararla, logrando que Rose soltara un gritillo y se volviera.

—Estate quieta de una vez, Rose, así es imposible terminar de atarlo —regañó Violet.

—Lo siento, Vivie, es que estoy muy nerviosa. Nunca creí que me casaría tan joven, y además con Maxwell. ¿Os lo podéis creer? Aún me parece un sueño, hermanas, de entre todos los hombres voy y me enamoro de él... Max y yo, parece una receta para el desastre —admitió Rose.

—¿Tan pronto y ya te estás arrepintiendo de tu decisión?

—¡Ni en un millón de años! Casarme con él es la mejor decisión que he tomado, Maxwell es el hombre con el que siempre había soñado y no me había dado cuenta: es valiente, divertido, descarado, gallardo, soñador... Es todo tan perfecto que tengo miedo de arruinarlo, soy un desastre. ¿Y si digo o hago algo fuera de lugar? Mira lo que sucedió en Londres con *lady* Arabella.

—No arruinarás nada, Rosie, hoy es tu gran día; no importa que cometas errores, vas a estar rodeada de tus amigos y tu familia para unirme al hombre que amas —intervino Camelia, que estaba terminando de decorarle los rizos con perlas barrocas—. Estás preciosa, hermanita, y en menos de una hora vas a ser la mujer más feliz del mundo. ¡Enséñales tu bella sonrisa y deja de temblar!

—¿Recuerdas lo que dije de que eres la mejor dando discursos motivadores, Violet? —comentó Rose cuando la mayor asintió—. Pues te ha salido competencia, Camelia sabe siempre qué decir para subir el ánimo. ¡Os quiero, hermanas, os quiero muchísimo!

—Y nosotras a ti, Rosie —dijo Camelia.

—Vamos, dadme un abrazo, las dos —rio Violet.

Tras el emotivo abrazo, Violet le colocó un velo de tul bordado con rosas y le entregó el ramo de novia. Estaban listas para bajar cuando la puerta se abrió para revelar a Edward enfundado en su uniforme militar de gala: casaca roja de coronel con botonadura dorada, chorreras, fajín y botas de montar. Parecía más que nunca el duque de Braithbury, y al verlas sonrió y se acercó. Tras felicitar y abrazar a la novia estrechó el brazo de su esposa y las condujo al carruaje que las guiaría al templo.

La boda no se iba a celebrar en la iglesia de St Andrew, sino en una pequeña capilla a las afueras. Ni Rose ni Maxwell habían querido levantar revuelo, conscientes de los escándalos que los envolvían; acudirían solo la familia y unos cuantos amigos de los Stuart. En eso tanto los Barnett como los Bedford estuvieron de acuerdo.

La capilla de Santa María era de estilo románico, pequeña y acogedora, poca gente solía visitarla aparte de los parroquianos habituales que acudían a misa. *Lady* Florence, *lady* Marjorie y Adeleide habían decorado los bancos con rosas y lazos, y el aroma del incienso se mezclaba con el de las flores y las velas. Cuando el carruaje de la novia a las puertas llegó, los escasos invitados ya estaban dentro junto al novio y el párroco, así que Rose bajó de la mano de Edward y caminó hacia la puerta, donde Theodore la estaba esperando para guiarla al altar.

Sus hermanas, su tutor y su madre se alejaron para sentarse, así que Theo y ella aguardaron a que el único violinista que habían encontrado en ese tiempo tan escaso tocara la marcha nupcial,

una melodía de Handel. Theodore comenzó a avanzar y Rose apretó el ramo con el corazón martilleándole en el pecho con la fuerza de un tambor.

—Sé que vas a ser feliz con Max, pero, si en algún momento te hace sufrir, dímelo, ¿de acuerdo? —susurró él mientras cruzaban el pasillo—. Te deseo lo mejor, Ro.

—Y yo a ti, Theo, te quiero —sonrió ella.

El menor de los Barnett le besó la mejilla y le entregó la mano de la novia a Maxwell, antes de alejarse para dejar a los novios mirándose como idiotas enamorados frente al sacerdote, un hombre regordete de aspecto bonachón enfundado en una sotana sencilla. Y apenas sus ojos se encontraron, Maxwell se derritió.

Rose estaba preciosa, más bella que un ángel con su vestido de seda y su cabello rizado sembrado de perlas. Traviesos tirabuzones caían sobre su tentador escote, en el que solo brillaba un colgante: la gargantilla de oro y zafiros que le regaló la vizcondesa viuda en su cumpleaños. Pero lo mejor eran sus ojos. Su mirada era un cielo estrellado, sus profundos orbes brillaban a la luz de las velas rebosantes de amor, y Maxwell suspiró sin poder evitarlo.

—Cielos, estás guapísima... —murmuró.

—Lo mismo podría decir yo, Max, estás imponente —sonrió ella.

—Entonces, cariño, somos tal para cual.

Rose se rio sin poder contenerse, fue el carraspeo del párroco el que hizo que se volvieran a mirarlo con las mejillas rojas. Se notaba a simple vista el amor que se tenían, un amor nacido de la más profunda amistad. Y cuando el sacerdote pronunció su discurso, lleno de esperanza y promesas, Rose se emocionó.

No fue hasta que llegó a la parte del intercambio de los votos y alianzas que el valor y la determinación volvieron a ella.

—Repita conmigo mientras pasa el anillo por su dedo, señorita: yo, Rose Stuart, tomo a lord Maxwell Bedford como mi esposo, para serle leal hasta el último de mis días —dijo—. En la salud, en la enfermedad, en la pobreza y en la abundancia, en la alegría y en la pena, hasta que el Señor me llame a sus puertas. Yo, Rose Stuart, seré tuya.

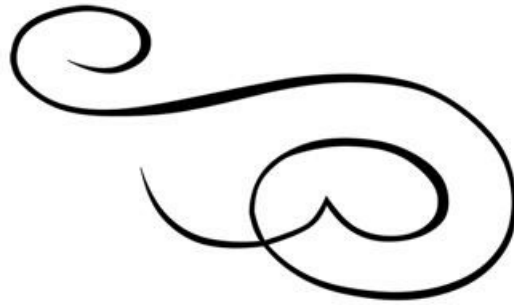
La joven pasó la alianza por el dedo de Maxwell a la vez que repetía los votos, y cuando llegó el turno de Maxwell, estrechó su mano y se perdió en sus suaves ojos grises.

—Yo, lord Maxwell Bedford, tomo a la señorita Rose Stuart como mi esposa, para serle leal hasta el último de mis días —recitó él mientras deslizaba el anillo—. En la salud, en la enfermedad, en la pobreza y en la abundancia, en la alegría y en la pena, hasta que el señor me llame a sus puertas. Yo, lord Maxwell Bedford, soy y seré siempre tuyo.

—Bien, os declaro marido y mujer. Que lo que Dios ha unido, ningún hombre lo separe. Si no hay nadie que se oponga a esta unión, milord, puede besar a la novia.

—Ya estaba tardando, padre —sonrió Maxwell.

Y bajo el clamoroso aplauso de los invitados, el hombre atrajo a su flamante esposa contra su pecho y le acunó las mejillas para atrapar sus labios en un beso. Ya era oficial: Rose Stuart había dejado de serlo, para convertirse en *lady* Rose Bedford, su esposa.



Un solo mordisco, uno solo fue necesario para que la joven jadeara de placer.

—Por todos los cielos, ¿quién ha hecho esta tarta? Que venga ahora mismo, que me quiero casar con él —bromeó Rose aún con la cucharilla en la boca—. Esto es mejor que rozar el cielo con las manos...

—Pobre de ti, Bedford, te acabas de casar y ya te ha salido competencia —dijo Theodore entre risas y le dio una palmada en la espalda.

—Si la competencia es Lottie podré vivir con ello, a fin de cuentas, yo también me casaría con ella solo para degustar a diario sus gloriosos platos —contestó él, que mordió el pastel de yema de huevo con merengue y crema de queso italiano, complacido. Después se volvió hacia la mujer que le había criado—. Esta vez te has superado, es la mejor tarta que he comido nunca.

—Una receta que he aprendido de Agnes, esa mujer es estupenda, deberían darle las gracias a ella —comentó el ama de llaves en referencia a la gobernanta de la familia Stuart.

—No dudes que se hará, Charlotte, entre las dos habéis creado una comida exquisita —sonrió Edith—. Aunque antes, creo que es mi deber como madre pedir a los novios que me deleiten con un baile. No todos los días se casa la hija pequeña de una, ¡estoy emocionada!

—Estoy de acuerdo con Edith, también quiero ver ese baile —dijo Marge.

Maxwell se volvió hacia Rose, y tras dejar un suave beso sobre su mano, le acarició el dedo con la alianza e hizo un gesto para señalar el prado. No habían tendido la alfombra ni construido una tarima: la hierba y las flores serían su pista de baile.

—¿Qué dices, pecosita, te animas? —dijo Maxwell.

—Solo si dejas de llamarme así y empiezas a llamarme «esposa». Ya te lo avisé el primer día, Bedford, hace mucho que dejé de ser una niña —señaló Rose.

—Soy bastante consciente, amor, eres una mujer deliciosa... y toda mía. Vamos, Rose, compláceme, baila con tu recién estrenado marido.

—Sí me lo pides así...

Ambos se miraron y rompieron a reír, antes de levantarse y encaminarse al centro del jardín para empezar un vals. La orquesta era muy sencilla, solo el violinista, un chelista y Camelia, que se sentó tras el piano. Cuando la suave melodía comenzó a sonar, Maxwell le envolvió la espalda a su esposa y la acercó contra su pecho.

Rose elevó la cabeza y él inclinó la suya para rozar sus labios, y así, entre suaves arrumacos y giros lentos, abrieron su primer baile de casados. Rose apoyó el rostro en el hombro de Maxwell, y él le acarició la piel desnuda de la espalda, entre su cuello y el borde del vestido. Aquel sutil

gesto la hizo estremecer y hormiguitar el bajo vientre.

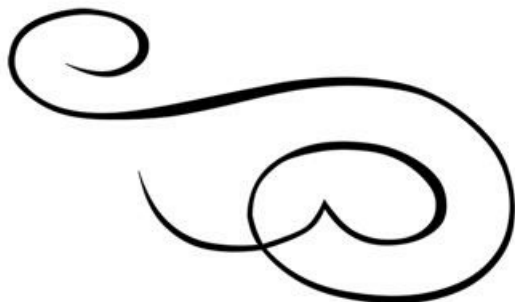
—¿Te das cuenta que nuestro primer baile fue como este? También me tocaste y me hiciste temblar... no sé que tienes, Bedford, pero me derrites como mantequilla —susurró Rose con los ojos cerrados.

—¿Te refieres al baile en tu fiesta de cumpleaños?

—Sí, aquel fue tu primer acto seducción... aunque en realidad ya habías empezado a gustarme mucho antes, creo que no lo supe hasta el beso que te di en El Lazo Dorado. Parece que fue ayer, pero quiero que me sigas enseñando, deseo seguir aprendiendo a tu lado, Max.

—Y lo haré, cariño, mientras viva —dijo Maxwell y la besó.

No oyeron el mar de aplausos a su espalda, para la pareja el mundo había dejado de existir. Y esa pequeña burbuja solo estaban ellos dos: Max, y Rose.



Los festejos de la boda duraron varios días, y todos se alojaron en Rosehall Manor. Violet se mareaba por las mañanas debido al embarazo, pero la incipiente curvita que se veía en su tripa bajo la muselina del vestido hacía que valiese la pena. Debido a eso, paseaba por el jardín junto a sus hermanas y sus amigas después de desayunar, dejando solos a los hombres para cabalgar y hablar de sus asuntos hasta el mediodía.

Maxwell y Edward habían decidido por mutuo acuerdo que el viaje de luna de miel se retrasaría un poco, hasta que se pasase el revuelo del escándalo del festival de flores. Habían pasado dos semanas desde el enlace y se encontraban en uno de esos paseos a caballo. Maxwell bajó de la silla de *Eros* para darle de beber en el arroyo que cruzaba la propiedad, y Edward, Theodore y William le imitaron y soltaron a *Galán*, *Diablo* y *Trovador* para que recobraran el aliento.

El día había amanecido muy caluroso, así que se sentaron a la sombra de un roble mientras sus monturas pastaban brotes de margaritas silvestres. Fue el menor de los hermanos Barnett quien rompió el silencio, tras apoyar la espalda contra el tronco y cortar un hierbajo que se metió en la boca, mordiéndolo mientras pensaba.

—Creo que voy a regresar a Londres mañana por la mañana. No me malinterpretéis, me encanta pasar tiempo aquí, en Plymouth, casi se siente como si estuviera reviviendo mis correrías de años mozos... pero el jolgorio no puede ser infinito —declaró con la brizna aún entre los labios.

—¿Tiempos mozos? Vamos, Theo, pero si acabas de cumplir treinta y uno. Si alguien puede

sentirse viejo aquí soy yo, que ya estoy a punto de entrar en los cuarenta —resopló William—. ¿Por qué quieres irte realmente? No me creo esa excusa tuya, así que habla.

—Sabes de sobra el por qué, Will.

—¿Lo dices por Leonard Bedford? —intervino Edward.

—Hace un par de días me llegó una noticia, y quería constatarla antes de decidirme —dijo Theodore—. Ya lo he hecho, lo he leído hoy en la prensa, y me temo que nuestros temores respecto a él se han hecho realidad.

—¿A alguno le importaría contarme de qué estáis hablando? —dudó Maxwell—. Deduzco que habláis de algo que ha hecho mi primo, pero no sé a qué os referís. ¿Qué ha hecho ahora?

—Mejor sería decir qué no ha hecho...

Los hermanos Barnett se miraron, y Edward se acarició la barba antes de hablar, gesto que hacía siempre que estaba preocupado. Maxwell aguardó, paciente.

—No hemos querido decir nada para no arruinarte el ánimo, pero tras el incidente en el festival de las flores, tu abuela, *lady* Arabella, nombró heredero a Leonard. El muy desgraciado se cree ya con el título en las manos... esta desatado, hace lo que le apetece sin importarle el apellido Bedford —explicó Edward—. Pasa las noches despilfarrando en clubes y yaciendo con jovencitas, se ha descontrolado por completo.

—Eso ya lo hacía antes —señaló Maxwell.

—Sí, pero al menos se molestaba en disimular. Ahora ya no le interesa contenerse.

—La semana pasada se batió en un duelo con *sir* John Hubbert, que ha muerto hoy, lo he leído en el periódico, ha sido un escándalo. Al parecer, Leonard se trabajó a su hija... y el pobre inconsciente lo retó —dijo Theodore—. ¿En qué estaría pensando ese hombre, acaso no sabía que el desgraciado de Leonard es campeón nacional de esgrima?

—Alguien debe pararle los pies —declaró Maxwell y arrancó hierbajos con los puños de pura frustración; se le había agriado la mañana—; no puedo permitir más esto.

—¿Y qué piensas hacer? Tu abuela te ha desheredado, amigo mío —dijo William.

—Me da igual, con título o sin él, no pienso permitir que Leonard siga ensuciando el nombre de mi familia. Volveré a Londres y seguiré con el plan original que teníamos Rose y yo: hacerle ver a mi abuela la clase de alimaña que es mi primo en realidad. No me importa que me nombre o no vizconde de Hale, lo que importa es que no lo sea él. Después, cuando las aguas se hayan calmado, volveré y abriré la escuela, está casi lista.

—¿Y Rose? —inquirió Edward—. ¿Qué papel planeas que juegue en ese asunto? Como tu esposa que es ha dejado de estar a mi cuidado, pero no creas que voy a dejar de velar por ella: la quiero muchísimo y no deseo que la pongas en riesgo, no lo olvides.

Maxwell le clavó la mirada y ambos se observaron como en un duelo, uno que ninguno quería perder. Fue el menor el primero en hablar.

—Eso habrá de decidirlo Rose, Edward, no pienso pedirle que se haga a un lado, ya sabes lo testaruda que es —declaró Maxwell—. Sin embargo, algo puedo prometerte: mi esposa estará siempre por encima de todo, pase lo que pase.

—En tal caso os ayudaré en lo que pueda —dijo Edward.

—¿Cuál es el plan? Sea lo que sea estoy dentro —afirmó Theo.

—Y eso nos hará tres —sonrió William.

Maxwell sonrió. Nunca había tenido hermanos varones, pero sentía a los Barnett como si lo fueran. Y no tenía que ver con el hecho de que, tras la boda, se hubiesen convertido en su familia política. Con Will, Ed y Theo de su lado, sentía que podía enfrentarse a cualquier cosa. Volverían a Londres para terminar el asunto que habían empezado la noche de su alianza Rose y

él... desenmascarar definitivamente a Leonard.

Y una cosa estaba clara, no pensaba parar hasta lograrlo.

Capítulo XXIV

Saint James Park



El asunto resultó ser más sencillo de lo que Maxwell había esperado. Dos días después de aquella conversación que mantuvieron en el prado, Theodore, *lady* Florence, Violet y Edward volvieron a Braithbury Hall para que la joven reposara y el coronel y su hermano pudieran tramar algo contra Leonard. William permaneció en Plymouth para velar por su tía, Rose y Camelia que, junto a Maxwell, sus hermanas y su madre estaban disfrutando de una momentánea tranquilidad.

El hombre le había contado a Rose sus intenciones y, tal como sospechaba, su esposa estaba más que dispuesta a ayudarlo. Por eso, cuando una semana más tarde Marjorie apareció con una carta en las manos, el tranquilo ambiente de Bedford Hill se revolucionó.

—¡Es de Edward, traigo carta de Edward! —exclamó mientras se sentaba en el butacón junto a la chimenea—. He ido al centro a dar un paseo, quería unas tartaletas de las que preparan en la pastelería que hace esquina junto a la tienda de *Stuart's*, y he aprovechado para pasar por la estación de correos a recoger la correspondencia.

—¿Me permite, *lady* Marge? —pidió Magdalene, que ya tenía un abrecartas en la mano. Estaba en pie junto al mueble del salón, al lado de uno de los cajones.

—Oh, nada de «*lady*», muchacha, solo Marge. Cade vez que alguien me llama así embejezco quince años. Ten, haz los honores y léela en voz alta; no he traído mis gafas.

Magdalene se adelantó para recoger la carta y romper el sello de lacre con el emblema de Braithbury. Sacó la misiva y comenzó a leer; no era una nota muy larga, apenas ocupaba media página.

Mis queridas pupilas, Will y tía Marge,

En primer lugar, os informo de que el viaje de regreso ha ido bien, no ha habido percances y Violet está descansando como un cordero. Madre y Edith están atareadas preparando el cuarto del bebé con Sylvia y los niños; y Theo y yo hemos estado pensando qué hacer para volver a poner a Rose en la mira de «lord indeseable». Desde que se batió en duelo con aquel pobre hombre al que despachó ha mantenido un perfil bajo... pero hemos dado con una solución. Por ende, os ruego que volváis a Londres a la mayor brevedad, debéis estar aquí para el día diez de este mes.

¿La razón? Muy simple, Theo ha tenido la estupenda —nótese la ironía— idea de meterse en una partida de dados del White's para averiguar qué actos sociales se están fraguando. Y, para nuestra gran satisfacción, uno de los que va a celebrar un evento es el London Thames, ya sabéis, el Club Nacional de Esgrima. Resulta que esa semana, la del diez, es su aniversario de fundación, y van a realizar una serie de competiciones de inscripción libre. Maxwell es hábil con la espada, según cuenta Theo, así que podría entrar y retar a Leonard. O dejar que actúe el destino, el resultado no cambia mientras él se fije en Rose. Sea como sea, debéis volver, hay que planearlo todo como es debido.

Os quiere, Edward

—Y eso es lo que pone, no hay ninguna nota adjunta —finalizó Magdalene.

—Conque un torneo de esgrima... mnn, me gusta como suena. ¿Es cierto que eres hábil con el florete, muchacho? —preguntó Marge—. No me gustaría que quedaras hecho un andrajo ahora que te acabas de casar con Rose, por varoniles que resulten las cicatrices en un hombre.

—Gracias por la confianza, Marge, pero, por desgracia para tus ojos, no me vas a ver «varonil y marcado». Soy tan buen espadachín como mi primo, otra cosa es que no me haya inscrito en un club de ricachones para alardear de ello —resopló Maxwell.

—Entonces, ¿vas a participar? —dudó Rose.

—Ganas no me faltan de hacerlo, de darle una lección en su propio terreno.

—Puede ser peligroso, Max, sabes lo mal perdedor que es Leo —señaló Magdalene.

—Lo sé, y no es nada que no haya enfrentado antes, Mags —suspiró Maxwell—. No os preocupéis, si tengo que batirme con él, lo haré de buena gana. Y, si el punto de acudir al torneo es que él vea a Rose, razón de más para hacerlo.

—Entonces déjalo en mis manos, haré que se acuerde de mi nombre —sonrió Rose.

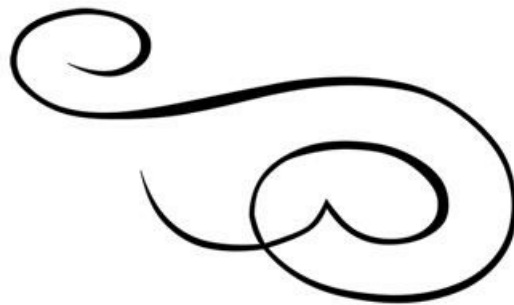
—Estás muy decidida, Rose, pero olvides que ahora estás casada. Ya no puedes ni debes llegar tan lejos coqueteando como lo harías antes —advirtió Marjorie—. Piensa en tu marido antes de hacer alguna tontería.

—Soy consciente, Marge, y jamás traicionaré la confianza de Max.

Antes de que la mayor pudiese argumentar, el mencionado se adelantó y le alzó la barbilla a su esposa para depositar un suave beso en sus labios. Rose sonrió y se dieron un par de besos de mariposa ante las miradas enternecidas de sus hermanas y Marjorie.

—Mi valiente mujercita, lanzada como una potrilla brava... confío en ti, cariño, te confiaría mi vida, no tienes que hacer esas promesas. Ahora, señoritas, y caballero —dijo Maxwell y miró a William—, deberíamos ir a prepararlo todo. Va a ser un viaje pesado y hay mucho que hacer.

Todos asintieron, y se pusieron manos a la obra.



Leonard se observó en el espejo: estaba perfecto, guapísimo e imponente, como siempre. El pabellón privado de los miembros del London Thames era acogedor, y allí, al resguardo de su habitación, podía hacer lo que le placiera. Volvió a darle una mirada a su atuendo y notó que había olvidado el pañuelo.

Aquella mañana iban a participar en otro de esos aburridos combates de exhibición contra los idiotas del pueblo que quisieran participar, un método de incentivar el deporte, según su presidente. Por ende, debía mantener una fachada impoluta: ser el caballero más perfecto,

educado, habilidoso y buen inglés que jamás hubiera existido. Se había echado encima el uniforme de esgrima: pantalón blanco, botas con protector, camisola y chaleco blancos, medalla de campeón nacional... solo restaban la levita y el pañuelo.

Volvió la cabeza para buscarlo, y lo encontró sobre la cama, atado a la muñeca de la mujer desnuda que aguardaba con las piernas abiertas en su lecho. Leonard hizo rodar los ojos mientras ella se mordía los labios, juguetona.

—¿Ha olvidado usted algo, milord? —comentó melosa.

—Deja de jugar, Isobel, no tengo tiempo para saciar tus caprichos ahora —resopló él y se acercó para desatarla y recuperar el pañuelo, que comenzó a colocarse antes de que ella le atrapara por la camisa y le lamiera la oreja con descaro.

—¿Ni siquiera para una monta rápida? Vamos, Leo, el amor siempre trae suerte...

—El amor, tal vez, pero lo nuestro no es lo que se dice amor, ¿verdad, *cherie*? Y no necesito suerte, soy el mejor espadachín de Inglaterra —negó él y se alejó—. Vístete de una vez, no querrás que tu queridísimo padre, el barón Hallton, sepa que has estado jodiendo conmigo. No es un dato adecuado que incluir en tu perfecta carta de presentación de cara a la caza de esposo en la temporada social.

—Eres un cínico, y muy aburrido cuando te lo propones —resopló Isobel antes de levantarse y ponerse la enagua de seda beige y encaje—. Si no fornicaras como lo haces, te mandaría al infierno.

—Ah, mi amor, como si pudieras encontrar otro amante que se me compare...

La joven de cabello rizado y ojos pardos le hizo una mueca y comenzó a vestirse, mientras él ajustaba el nudo del pañuelo sobre su cuello y se alisaba las arrugas de la levita. Sí, ahora sí, estaba listo para salir a ganar. Con esa idea en mente salió del cuarto y se encaminó hacia las caballerizas sin importarle dejar a *lady* Isobel Hallton plantada como un abeto. Tenía el tiempo justo para llegar al parque de Saint James, donde se celebraba el evento, y quería hacer una entrada triunfal.

Eran las once menos cuarto, faltaban quince minutos, así que subió a la silla de *Mercifull* y echó a cabalgar por las ajetreadas calles del centro. Horse Guards Road estaba repleta de carruajes, así que saltó el seto que separaba la acera del parque y galopó por la hierba alta hasta el claro junto al puente, donde las mesillas de aperitivos y la carpa estaban dispuestas. La música se escuchaba desde lejos, y Leonard sonrió, sabía que podría impresionar a esos idiotas con una sola maniobra.

A medida que se acercaba la multitud entorpeció su camino, pero el mostró la más encantadora sonrisa e inclinó la cabeza ante las damas.

Entonces la vio: hermosa, delicada y brillante como un rayo de sol entre la niebla, como una rosa blanca en un mar de verde. Rose Stuart sonreía, señalando contenta algo que le había llamado la atención. Estaba parada junto a su hermana mayor, Violet, y el marido de esta, el coronel Barnett, duque de Braithbury.

Pero a diferencia de la tal Violet, Rose destacaba como un ángel: su cabello rubio oscuro como la canela brillaba al sol, semirrecogido bajo un sombrerito de plumas ridículo, con bellos rizos que caían sobre su escote. Su vestido de manga corta y tela de raso era de un suave color vainilla, casi blanco, virginal como ella. Su escote de forma cuadrada resaltaba sus pechos sembrados de pecas de forma encantadora... y sus hoyuelos se marcaban en sus mejillas a la vez que se mordía esos tentadores labios cuyo sabor el conocía bien y se moría por volver a probar. Entonces notó qué era lo que había hecho sonreír a la muchacha.

Maxwell, su estúpido primo, estaba combatiendo contra lord Richard Carlington, uno de los

papanatas del club. A juzgar por cómo iba el combate, Maxwell le estaba dando una tremenda paliza a Carlington. Cuando asestó un lance directo al pecho —cubierto el extremo del florete con un protector, claro estaba, esos pusilánimes no combatirían como hombres de verdad—, un mar de aplausos sacudió a la multitud, y Rose se rio y aplaudió con la vista fija en Maxwell.

Compartieron una mirada cómplice, y algo se removió en el pecho de Leonard al verlo. Debería ser él quien ganara esa mirada de admiración de Rose, él quien la hiciera sonreír, él quien robase sus aplausos. Maxwell era imbécil, y le demostraría a Rose lo superior que era a su primo. La volvería a poner de su lado, haría que olvidara el incidente con Lauren en el Festival de las Flores de Kew.

Aquella jugada había sido necesaria para que la vieja le nombrase su heredero; pero ahora, libre ya de la insidiosa presencia de Maxwell, tenía el camino libre para volver a conquistar a Rose. Y se moría por tenerla en su cama, bajo su cuerpo, entre sus brazos... ¡Dios bendito! Jamás había deseado tanto a una mujer como la deseaba a ella. ¡Y Rose ni siquiera lo estaba mirando! Tenía que cambiar eso.

Decidido, ató a *Mercifull* a un poste y sacó el florete del morral, que anudó a su cinturón antes de abrirse paso entre la multitud. Cruzó el claro para pararse frente a los Barnett, y el duque de Braithbury le fulminó con la mirada, gesto que él ignoró con cortesía y una inclinación de cabeza.

—Lord Barnett, *lady* Barnett, señorita Stuart, es un placer verlos aquí. No sabía que iban a acudir a la exhibición —saludó Leonard en tono falso y amable—. ¿Tiene intención de competir hoy, coronel?

—No, y puede dar las gracias, lord Bedford; en el ejercito combatimos de verdad, no hacemos estas pantomimas de circo. Si he venido es meramente como acompañante —contestó Edward—. Mi protegida estaba deseando venir y animar a su amigo Maxwell, y dado que mi esposa también sentía curiosidad hemos venido a desearle suerte.

—¿Es eso cierto, señorita Stuart, siente interés por la esgrima?

—Desde luego, creo que es uno de los deportes que mejor demuestran la hombría —asintió Rose sin mirarlo, sin perder la sonrisa—. Maxwell me ha dicho que me ganará una medalla y, viendo como combate, no creo que haya nadie mejor que él.

—Eso es porque no me ha visto a mí batirme en duelo, querida —dijo Leonard y le guiñó un ojo—. Le traeré esa medalla, no tenga duda.

—Ya veremos.

La joven se mantuvo firme mientras Leonard se alejaba, y la determinación del marqués de Eastwyn creció. El destino le estaba brindando una oportunidad en bandeja: podía humillar a Maxwell y demostrarle a Rose cuán superior era. La deslumbraría con su talento y volvería a ganarse su favor.

Después, bastarían un par de besos y unas cuantas frases de amor para tenerla en la palma de la mano, igual que aquella maldita noche de debut. ¡Cómo se arrepentía de haberla despreciado! Rose era una de las herederas más ricas de todo el Imperio británico, pero, además, fascinante como ella sola. Tan joven e inexperta como incorrecta. Y eran esas incorrecciones las que más lo enardecían: quería domarla, hacer suyos su cuerpo y su alma; regar su semilla dentro de ella, verla parir a sus hijos, herederos adecuados para el marquesado de Eastwyn.

Y lo iba a conseguir, oh, sí.

Cuando llegó a la carpa mayor, donde los jueces y el árbitro presidían los combates y anotaban los resultados para decidir los contendientes mediante un bombo giratorio, notó que restaban doce combates para terminar. Él era el próximo, así que tenía aún un rato antes de derrotar a un

tal Jamie Collins. Sonrió, sabiéndose ya vencedor. Y estaba a punto de volverse para ir a por un trago cuando un toque sobre su espalda le hizo volverse. Lord Thomas Roswell le estaba observando con cara de pocos amigos, y Leonard le miró sin perder la sonrisa.

—Buenos días, Tommy, no esperaba verte hoy, teniendo en cuenta lo que detestas tú esta clase de cosas —saludó Leonard.

—Sí, buenos días, Leonard, tampoco yo esperaba verte aquí —contestó el baronet en tono seco—. ¿Puedo saber qué hacías hablando con la señorita Stuart?

—He pasado a saludar, no sé qué tiene de malo, soy un hombre educado.

—¡Y un demonio, Leonard, te conozco! —dijo Thomas con las mejillas coloradas, y bajó la voz al darse cuenta de que había hablado en voz demasiado alta—. Lo que tú buscas es yacer con ella, veo como la miras, y cuando miras así es porque estás de caza.

—Pero bueno, ¿qué es esto, un ataque de celos? No seas patético Tom. ¿Qué más te da lo que haga o deje de hacer? Esa mujer ya dejó bien claro que no quería nada contigo, dos veces, además. Si resulta que está interesada en mí, no veo por qué voy a despreciarla.

—¡Porque eres mi amigo, maldita sea, por eso!

Al ver que estaban llamando la atención, Leonard tomó a su amigo del brazo y lo guio hacia la parte interior de la carpa, donde tendrían más privacidad. Una vez a solas le soltó y le fulminó con la mirada. Estaba comenzando a perder la paciencia.

—Eres mi amigo, cierto, por eso no te cruzo la cara tras ese numerito; no consiento que nadie me diga lo que puedo o no hacer, ¿lo has entendido, Thomas? —dijo Leonard, y el otro tragó saliva—. Ahora vas a contener este berrinche y saldrás ahí fuera con una sonrisa en la boca. Ya vengué tu honor al desprestigiarla en su fiesta de debut, lo que haga con ella de ahora en adelante es cosa mía y de nadie más.

—¿Y crees que Rose te va a aceptar tras el incidente ante la reina? —gruñó Thomas—. Eres popular, Leonard, pero no tanto como crees...

El bofetón llegó de improviso, y lord Roswell se llevó la mano a la mejilla enrojecida como si no pudiera creer lo que su amigo acababa de hacer. Había furia en los ojos verdes del marqués de Eastwyn, que le señaló la puerta con un gesto, y el baronet salió con expresión airada para perderse de vista entre la multitud.

Aquel incidente le había agriado el humor a Leonard, y ver que estaba a punto de llegarle el turno de luchar le alegró, podría descargar su adrenalina. Su contrincante era un don nadie, así que tomó su florete y comenzó a pelear. En menos de tres minutos despachó al pazguato, ni recordaba su nombre. Estaba un paso más cerca de batirse contra Maxwell. El ansiado duelo llegó casi una hora después, cuando los once combates hubieron concluido con Maxwell y Leonard como vencedores.

El director del London Thames Club de Esgrima se adelantó.

—¡Estimadas damas y caballeros, al fin ha llegado el momento tan deseado por todos los presentes, el duelo final! —exclamó entre vítores—. Los contendientes que han llegado hasta aquí tras batirse con veinticuatro excelentes caballeros, son ni mas ni menos que nuestro campeón nacional: lord Leonard Bedford, y lord Maxwell Bedford. ¡Un gran aplauso para ambos, que se oiga el clamor, señores!

La gente correspondió la petición con palmas y ánimos, y Leonard se adelantó para cumplir su papel de caballero ideal con una sonrisa de príncipe azul: dentadura perfecta, cabello cobrizo peinado de lado, traje impoluto y porte agraciado. Entonces lo hizo Maxwell, con una sonrisa torcida y menos pompa, pero igualmente encantador.

—Gracias a todos por venir hoy, esperamos que disfruten de este combate —dijo Maxwell y le

guiñó el ojo a Rose, que rio tras su abanico y devolvió el gesto.

Y a Leonard no le pasó desapercibido, para su profunda irritación.

—Así es, como ha dicho mi primo, disfruten del espectáculo —dijo.

—Bien, caballeros, colóquense en posición, ya conocen las reglas —intervino el director—.

Las recordaré para que no haya lugar a equívocos y el público sepa de qué estamos hablando: dado que ambos contrincantes son expertos, esta final no se luchará con floretes, será un combate con sables sin protección. A primera sangre, nada de heridas graves. ¿Entendido, señores?

—Entendido —asintió Maxwell.

—Entendido, por supuesto —sonrió Leonard.

—En tal caso ¡pueden empezar!

Leonard se lanzó hacia delante y Maxwell retrocedió y elevó su espada para detener la investida. Contratacó adelantándose, y Leonard imitó su gesto. Se sucedieron unos cuantos toques en los que parecía que uno iba a rozar al otro, pero siempre lo evitaban con una última floritura. Diez minutos más tarde el público aplaudía entusiasmado, era el mejor combate de la mañana sin lugar a duda, un bello espectáculo.

Sin saber qué estaba pasando, Violet acercó el rostro al de su esposo.

—¿Quién va ganando, Ed? Yo los veo muy igualados —susurró.

—A simple vista puede parecerlo, pero no, Maxwell es muy superior, su juego de pies es bastante más rápido —contestó Edward con la vista fija en los contendientes—. Se está conteniendo, y Leonard lo ve igual que lo veo yo, por eso lo ataca con tanto ímpetu; debe de arderle mucho el orgullo.

—¿Y por qué se está conteniendo Max? —dudó Rose.

—¿Acaso crees que piensa dejarse ganar? —jadeó Violet, perpleja.

—Eso es justo lo que creo —asintió Edward.

—¿¿Pero por qué?? —exclamó Rose.

—Es lo que yo haría, dejarme ganar para hacerle ver a Leonard que es superior, para que luego tú lo ignores y le den más ganas de conquistarte. Es lo mismo que cuando un niño quiere un juguete, y cuando se lo das se regodea victorioso, pero si ve que no te molesta, dejará de interesarle y se verá frustrado.

—Eso es pueril... —masculló Violet.

—Así es Leonard, un hombre sin moral —dijo Rose y sintió la determinación correrle por las venas—. Muy bien, si ese es el plan de Maxwell, cumpliré con mi parte.

El combate siguió casi quince minutos; se acercaba a la media hora, y ambos tenían la frente perlada de sudor y el cabello alborotado. Maxwell desvió la mirada un instante fugaz hacia Rose, y al verla allí, con expresión decidida, supo que el momento de terminar la pantomima había llegado. Cuando Leonard se lanzó para dar un toque no se apartó, y la punta de la espada le rasgó el chaleco y la camisa, traspasó su piel e hizo que la sangre manchara el acero.

Rose contuvo un grito, pero el árbitro sopló un silbato y detuvo el combate. Leonard estaba radiante, se sentía tan superior que flotaba. Cuando le pusieron la medalla —una circulo de vidrio con dos espadachines y una rosa tudor en el centro—, se acercó a Rose y le tomó la mano para dejar en ella la medalla y besarle el dorso. «Tal como prometí, Rose, la medalla», dijo.

Rose le dio las gracias, pero, para perplejidad de Leonard, le pasó la medalla a Edward y corrió al lado de Maxwell.

La vergüenza burbujeó en el pecho de Leonard. ¿Acaso no había sido él el ganador del combate? ¿por qué corría Rose a los brazos de ese perdedor patético? Sintió que se le arrebolaban las mejillas al ver a la joven alejarse con su primo hacia la salida del parque. Presa

de su instinto, los siguió a una distancia prudente, sabiendo que allí pasaba algo. Y, como siempre, su instinto no se equivocaba. Cuando la pareja llegó al límite del camino, donde estaban aparcados los coches de pasajeros, Maxwell detuvo a Rose y ella lo apoyó de espaldas contra un árbol para que descansara.

Entonces le susurró al oído:

—Leonard nos está observando, nos viene siguiendo desde hace un buen rato —murmuró contra su oreja—. ¿Te apetece jugar a la seductora, pecas?

—¿Está muy cerca? —susurró Rose.

—Tras los árboles.

—Entonces de acuerdo, vamos a terminar con esto de una vez.

Maxwell asintió y soltó un falso gemido de dolor cuando Rose le pasó la mano bajo el hombro. Leonard se había acercado lentamente, en vista de que no lograba escucharlos.

—¿Te duele mucho? —dudó la joven ya en voz alta.

—Sí... —suspiró Maxwell, a todas luces victimizándose.

—Dios mío, Max, ¿y no puedo hacer nada por aliviarte?

—Puedes darme un beso, pecosa —bromeó, y Rose se rio.

—¿Un beso en la herida para curar la pupita? Mira que eres infantil, Bedford...

Leonard observó, perplejo y muerto de celos, como la joven le apartaba la tela del chaleco para besarle la herida, manchándose un poco de rojo los labios. Maxwell se los limpió con el pulgar y Rose se ruborizó. Por suerte para ambos no había nadie a la vista, todos se encontraban en la zona del espectáculo. La voz de Rose le devolvió a la realidad.

—Creo que ya está mejor, pero todavía puedo hacer algo más —dijo y acercó el rostro para besarlo. Si bien, antes de que lo hiciera, Maxwell la detuvo.

—Aquí no, Rosie, no quiero que la gente te vea en esta posición —susurró él.

—Pues que me vean. ¿Qué es un escándalo más si es a tu lado?

Rose se puso de puntillas y atrapó los labios de Maxwell en un beso. No fue el más apasionado, apenas un roce, pero estaba cargado de confianza, y a Leonard se le contrajo el estómago al darse cuenta. No podía permitir semejante desatino, el necio de su primo no merecía una flor como Rose. Sin embargo, antes de que pudiese intervenir, la pareja se alejó hacia la línea de carruajes y subió en uno, para instantes después perderse por la concurrida calzada.

Entonces le invadió la determinación: debía convencerla, debía conquistar a esa mujer así tuviese que mover cielo y tierra con sus manos... y lo haría.

Capítulo XXV

Una respuesta esperada



Pasaron los primeros días acomodándose en Braithbury Hall, y Rose no podía ser más feliz, tenía a su familia y a Max a su lado, no le pedía más a la vida. Eso estaba pensando cuando la puerta de su dormitorio se abrió para revelar a su marido, que la observó desde el umbral con una media sonrisa enternecida. Rose estaba aún sin peinar, enfundada en un sencillo vestido de seda *moiré* verde pastel con encaje blanco en las mangas, y le miró a través del espejo con las mejillas sonrojadas.

Cuando la observaba de esa forma se le aceleraba el corazón y le flotaba ligero en el pecho. Maxwell se acercó y se inclinó para depositar un beso en el hueco de su cuello antes de abrazarla, logrando que Rose suspirase de deleite y le acariciara el brazo: el roce de su barba le hacía cosquillas y el calor de sus labios resultaba demasiado tentador. Él sonrió, sin apartar la mejilla de su piel, con la vista clavada en el espejo.

—Buenos días, cariño, te estaba buscando —saludó—. Cielos, hueles divinamente, adoro ese perfume tuyo de canela y rosas, es embriagador...

—En tal caso nunca dejaré de ponérmelo —contestó Rose sin dejar de acariciarlo; entonces notó el aroma a equino que desprendía Maxwell—. ¿Por qué me buscabas? Veo que has estado en las caballerizas, hueles a caballo.

—Culpable, pero no te quejes, sé que te encanta ese olor a hombre rudo y salvaje —rio él antes de alejarse—. De hecho, me gustaría enseñarte algo allí, ¿me acompañas?

—¿A las cuadras?

—Sí.

—Está bien, deja que me ate un lazo en el pelo, no puedo bajar así —rio Rose.

—Déjalo suelto, me encantas tal cual, con la melena libre sobre la espalda —contradijo Maxwell y tiró de ella para levantarla y dejar un beso sobre su nariz—. Vamos, bella esposa, seguro que te va a sorprender lo que te tengo que mostrar.

—Pues no se hable más, sabes que adoro las sorpresas.

Sin soltarse la mano, caminaron hacia las escaleras. Era temprano, aún no daban las diez, pero Rose no tenía ni pizca de hambre. Cruzaron el *hall* y el patio cubierto para salir al jardín por la parte de atrás; el día estaba nublado, aunque hacía bochorno, y al llegar a las caballerizas Rose se sentía acalorada. Maxwell abrió la puerta para que ella entrase primero, y tras cruzar el pasillo se detuvo a un lado de la cajonera de *Escandalosa* que, para sorpresa de Rose, estaba atareada.

Eros, el purasangre de Maxwell, se había encaramado sobre ella por encima del poste de su cuadra, y al entender lo que estaba viendo la mandíbula se le abrió a Rose. Maxwell no pudo contener una risa al ver su expresión arrebolada.

—¡Santo cielo, *Eros* la está montando! —exclamó y también rompió a reír—. ¡Qué sorpresa! Parece que no son solo los dueños los que se han enamorado, sino también nuestros caballos, debe ser una señal. ¿No es maravilloso?

—En realidad no esperaba que vieras «eso» justo ahora, *Eros* es de lo más oportuno... —ironizó Maxwell—. Iba a enseñarte el vientre de *Escandalosa*, está preñada. Lo he hablado con Oliver y él, como yo, opina lo mismo. Todavía está en una fase temprana, quizá de un mes, por eso todavía mantiene su celo, y por eso hemos visto esta escenita.

—¿Y el potro es de *Eros*?

—A juzgar por el actual espectáculo, no me cabe ninguna duda.

Rose sonrió, encantada con la idea de que su yegua fuese a tener un potrillo del purasangre árabe de Maxwell. Era el primer potro que veía engendrarse desde que salió de Plymouth, y le hizo ilusión que la madre fuese precisamente su montura. A Rose siempre le habían encantado los caballos, afición que Edward había alentado.

—Me alegra que me hayas traído, Max. Saber que *Escandalosa* está preñada me dice que nuestro futuro tiene un montón de posibilidades. Quién sabe, quizá podríamos criar algunos potrillos y enviarlos a Rosehall Manor; serviría para que los niños aprendan a montar, dado que de otro modo nunca podrían permitirse subir a un caballo. Podríamos contratar un profesor que les enseñe, hay buenos jinetes en Plymouth.

—¿Cómo una actividad extraescolar? —dudó Maxwell.

—Sí, pienso que eso les puede ayudar, incluso un cochero o hasta el más humilde soldado saben cabalgar.

—Me encanta la idea, pecas, nunca se me hubiese ocurrido algo así.

—¿De verdad? —sonrió Rose.

Maxwell abrió los labios para responder, pero antes de que llegase a hacerlo la puerta de las caballerizas se abrió y oyeron los apresurados pasos de unos pies femeninos acercándose a toda velocidad. Al volverse, encontraron a Emmeline llegar con la mano en el pecho y la respiración agitada. Se notaba que había venido corriendo.

—¡Cielos, al fin doy con usted, *lady* Rose! Llevo un buen rato buscándola por toda la casa y no la encontraba, menos mal que la he visto —dijo la joven con voz ahogada.

—¿Y por qué me buscabas, ocurre algo, Emme? —preguntó Rose.

—*Lady* Florence me envía a buscarla, ha llegado una visita de la que no sabe como deshacerse, pero el invitado insiste en no irse hasta no hablar con usted.

—¿Una visita que quiere verme a mí?

El comentario alertó a Maxwell. Tenía un presentimiento.

—¿Quién es el caballero, Emmeline, ha dado su nombre? —inquirió muy serio.

—Sí, milord, se trata de su primo, lord Bedford —dijo Emmeline.

—¿¡Leonard en Braithbury Hall!? —exclamó Rose y se volvió hacia Maxwell—. Debo ir a hablar con él, si ha tenido la audacia de presentarse en casa de Edward sin miedo a que le rete o le dé una paliza, debe ser algo apremiante.

—Está bien, ve, pero recuerda lo que hemos hablado siempre, Rose, no le ofusques —contestó Maxwell—; mi primo es infantil y mal perdedor, no quiero que te haga daño.

—No te preocupes, ya no tenemos nada que perder, ¿cierto? Ya te han desheredado. Es más, ¿por qué no vienes conmigo?

Maxwell negó y la tomó de la mano para comenzar a caminar de regreso a la casa seguidos de cerca por la sirvienta, que caminaba con expresión preocupada.

—Leonard no debe verme —negó.

—De acuerdo, lo llevaré al despacho, no creo que tarde demasiado —asintió Rose.

Dicho lo cual, y con el buen humor evaporado cual voluta de humo, separaron sus caminos para entrar por puertas diferentes a Braithbury Hall: Rose lo hizo por el patio y Maxwell con Emmeline por la puerta del servicio, que conducía a las cocinas. Una vez sola, Rose inspiró e irguió el pecho con orgullo: si iba a hablar cara a cara con Leonard mejor parecer confiada.

Cruzó el recibidor para entrar al salón, donde él aguardaba de pie junto a la madre de Edward. *Lady* Florence Barnett se había sentado junto a la lumbre mientras le fulminaba con la mirada tras una taza de té; y al entrar, Rose se inclinó.

—Buenos días, Florence y lord Bedford —saludó, antes de volverse hacia la madre de su tutor con una sonrisa—. No te preocupes, hablaré con él en el despacho de Edward, no hay nada de lo que preocuparse.

—¿Estás segura? Puedo llamar a Oliver y que lo eche de la casa.

—No hay necesidad de semejante rudeza, *lady* Barnett, solo deseo hablar con Rose —insistió Leonard, a todas luces exasperado, antes de volverse hacia la joven—. No irá a negarme una cortesía tan pequeña, ¿cierto, señorita Stuart?

—No, por supuesto que no, no tengo nada que ocultar ni que temer —dijo Rose—. Por aquí, hablaremos mejor en el despacho, allí no nos interrumpirán.

—Excelente, ve tú delante.

Rose sonrió y lo guio hacia el otro lado del *hall*, donde se abría un pasillo de madera con un par de puertas dobles. La joven abrió la más grande, y tras hacerse a un lado dejó pasar a Leonard. El despacho era bastante amplio, acogedor y bien ordenado, pensó el marqués de Eastwyn mientras aguardaba, y tras oír el «*clack*» de la puerta a su espalda se volvió, dispuesto a encarar a Rose. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. La voz de la joven rompió el silencio y le clavó la mirada.

—Muy bien, milord. ¿Qué es tan urgente como para que vengas a mi casa a hablar conmigo después de las humillaciones que me has hecho pasar? —inquirió.

—Tranquila, mi querida y hermosa Rose, no es necesario que uses ese tono cortante conmigo, no traigo malas intenciones —dijo el pelirrojo con voz suave—. En realidad, no podrías estar más errada, deseo disculparme, hacerte entender lo arrepentido que estoy.

—¿Arrepentido? —repitió Rose perpleja—. ¿Y eso por qué?

—Porque he sido un necio, un completo idiota por no haber visto la gema que tenía ante mí. ¿No hubiese sido todo muy distinto entre los dos si en tu fiesta hubiese accedido a casarme contigo? Ahora me doy cuenta de mi error y deseo enmendarlo. Te vi el otro día, ¿sabes? Después del torneo de esgrima, vi cómo, a pesar de mi victoria elegiste irte con él, y como besabas al muy pazguato... Maxwell no te merece en absoluto, Rose.

—¿Y tú sí?

—Sí, y puedo demostrártelo.

La joven aguardó, y el marqués continuó.

—Mi oferta sigue, querida Rose, deseo que seas mi esposa; puedo hacerte feliz, si me das la oportunidad de demostrar que soy mejor que mi primo. ¿No lo ves? Por algo te interesaste por mí en primer lugar y no por él, porque yo soy tu hombre ideal: soy culto y él un payaso. Soy gallardo, él, del montón y con suerte; soy habilidoso, él mediocre. Soy rico, vizconde y marqués, y él un don nadie. Soy complaciente, mucho, y muy buen amante... No sé qué te ha mostrado Maxwell, si acaso te ha hecho el amor, pero esto te lo puedo jurar: yo lo hago mejor.

Rose se rio sin poder evitarlo y Leonard frunció los labios.

—No soy tan idiota como piensas, lord Bedford, «eso» solo lo haré con mi esposo —dijo y se

acercó sin perder la sonrisa—. Si de verdad estás arrepentido y quieres cortejarme, demuestra que puedes hacerlo. ¿Por qué iba a creerte si no?

—¿Porqué es un hecho! Soy mejor que Maxwell —insistió Leonard.

—¿Entonces solo te intereso porque le gusto a él?

—Por supuesto que no, me interesas de verdad. Puede que empezara como un juego para ayudar a Thomas a superar tu rechazo, pero ahora lo veo claro, el destino hizo que lo rechazaras para que fueses mía —dijo Leonard—. Serás vizcondesa de Hale, Rose.

«Sí, junto a Maxwell», pensó Rose.

—¿Y qué pasa con Marigold? —preguntó—. Tu abuela cree que es tu novia, y no solo eso, sino que me detesta gracias a la jugada rastrera de Lauren en el festival de Kew.

Leonard hizo rodar los ojos antes de acercarse para acunarle el rostro. Rose no se alejó, pero tampoco hizo nada por acercarse. El marqués le acarició la piel de las mejillas, suaves como un melocotón, y después los labios. Rose sabía que quería besarla, pero antes de que atrapase sus labios volvió la cabeza; jamás traicionaría a Maxwell.

—Marigold es una ramera de tres al cuarto a la que me beneficio para saciar mis pasiones; canta bien y es buena actriz, pero nada más, solo es un medio para heredar. No pensarías que quiero algo serio con una mujer así, ¿verdad? Jamás uniría el linaje del marquesado de Eastwyn a una vulgar furcia como ella —explicó Leonard sobre su cuello, que besó y mordió despacio—. Dios sagrado, te deseo hasta la locura... la fragancia de tu piel me enloquece, nunca otra mujer me ha causado lo que tú, Rose, me has embrujado.

—Entonces compórtate como un caballero —dijo ella y se alejó, para protegerse tras la mesa de escritorio de Edward—. Si de verdad hablas en serio, cortéjame.

—¿Por qué perder el tiempo? Te estoy dando mi palabra, ¡quiero hacerte mi esposa!

—Pues yo no deseo casarme todavía. Y si quieres que me lo piense empieza por invitarme a cenar, por escribirme un poema, mándame unas flores como haría un hombre de bien. Tienes experiencia en eso, ¿no es cierto? El poema que me escribiste en mi cumpleaños era una declaración de intenciones.

—De acuerdo, querida, si un cortejo es lo que quieres, lo tendrás.

Dicho aquello acortó la distancia entre ambos y le tomó la mano a Rose para dejar un beso sobre el dorso, sin apartar jamás sus claros ojos verdes de los azules de ella. Rose no se movió, y cuando él se alejó para salir por la puerta soltó el aire que había estado reteniendo. Buen Jesús, aquello había sido duro, aparentar que no le despreciaba.

Tenía el corazón en la garganta, y se limpió la mano sobre la tela del vestido con saña. Después contó hasta cinco y salió del despacho dispuesta a hablar con su marido.

Capítulo XXVI

Verdades al descubierto



Maxwell aferró las correas de *Eros* con fuerza, tanto, que el cuero de sus guantes crujió. Las palabras de Rose se repetían en su mente como un eco, y cuanto más las recordaba más furioso se ponía. «Soy mejor que él en todo, y quiero hacerte mi esposa», decía el muy desgraciado. Ya. Conocía demasiado bien a Leonard, había pasado su infancia y parte de su juventud conviviendo con él; sabía que su principal motivación era tan simple como fastidiarle.

Era obvio que no estaba enamorado de Rose, sentía por ella un deseo caprichoso y malsano, nacido de la incredulidad de que lo hubiese rechazado para elegirlo a él. Eso jamás le había sucedido, y su desmedido ego no podía soportarlo. No dudaba de que a su primo le gustase Rose, que quisiese hacerla su esposa. Era una mujer fascinante, tan divertida, alegre, imaginativa y espontánea de la que uno se podía enamorar sin darse cuenta, tan sencillo como el respirar.

Pero también sabía que, en cuanto saciara sus pasiones, en cuanto le hiciera el amor de mil y una formas imaginables, denigrantes e impensables para ella, se aburriría. Leonard era así: buscaría una amante, se entretendría con ella, y luego otra, y otra más. Sin contar el hecho de que gracias a la inmensa fortuna de Rose tendría dinero de sobra para malgastar y apostar toda una vida. Si, sin duda Rose era un partido inmejorable, y Maxwell no pensaba permitir que se acercase más a su esposa. Por eso estaba allí, parado frente a Bedford Park, con la decisión de acelerar el juego costara lo que costase.

Iba a hablar con su abuela así lo expulsara a patadas; así que bajó de un salto y ató las riendas de *Eros* al poste de amarre antes de cruzar el caminito y tirar de la campanilla. La puerta se abrió unos instantes después para dar paso a Constance, que le miró sorprendida.

—Señorito Maxwell, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó—. ¿Sabe su abuela que ha venido?

—No, y necesito hablar con ella, Constance, es muy urgente —dijo Maxwell—. Prometo no armar escándalo, solo déjame pasar, por favor.

—Está de suerte, mi niño, la vizcondesa solo está acompañada por la señorita Fitzgerald; ni lord Leonard, ni su prima Lauren están en casa —explicó el ama de llaves mientras se hacía a un lado.

—Gracias, dulzura, quedo en deuda contigo por esto.

La mujer sonrió y Maxwell se adentró en su antiguo hogar para llegar al salón y plantarse frente a las puertas. Oía las voces de las dos mujeres, así que inspiró con fuerza y abrió. Apenas entró, las damas se volvieron a mirarlo con sendas expresiones de sorpresa: la vizcondesa, perpleja, la señorita, ruborizada. A Maxwell no le importó y entró, para plantarse frente a su abuela e inclinar una rodilla sobre la alfombra.

Para mayor perplejidad de la anciana, le tomó la mano y clavó su mirada azul grisácea en ella.

—Abuela, *lady* Fitzgerald, lamento haberme presentado sin avisar, pero tenía que tratar este asunto de una vez. Espero que no le moleste, Joyce, pero voy a hablar sin tapujos de asuntos que una dama no debería escuchar, me disculpo de antemano —dijo.

—Si lo prefiere puedo irme, lord Maxwell, no deseo molestar —comentó la joven.

—Ni hablar, querida, eres mi invitada y te quedarás donde estás. Si alguien debería irse es Maxwell... —contradijo *lady* Arabella, fulminándolo con la mirada—. Tienes mucha cara viniendo aquí después de la humillación que me hiciste pasar ante su alteza imperial, muchacho.

—Estoy de acuerdo, querida, quédese, me vendrá bien un testigo —dijo Maxwell.

—¡No me ignores en mi propia casa, nieto!

—No te ignoro. Al contrario, he venido para hablar contigo y no me iré sin que me oigas. Antes de nada, quiero disculparme. No tengo excusa, lo que hice estuvo mal y lo sé. Pero lo volvería a hacer —dijo, y se apresuró a seguir al ver la expresión airada de la anciana—, ...haría lo que fuera para cumplir los sueños de mi padre.

Su respuesta tocó la fibra sensible de la vizcondesa, que jadeó.

—¿Cómo te atreves a mentar el nombre de Frederick para justificar tus embustes? Fingiste cortejar a una mujer cuando no era cierto. ¡Y todo para adueñarte de mi herencia! Mi hijo nunca hubiese hecho algo así...

—Cierto, él fue más directo y se casó con mi madre desde el principio a pesar de tu oposición, eso es lo que debí haber hecho yo con Rose —admitió Maxwell—. Abuela, si hice lo que hice fue para honrar el deseo de mi padre, que siguió manteniendo hasta el último de sus días. En su lecho de muerte, mientras ardía de fiebre, deliraba en voz alta y sufría por esa escuela. No pienso dejar que su sueño se desvanezca.

—¿Y por qué semejante ardid?, ¿por qué no decírmelo?

—Porque te habrías opuesto. Para ti, abrir un colegio con el nombre de los Bedford en el que pudiesen estudiar hijos de obreros, niños de color e inmigrantes era impensable. Expulsaste a tu hijo y a tus nietos de tu hogar cuando mis hermanas eran unas niñas... y no veía por qué unos pocos años iban a cambiar tu parecer respecto a ese asunto.

—Mucho ha cambiado en ese tiempo, muchacho.

La vizcondesa se soltó para ponerse de pie, y se tambaleó. Maxwell y *lady* Joyce se apresuraron a ayudarla, pero ella los detuvo con un gesto y caminó hacia los ventanales para clavar la vista en el jardín.

—Te lo dije el día que volviste a Londres, me he dado cuenta de la futilidad de la vida, por eso tu traición y tu mentira me dolieron tanto —confesó sin volverse—. Había aceptado a Rose como tu futura esposa, como una digna heredera a mi legado. ¡Y eso que es una nueva rica! Demostró tener ingenio y carácter, valor, incluso una vena de humor que disfruto, pero tanto ella como tú me humillasteis con esa mentira. ¿Y todo por una escuela?

—No todo fue por la escuela —negó Maxwell.

—¿Qué más puede haber? ¿Algo más que me ocultes, muchacho?

—Por desgracia, abuela, no soy yo quien te miente, sino Leonard.

Lady Arabella se volvió con el ceño fruncido, molesta.

—¿Esa va a ser tu estrategia, insultar y desprestigiar a tu primo? —gruñó—. Déjalo estar, Maxwell, ya me he decidido a dejarle el vizcondado y la fortuna de mi padre a él, y soy una mujer de palabra.

—Me limitaré a hablar con el corazón —suspiró Maxwell sin mirarla—. Tú puedes creerlo y esperar que te dé las pruebas para creer mi palabra, o no.

—En tal caso habla, te escucharé.

—La razón por la que pedí ayuda a Rose con nuestro teatrillo y no a otra mujer es porque quería ayudarla a limpiar su reputación, que estaba en boca de todos debido a Leonard —comenzó el hombre y avanzó para quedar en pie a su lado—. La noche de su debut, el otoño pasado, Leonard trató de propasarse con ella en Braithbury Hall. Y cuando el coronel Barnett le exigió cumplir su deber, se rehusó como un cobarde.

—Mientes, Leonard es un caballero, jamás haría algo así —negó la vizcondesa.

Lady Joyce carraspeó, y ambos se volvieron a mirarla.

—Lo que dice lord Maxwell es cierto, *lady* Arabella, yo misma escuché los rumores —confesó la joven—. No caí en la cuenta de que hablaban de la señorita Rose hasta que la conocí en el partidillo de bádminton, y no los creí, dado lo simpática que me pareció.

—¿He de creer que mi nieto, mi heredero, es un embaucador? —exclamó la mayor, airada—. ¿Qué es esto, Maxwell, una venganza?

—Esto es justicia —contradijo él—. Si lo hago es por mi familia: por mi padre, por mi esposa, y por ti. No voy a permitir que Leonard siga manchando el apellido Bedford y despilfarrando la fortuna de nuestros antepasados en putas y apuestas: abre los ojos y ve como es.

Apenas lo dijo, los ojos de la vizcondesa se abrieron como platos. *Lady Joyce* se cubrió los labios con la mano, pero él no se achantó, y la anciana se volvió para mirarlo a la cara y sostenerse sobre su antebrazo. Maxwell la ayudó y se sentaron.

—¿Has dicho... has dicho «tu esposa»? —repitió con voz ahogada.

—Sí, me he casado con Rose en Plymouth, es mi mujer ante Dios. La amo, y no me importa ser vizconde de Hale o que me aceptes en esta casa, lucharé por ella y por la vida que quiero vivir a su lado, por cumplir mis sueños y hacerla feliz —contestó Maxwell—. ¿Entiendes por qué he vendido a decírtelo a pesar de lo que dijiste en el festival?

—¿Por qué iba a creerte? Leonard es un hombre culto y educado de pensamientos semejantes a los míos, es impensable que sea tan ruin como dices.

—Si no me crees, velo tú misma: no está enamorado de «*lady Mary Goldman*», está encaprichado de Rose y voy a demostrártelo. En unos días a más tardar te daré las pruebas que buscas. Ten un poco de paciencia, la espera valdrá la pena, te doy mi palabra —dijo él.

—Muy bien, esperaré —asintió la vizcondesa—. Si es cierto lo que has dicho, que los cielos sean mi testigo: no habrá piedra bajo la cual Leonard se pueda ocultar. Ahora vete, me has dado mucho qué pensar, y una mujer de mi edad debe digerir los tragos amargos en soledad. Joyce, querida, ¿me acompañas a mi cuarto?

—Por supuesto, *milady* —dijo la joven, antes de volverse hacia Maxwell—. Ha sido un placer volver a verlo, lord Bedford, le felicito por su boda... y le deseo suerte.

—Gracias, espero volver a verla pronto.

Y lo decía de verdad. La joven sonrió, y tras ayudar a la vizcondesa a levantarse, se alejaron por las escaleras y dejaron a Maxwell a solas con su resolución, que brillaba más fuerte que nunca. Que esperara Leonard, su caída estaba más cerca que nunca.

Capítulo XXVII

La Gazza Ladra



La carta llegó más rápido de lo previsto. Tres días después de su reunión con Leonard en el despacho de Braithbury Hall, un criado de los Bedford se presentó con una nota para Rose que debía entregar en mano. La joven la tomó y cruzó el corredor para sentarse junto a la datilera india que crecía en el patio. Le encantaba sentarse allí e imaginar que estaba en algún lugar exótico; tal vez en la India, lugar del que Edward y Violet tanto le habían hablado y se moría por visitar. La carta reposaba sellada sobre sus rodillas, y así se encontraba cuando entraron Camelia, Violet y su madre.

Su hermana mayor estaba paliducha, síntoma de que había vomitado hacía poco, y Edith la ayudó a sentarse en el sofá con expresión preocupada. Camelia se sentó junto a Rose, frente a ellas.

—¿Seguro que no quieres un poco de limón caliente con miel? Violet, hija, tienes que alimentarte... El doctor Hammond dice que esta etapa durará al menos cuatro meses, no es bueno para la criatura que no retengas nada en el estómago —comentó su madre.

—Estoy bien, madre, me conformo con un poco de leche tibia y natillas, si es que han sobrado; pero nada más sólido que eso, te lo ruego —dijo Violet—. ¿Me lo traerías?

—Por supuesto, hija, espera aquí con tus hermanas, iré a pedir que te las preparen.

Dicho lo cual la viuda Stuart se levantó para salir del patio ajardinado, dejando a sus tres hijas solas. Fue en ese momento, una vez segura de que no las oirían, que Violet se volvió hacia Rose.

—¿Y bien? —preguntó Violet.

—¿Y bien, qué? —dudó Rose.

—Vamos, Rosie, no finjas que no lo sabes. Madre, Camelia y yo hemos visto como un mensajero te entregaba una carta hace un rato, y a juzgar por el sobre que tienes sobre el regazo está claro que aún no la has abierto. Es de Leonard, ¿verdad?

—Sí, así es —confirmó ella.

—¿Y no vas a abrirla? Podría ser importante, tal vez noticias sobre una nueva visita. Ese hombre es tan desvergonzado y ególatra que no le importará volver a presentarse aquí después de lo que Edward le dijo la última vez —comentó Camelia y se mordió los labios—. Hay que estar prevenidas, así que mejor leerla cuanto antes.

—Ay, no sé, de pronto tengo vértigo. ¿Y si la cosa se descontrola?

—Bonito eufemismo, Rosie, no creo que pueda descontrolarse más —señaló Camelia.

—No dejaremos que te pase nada, hermanita, vamos a leerla juntas —animó Violet.

Apenas lo dijo se levantó para sentarse al lado de sus hermanas, dejando a Rose en el centro. Decidida, la menor tomó la carta y rasgó el lacre para sacar la misiva, una nota en papel

perfumado con excelente caligrafía. La tinta brillaba sobre el papel, escrita del puño y letra de Leonard.

Mi hermosa Rose,

Después de nuestra conversación no he podido sacarte de mi cabeza, y he decidido seguir al pie de la letra tus palabras. Querías una cita, y una cita es lo que tendrás. He reservado mesa en el mejor restaurante italiano de Londres, sin duda lo conoces: «La Gazza Ladra» —sí, como esa aburrida ópera—, en el centro del West End. Podremos disfrutar de los mejores vinos afrutados, y, como sé de tu gusto por las delicias, de los mejores tiramisús. Acepta mi invitación, hermosura, y verás que mi promesa era sincera. Te brindaré todos los placeres que pidas y más, solo acepta ser mía.

Tu querido Leonard.

«¿Mi querido Leonard?», bufó Rose y arrugó la nariz. «¡Presuntuoso arrogante!»

—Bueno, ¿qué es lo que dice? —preguntó Violet.

—Quiere llevarme a cenar a *La Gazza Ladra*, ese restaurante italiano de la calle Charing Cross —explicó Rose y arrugó la misiva—. ¡Y se jacta de que brindaré con él, como si fuese a aceptarlo así sin más!

—Es un malnacido, pero debes aceptar su invitación, Rose.

—Violet, tal vez debamos pensarlo un poco, no me gusta la idea de que Rosie vaya a cenar con ese hombre después de lo que pasó en el combate de esgrima. ¿Y si intenta aprovecharse como en la fiesta de debut? No es como si Edward o Maxwell pudiesen ir con ella a la cita para protegerla... —intervino Camelia.

—De hecho, creo que eso es justo lo que debe hacer Max, acudir —sonrió Violet.

Ambas, Rose y Camelia, se volvieron a mirarla como si le hubiese crecido una segunda cabeza, pero Violet se limitó a reír en voz baja antes de explicarse.

—Si Maxwell lleva a su abuela a ese mismo restaurante, podrá veros juntos y ver de qué madera está hecho su estimado nieto —expuso—. Sé que es arriesgado, pero no te preocupes, Rose, iremos todos a cenar con la vizcondesa y velaremos por ti. Será como una cita a ciegas en la que estarás totalmente vigilada por nosotros. ¡Es una gran idea!

—¿Tú crees? —dudó Camelia.

—Claro, pensadlo bien. Leonard quiere lucirse ante Rose, y si Arabella lo ve sabrá que todo lo que ha fingido ante ella no es cierto; su fachada caerá de golpe.

—Visto así tiene sentido —dijo Rose y su ánimo se acrecentó—. Podríamos terminar con ese juego y desenmascarar a Leonard de una vez por todas. ¡Tienes razón, Vivie, hay que hacerlo! Esta tarde le escribiré una nota de respuesta.

—Muy bien, solo hay que ponernos de acuerdo con *lady Arabella* —asintió Violet.

—Y rezar para que acepte, una mujer tan orgullosa como ella no lo va a tomar bien —señaló Camelia.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó una voz a su espalda.

Las tres jóvenes se volvieron para encontrar a su madre en el umbral cargando una bandeja de cristal pintado que contenía un cuenco de natillas de pan y vainilla humeante, y una taza de leche con miel. Todo pensado para asentarle el estómago a Violet.

—De *lady Bedford*, la vizcondesa de Hale. A Violet se le ha ocurrido un plan que gane su favor para Maxwell y desenmascarar definitivamente a Leonard —dijo Camelia.

—¿Un nuevo plan? No me gusta, pero por una vez voy a ayudarlos —dijo Edith mientras dejaba la bandeja sobre la mesilla de centro—. Si es el futuro de mi yerno del que estamos hablando, y por ende el de Rose, hay que hacer lo posible para solucionar ese malentendido con la vizcondesa; podéis contar con mi apoyo.

—¿De verdad? —Se sorprendió Rose.

—Sí, hija mía, de verdad. Deseo lo mejor para vosotras, y ayudar a Maxwell es ayudarte a ti.

Rose sintió un calor suave recorrerle el alma al darse cuenta de que contaba con el apoyo no solo de sus hermanas sino de su madre, y la resolución de seguir adelante con el plan se fortaleció más que nunca. Satisfecha, sonrió, dispuesta a escribir una carta.

Capítulo XXVIII

Cara a cara



Un toque de rubor y polvos de arroz..., «sí, justo así», pensó Rose mientras terminaba de empolvarse el escote. Llevaba puesto un vestido de debutante, tan blanco y puro como una rosa abierta en primavera. La tela era de muselina sembrada de pedrería, cientos de cristales cosidos a mano, y el corsé iba tan prieto que sus pechos parecían reventar, rebosando sobre el escote barco como dos turgentes manzanas. «Un seductor como Leonard no podrá resistirse a esa vista», pensó alegre. Después se miró en el espejo, una última mirada antes de salir: estaba radiante, era el cebo perfecto.

Satisfecha, salió de la habitación y bajó las escaleras en el mismo momento que el reloj marcaba las seis y veinticinco. Leonard iba a recogerla como todo un caballero, así que, con su familia ya de camino a *La Gazza Ladra*, Rose aguardó a solas con Emmeline y Beatrice a que lord Bedford llegara. Y llegó puntual como las campanadas. La campanilla sonó a las seis y media, y el señor Hubbert se apresuró a abrir la puerta. Leonard vestía de punta en blanco: levita azul medianoche con botonadura de plata, pantalón, chaleco y sombrero de copa negros, camisa y pañuelo de seda blancos. Parecía un príncipe azul, tan guapo y encantador como Rose creyó que era antes de conocerlo.

El marqués se inclinó, y tras besarle la mano la condujo al carruaje. Rose aguardó, nerviosa. Y Leonard no se hizo de rogar, subió y se sentó a su lado antes de dar un toque en el techo con el bastón para indicarle al cochero que podían salir.

—Bueno, mi hermosa señorita Stuart, he cumplido tus peticiones, como ves. Y la noche solo acaba de empezar, te prometo una velada inolvidable —comento cuando el carruaje comenzó a traquetear—. Te he traído un regalo, espero que no te importe.

—¿Un regalo?

—Sí, permíteme... —y antes de que Rose pudiera decir nada, Leonard se sacó una flor del bolsillo interior de la levita, un brote de rosa que le pasó por los labios antes de besarla él mismo y colocársela en el escote. Una vez satisfecho, con la flor encajada en el canalillo, le acarició la piel con el pulgar y sonrió—. Sí, una rosa para una bella mujer, ese es el lugar al que pertenece: entre un par de bonitos pechos, suaves como un pétalo. No envidies su hermosura, Rose, tú eres la flor más bonita del jardín.

«Y ahora se hace el poeta... ¿En qué momento me encapriché de él?» pensó Rose.

—Es preciosa, Leonard, muchas gracias —dijo en su lugar.

—No me las des, tengo muchas más sorpresas para ti esta noche, como ya he dicho. Si te ha gustado, espera un poco más, tal vez más tarde sean mis labios los que te acaricien.

—Estás muy confiado, ¿piensas que caeré en tus brazos tan fácilmente como en la fiesta?

—Sé leer a las mujeres como quien lee poesía, Rose, las señales nunca mienten.

—¿Y qué dicen las mías? —preguntó Rose con genuina curiosidad.

—Que desees a un hombre, no a un caballero de guante de seda —contestó Leonard y sonrió de medio lado, sin mirarla, con la vista fija en la empedrada calle—. Sé bien por qué rechazaste a Thomas, Rose. Es un buen amigo, buena persona, un caballero de manual, pero no es lo que una mujer espera y desea, al menos, no una mujer como tú.

—¿Una mujer cómo yo?

—Una mujer a la que no le importa romper las normas, que sueña con disfrutar una vida plena, que quiere gozar con las cosas pequeñas de la vida —explicó Leonard—. No eres una muñequita delicada como tu hermana Camelia, no. Tú bailarías sin importarte el protocolo, saldrías sin corsé y harías el amor en un carruaje sin importar lo que la sociedad dijera o creyese. «Ese» tipo de mujer. ¿Estoy en un error?

Rose no respondió. «Es un desgraciado, pero sabe leer a una dama.»

—Contéstame, Rose, ¿me equivoco? —insistió.

—Es cierto, deseo todas esas cosas —confirmó Rose y se volvió para encararlo—. La pregunta es, ¿querría un hombre como tú unir su vida, su linaje y su apellido a una mujer como yo? No soy lo que dirías «material de marquesa», menos aún de vizcondesa.

—Un hombre como yo es lo suficientemente perfecto por los dos. Me importa un diablo lo que piensen cuatro vejestorios y sus adinerados maridos, me basta y me sobra con llevar una buena vida con una mujer bella y apasionada a mi lado. Y esa mujer eses tú, Rose. Solo tienes que aceptarlo: sé mía y te daré el mundo, sé mi esposa y haré que se cumplan tus deseos, serás la marquesa de Eastwyn y la vizcondesa de Hale. Sé que me desees, que me anhelas, y yo no deseo nada más.

—Entonces, milord, tendrás que demostrarlo —afirmó ella.

—Lo verás, eso te lo garantizo —prometió Leonard.

No pudieron seguir hablando antes de que el carruaje detuviera sus pasos frente al restaurante, y Leonard bajó primero para ayudarla a descender como haría un galán. Rose tomó su mano y entraron por la puerta principal. *La Gazza Ladra* era un edificio de arquitectura neoclásica que imitaba un templo romano. Las cristaleras cubrían la fachada delantera, y un toldo con los colores de Italia presidía la puerta, donde un dibujo de una urraca dorada decoraba la fachada. El restaurante estaba abarrotado. Daba la casualidad de que precisamente esa noche estrenaban un nuevo plato: *fettuccini de langosta all'arrabbiata*, obra de uno de los mejores cocineros de la ciudad.

La noticia había corrido entre la creme de la creme, muchos miembros del *beau monde* estaban allí. Por eso Leonard había elegido aquella noche y no otra, porque quería demostrarle a Rose que tenía el poder para estar en los mejores eventos.

Mientras caminaban por el elegante recibidor de mármol, la joven recorrió el lugar con la mirada: su familia estaba esperando a que se sentaran para pedir una mesa cercana, pero lo bastante oculta para que Leonard no los viera. Un empleado condujo a Rose y Leonard su mesa, una de las que poseía biombos para proporcionar intimidad. Los Barnett y *lady* Arabella se sentaron en la mesa de al lado, ocultos por el separador de madera labrada, y dio comienzo la función. Rose ojeó el menú mientras el marqués pedía.

—*Grazie, berremo un vino fruttato, sì, Pinot Noir, magari un'annata de 1815... e porta una degustazione per la signorina, va bene?* —comentó Leonard y el camarero asintió antes de alejarse—. Espero que te guste el vino dulce, Rose, he pedido un afrutado fuerte; he asumido que querías paladear algo que te emocione.

«Asumes demasiado, idiota presuntuoso», pensó exasperada.

—Nunca he bebido vino, hasta hace unas semanas no tenía todavía dieciocho años —señaló con las cejas en alto—. ¿Acaso pretendes embriagarme?

—Créeme, si quisiera embriagarte te darías cuenta, *preciosité*.

—¿Eso último ha sido francés? —se sorprendió Rose.

—Deberías verte la cara, te has sonrojado como una azucena al sol —rio Leonard y le guiñó el ojo antes de apoyar un codo sobre la mesa—. Y sí, querida, eso ha sido francés, quiere decir «preciosidad». Hablo varios idiomas a parte del propio: francés, italiano, español y algo de ruso; un idioma muy bárbaro, el ruso, si me lo preguntas. En el francés encuentro los mayores placeres, hablarle a una mujer en francés es como hacerle el amor, una delicia. *Vous le constateriez très bientôt, Rose, le français, ce n'est pas que des mots sur les lèvres...*

—¿Qué significa eso?

Leonard sonrió, pero no se explicó, y el camarero regresó con la botella de *Pinot Noir* y unos panecillos de semillas antes de que pudiera insistir. Tras servirles las copas y tomarles el pedido, se volvió a alejar. Optaron por el plato estrella, los *fetuccini* de langosta, y mientras aguardaban, Rose tomó un panecillo y comenzó a desmigarlo para ir comiéndose los trocitos. Tenía más hambre del que pensaba.

—Deja que te pregunte algo, Leonard... siempre dices que eres mejor que Maxwell —comentó mientras masticaba la miga con semillas de girasol—. Sin embargo, sigo sin ver qué ganas al cortejarme: estoy arruinada, ¿recuerdas? Tu hermana y tú os encargasteis de ello, primero en mi fiesta de debut y después en el festival de las flores.

—Un error que lamento amargamente y prometo enmendar.

—Pero el daño ya está hecho, sigo siendo escandalosa —dijo ella.

—Nada que mi reputación no pueda salvar, querida, si te casas conmigo todos verán que no había nada de cierto en esos rumores. Uno más de los beneficios que tendrás como mi esposa.

—¿Y qué otros beneficios ofreces? Soy rica, como ya sabes, no necesito tus títulos, y mi fortuna es mucho mayor que la tuya. Dices que eres buen amante, pero solo tengo tu palabra y los rumores que corren sobre ti —señaló Rose—. Son una cosa curiosa, los rumores: uno cree lo que oye y elige creer, pero la mayoría resulta no ser ciertos. Si tan buen amante eres como presumes ser, ¿por qué utilizar a una mujer como Marigold? ¿por qué usar a una cabaretera y hacerla pasar por dama para engañar a tu abuela en vez de a una de tus conquistas de alcurnia? Sin duda más de una lo hubiese hecho de buena gana...

Leonard se encogió de hombros y dio un largo sorbo a su copa de vino. Rose no había tocado la suya, pero no se molestó por ello. Si quería embelesarla no necesitaba tenerla borracha; solo con su encanto y su lengua lo conseguiría todo de ella.

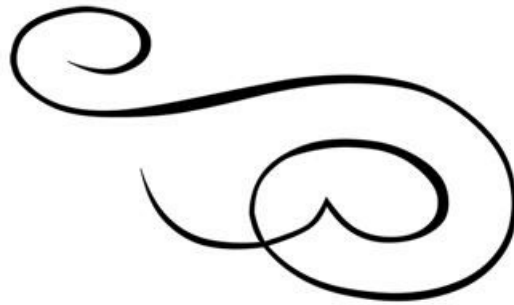
—Es cierto, pero luego hubiesen querido ir más allá, y a mi no me interesan. Mary es perfecta, puesto que a ella tampoco le intereso yo —explicó Leonard y suspiró—. Lo admito, Rose, soy promiscuo, pero no me culpes, soy un hombre. Las muchachas se me lanzan a los brazos en busca de mi título, ¿por qué rechazar una noche de placer si me la sirven en bandeja? Tú eres diferente, me has embelesado... Deseo hacerte mía, colmarte de caprichos, adorarte en el lecho: lo deseo todo de ti, Rose Stuart.

—¿Y qué hay de tu abuela?

—Mi abuela es una necia crédula, le diré cualquier cosa: que el padre de Marigold le ha pedido volver a Irlanda o una excusa así, o que me he enamorado de ti sin darme cuenta —contestó él—. Deja de preocuparte por ella, tengo una nueva sorpresa.

Rose no respondió, y mientras el camarero les servía los platos de pasta, un trío de violinistas

se acercó a su mesa para comenzar a tocar. Y Rose supo que aquel era el momento; si algo iba a pasar, sería ahora.



Llevaban diez minutos esperando en un extremo del recibidor cuando finalmente las puertas se abrieron para revelar a Leonard y a Rose. Maxwell tenía los nervios de punta, y tras haber aguantado la tensión de tener allí a su abuela como testigo durante la última hora, agradeció a los cielos porque su primo fuese un patán tan puntual. Eran las siete, y tras una breve charla con el encargado, un empleado condujo a su primo y a su esposa a una de las mesas de la zona de biombo.

Maxwell se volvió hacia Edward, nervioso, y el coronel se apresuró a pedir una mesa contigua; si iban a seguir el juego debían hacerlo bien, o su abuela no obtendría las pruebas que necesitaba.

—Ya tienen nuestra mesa preparada —sonrió Edward y le ofreció el brazo a la vizcondesa en un gesto de cortesía—. ¿Hará los honores de acompañar a este muchacho a su mesa, *milady*?

—Guarde las zalamerías para su esposa, coronel Barnett, una mujer de mi edad es inmune a tales cosas. Si he venido ha sido por el deseo morboso de saber si he sido objeto de burla por parte de mi nieto y heredero —contestó la vizcondesa, aunque se enganchó del codo de Edward para comenzar a caminar hacia la mesa—. Espero que estén equivocados, pero si no lo están, que Dios se apiade de él.

—No se preocupe, *lady* Arabella, si la cena sale como pensamos, no será necesario que haga usted nada. Leonard se encargará de echarse el castigo encima.

—En tal caso sentémonos, mataría por una copa de brandy.

—Me encargaré, señora, conozco los mejores —señaló Theodore.

La mesa era redonda, vestida con un mantel blanco y decorada con un jarroncillo de cristal y lirios. Contaba con seis asientos que ocuparon por parejas: Violet y Edward; Theodore y Camelia; Maxwell y su abuela, que quedaba al otro lado de Violet. El biombo estaba situado de espaldas a ambas, y los tres, Violet, Arabella y Maxwell, oían perfectamente lo que se decía en la mesa de al lado.

Leonard estaba fanfarroneando con su conocimiento sobre vinos. Y cuando, tras un insufrible tonto, soltó aquella frase en francés, la anciana se llevó la mano al pecho con expresión incrédula. «*Vous le constaterez très bientôt, Rose, le français ce n'est pas que des mots sur les lèvres*». Maxwell estranguló la servilleta con la mano; tanto él como su abuela, y a juzgar por su

mirada también Edward, habían entendido lo dicho: *Verás muy pronto, Rose, que el francés no son sólo palabras en los labios.*

«Bastardo», pensó Maxwell, y Camelia puso una mano en su brazo para calmarlo. El francés era, como decían los bohemios, el arte de complacer con la boca. Pero Rose, claro, no lo sabía, ingenua e inocente como era. Que Leonard le insinuase aquello a su esposa le dio ganas de levantarse y estrangularlo allí mismo.

—No puedo creer lo que oigo... debe ser una broma soez —murmuró Arabella.

—Eso quisiéramos creer, *milady*, pero no —señaló Violet.

El camarero llegó entonces para anotar sus pedidos. Ninguno de los presentes tenía hambre, pero pidieron una sopa de verduras y unos entrantes de pollo en tostas para disimular. Solo cuando el empleado se hubo marchado, volvieron a prestar atención.

«—...sin ver qué ganas al cortejarme: estoy arruinada, ¿recuerdas? Tu hermana y tú os encargasteis de ello, primero en mi fiesta de debut y después en el festival de las flores —dijo Rose

—Un error que lamento amargamente y prometo enmendar —contestó Leonard

—Pero el daño ya está hecho, sigo siendo escandalosa.

—Nada que mi reputación no pueda salvar, querida, si te casas conmigo todos verán que no había nada de cierto en esos rumores. Uno más de los beneficios que tendrás como mi esposa.»

En ese punto estaba ya muy claro que a Leonard le interesaba Rose de manera íntima, y la expresión de la vizcondesa se había vuelto cenicienta. Sostenía una copa de licor en la mano, pero la agarraba con tanta fuerza que Maxwell creía que la rompería. Cada frase que añadía le clavaba una astilla en el corazón, saber que *lady Mary Goldman* no existía, que era una cabaretera disfrazada, era solo una puñalada más.

Fue la voz de Leonard la que puso la puntilla a todo el asunto.

«—¿Y qué hay de tu abuela? —inquirió Rose

—Mi abuela es una necia crédula, le diré cualquier cosa, que el padre de Marigold le ha pedido volver a Irlanda o una excusa así, o que me he enamorado de ti sin darme cuenta —contestó Leonard—. Deja de preocuparte por ella, tengo una nueva sorpresa.»

Lady Arabella posó la copa de brandy con tal violencia que derramó el contenido sobre el mantel; respiraba con fuerza y le temblaban las manos, que había extendido sobre la mesa. Camelia se mordió los labios y miró a Violet. ¿Y si habían ido demasiado lejos con el plan? Una octogenaria no estaba para esos disgustos. Sin embargo, la mujer estaba lejos de sentirse enferma, sentía tal rabia que estaba planteándose levantarse y golpear a Leonard.

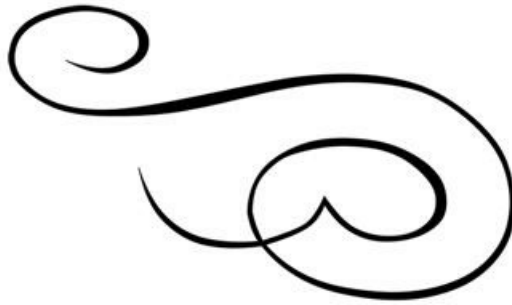
—Tranquilícese, *milady*, aún no es el momento —susurró Edward.

—No me pida que me calme. Si debo oír una nueva afirmación salir de boca de ese infame, ese nieto mío se arrepentirá de haber nacido —contestó ella, lívida.

—Espera un poco más, abuela, te lo ruego —dijo Maxwell.

—Bien, esperaré.

Con el corazón en la garganta y el ánimo en los pies, aguardaron.



Los suaves acordes de Mozart comenzaron a sonar, y Rose se cubrió la boca con las manos. Leonard sonrió, sintiendo a la joven ya en el bote, y se puso en pie para recitar un poema. Había sacado a la palestra todo el arsenal: cena romántica, violines, flores, promesas de amor... si todo iba bien, esa noche se la llevaría a la cama. Después podría casarse con ella, y el corazón le latió veloz como un purasangre al imaginarlo.

—Mi hermosa Rose, escucha este poema que, con todo mi afecto te dedico —dijo y comenzó a recitar—:

*Amo tus labios cuando están mojados de vino
y rojos de deseo salvaje;
Amo tus ojos cuando la luz del amor yace
encendida con un fuego apasionado.
Amo tu cabello cuando los mechones entrelazan
tus besos contra mi rostro.
No es para mí el beso frío y tranquilo
del amor incruento de una virgen.
No es para mí la blanca dicha del santo,
ni el corazón de una paloma sin mancha.
Pero dame el amor que tan libremente das
con tu cuerpo tan joven y cálido en mis brazos,
Enciende mi pobre corazón en llamas.*

—Rose, te lo preguntaré una vez más: ¿aceptas ser mía?

—No.

Leonard elevó las cejas y se rio, como si no la hubiese entendido.

—Disculpa, querida, ¿qué es lo que has dicho? —inquirió.

—He dicho que no, Leonard Bedford, no seré tuya ni ahora ni nunca —contestó Rose—. Me engañaste una vez, pero no soy la idiota que crees. ¿Y sabes lo mejor? Que me has hecho ver que nunca te he deseado. Lo que sentía por ti no era más que un capricho, no era amor.

—¿¡Amor!? —chilló Leonard, ganando numerosas miradas—. ¿¡Qué sabrás tú del amor, niña ignorante!? ¿Crees que es amor lo que sientes por mi primo? Maxwell es un bufón, ¡un payaso! Jamás te ha amado, solo te utiliza para fastidiarme. Si tienes algo de seso y no deseas pasar el resto de tu vida como una solterona, elígeme...

—¡Basta ya, Leonard, cállate! —exclamó una voz.

Rose, Leonard y medio restaurante se volvieron. La vizcondesa viuda de Hale, lady Arabella, permanecía en pie con expresión furibunda. Y al verla allí, el rostro del pelirrojo pasó del rojo al

blanco sepulcral. Se le cortaron las palabras al ver a su abuela, que se acercó a paso lento para encararlo, y al llegar a su altura le cruzó la cara con una bofetada, para consternación de los testigos. Leonard se llevó la mano a la mejilla, incrédulo, pero la vizcondesa no se achantó.

—Por los clavos de Cristo te juro, que ser testigo de tamaña desfachatez me ha dejado sin palabras, nieto —afirmó Arabella, furibunda, aunque su voz era controlada—. Cuando me dijeron lo que hacías me negué a creerlo, y verlo ahora con mis propios ojos ha sido revelador.

—Abuela, yo no...

—¡Silencio! No empeores aún más las cosas, muchacho. Vuelve a Bedford Park, hablaremos allí del título que ya crees haber obtenido, pero que a todas luces no vas a heredar.

—¡Esto es un error, abuela, una trampa! —trató de defenderse él.

—Una trampa de la que al parecer medio Londres ha sido testigo —resopló ella.

Al darse cuenta de que todo el restaurante los estaba mirando, Leonard enrojeció de vergüenza y agachó la cabeza. Había sido humillado, había quedado en ridículo, y no le quedaba más remedio que obedecer a la vieja si no quería empeorar aún más su situación. Echó a caminar a la salida como una flecha, y solo cuando hubo salido Rose se permitió volver a respirar. Un peso se liberó de su pecho, y suspiró, aliviada.

—*Milady*, yo... no quería que se enterara de esta forma —murmuró.

—No diga nada, Rose Stuart, Maxwell me lo ha contado todo. Sé lo que sucedió, y tengo mucho que meditar al respecto... no todos los días abre uno los ojos a la realidad —dijo *lady Arabella*—. Tendréis noticias mías pronto, por el momento solo quiero volver a mi casa y pensar. Coronel Barnett, ¿haría el favor de acompañarme hasta un carruaje?

—Por supuesto, *lady Arabella*, será un placer —asintió Edward.

La tormenta se disipó, y Rose observó a su tutor y la vizcondesa alejarse. Y supo que había pasado lo peor. Los rumores iban a ser un huracán, pero habían dejado de importarle. Mientras tuviese a Maxwell y a su familia, superaría lo que fuera.

Capítulo XXIX

El Vizconde de Hale



Braithbury Hall, Londres

Septiembre, 1840

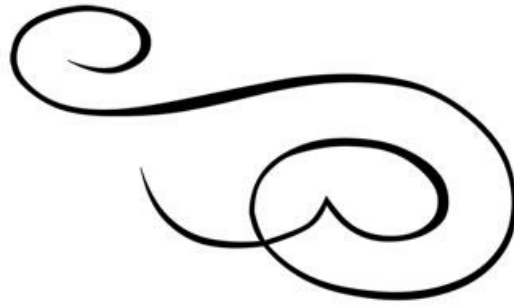
Un mes y medio de silencio tras el incidente del restaurante, las noticias se sucedieron como una avalancha, imparables. El revuelo causado por Leonard había matado su reputación en sociedad, los rumores habían corrido como la pólvora entre las gentes del *Beau Monde*. Todos los presentes en *La Gazza Ladra* habían sido testigos de como le gritaba a una mujer, de cómo perdía los estribos, de cómo la vizcondesa lo desheredaba públicamente. Y era el escándalo más encarnizado de la temporada, no se hablaba de otra cosa.

Leonard había pasado de ser el soltero más deseado de Londres a ser un hombre a evitar por las madres que deseaban un pretendiente ideal para sus hijas. Con sus opciones de pescar a una esposa rica que sustentara sus vicios, y las posibilidades de heredar la fortuna del vizcondado de Hale dilapidadas, había huido a París con el rabo entre las piernas, dejando a su hermana Lauren al cuidado del marquesado de Eastwyn.

Si conseguía embaucar a una dama francesa adinerada con sus artes, volvería a casa a vivir la buena vida. Lo que tenía claro era que no deseaba volver a cruzar su camino con Rose, con su primo, su tía, sus primas y esa vieja insufrible que era su abuela. Que se pudieran en el más profundo de los siete infiernos.

Lady Arabella Bedford, viuda de Hale, se había quedado sin herederos.

Ambos, Maxwell y ella, se encontraban en la misma situación que el día en que lo hizo llamar meses atrás: él, pobre; y ella, sin hijos vivos, con una hija monja y dos nietos desheredados. Podría legarle la fortuna a Magdalene, pero de hacerlo el linaje de los Bedford se perdería. Solo podía ser Maxwell. Por eso, aquella mañana de septiembre, con un brillante sol como compañero, mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir.



—¡Pero mírate, Vivie, ya ni el corsé te sirve! —rio Rose, mientras veía a Beatrice acomodarle los pechos a su hermana dentro una enagua de algodón reforzado. Debido al embarazo, el busto de Violet estaba muy sensible y había crecido una talla o dos. Y como su abdomen aparecía ya un tanto abultado a sus tres meses y medio, no usaba corsé—. Si Dios hubiese sido generoso, me habría dado al menos la mitad...

—No te quejes, Rose, tienes la ventaja de poder usar un escote más pronunciado que yo. Si me pusiese el vestido que llevas hoy, llamaría la atención —resopló Violet—. Además, no he visto a Maxwell ponerte nunca ninguna pega, hermanita.

—Eso es porque todos los hombres son iguales, tanto les da uno que otro...

—Ah, ¡pero qué equivocada está, señora Rose! —intervino Beatrice entre risas—. Los hombres tienen sus preferencias, tal como nosotras, y créame cuando le digo que no todos favorecen al mismo tipo de mujer. Su marido bebe los vientos por usted, en eso tiene razón la señora Violet, le hacen los ojos chiribitas cuando la mira.

—Entonces, ¿creéis que le gustará el vestido? —dudó Rose.

—¿Gustarle? Le va a encantar, Rosie —aseguró Violet—. Este vestido lo he cosido especialmente para ti, tiene toda su esencia, no hay manera de que Maxwell no lo vea.

Rose se volvió para mirarse al espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared, y se pasó las manos por los costados para admirar la suavidad y el tacto de la tela. De pura seda *shantung* en azul jade, brillaba, reflejando matices verdes y azulados. El corpiño estaba bordado y lleno de pedrería, diminutos zafiros engarzados a la tela que se abría en abanico, como una flor. Las mangas eran abullonadas, y el escote en forma de corazón realzaba el pequeño busto de Rose, dándole un aspecto encantador.

Violet tenía razón, ese vestido reflejaba su espíritu: atrevido, inquieto como un río bravo, y a la vez tan femenino y seductor. Estaba harta de vestidos de debutante blancos y pastel, aquel rico pigmento gritaba su nombre. Y Beatrice le había recogido el cabello en un moño del que colgaba parte de su ondulada melena castaña clara como la canela. Por último, su piel sembrada de diminutas pecas lucía una única joya: el collar de perlas de oro y zafiros en forma de lágrima que le regaló *lady* Arabella; estaba arrebatadora.

—En tal caso bajemos, no deberíamos hacerlos esperar, ¿no creéis? —comentó.

—Sí, Ed, madre y Cami nos están esperando abajo —asintió Violet.

Rose asintió, y tras una última sonrisa de ánimo y entusiasmo, las hermanas salieron de la habitación seguidas de cerca por la sirvienta. La emoción la embargaba, mezcla de nervios,

adrenalina y suspicacia. ¿La razón? La carta de *lady Arabella*. Rose se mordió los labios mientras recordaba cómo, tres días antes, el cartero le entregó al señor Hubbert una misiva para su esposo, y cómo Maxwell había roto el sello del vizconde para sacar una escueta nota en que la mujer les anunciaba su visita.

Y ahí estaban, esperándola con una deliciosa merienda. Lo que podía querer decirles ninguno lo sabía, pero estaban a punto de averiguarlo, faltaba un minuto para las cinco, hora señalada.

Y en cuanto las campanadas del reloj comenzaron a tocar, la puerta principal sonó y entró *lady Arabella*. La mujer vestía muy elegante, de raso blanco con toques de azul marino. Llevaba un tocado de plumas de cisne a juego con el vestido, y al cruzar la mirada con Rose, que llevaba la gargantilla que le había regalado al cuello, sonrió. Rose se mordió los labios y devolvió el gesto. La vizcondesa había sonreído, aquello era una buena señal, ¿verdad? Tras las cortesías iniciales pasaron al salón, donde aguardaban los Barnett y *Malvavisco*.

Emmeline procedió a servir la merienda, pastelillos príncipe de Gales con chocolate caliente para mojar. Fue Violet la primera en romper el silencio.

—Es un gran placer recibirla en Braithbury Hall, *lady Arabella*, está usted preciosa —comentó mientras removía su tacita—. Espero que encuentre nuestro hogar tan bonito y acogedor como el suyo propio, siempre será bien recibida en esta casa.

—Muchas gracias, *lady Barnett*, es muy amable. Y respecto al palacio, no tengo queja, tiene usted buen gusto, querida, tal vez por eso su ropa es tan apreciada en Londres —dijo la anciana y palpó su falda—. El vestido que llevo puesto es obra suya, como ya habrá notado.

—Lo he notado, sí, pero presumir no es una de las facetas que definan a una Stuart —rio Violet antes de volverse y sonreírle—. Eso, sin duda, también lo habrá deducido.

—Cierto, he tenido semanas para verlo: la joven Rose es insolente, pero humilde a pesar de todo, un rasgo de carácter que admiro. Pero basta de zalamerías, no he venido para hablar de eso, los halagos están bien, pero aquí hay tela que cortar. Dos familias, Barnett y Bedford, irremediablemente unidas por matrimonio... del que mi nieto me informó hace semanas, antes del incidente que no voy a volver a mencionar. Si no he venido antes a resolver la situación ha sido porque tenía demasiado peso que aligerar de mi corazón, y a mi edad, no puedo permitirme semejante carga.

Ante aquella declaración ninguno dijo nada, y ella lo agradeció.

—Coronel Barnett, asumo que está usted a favor de la boda, ¿cierto? —inquirió.

—Así es, *milady*, consideramos a Maxwell uno más de los nuestros; como a sus hermanas, *lady Magdalene* y *lady Marianne*; y su madre —afirmó Edward—. Descubrirá que poseer un título nobiliario no es lo que apreciamos los Barnett a la hora de valorar el carácter de una persona. Seré sincero, cuando Rose quedó a mi cuidado hace cuatro años me encariñé hasta el punto de considerarla una hermana. No hubiese permitido que se casara con Maxwell si no lo considerase digno.

—Entonces, ¿aprecia usted a mi nieto, daría la cara por Maxwell?

—Siempre doy la cara por mi familia, y él es de la familia —asintió el duque.

—Gracias por eso, Edward —intervino él.

El coronel y duque de Braithbury sonrió, y todos se volvieron a mirar a la anciana, que dio un largo sorbo a su chocolate caliente con canela antes de limpiarse con la servilleta y dejar la taza. Después cruzó ambas manos sobre el regazo y enarcó las cejas. Parecía que aquella declaración le estaba costando, y finalmente rompió el silencio.

—Sé que se están preguntando a qué he vendido, por qué le he escrito a mi nieto con la intención de reunirlos... bien, lo revelaré ahora —dijo, y se volvió a mirar a Maxwell—. No

negaré, querido nieto, que, cuando comenzó este asunto, no te conocía. Te expulsé de Bedford Park cuando tenías quince años, y sabe Dios que un adolescente descarado no era lo que más deseaba tener por compañía. Mientras viviste en Plymouth junto a tus padres y hermanas no me preocupé mucho de ti, de saber la clase de hombre que eras. La muerte de mi hijo Maurice puso las cosas en perspectiva: tenía dos nietos varones y debía conocerlos a ambos. He visto familias de reyes y nobles romperse por las disputas de dos hombres al disputar un título, y no quería que algo así le ocurriese a los Bedford.

—Entonces me escribiste para que volviese —aventuró Maxwell.

—No, entonces comencé a investigaros a Leonard y a ti, deseosa por ver qué clase de personas competirían por mi herencia —negó *lady* Arabella y resopló—. Para mi asombro, ambos resultasteis estar hechos de la misma masa: mujeriegos, descarados, con buenas carreras, bien parecidos... La diferencia recaía en vuestros linajes: Leonard contaba con la admiración de los ricos y el marquesado de Eastwyn que heredó de su madre; y tú, gracias a mis actos, con nada. Solo las buenas palabras que oía de ti en boca de mis conocidos de Plymouth, Bath y Portsmouth te avalaban. Decidí darte una oportunidad. La muerte de tu padre, Frederick, me pesó en la conciencia desde que Dios me lo arrebató, y no quería cometer el mismo error contigo.

—Abuela, no es necesario que des explicaciones.

—¡Déjame hablar, muchacho! Para ti no es importante, pero para mí es un bálsamo —exclamó ella—. Como decía, os investigué, solo entonces te pedí venir a Londres. Eso sucedió el otoño pasado, como bien sabes. Al llegar, y con los días, vi que estaba en un error respecto a ti: no eras en absoluto como había imaginado, un vividor descarado. Y tu noviazgo con la señorita Stuart me agradó mucho. Sabía que ella era la joven más deseada del momento debido a su generosa fortuna, llegué a creer que por eso la cortejabas... hasta que vi como os mirabais. Esa alegría, esa complicidad, era real, es amor. Y decidí aceptar a Rose como sucesora a pesar de su origen. Luego me enteré de la forma más cruel de la mentira a la que me habíais sometido, y me dolió.

—Sobre eso, *lady* Arabella, no puedo más que disculparme —intervino Rose, que apenas había probado su chocolate, demasiado nerviosa para comer—. Sé que estuvo mal engañarla, pero quería ayudar a Maxwell, y no podía permitir que alguien con tan pocos escrúpulos como Leonard fuese el vizconde de Hale. Nunca quise hacerle ningún daño a usted, me cree, ¿verdad?

Para sorpresa de todos, la anciana rompió a reír, y Rose cruzó una mirada con sus hermanas y con Maxwell antes de volverse a mirarla. Al clavar sus profundos ojos azules en los de la vizcondesa, se le arrebolaron las mejillas. ¿Había hecho el ridículo otra vez?

—Criatura, por supuesto que lo sé, o no estaría aquí sentada —rio la anciana—. Si he venido ha sido para remediar un error, y es que, como ya le dije a Maxwell, no soy una chiquilla... Tengo ochenta y dos años, no voy a vivir eternamente. El Señor me ha quitado a mis tres hijos y mi única hija sirve con la orden benedictina en la Abadía de Romsey. Solo me quedan mis nietos para continuar el legado familiar y heredar mi título, y Leonard está fuera de toda discusión tras su infame comportamiento. Cometí un error, Maxwell, y quiero que seas tú el vizconde de Hale, nadie lo merece más.

—Es una oferta generosa, abuela, pero he de rechazarla —dijo él.

—¿Cómo?

—¡Cielo santo, Maxwell! —exclamó Edith.

—Pero Max, ¿qué te pasa, hombre, estás loco!? —dijo Theodore.

Maxwell sonrió y tomó la mano de su esposa entre las suyas, antes de ponerse serio.

—No quiero ese título como premio de consolación, no lo necesito. Soy un hombre leal, y, tal como mi padre, tengo mi orgullo y mis principios. Deseo velar por mi esposa con el esfuerzo de

mis manos y el valor de mi mente —dijo Maxwell—. Edward ha accedido a contratarme como administrador, desde hace semanas soy yo quien lleva la fortuna y negocios de los Barnett. Trabajo, y estoy orgulloso de ello; no necesito ser un lord, como tampoco lo necesitó mi suegro, el brigadier Stuart, para ser un hombre de bien con una esposa e hijas maravillosas. Él fue feliz, y yo también lo soy.

—Una decisión que te honra, demostrar que no deseas vivir a costa de la herencia de tu esposa —afirmó la vizcondesa viuda y sonrió—. Por eso has de ser tú, Maxwell. Si alguien es merecedor de llevar con honor el título de nuestros antepasados lo tengo delante. No me hagas suplicar, por Cristo, que tengo las rodillas hechas un descalabro...

Maxwell no respondió, bajó la mirada y la clavó en la alfombra, y el suave apretón que Rose le dio a su mano le indicó que no estaba solo. Al elevar la mirada para encontrar los ojos de su esposa, lo tuvo claro. Dejaría que ella tomara la decisión con él, pues, a fin de cuentas, había estado jugando a ese juego a su lado desde el principio.

—¿Qué opinas, cariño, te gustaría ser la esposa de un vizconde?

—Vizconde o jornalero me importa un comino, Max, te amo a ti, no al título que ostentes —contestó Rose con voz segura antes de fruncir los labios—. Sin embargo, creo que deberías aceptar. Has luchado con uñas y dientes para que llegase este día, no permitas que sea el orgullo, tus principios, o peor, el honor, lo que se interponga.

—Bien, parece que es mi destino después de todo... si es esto lo que desea mi esposa, y de esa forma honro a mi familia, aceptaré tu ofrecimiento con una condición, abuela —dijo Maxwell.

—Exponla y vela cumplida —afirmó *lady* Arabella.

—Permite que ponga nuestro apellido a la escuela que Rose y yo hemos abierto en Rosehall Manor como homenaje a mi padre. Él luchó por eso, era en lo que creía, y ese cariño y respeto por los menos favorecidos fue lo que le hizo enamorarse de mi madre. Yo no estaría en este mundo de no ser por eso.

—¿Y has inaugurado ya esa escuela? —inquirió la anciana.

—No, lo haremos en unos días, con el comienzo del nuevo curso escolar.

—En tal caso prepara una fiesta, milord, porque seré yo misma quien corte el lazo.

La sorpresa fue general, y un aplauso recorrió el salón de Braithbury Hall cuando el recién nombrado vizconde se arrodillo para abrazar a su abuela. La anciana devolvió el gesto con las mejillas coloradas y sonrió. Parecía que las cosas habían encajado en su sitio, Maxwell no podía ser más feliz, la vida había encontrado su camino.

Epílogo

Un desenlace y un comienzo



Plymouth, 9 de Septiembre

La mañana se había levantado soleada, y a las ocho en punto, a falta de media hora para dar comienzo las clases, el ajetreo era total en Rosehall Manor. Todo estaba dispuesto para la puesta en escena: los pupitres habían sido acondicionados con tinteros, plumas y cuartillas. Las cajoneras aguardaban con fiambreras de metal pintado de colores —regalo sorpresa de Rose para los niños—; las aulas estaban perfumadas con plantas y jarrones con flores frescas; decoradas con dibujos, mapas, un globo terráqueo y varias tablas de multiplicar hechas de madera... El ambiente de colegio se respiraba por cada rincón de la planta baja de la casa de los Stuart.

Rose sonrió, resuelta y ansiosa como un conejito, revisando que cada detalle estuviese en su sitio.

—Evelyn, ¿se han preparado las cestas de aperitivos para el recreo? —preguntó.

—Sí, *milady*, hemos servido naranjas y galletas de mantequilla —confirmó la joven, una de las maestras que Maxwell había contratado—. También hemos puesto unos pequeños puzzles de madera para que los niños se lleven a sus casas.

—Bien, gracias. Oh, ¿y no ha visto a mi esposo por casualidad?

—Su amadisimo esposo no anda lejos, *madame*, lo he visto hablando con los maestros —dijo una voz a su espalda, una que Rose reconocería en cualquier parte—. Si se da prisa quizá logre robarle un beso antes de que entren los críos como soldados sin cuartel...

—Ay, Theo.

Rose se volvió con una sonrisa, para encontrar a su mejor amigo apoyado contra la puerta. El menor de los Barnett rio antes de ofrecerle una mano para conducirla al jardín, donde Maxwell, Edward y William estaban esperando la llegada de *lady* Arabella junto a los nuevos profesores. Habían contratado a tres: Evelyn, la más joven del plantel, una muchacha de apenas veinte años; Roberta, una viuda de Plymouth que fue institutriz antes de casarse; y Andrew, un indiano venido hacía poco de la isla de Antigua.

La vizcondesa viuda había prometido viajar a Plymouth para inaugurar el lugar, y a menos de media hora del comienzo de la clases, el futuro vizconde estaba impaciente.

—Cálmate, Maxwell, los críos van a pensar que pasa algo —suspiró Edward.

—Lo sé, y lo intento, Ed. Es solo que, si mi abuela no llega a tiempo tendremos que retrasarlo todo, y no quiero empezar con mal pie... —dijo él y se rascó la barbilla, inquieto—. Maldición, ni siquiera antes de competir en una carrera me pongo tan nervioso.

—Bueno, los niños son bastante más difíciles que los caballos, de eso puedo dar fe —rio

William—. Cuando seáis padres comprenderéis de qué estoy hablando, recordadlo.

—Oído y anotado, ahora, por el amor de Dios, poneos a rezar.

—No es necesaria la blasfemia, muchacho, yo nunca falto a mis compromisos.

Los tres hombres se volvieron para ver a la anciana acercarse por el caminito de gravilla pendida del brazo de su cochero; entonces llegaron Theodore y Rose. Al ver a la joven de pie en el porche, la vizcondesa sonrió y Rose se acercó para darle un abrazo.

—Bienvenida, *lady* Arabella.

—Gracias —comentó *lady* Arabella y miró en derredor—. Y bien, ¿dónde están los niños? Si he de ver mi apellido ligado al nombre de una escuela, quiero verla repleta de pequeñas criaturas curiosas.

—Deben estar al llegar, solo faltan unos minutos —explicó Rose.

La vizcondesa viuda asintió, y unos minutos más tarde salieron por un lateral las mujeres que faltaban: Camelia, Edith, Florence, Adeleide, Magdalene, Marianne y Violet. La alegría de Rose era completa, y al llegar al lado de Maxwell le envolvió la cintura y se puso de puntillas para robarle un beso. Él sonrió y la joven le rozó la mejilla.

—Un ratoncito me ha dicho que podría robarte un beso antes de que llegasen los niños —comentó alegre, logrando que Maxwell riera.

—Pues dale las gracias al ratoncito. Y hazle caso, Theo suele tener buenas ideas...

Rose rio y fue turno de Maxwell de atraparle los labios. Estaban aún acariciando sus bocas cuando la campanilla que anunciaba la llegada de los alumnos comenzó a sonar. Una fila de niños se acercaba por la acera. Rose estaba pletórica, habían logrado convencer a más de una veintena de familias de enviar a sus hijos a estudiar allí.

La gran mayoría eran humildes, hijos de proletarios: pescadores, carpinteros, herreros, gente que no podía permitirse pagar una escuela, o no eran admitidos por su condición. Plymouth era una ciudad de dos caras: el brillante mundo de los ricos y la zona portuaria, donde habitaba la mayoría de gente trabajadora. Un grupo de más de treinta niños de entre cuatro y once años se plantaron en el jardín de Rosehall Manor acompañados de varios adultos, seguramente sus padres, y *lady* Arabella se adelantó cabeza en alto.

—¿Estos son tus alumnos, querido nieto? —le preguntó a Maxwell.

—Sí, y hay más de los que esperaba en este primer año —asintió él.

—En tal caso habrá que causarles una buena impresión, ¿eh? —dijo la vizcondesa y se elevó los brazos para hacerse notar por los recién llegados—. ¡Niños y niñas de Plymouth! Es para mí un gran honor daros la bienvenida y contribuir al que fuese el gran sueño de mi querido hijo, lord Frederick Bedford, cuyo heredero, mi nieto, da nombre a este colegio, el «*Bedford's Plymouth School*». Aquí todos los niños y niñas serán admitidos para aprender a leer, a escribir, a cabalgar; a aprender cultura y música, y poder convertirse en ciudadanos de bien. ¡Bienvenidos seáis!

—Muchaz grazias, señora, ez uzted un ángel —musitó una niña pequeña con trenzas pelirrojas, de grandes ojos azules, con ropa humilde de algodón beis.

—¿Y usted, joven dama, a qué nombre responde?

—Yo zo Anna, Anna Bowen.

—Muy bien, señorita Bowen. ¿Me acompaña a cortar el lazo?

La niña asintió, y tras tomar la mano enguantada en raso y encaje de la anciana, caminaron por el jardín hasta la parte delantera de la casa. Maxwell le tendió unas tijeras, y tras alzarla en brazos para que quedara a la altura de su abuela, niña y anciana tomaron las tijeras e inauguraron la escuela. El sueño de lord Frederick estaba cumplido. Y, con ello, Maxwell cumplía una promesa.

Fue la mano de Rose sobre su espalda la que hizo que se volviera, se había quedado embobado.

—Buen día, mi amor, te habías quedado alelado —saludó la joven.

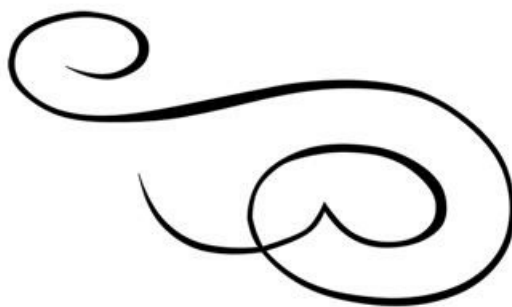
—Buen día, mi bella dama. Lo siento, solo estaba pensando.

—¿Aún estás preocupado?

—No, para nada, más bien al contrario. Desde que empezó este asunto de la herencia, por primera vez me siento libre: libre para ser yo, sin cargas, sueños o promesas que cumplir —confesó Maxwell—. Mi futuro es mío, de los dos, y no podría ser más feliz de tenerte a mi lado para vivirlo... Te amo y te amaré siempre, pecas.

—Y yo a ti aún más, Bedford.

Maxwell sonrió y volvió a besarla. Tal como había dicho, su futuro junto a su esposa daba comienzo, y sus sueños les pertenecerían solo a Rose y a él, para siempre jamás.



Braithbury Hall, Londres. Septiembre, 1840.

Dos semanas después

El desayuno estaba más tranquilo de lo habitual, con Jeremiah y Lily en sus clases, Florence y Theodore durmiendo, y Maxwell trabajando en el despacho junto a Edward. La mesa se había quedado medio vacía; solo William, Sylvia, Marjorie, Edith y sus hijas estaban desayunando. Violet se había comido tres tostadas repletas de mantequilla y parecía no poder dejar de comerlas; era uno de los antojos de su embarazo: mantequilla y miel. Cuando Edith le sirvió la cuarta tostada, Camelia se rio sin poder evitarlo.

—Cielos, Violet, no te había visto comer tanta miel en toda tu vida, creo que vas a terminar por odiarla —comentó alegre la rubia, mientras daba un sorbo a su té al limón—. ¿No has intentado comer un postre diferente?

—Ni hablar, Cami, quiero pan dulce, lo único que podría sustituir las tostadas con miel es un buen *pretzel* —negó la mayor mientras daba un nuevo mordisco—. Si a alguien le apetece ir a por unos al puesto que hay cerca de *Stuart's Clothing Company*, le estaré eternamente agradecida...

—Will y yo daremos un paseo tras el desayuno y te traeremos una bolsa —sonrió Sylvia—.

También disfruto de esos pequeños bollos alemanes, son una maravilla.

—Gracias, Sylvia —sonrió Violet.

—Sé lo que es un embarazo, querida, te ayudaré cuanto pueda...

Los fuertes campanillazos sobre la puerta interrumpieron su conversación. Y cuando se volvieron a repetir, los siete comensales se volvieron, a tiempo de ver al señor Hubbert caminar a toda velocidad para abrirla. Una tercera ronda de «tilín tilines» sonó, y semejante insistencia sorprendió a los Barnett. ¿Quién podía venir de visita tan temprano en una mañana laborable de miércoles, como para llamar con tal urgencia? Fueron los pasos apresurados del señor Arthur Roberts, abogado de la familia Barnett, al adentrarse en el corredor con toda celeridad los que les dieron su respuesta.

El caballero llegaba con la respiración agitada y las mejillas rojas, acalorado. Fue Marjorie la primera en salir de su estupor y levantarse para ayudarlo.

—Señor Roberts, qué sorpresa verlo aquí tan temprano. Respire, por Dios, respire, siéntese y beba algo fresco, le ayudará —ofreció la mujer y se volvió hacia Emmeline—. Sírvele un vaso de limonada al caballero, de prisa.

—Ahora mismo, *milady* —asintió la sirvienta y se apresuró a salir.

—*Lady* Marjorie, ¿está su sobrino, lord Edward, en casa? Debo tratar con él algo muy urgente...

—¿Acaso ocurre algo? —intervino William.

—Sí, sí, pero, por favor, que alguien avise al coronel Barnett —asintió el abogado.

—Will, querido, ¿te importaría...? —pidió Marge.

No hizo falta que se explayara, el mayor de los Barnett se levantó y salió a buscar a su hermano, para regresar un minuto después en compañía de Edward y Maxwell. Al ver allí a su abogado Edward arrugó la nariz y miró a su esposa. Sin embargo, Violet parecía tan perpleja como los demás. En ese momento regresó Emmeline con la bandeja de limonada y le sirvió un vaso al recién llegado, que tomó dos largos sorbos antes de que el duque rompiera el silencio.

—Arthur, ¿qué hace aquí? —dudó Edward.

—Lord Barnett, diablos, no sé cómo decir esto, pero por más estupor que me cause debo hacerlo o será peor —contestó angustiado—. He estado revisando los documentos del testamento del brigadier Stuart mientras archivaba mis papeles, y me he dado cuenta de que he cometido un terrible error.

—¿El testamento de mi esposo? —repitió Edith.

—Así es, señora, y me disculpo, pero ha aparecido una cláusula que se había desprendido del documento original, y necio de mí, no la había visto hasta hoy. Me temo que el tiempo corre en su contra, si quieren heredar la propiedad, deben salir pronto...

—¿Propiedad? —repitió Edward—. ¿De qué propiedad habla?

—De la que el difunto brigadier Stuart legó en herencia a su hija mediana, la señorita Camelia —explicó el señor Roberts y abrió la carpetita que traía para tenderle el documento en cuestión a Edward.

Camelia observó, paralizada, como su tutor leía con avidez el papel que el abogado acababa de entregarle. ¿Qué diantres estaba ocurriendo? ¿Qué su padre le había legado una propiedad a ella? No, aquello debía ser un error, los Stuart no tenían más propiedades que la casa de Plymouth que ya le había dejado a Rose, Rosehall Manor. Estaba a punto de comentarlo cuando Edward le tendió el documento. Camelia observó el papel, pero no lo tomó, y Edward se sentó a su lado.

—¿Qué es, Ed? —dudó Camelia.

—Lee y lo entenderás —contestó él, y le tendió el documento.

La joven lo sostuvo y comenzó a leer.

Londres, 7 de mayo de 1833

Yo, Thomas Stuart, brigadier de la cuarta división del ejército británico y dueño de la compañía textil *Stuart's Clothing Company*, con residencia oficial en el nº 21 de Gardner Avenue, Plymouth, Inglaterra, declaro con plenas facultades mentales y en presencia de testigos y un notario certificado lo siguiente:

Manifiesto mi deseo de legar en testamento y en su virtud, mis bienes a mis seres queridos y allegados tal y como aquí se especifica.

I. Instituyo como herederas universales a mis tres hijas, Violet Stuart, Camelia Stuart y Rose Stuart. Entre ellas han de repartirse mi fortuna y propiedades de la siguiente manera:

a. A mi primogénita, Violet, la más creativa y soñadora, le lego en propiedad la fábrica textil y la cadena de tiendas que se reparten por todo el país, *Stuart's Clothing Company*, junto a las plantaciones que poseo en la India. Así mismo, la cantidad de 500.000 libras que han de servir como dote y sustento para su futuro.

b. A mi hija mediana, Camelia, tan dulce, hermosa y arraigada al hogar como un cerezo, le lego la cantidad de 200.000 libras y la propiedad de "los Kahires". (dirección abajo)

* जयपुर पुराना शहर, राहजन जिले के दो काहिरों की हवेली

c. A mi hija menor, Rose, mi valiente y fogoso pajarito, le lego la mansión familiar en Plymouth y la cantidad de 100.000 libras. Que esa cifra sirva para costear su educación y le ofrezca una buena dote.

II. Lego a mi amada esposa Edith la suma de 150.000 libras. Que este dinero le sirva de consuelo si algo me ocurriese.

III. Nombro a mi pupilo, lord Edward Barnett, duque de Braithbury, mi apoderado y tutor de mis hijas en el caso de que yo falleciese. Confío en él con mi vida, sé que hará lo mejor por el bien de mi familia. Ha su cuidado quedan mi esposa y mis niñas, y con él han de vivir donde lo encuentre más conveniente.

IV. En vista de lo anterior, impongo una condición para que mis herederas accedan a la cantidad especificada. Dado que las tres son, en este punto, menores de edad, la administración de su herencia queda a cargo de lord Barnett hasta que estén comprometidas y su futuro esposo pueda hacerse cargo de ellas. Hasta entonces será potestad de mi apoderado.

V. Revoco cualquier otro documento anterior, siendo este el definitivo.

Camelia dejó el documento y le miró, anonadada.

—¿La propiedad de los Kahires? —repitió confusa—. ¿Qué es eso?

—Eso, mi preciosa pupila, es la mansión que te ha dejado tu padre en Jaipur. En el adjunto que está detrás se especifica su situación... me temo que vamos a tener que volver a la India. Si queremos que el gobierno no tome posesión de tus propiedades, debes ir y firmar las escrituras para adquirirlas. Después, volveremos a Londres con ellas ya a buen recaudo, y serás aún más deseable para esos respetables lores Londinenses que tanto te gustan —explicó Edward y no pudo evitar una sonrisa—. ¿Qué dices, Camelia, te apetece hacer un viaje?

—¿A la India?

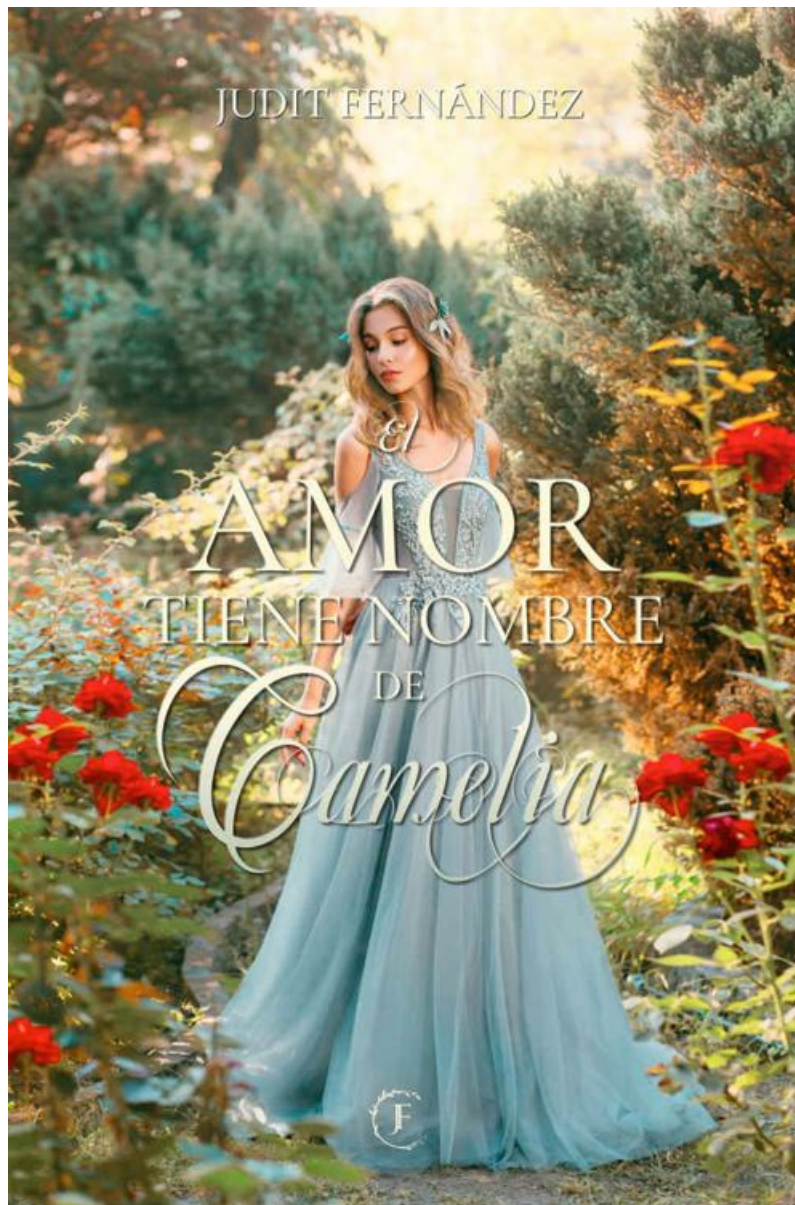
—A la India —confirmó él.

—Parece que no tengo opción... nos vamos a la India —jadeó ella.

Violet dio un saltito, emocionada, y la situación se convirtió en un ajeteo. Parecía que las emociones no terminaban, sino que estaban a punto de empezar, y Camelia no tenía la menor idea de lo que se avecinaba. Después de todo, ¿qué iba a hacer una señorita como ella en un lugar tan salvaje como aquel? Solo esperaba volver pronto y encontrar un marido adecuado en uno de los apropiados caballeros de Londres.

Porque si algo tenía claro, es que eso es lo que ella más quería.

EL AMOR TIENE NOMBRE DE CAMELIA



FRAGMENTO I

Diciembre, 1841

Camelia despertó empapada en sudor y atarecida. Había pasado una noche agitada pensando en las palabras de Charles, y en su persona en general. Solo cuando faltaban pocas horas para el amanecer logró quedarse dormida. Ese hombre la confundía demasiado, se alejaba tanto de los

hombres a los que estaba acostumbrada a tratar que no sabía cómo lidiar con él. Y ahora que tenía que enseñarle modales y para más inri fingir ser su prometida, la situación le parecía aún más difícil. ¿Cómo debía comportarse con él?, ¿debía ser amable y tratarlo como a cualquier hombre de su círculo? ¿O debería tratar de ser más mundana para no parecerle una estirada señorita mimada, una muñeca de porcelana, como ya había insinuado en Jaipur? Esos pensamientos la asaltaban sin descanso, y cuando los golpes sobre la puerta la sacaron de su sueño, saltó sobre sí misma.

Los rayos de sol se colaban y arrojaban luz, fría y neblinosa, dado que no tenía la costumbre de cerrar los cortinajes. Cuando pronunció un firme «adelante», Beatrice se adelantó con unas mudas limpias y planchadas bajo el brazo. Mientras se adentraba y posaba las enaguas para verter agua de la jofaina en el plato, la sirvienta la miró.

—Parece alicaída esta mañana, señorita Camelia, está algo pálida —señaló—. ¿No se encuentra bien? Si quiere puedo avisar al doctor Hammond.

—No, no te preocupes, Beatrice, es solo que he pasado mala noche —admitió Camelia y apartó las sábanas para sentarse sobre el colchón—. ¿Se han levantado ya los demás?

—Así es, lord Maxwell y lady Rose han salido a pasear por el centro con Malvavisco, los niños están en sus clases, su madre, lady Marjorie y lady Florence están en el patio, y lord Edward en su despacho con su invitado, el señor Cadden.

La respuesta alertó a Camelia, que cruzó la habitación con repentina premura.

—Cielos, ¿qué hora es, Beatrice? —inquirió.

—Las once y media, se ha quedado dormida. ¿Puedo sugerir que se quede en cama y le subo el desayuno a la cama? No me lo perdonaría si termina con calentura, señorita.

—No será necesario, bajaré a desayunar con Violet, tal vez ella pueda aconsejarme qué hacer con respecto al señor Cadden, a mí me trae de cabeza el solo pensar en él.

—¿No me diga que es ese hombre el motivo de su desvelo y su ánimo agitados? —Se sorprendió Beatrice y sonrió mientras la ayudaba a desabrochar el camión, dejándola desnuda con excepción del pantaloncillo—. ¿Quiere darse un baño? Puedo prepararlo.

—No, me lavaré con agua fresca del plato, ya he perdido media mañana durmiendo. Y, Beatrice, ayúdame con el vestido, por favor. Saca el que prefieras, me fio de tu elección.

—Como quiera pues, señorita.

En vista de que la joven no pensaba responder a su pregunta sobre el recién llegado, la sirvienta se apresuró a buscar un traje cálido que la abrigara entre los muchos que surtían el enorme vestidor. Se decantó por uno en velvet tono rosa pastel con escote barco y cuello alto de muselina, ideal para el clima invernal. Camelia poseía multitud de vestidos en esos tonos, eran los que mejor encajaban con ella: delicados y dulces como el jarabe de rosas. Solo cuando hubo sacado las enaguas y dejado el vestido sobre la cama, Beatrice se volvió. La joven había terminado ya de asearse y se había enfundado la camisola de algodón. Beatrice se acercó para atarle el corsé, y mientras lo hacía, Camelia suspiró.

—Lamento haber sonado grosera antes, Beatrice, es solo que nunca me había visto en una situación semejante... te responderé —dijo Camelia y continuó al ver que la sirvienta asentía—. Es cierto que el señor Cadden es el causante de la mala noche que he pasado. Y lo peor es que ni siquiera es culpa suya, no sé cómo he de tratarlo después de nuestro mal comienzo... intentarlo parece desaconsejable, algo que nunca haría en mi sano juicio.

—¿Por qué?

—Porque debo ser dos mujeres distintas cuando esté con él: una, la que finge ser la prometida del señor «Magnus Egerton» según ese plan absurdo de mi hermana; y luego está la Camelia que

soy realmente y que no quiere desagradarle.

—Oh, ¿acaso busca complacerle? Cuidado, quien no la conociera mejor podría pensar que ese hombre le interesa, señorita —bromeó Beatrice, que terminó de ajustar la lazada del corsé para enfundarle la crinolina y pasar el vestido de terciopelo por su cabeza—. No tendría nada de malo, ¿sabe? No le hace daño a nadie por tratar de coquetear un poco, más aún con un hombre como él; los cortejos son otro asunto.

—Qué cosas dices, yo... ¡yo no coqueteo! —exclamó Camelia, roja como una guinda.

—Desde luego que no, pero si lo hiciera nadie podría culparla.

—Me culparía yo misma, ¡sería un desastre absoluto! Ese hombre es rudo, descortés, maleducado y arrogante. Me juzgó sin conocerme, a la primera de cambio, ¡sería el último hombre del mundo con el que me permitiría tener un desliz que comprometiera mi reputación!

Beatrice se rio, y el sonrojo de Camelia se extendió por su rostro y sus orejas. ¿Acaso había dicho algo divertido?

—Precisamente esos son los mejores, señorita, los que se alejan del caballero perfecto, los que nos aceleran el pulso y nos hacen sonrojar a las mujeres —aclaró la sirvienta mientras acomodaba la silla del tocador para peinarla—. ¿Acaso me va a decir que no encuentra al señor Cadden muy varonil bajo ese primitivo encanto?

Camelia se mordió los labios, y mientras Beatrice sacaba el cepillo de madera y cerdas de jabalí para desenredar sus largos rizos dorados se sentó en la butaca frente al espejo. Las palabras se repetían en su mente: ¿lo encontraba atractivo? No iba a negar que era un hombre gallardo, pero era tan rudo... con esa barba descuidada y esas greñas. Ningún hombre que se preciara mantendría un aspecto tan desaliñado. No tenía ni idea de como iban a hacerlo pasar por caballero, aquello era una misión insalvable.

—Lo peor será fingir ser su prometida cuando es obvio que no es un caballero; no sé en qué está pensando Violet al sugerir tal idea, no funcionará —suspiró más para sí que para la sirvienta.

—Ya sabe lo que dicen, señorita Camelia, nadie nace sabiendo, todo se puede enseñar. Y respecto a lo otro, con una buena ropa y un lazo en el pelo quedará como nuevo.

—¿De veras crees que el señor Cadden engañará a alguien? No solo cuenta el aspecto físico, Beatrice —resopló Camelia.

—Tal vez no, pero con una maestra adecuada será el mejor de los nobles británicos. Yo creo en usted, lo mismo que lo hacen sus hermanas y el coronel Barnett. ¿Lo ayudará?

La joven bajó la mirada. Sí, podía tratar de conocer al hombre tras el cazador, tratar de hacerse su amiga y tener una buena relación con él, el corazón le decía que aquello era lo correcto.

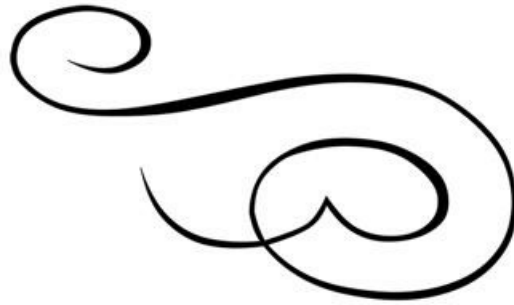
—Claro que le ayudaré, puede que solo sea una joven corriente de Plymouth, pero no soy la muñeca de porcelana inútil que todos piensan que soy —declaró Camelia—. Creo en las segundas oportunidades, Beatrice, y Charles no será diferente. Algo en mi interior me dice que he sido injusta con él: si Edward le ha confiado su vida y su amistad, yo haré lo mismo, haré cuanto esté en mi mano por salvarlo.

—Entonces, señorita, ya puede ir preparándose, ser su maestra en modales y etiqueta será solo el primer paso, ya verá cuando tenga que intimar con él —rio Beatrice.

—¡Cielo santo! No he conocido dama de compañía más inadecuada que tú, Beatrice...

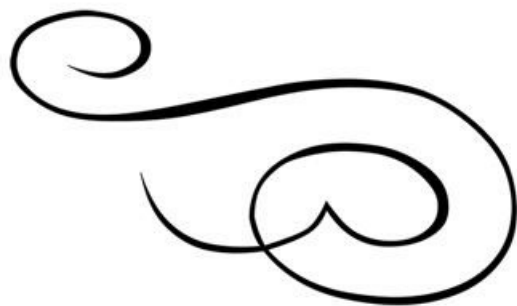
—Pues gracias a Dios que estoy aquí, o su vida sería muy aburrida.

Criada y señora se miraron y rompieron a reír, ajenas a los pasos que se alejaban raudos por el pasillo en dirección a las escaleras.



Charles tensó y destensó los músculos de la mandíbula. El sol no calentaba apenas, hacía frío. El cielo, aunque despejado, parecía neblinoso, como todo el ambiente que rodeaba aquella maldita ciudad. Al llegar al jardín trasero de Braithbury Hall se detuvo, miró en derredor y se encaminó a las caballerizas; estar en compañía de los animales siempre le alegraba. Tras oír de labios de la joven a la que pensaba invitar a pasear para asentar las cosas que era un primitivo con menos seso que una bestia, su ánimo se fue al diablo. «¿Quién se ha creído que es?», pensó molesto. «No me conoce de nada, solo por mi aspecto asume que no soy capaz de fingir esa charada», se repitió, irritado. «Si ella supiera lo nobles que son en realidad esos caballeros que tanto laurea... bastardos trajeados que fornican con vírgenes en los burdeles de Delhi y Calcuta, que miran a cualquiera que consideran inferior como a insectos que aplastar.»

«Bueno», resolvió, «si eso es lo que cree, se va a llevar un chasco: pienso convertirme en el inglés más adecuado que jamás haya visto, haré que se trague esas palabras y no piensen en dejar de nuevo sus hermosos labios». Porque, a pesar de todo, la mentira no le resultaba difícil de creer. Camelia era preciosa: dulce y delicada como una flor, suave como una hebra de seda, con unos ojos azules claros como el cielo despejado sobre el Ganges, con unos labios rosados como un nenúfar. Sabía que tendría que besarla, y un instinto primario le aceleró el pulso y le hizo correr la sangre caliente en las venas. Deseaba besarla, negarlo era absurdo. La cuestión era: ¿querría ella besarlo a él?



Los suaves golpes sobre la puerta lograron que Camelia volviera la cabeza. Había terminado de vestirse y peinarse, puesto un broche en su cuello y unos pendientes de perlas en sus orejas, estaba preparada para bajar a comer. O esa era su intención, pues la puerta se abrió para revelar a su hermana, que entró con una sonrisa traviesa y cerró tras de sí mientras la recorría con la mirada. Violet parecía satisfecha con su elección de vestuario, y se acercó para quedar de pie a su lado.

—¡Camelia, estás preciosa! Ese color te favorece mucho, ya verás como a Charlie le gusta, seguro que lo predispones a colaborar enseguida —dijo en tono alegre.

—¿Colaborar?, ¿y qué es lo que vamos a hacer que lo involucra a él? A juzgar por tu tono, sé que sea lo que sea ya lo has planeado —dudó Camelia.

—Al ver que no bajabas, y dado que me han dejado sola esta mañana, he estado pensando qué hacer para que empieces a enseñarle a Charles las cosas más básicas de un caballero. Eso, hermanita, es lo que haremos esta mañana tan espléndida —explicó Violet—. No te preocupes por la comida, he pedido que la suban al cuarto de Charles.

—¿¡Al cuarto de Charles!?

Violet rio al notar el tono exaltado de su hermana y se acarició el vientre con una mano mientras se cubría a boca con la otra. El bebé le había dado una patada, al parecer estaba contento.

—Beatrice y yo también iremos, no estarás sola con él —señaló.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer en el dormitorio de un hombre, Violet?

—Vas a enseñarle a moverse cual caballero: a actuar, pararse, mirar y caminar como lo haría uno de los nuestros —explicó la mayor—. Tú eres más adecuada para esa tarea que yo y, además, es hora de que te familiarices con él. Debes ser natural cuando lo tengas cerca, si saltas como un ratoncito con solo mencionarlo nadie creerá que es tu prometido.

—Es verdad, señorita, así no es como actúa una mujer enamorada —afirmó Beatrice.

—Una mujer enamorada, tal vez, pero yo no estoy enamorada de él —dijo Camelia—. ¡Y ni se os ocurra dejarnos a solas! No es correcto...

—Ay, hermanita, pronto descubrirás que poco importa «lo correcto» cuando haces lo correcto de verdad —dijo Violet y se volvió hacia la puerta.

Camelia la miró y arrugó la nariz. ¿A qué se refería? Sin embargo, Violet no se explicó y la menor se resignó a seguirla por el pasillo en dirección al dormitorio del invitado. Al llegar a su puerta Violet tocó tres veces, pero ninguna respuesta llegó, así que volvió a intentarlo. Cuando el

silencio volvió a recibirla, la joven giró el pomo para encontrar la estancia vacía. Habían estirado la cama, abierto las ventanas y recogido el plato y la jarra sobre el aguamanil. Violet no pudo evitar sonreír al notarlo, parecía que Charles era muy educado y considerado a pesar de sus orígenes humildes. Camelia recorrió la sala con la mirada, y al no ver rastro de Charles se animó a entrar. No había muchos detalles del hombre esparcidos por la sala, todo estaba limpio y ordenado. Lo único que delataba su presencia eran las armas —una escopeta, un mosquete largo y un cuchillo de caza—, que descansaban sobre la encimera del tocador.

—Parece que Charles no está, ¿te importaría ir a buscarlo, Beatrice? —pidió Violet.

—Por supuesto, milady —asintió la sirvienta y salió.

Una vez solas, Camelia se acercó al tocador para observar las armas. Al acariciar el mango del cuchillo de caza notó lo suave que era; estaba tallado en madera, una escena que representaba aves en vuelo, verdaderamente bonita y bien cuidada. Esa atención por los detalles revelaba a un dueño dedicado y no tanto a un desconsiderado.

—¿Puedo saber por qué te opones tanto a Charles? —preguntó Violet sin paliativos, logrando que Camelia diese un brinco y soltara el cuchillo—. No trates de ocultarlo, Cami, te conozco y sé descifrar cuándo estás ofendida. ¿Qué hizo en Jaipur que te ofendió tanto?

—¿Por qué supones que hizo algo que me molestó? —dijo Camelia.

—Porque tras la fiesta de Diwali quisiste volver a Londres, cuando antes habías estado muy contenta, y en cuanto lo has visto aquí te has puesto a la defensiva. Vamos, Camelia, siempre hemos sido sinceras... ¿qué pasa?

—Solo que estoy cansada de que piensen que soy frívola, que estoy vacía por dentro. Eso fue lo primero que Charles me dijo en la fiesta, y me dolió, ¿sabes? Yo no soy así y deseo ayudarlo, aunque piense lo peor, quiero mostrarle que se equivocó al juzgarme —explicó Camelia y suspiró antes de volverse.

—Estoy segura de que no piensa así de verdad, Camelia, es todo un gran malentendido —aseguró Violet—. Es cierto que no lo conocemos mucho, pero sé que Edward no se habría hecho amigo de un hombre que no valora a una mujer; conozco a mi marido y sé que su corazón no le sería leal a un patán.

—Yo he pensado lo mismo, por eso le doy otra oportunidad. ¿Crees que él lo hará?

—Creo que ya lo ha hecho.

La joven frunció el ceño, pero Violet tenía la vista fija en el jardín. Camelia se acercó a la ventana para ver a Beatrice acompañando al susodicho a la casa; Charles caminaba resuelto y Beatrice se reía de algo que él había comentado. Desaparecieron en el interior, y un par de minutos más tarde la puerta volvió a abrirse. Camelia elevó la vista para encontrar los ojos verdes del hombre, y Charles sostuvo su mirada con tal intensidad que se le arrebolaron las mejillas. Abrió los labios para saludarlo, pero él se adelantó.

—Beatrice ha dicho que me estabais buscando. ¿Puedo ayudaros? —dijo.

—En realidad, creo que nosotras podemos ayudarte a ti —contestó Violet—. Es hora de comenzar tus lecciones, si es que estás dispuesto a seguir adelante. Ya que mi hermana es la mejor de las presentes en cuestión de etiqueta y modales, será quien te enseñe.

—¿Enseñarme a qué? —dudó Charles.

—A convertirte en Magnus Egerton.

—Eso no será difícil, conozco a los ingleses, no me costará fingir ser uno de ellos.

—¿Eso es lo que cree? —preguntó Camelia.

—Pondría la mano en el fuego —aseguró él con un deje de orgullo.

—En tal caso demuéstrelo, actúe ahora como un respetable caballero que acaba de llegar y se

encuentra con dos conocidas. Ya sabe cómo presentarse ante una dama, así que siga la farsa desde ahí. Si tan seguro está de sus habilidades, no le supondrá ningún problema, ¿verdad?

—Verdad.

—En tal caso adelante, me muero por verlo —animó Violet.

Charles asintió, pero antes de que llegase a dar cinco pasos en su dirección Camelia lo detuvo. El hombre enarcó las cejas, y ella apretó los labios en una línea.

—Si vamos a hacer de esto algo creíble, señor Cadden, tendrá que aprender a caminar —dijo.

—¿Qué hay de malo con mi forma de andar? Me ha servido más que bien estos últimos treinta y cuatro años —señaló Charles y se cruzó de brazos.

—Quizá, pero descubrirá que moverse con zapatos y pantalones de paño no es fácil, la ropa nos restringe, los pasos cortos y andares moderados aportan elegancia —explicó Camelia—. Si de veras desea camuflarse, yerga la espalda, eche los hombros atrás y camine con la cabeza levemente en alto; verá que todos los hombres aquí lo hacen.

—De acuerdo, eso es fácil.

Las directrices eran sencillas, así que Charles elevó el mentón un par de dedos, hinchó el pecho y caminó como lo haría un dandy. Cruzó la habitación, pero las risas de Violet y Beatrice le hicieron detenerse en seco. Incluso Camelia trataba de ocultar una sonrisa, lo que hizo que a Charles se le arrebolaran las mejillas.

—No ha estado tan mal para un primer intento... —animó Camelia.

—Si obviamos el hecho de que parecía un snob con el pañuelo demasiado apretado, sí —apuntilló Violet y se levantó para recolocarle los hombros y el rostro—. Inténtalo ahora, querido, verás que cambio.

Charles lo hizo, y tras cruzar la habitación un par de veces Camelia dio su aprobación. No era tan duro andar así, como si se estuviera deslizándose sobre hielo o le apretaran las botas. Una vez satisfechas con sus nuevos andares, las dos jóvenes se sentaron en el sofá que había frente a la cama, y Beatrice aguardó junto a la puerta mientras Charles se preparaba mentalmente. ¿Cómo empezar el teatrillo? Había visto parlotear a los ricos unos con otros mil veces, sin duda podía aparentar ser uno de ellos durante unos instantes. Seguro y con renovada resolución, Charles carraspeó y se acercó en dos zancadas hasta el sofá. Entonces se agachó y tomó la mano de Camelia para estrechársela, gesto que repitió con Violet, antes de sonreír con engreimiento y descaro.

—Buenos días, estimadas señoritas Stuart, es un gran placer encontrármelas hoy aquí —dijo y se puso en pie para ofrecerle una mano a Camelia, que la estrechó bajo la mirada divertida de Violet—. Me preguntaba si querría dar un paseo por el parque, señorita Camelia.

—Por supuesto, señor Egerton, será un placer —contestó Camelia.

—Bien, no perdamos tiempo, el día está radiante.

Para alegría de la mayor de las hermanas Stuart, Charles comenzó a caminar por la habitación junto a Camelia en un paseo simulado. Se detuvo junto a la chimenea para tomarle de nuevo la mano, y Camelia arrugó la nariz. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—Quería decirle lo feliz que me ha hecho aceptando mi invitación, hoy está tan guapa que podría cegar al sol con un parpadeo —dijo y volvió a rozarle el dorso con los dedos, calientes y suaves, sin apartar sus ojos verdes de los azules de ella mientras le acariciaba la piel.

—Agradezco el cumplido, señor Egerton, pero no es necesario que me halague tanto, disfrutar su compañía es más que suficiente —dijo Camelia—. ¿Le parece si volvemos a los bancos? El día está radiante, como ya ha señalado, pero frío.

—Como quiera pues, vaya usted delante.

Volvieron a cruzar la habitación, él delante y ella un poco más atrás, antes de volver a su posición inicial. Charles hizo un ademán para invitar a sentarse a Camelia, y ella lo hizo con las mejillas coloradas. Ese fue el momento en que Violet decidió hablar.

—Bien, creo que es suficiente por ahora —intervino y se volvió hacia Charles—. Estás muy verde en general, Charlie, me temo que va a hacer falta un arduo trabajo...

—¿Verde? No veo en qué, he hecho todo lo que se supone haría un señorito inglés: me he inclinado, he estrechado las manos a las damas, he alabado su belleza y he sido respetuoso —afirmó molesto—. Si eso no es ser un caballero, no sé qué lo será.

—En tal caso demuestra no tener ni idea de cómo actuaría uno —dijo Camelia.

—¿Por qué, en qué supone que he fallado?

—En todo —afirmó Camelia y comenzó a enumerar—. Un caballero no se agacharía a menos que fuese a pedirle matrimonio a una mujer, debió quedarse en pie y saludarnos con una leve inclinación de la cabeza. Luego me habría ofrecido el brazo para que me enganchara al codo, cosa que no hizo; las piernas de un hombre son mucho más largas que las de una mujer, y seguir el paso de un varón con tacón y crinolina es complicado. Por eso se le ofrece el brazo a una dama, para caminar juntos al mismo nivel. También sirve para dar confort y protección, evita que intenten propasarse o robarnos.

—Muy bien, lo entiendo, ¿algo más? —inquirió Charles.

—Cuando hicimos la pausa me tomó la mano, y tras la presentación un gesto así puede resultar invasivo, grosero incluso, aunque lo matizara con ese cumplido. Las palabras fueron muy bonitas, no voy a negarlo, pero totalmente inapropiadas... debió hablar de algo trivial como el tiempo o las flores del parque. Ya sabe, algo para romper el hielo antes de entrar en asuntos más personales, como interesarse por la familia o invitarla a tomar un té, tal vez a acompañarla de regreso.

Entonces fue turno de Charles de resoplar y cruzarse de brazos, aquello resultaba tan ridículo que no sabía ni por dónde empezar a rebatirlo. Sin embargo, Camelia parecía convencida, como si se hubiese aprendido la lección de un libro de etiqueta de memoria.

—¿Se da cuenta de lo antinatural que es eso? Si una mujer es hermosa, ocultárselo es insultarla, ¿por qué mentir y hablar de tonterías como el clima, cuando el corazón está cantando? Un hombre jamás debería actuar así con una mujer, le arrebatara la naturalidad, la complicidad y las brasas de romance: la sinceridad ha de ser lo más importante siempre —contestó y bufó al añadir—. Con razón los ingleses gozan tanto en Calcuta, no la han visto más grande en su vida...

—¿A qué se refiere? —dudó Camelia.

—A nada, desde luego. Siga relatando mi larga y terrible lista de errores, por favor, quiero aprender a ser un pazguato cuanto antes.

—Se está usted excediendo, señor Cadden —advirtió Camelia, molesta por su tono y sarcasmo. ¿Quién se creía para insultar a los hombres de Londres?

—No veo por qué, me he limitado a constatar un hecho: cuanto más snob es un hombre, más aumentan sus defectos a ojos de una mujer.

—¿Quiere usted hablar de defectos? Va a hacernos quedar en ridículo, jamás pasará por un caballero si actúa, habla y piensa como un cazador: ya no está en la selva, está en Inglaterra, métaselo en la cabeza si quiere que crean que lo he elegido como prometido.

—Oh, ya veo, así que jamás en la vida me elegiría a mí como marido, soy «el último hombre con el que cometería un desliz», ¿no es eso?

—Eso he dicho —afirmó Camelia.

Charles y Camelia se miraron a los ojos, apenas separados por un paso de distancia, y las

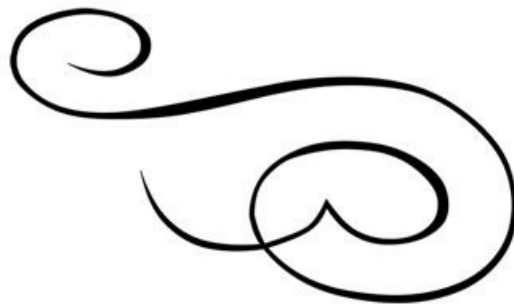
chispas saltaron. De haber querido, besarla hubiese sido tan sencillo como inclinarse. La joven tenía el ceño fruncido, avergonzada e irritada porque él hubiese sacado a relucir las palabras que había usado antes al hablar con Beatrice. ¿Acaso había estado espiando? Aun con el mohín, su rostro permanecía hermoso como el de una ninfa a ojos de Charles. Si bien, se negó a darle el gusto de ceder y admitir que estaba siendo obstinado, se sentía ofendido por su categórica afirmación, y que hubiese admitido que le disgustaba en su cara. Haría que cambiara de opinión sobre él aunque fuese lo último que hacía en la vida.

—Tal vez deberíais calmaros, estáis hablando desde el enfado y no pensáis con la... —intervino Violet al ver que la cosa se desmadraba.

—Soy perfectamente consciente de lo que está pasando aquí, Violet —aseguró Charles, pero no apartó los ojos de los de Camelia, antes de volver a dirigirse a ella—. Dice que jamás pasaré por un caballero, que ya no estoy en la selva, ¿no? ¡Despierte! El mundo entero es una selva, mujer, vive rodeada de cazadores, no importa si pisa hierba o asfalto.

—¡Es usted un descarado! —explotó Camelia.

Charles no respondió, se le acercó tanto que las mejillas de le ardieron como una brasa y el corazón amenazó con salirse por la garganta. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre y el encanto bruto de Charles la estaba desbordando. ¿Qué era eso, un coqueteo? No, no podía serlo... aquello era algo más. ¿Tensión, quizá? Será como fuere la estaba alterando, así que salió corriendo antes de hacer o decir algo de lo que se arrepintiera más tarde. Necesitaba pensar, y no podría con él tan cerca. Charles Cadden era su perdición, ahora estaba segura.



La baranda del jardín trasero se sintió helada contra sus manos, y el tacto de la piedra le trajo cierto consuelo a su piel acalorada. Tenía la respiración agitada y el pulso le corría veloz como un purasangre. «¡Maldito engreído!», pensó Camelia y se mordió los labios. Venir a su casa a faltarle el respeto así. «Ningún caballero...», comenzó a pensar, pero se detuvo a sí misma a media reflexión. «Él no es un caballero, claro, ni siquiera un soldado. ¡Pero no tiene por qué ser tan grosero conmigo!», resolvió molesta. El día estaba nublado, pero la nieve se había asentado hasta dejar un manto compacto sobre la hierba. Tenía más frío del que pensaba, y no se dio cuenta de que estaba temblando hasta que sintió el roce de la tela sobre su espalda.

Se volvió de golpe, para comprobar que había sido su alumno quien había dejado el abrigo sobre sus hombros. Charles había sido tan silencioso que ni había oído la nieve romperse bajo el peso de sus botas al acercarse. Camelia se arrebujó bajo la tela, su vestido era fino y el cuero de

la levita gastada de Charles se sintió un alivio contra su piel. Olía a humo, azahar y a madera de sándalo, notó sorprendida.

—No pretendía asustarla, pero la he visto temblando y he pensado que necesitaría el calor más que yo —comenzó Charles, pero no se acercó más ni la tocó.

—Gracias, no me había dado cuenta del frío que hacía.

Él asintió por respuesta y se miraron en silencio.

—Señor Cadden, quería discul... —comenzó ella.

—Señorita Stuart, lo que he dicho ahí den... —dijo él.

Al darse cuenta de que ambos pretendían decir lo mismo al mismo tiempo Camelia se sonrojó como una cereza y Charles carraspeó.

—Si no le importa, deje que termine, después podrá replicarme —dijo y ella asintió, así que él comenzó de nuevo—. Mire, Camelia, sé que hemos empezado con mal pie, tanto aquí como en Rajputhana. Ha sido culpa mía, lo sé, no hace falta que diga nada al respecto. Lo cierto es que no estoy acostumbrado a tratar con mujeres británicas, y lo que dijo la noche de Diwali me ofendió de forma personal.

—¿Por qué, acaso no es usted inglés? —se sorprendió Camelia.

—Como si no lo fuera. Mis padres eran de Brighton, colonos ingleses que viajaron a una tierra nueva en busca de oportunidades, pero no los conocí. Mi madre murió al darme a luz y mi padre enfermó de malaria cuando tenía dos años —explicó Charles—. Fui criado en Chittohani, una aldea rural de Punjab, y Ujali es la única amma... quiero decir, madre, que he conocido. Soy más indio que británico, como ve.

—Así que por eso no se considera a sí mismo inglés, porque fue educado por nativos —murmuró Camelia más para sí misma que para él. Después lo miró—. Sin embargo, en la fiesta dijo que había conocido a muchas inglesas, que yo no era diferente a ellas.

—Y es cierto, he conocido a muchas, esposas de oficiales a los que he servido desde que tuve edad para ello. Llevo siendo rastreador para el ejército desde los quince años, más de media vida. En ese tiempo he visto como tratan las damas inglesas a los que las rodean, a los que consideran inferiores.

La joven aguardó y al darse cuenta de que no iba a añadir más, asintió. Desde ese punto de vista podía entender sus acusaciones, pero seguían siendo injustas. Cuando la llamó muñeca de barro sin sentimientos Charles no la conocía de nada. Como si supiese lo que ella estaba pensando, el hombre se adelantó y rompió el silencio.

—Sé que me precipité al juzgarla en Jaipur y me disculpo. Si acepta ayudarme a recuperar mi vida, prometo compensarla por mi mal comportamiento —dijo—. Tengo mucho que aprender todavía, parece.

—Eso parece, aunque no es usted el único, señor Cadden —contestó Camelia y se permitió un suspiro—. Tenía razón, ¿sabe? Le juzgue sin conocerlo y yo no soy así, por eso también le debo una disculpa. Quizá piense que soy superficial, una malcriada... pero mi intención nunca fue ofender a nadie, lo siento.

—¿Empezamos de cero, entonces?

Apenas lo dijo elevó el brazo para estrecharle la mano a Camelia en un apretón amistoso, igual que un rato antes en la habitación. La joven asintió y correspondió el gesto, mientras él movía sus manos unidas arriba y abajo como hacía siempre. Charles sonrió al ver su expresión risueña.

—Me llamo Charles Cadden, pero supongo que puede llamarme Magnus cuando no estemos solos. Me alegro de conocerla, señorita Stuart —se presentó él.

—Camelia Stuart, a su servicio, caballero —dijo Camelia y de pronto se rio—. ¿Me permite

darle un consejo, Charles?

—Por supuesto, la escucho.

—Si vamos a hacer de usted un respetable caballero británico, empecemos por enseñarle como se presenta uno —dijo Camelia y movió su mano para que él la sostuviera—. Eleve mi mano y deme un beso en el dorso, o sobre los dedos. Después diga: «Magnus Egerton, es un placer conocerla, señorita».

Charles resopló con diversión, pero hizo lo que le pedía, deteniendo los labios a un centímetro de su piel. Entonces elevó los ojos para mirarla y enarcó una ceja.

—¿De verdad hacen esto los ingleses? —inquirió incrédulo.

—Es un gesto cortés, galante —confirmó Camelia—. Pregunte a Edward, a Maxwell o a sus hermanos si no me cree.

—No es necesario, la creo —dijo Charles y besó la mano de Camelia con suavidad, logrando que un escalofrío le recorriera la piel. Después susurró con voz masculina—. Magnus Egerton, es un placer conocerla, señorita.

—Mucho mejor así —afirmó Camelia.

—Bueno, si estas son el tipo de cosas que habré de aprender, no será muy difícil —señaló Charles con un deje de burla—. Volvamos dentro, está helando aquí afuera.

La joven asintió y comenzó a quitarse la levita que él le había prestado, pero Charles negó y volvió a poner la prenda sobre sus hombros. Camelia sonrió, el corazón le dio un vuelco cuando sus dedos le rozaron la piel de las clavículas. Que Charles Cadden la afectaba era innegable, no sabía qué iba a ser peor: detestarlo y maldecirle por las noches, o ser su amiga y maestra, presa de su salvaje y tosco encanto. Negó para alejar esos pensamientos, sin volver a mirarle. Después lo siguió hacia el interior de la mansión.

FRAGMENTO II

Londres. Enero, 1841

Habían llegado a los jardines y Camelia descendió primero para permitir que él, mucho más alto, pasara la pierna sobre la silla. Luego ató las riendas de *Sirio* a un árbol y comenzó a caminar hacia el prado, donde había colocados multitud de pequeños aros de madera para jugar al cróquet. Se volvió a mirar a Charles, que estaba detrás suyo. Ese hombre era tan silencioso al caminar que ni le había oído acercarse.

—Bueno, ya hemos llegado, este es el campo de cróquet —señaló Camelia—. ¿Sabes jugar, o al menos conoces las reglas básicas?

—Conozco lo importante: se toma un mazo y se golpea la bola hasta hacerla pasar por esos pequeños arcos —dijo Charles y señaló los aros—. ¿Estoy en lo cierto?

—Es una definición muy básica, pero sí, es correcto. Umm, ¿qué te parece si te muestro cómo hacerlo y luego competimos por ver quien completa primero el circuito? Algo apacible para empezar.

—Oh, ¿así que va a ser gentil conmigo, *raní*? —bromeó él.

—Solo si quieres que lo sea.

Charles meditó sus opciones en silencio antes de responder. Podía dejar que ella se divirtiera y le ganase por goleada, cosa segura, dado que nunca había hecho eso antes. O podía tratar de ganar y darle emoción al asunto. Se decantó por la primera opción, recordándose que aquello no

era una competición, sino una disculpa, quería hacerla feliz después de lo injustamente mal que la había juzgado y tratado.

—Enséñame, después veremos qué tal lo hago —dijo Charles.

—Como prefieras, deja que vaya a por los mazos y las bolas —sonrió Camelia.

Él asintió y la joven se alejó hacia un pequeño edificio, para salir un minuto más tarde con dos mazos largos de madera y una caja con pelotas de madera pintadas a rayas. Al llegar a su altura le entregó uno, que Charles aceptó, sopesando el peso y la forma del mango. Era agradable y ligero, podría golpear con fuerza si se lo proponía. Mientras él se familiarizaba, Camelia colocó las bolas sobre la hierba, después le hizo un gesto para que se acercase y le invitó a golpear primero.

Charles se puso de perfil y golpeó la bola tan fuerte que salió volando hasta medio campo. Camelia se rio sin poder evitarlo y Charles elevó las cejas, sorprendido con su propio tiro.

—Tan mal como parece, ¿eh? —comentó alegre.

—Esto no es golf, Charles, tienes que dar un golpe firme, la bola debe rodar por el césped, no salir volando —explicó Camelia y se acercó, para quedar detrás y posicionar sus manos sobre las de él—. Coloca tus manos en el extremo, justo así...

—¿Así? —dudó él.

—Sí, ahora golpea: firme —asintió la joven—. A ver qué tal, inténtalo.

Tal como ella le mostró Charles dio un golpe seguro sobre la bola, que rodó en línea recta sobre la hierba húmeda cruzando dos aros a la vez. Camelia aplaudió y él se dio la vuelta para mirarla con una gran sonrisa. Se miraron a los ojos, la alegría en los iris azules celestes de la joven le hizo sentir cálido por dentro.

—Lo has hecho muy bien, Charles, eres un lanzador nato —felicitó Camelia.

—No lo creo, solo es que tengo una buena maestra —negó él—. Todo se puede aprender con la instrucción apropiada, y tú lo haces fluir fácilmente.

—Entonces, ¿estás preparado para enfrentarte a mí, Magnus?

—Oh, no te daré cuartel por mucho que seas mi prometida, «palomita».

La joven se rio del apodo ridículo y él se unió. Pasaron varios minutos lanzando y fallando, riendo y bromeando, en lo que a Charles le pareció un tiempo agradable junto a ella. Camelia era una muchacha sencilla, no la engreída que podía uno pensar en base a su aspecto angelical e inalcanzable. Le enseñaba las reglas y corregía sus errores sin burlarse, mostrándole cómo hacerlo con palabras dulces y guías simples.

En menos de una hora Charles supo todo lo que había que saber del cróquet, y cuando completaron el circuito por cuarta vez, puso los brazos en jarra con una gran sonrisa.

—Creo que a estas alturas se puede decir que has ganado, lo admito, me has vencido —dijo Charles—. Felicidades, Camelia.

—¿Tan rápido vas a rendirte? —Se sorprendió ella—. Creía que luchar hasta el final era una filosofía hindú...

—¡Me has sacado veinte puntos de ventaja! Ante eso, mujer, poco puedo hacer.

—¿Claudicar no es deshonroso para un hombre? —dudó Camelia.

Charles resopló con diversión y apoyó su peso sobre el mango del mazo, que había clavado en la hierba, fascinado por el rubor en sus mejillas.

—No sé cuánto crees saber de los hombres, pero no lo es. O, al menos, no para mí. Tal vez para esos nobles caballeros que tanto admiras... —admitió al final y se rio—. Descubrirás que la prepotencia no es uno de mis muchos defectos.

—Te gana la humildad —señaló Camelia y también se rio—. Eso es mala cosa para tu

mentira, señor Egerton, inclúyete a ti mismo en el estatus de «caballero» de ahora en adelante, no te olvides del juego al que estás jugando.

—¡Viendo la guisa en la que me hallo, imposible olvidarlo, señorita Stuart!

Ambos se miraron y rompieron a reír sin contenerse. Camelia accedió a dar por terminado el partido e ir a dar un paseo por las arboledas del parque, así que extendió la mano para que él le entregara el mazo y devolverlo al edificio. Estaba a punto de hacerlo cuando una voz a su espalda los sobresaltó e hizo que volviesen la cabeza. Dos hombres y una joven se acercaban a ellos a buen paso. Charles no reconoció a ninguno, pero Camelia sí pareció hacerlo y mostró una sonrisa tensa. No era un encuentro agradable.

—¡Señorita Stuart! Qué placer verla por aquí —saludó uno de los recién llegados, alto, moreno y de ojos pardos—. ¿Quién la acompaña, no va a presentarnos?

—Por supuesto, permitan que les presente a mi prometido, el señor Magnus Egerton —dijo Camelia y se volvió hacia Charles con una sonrisa—. Magnus, cielo, te presento a Fitzwilliam MacFarlane, heredero de los almacenes *MacFarlane General Country*. Ellos son Robert Weston y lady Angelica Britsbury, futura baronesa de Harringford.

—Es un placer conocerlos, caballeros y señorita —comentó Charles y se inclinó para besar la mano de la joven—. ¿Qué les trae por aquí?

—Estábamos paseando cuando los hemos visto, así que no hemos podido evitar... ya sabe, acercarnos a curiosear un poco —comentó el tal Weston en tono burlón, antes de mirar a Charles—. Así que es usted el famoso Egerton del que todo el mundo habla.

«¿Curiosear? Di más bien a tantear a los rivales», pensó Charles exasperado, al notar la mirada del hombre sobre Camelia, que por suerte no se había dado cuenta.

—No sabía que todo el mundo hablase de mí, pero sí, supongo que sí, ese soy yo —dijo Charles y sonrió falsamente—. Espero no haber decepcionado sus expectativas.

—En lo más mínimo, las ha satisfecho con creces. —Se rio el otro hombre, Fitzwilliam, lo que molestó a Charles. Era obvio que mentía—. ¿Puede creer que la dama aquí presente fantaseaba con un bruto capataz de piel tostada? Usted es mejor que eso.

—El típico negrero varonil con camisa abierta y látigo en mano, ¿me equivoco?

Los recién llegados y Camelia se rieron, la joven para mantener las apariencias, los demás porque encontraron el estereotipo la mar de divertido. Charles, sin embargo, no rio.

—¿Le complacería eso, esa imagen de bruto desvergonzado? —inquirió mirando a la tal Angelica, que asintió sin remordimiento—. Lamento no satisfacerla, señorita, no todos en África somos así. De haber querido atraparme debió haber lanzado las redes hace tiempo, de ese modo tal vez hubiese aventajado a mi preciosa Camelia.

—Como si yo lo hubiese permitido, Magnus —señaló Camelia.

Charles sonrió y unió sus rostros para rozar sus labios, despertando distintas reacciones en los recién llegados: Robert parecía sorprendido, Fitzwilliam irritado, y Angelica perpleja. Ninguno esperaba que Camelia se dejase besar en plena calle.

—¿Estaban jugando al cróquet? —preguntó la futura baronesa—. Podríamos echar un partidillo, somos cinco, dos parejas y un árbitro, de ese modo tendría la revancha de la joven Stuart por adelantárseme en mis fantasías. ¿Qué dicen, se animan?

—Ya habíamos terminado —cortó Charles en tono seco, aunque educado.

—Vamos, Egerton, ¿qué es lo que teme? —resopló Robert.

Charles estaba a punto de hablar cuando Camelia se le adelantó.

—Aceptamos, señor Weston, tendré que defender mi conquista, ¿no es así? —dijo.

—Camelia, cariño...

—Insisto, Magnus —rogó Camelia.

Él no dijo nada, y sabedora de su victoria, la joven le tendió el mazo. Charles lo sostuvo con fuerza entre sus dedos y tensó la mandíbula. Parecía que, aun conociéndola de tan poco tiempo, no podía negarle una petición a Camelia cuando ella lo pedía con voz suave. Ese era el poder de sus ojos claros, de su sonrisa. Charles sabía que iba a quedar en mala posición dado que no era un buen jugador, y a pesar de todo accedió a hacerlo.

—Se ve que no puedo negarle nada a mi dulce paloma... Bien, pues vamos a jugar —declaró Charles.

—Perfecto, como somos los invitados empezaré sacando yo —asintió Fitzwilliam.

Sin más dilación comenzaron un partido de *cróquet* en el que, como Charles había supuesto, los recién llegados trataron de vapulearle y humillarle con cada lanzamiento. Y Charles no pudo hacer nada para evitarlo. Camelia intentó salvar puntos para su equipo acertando los tiros y ganándoles ventaja, pero en cuanto le tocaba lanzar a Charles lo arruinaba. No fueron pocas las bromas a su costa, y cada vez le estaba costando más mantener la fachada y morderse la lengua. Aquello era una encerrona de mal gusto.

Cuando Robert marcó un *cróquet* y lanzó la bola de Charles al otro lado del campo, el explorador tensó la mandíbula, frustrado ante la risotada del otro jugador.

—Bueno, Egerton, parece que esto dilapida sus opciones, otro día será. —Se burló el inglés mientras daba una calada al cigarro que tenía en los labios—. Tal vez debería volver a las colonias, esos atrasados palurdos serán rivales más dignos de sus habilidades.

—Cierto, carezco de habilidades en el *cróquet*, un juego que no se estila en Ciudad del Cabo. Felicidades, Weston, usted se ha llevado el partido, pero soy yo quien tiene a la dama, piense en eso esta noche cuando recuerde esta victoria y mis pobres habilidades —contestó Charles y dejó caer el mazo, para darse la vuelta y alejarse.

—¡Magnus, espera! —llamó Camelia.

Todos se quedaron perplejos, observando cómo el extranjero salía del campo a paso rápido. Tras una breve disculpa Camelia echó a correr detrás de Charles, dándole alcance junto a los árboles donde habían atado a *Sirio*, que comía raíces tranquilamente. Al ver que el hombre no respondía a sus llamadas Camelia le tomó del brazo y le volteó.

—¿Qué te pasa?, ¿cómo se te ocurre irte así? —recriminó.

—¿Te atreves a preguntármelo? —exclamó él molesto—. ¡Sabías que expondrías mi fachada al demostrar mi inexperiencia delante de ellos y no te ha importado! ¡Ibas a arrojarme a los lobos para jactarte delante de esos imbéciles!

—¡Solo era un partido, Charles!

—¡Era tu orgullo herido ante las provocaciones de la otra mujer! No te equivoques, Camelia Stuart, como dije antes, sé reconocer lo que veo.

—¿Y qué se supone que es lo que ves? —inquirió Camelia molesta.

—¡Que me desees a mí, un don nadie opuesto a un caballero! —escupió él y la besó.

CONTINUA EN:

EL AMOR TIENE NOMBRE DE CAMELIA

Agradecimientos

Este segundo libro de *Hermosas Mentiras* es el que más me ha hecho sufrir en toda mi etapa como escritora —de momento—. Y es que, si un defecto se me puede achacar es que siempre quiero dar lo mejor, soy perfeccionista, y eso a veces es un hándicap. Violet y Ed son personajes a los que quiero muchísimo, y quería que Rosie y Max estuvieran a la altura. Ah, sí... no os podéis creer la cantidad de horas que he pasado con Rose y Maxwell dándole vueltas a mil y un asuntos: ambientación, trama, investigación, equilibrio... Por eso, verlo terminado y listo para que lo leáis, queridos lectores, que mi obra en la que he invertido meses deje mis manos para ser vuestro, me hace tanta ilusión. Y que haya llegado a este momento se lo debo a varias personas a quien quiero agradecerse infinito.

Cris, a riesgo de sonar repetitiva en todos los libros, la de veces que has aguantado mis quebraderos de cabeza no tiene nombre. Eres el mejor lector beta y consejero ever. Mil millones de gracias por ser como eres, te adoro.

A mis chiquis y compis de Instagram, que, sin saberlo me habéis ayudado con vuestros comentarios y feedback. Lo que me habéis ayudado a crecer en esta aventura en solitario no tengo palabras para agradecerse lo suficiente. Gracias.

A los profesionales que han creado los diseños que veis por dentro y por fuera: fotógrafos, artistas gráficos, etc. Gracias.

Esta vez, como veis, la investigación se ha ido por otros derroteros. La era victoriana estuvo llena de sucesos, y vaya, la de datos que hay que sacar para ambientar una novela de época —cosa que adoro hacer—. Mis agradecimientos de hoy van para Janeaustenworld.com y Regencyhistory.net, dos webs tremendas. De ahí he aprendido y plasmado mil cosas: telas de ropas, tiendas, calles, costumbres... ¡Viva la curiosidad! —rasgo que comparto con mis protagonistas—.

A todos y cada uno de los lectores que apoyasteis la primera historia de *Hermosas Mentiras*, pues que este libro haya visto la luz es gracias a vosotros. Millón de gracias.

Y por último, a ti que me lees ahora mismo, querido lector. Conociéndome, o no, de libros anteriores, te has animado a lanzarte con las andanzas de la menor de las Stuart. No puedo más que darte las gracias y prometerte que pronto tendréis más libros de esta familia loquilla: Camelia, Theo y los demás pronto aparecerán con sus historias. Y podremos seguir soñando juntos.

Un beso a todos, y muchas gracias por estar ahí.

Sobre la Autora



Judit Fernández nació en 1990 en Santander, Cantabria, dónde actualmente reside. Durante años se ha dedicado profesionalmente a la belleza y el bienestar, y entre sus aficiones se encuentran la pasión por el mundo antiguo y el disfrute de la naturaleza. Comenzó sus andanzas como escritora a través de la poesía, hasta que decidió lanzarse a escribir su propia novela. *La guardiana del Tejo* es la primera de sus obras, publicada por la editorial Libros de Seda en 2021, dando inicio a otras novelas de romance histórico publicadas por Libros de Seda y Penguin Random House en su sello de romántica. Entre ellas se encuentran *El silencio de las Flores*, publicada en 2022, y *Casterberg Hill*, que verá la luz a finales de 2023. *La mujer del vestido de seda* © 2023, es la primera de sus novelas autopublicadas, y actualmente se encuentra sumergida en la escritura de nuevas historias de amor que podrá compartir muy

pronto.

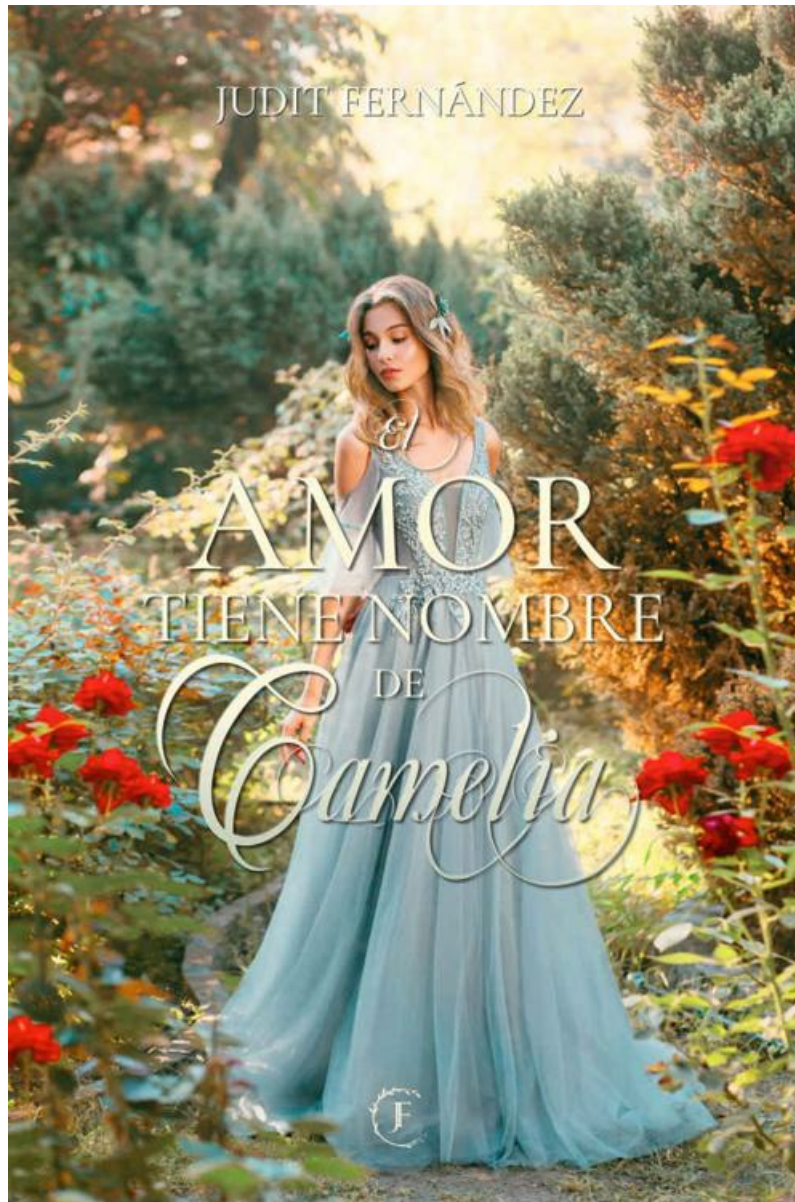
Si quieres saber más, echa un vistazo a su [Página Web](#) e [Instagram](#).

Otros Libros: Era Regencia

[La Mujer del vestido de seda](#)
([Hermosas Mentiras I](#))



El amor tiene nombre de Camelia
(Hermosas Mentiras III) (Muy pronto)



Escrito con la tinta de tu alma
(Muy pronto)

PRÓXIMAMENTE

Otros Libros: Sueños de Escocia

Próximamente

Espinas en el Corazón



La senda a tu Corazón

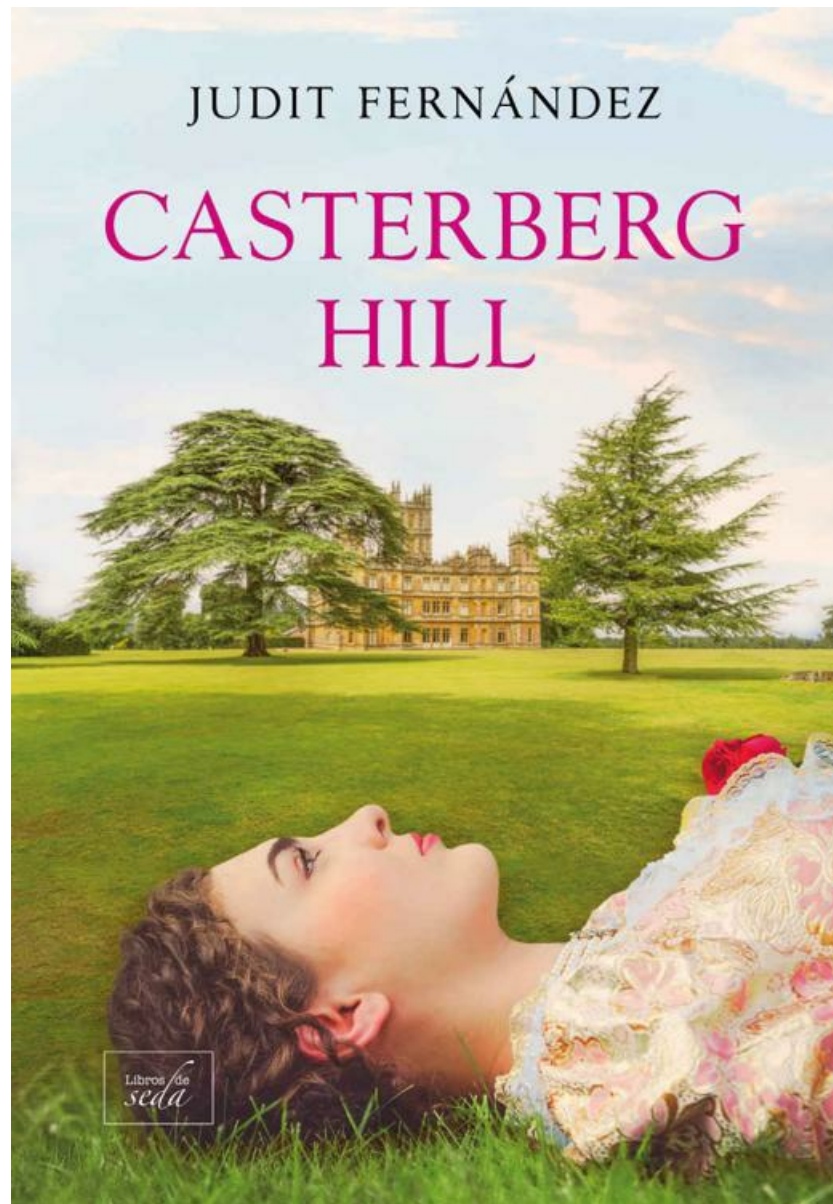
PRÓXIMAMENTE

Otros Libros: Era Victoriana

[El Silencio de las flores](#)



[Casterberg Hill](#)



[La dama de diamante](#)



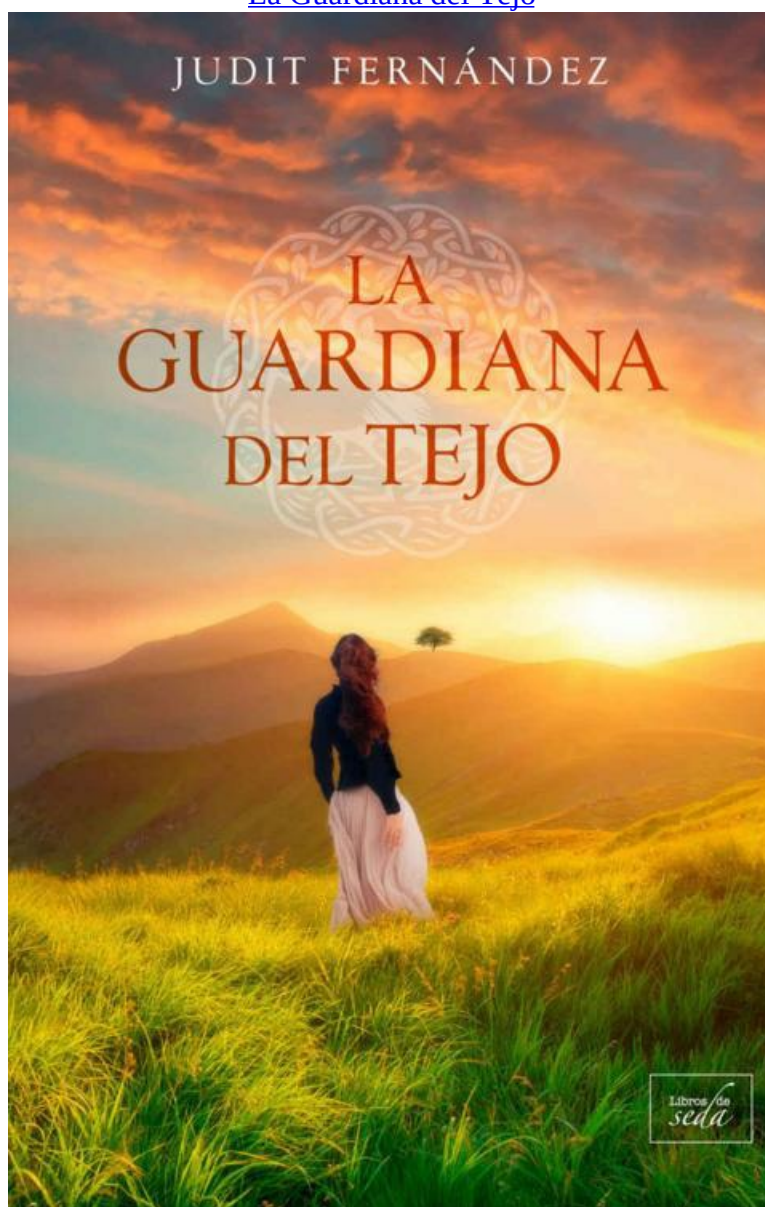
La dama de diamante

JUDIT FERNÁNDEZ

Selecta 

Otros Libros: Saga Celta

[La Guardiania del Tejo](#)



Prisionera del Tiempo

PRÓXIMAMENTE